



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Los Reyes Suevos de Galicia.

1551 150

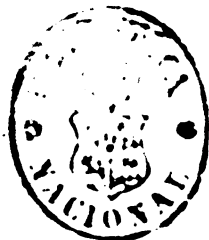
ENCICLOPEDIA GALEGA DE VALLADOLID.

LOS REYES SUEVOS DE GALICIA,

FOR

CON BENITO VICETTO.

TOMO TRINTEIRO



CORUÑA:

Imprenta de Castor Wignez.

1870

PQ

6574

V662 R3

186Ca

v. 1-2

1521/50

AL ANGEL DE EL AMOR.

Voy á penetrar entre las tinieblas del pasado, á remover el polvo de las ruinas, á levantar, en fin, de sus olvidadas tumbas á los reyes suevos de Galicia; y dándoles un soplo de vida, como un Dios, los haré pasar ante tus ojos como los reyes de la vieja Escocia ante el tétreo Macbeht.

La historia me dará sus nombres y sus hechos...

La tradicion, los dramas en que se agitaron...

La intuicion, sus pasiones...

Todas esas figuras que ascendieron á la cumbre del Monte Sagrado

1 para coronarse por reyes del territorio, se determinarán vigorosamente en el diorama que escribo, con sus vicios y sus virtudes, con su impiedad sacrílega y su manse

I El Ego Sacro.

dumbre cristiana. Desde el último término del horizonte del tiempo, vendrán á perfilarse en la cámara oscura de mi obra; ya tiznando sus blancas planchas, ya iluminándolas con un resplandor de rosa, que es el color de la aureola de los santos y de los mártires.

Oh, angel de mi amor! que tu ternura ideal no me abandone nunca, y que el azul purísimo de tus ojos bañe mi frente como una sonrisa de luz de la Divinidad, al abismar mi pensamiento en el caos de las percepciones históricas, al rasgar el negro velo que enluta los lejanos siglos de la iniciación cristiana!

Benito Vicetto



PROLOGO.

Las revoluciones que operan los pueblos al recorrer la elíptica vital que Dios les ha señalado, tan condenadas y tan temidas por los pesimistas, nos enseñan de una manera tangible la marcha progresiva de la sociedad hacia el completo desarrollo de todos sus elementos de bienestar y de civilización...

La calma, el estacionamiento, la conservación tan solo de lo existente, jamás ha producido nada beneficioso, nada grande, nada santo. -- Por el contrario, cuando se violenta la marcha evolutiva de los pueblos persistiendo tenazmente en un *statu quo* hostil hasta a la misma naturaleza, ahogando en su germen, y donde quiera que se manifieste, el gran propulsor ideológico de sus tendencias condicionales hacia la realización de sus aspiraciones legi-

timas y sagradas, vemos claramente que degeneran astiviados como las plantas sin horizonte, sin auras, sin rocío, sin luz.

Bajo la presión palpitante del pesimismo que contraria sus progresos, algunos pueblos declinan, hasta su extinción total, dentro del círculo en que la inercia los aprisiona, para renacer después de sus cenizas como el fénix de la fábula o se desbordan como el río caudaloso que en vano se anhela contener por un dique formidable. En el primer caso, al evidenciarse el renacimiento, los pueblos toman intuitivamente una nueva forma orgánico-política, síntesis de la que habían adoptado, y que los obligó a sucumbir estérilmente. En el segundo caso, al verificarse el desbordamiento provocado por la presión, lanzan sus ondas de espíritu más allá de lo providencialmente marcado, y entonces, fuera ya de sus condiciones de vitalidad, necesariamente las ondas perennes retroceden a su asiento natural, como el agua que busca su nivelación al espirar el último bramido del huracán que ensanchó su corriente.

Cuando los pueblos no se revolu-

cionaron con estos efectos, cuando de su seno no ha surgido la savia que habia de regenerarlos. Dios ha permitido las irrupciones como un medio infalible de extinguir el cándido que devoraba sus facultades de vida y de progreso.

Es verdaderamente admirable como en la historia de nuestro país se ven resaltar terminantemente estas inducciones.

A la Galicia primitiva, que, como expresión gráfica de su cultura, nada nos dejó mas que sus *incos* o bosques sagrados, sue de la Galicia celta que nos dejó sus *domenes*, sus *carns*, sus *bruns*, sus trages, su idioma, sus *endos*, etc., etc., en donde vemos ya iniciarse una civilización blandamente patriarcal y fraternitaria, pero exenta de desarrollo y de porvenir.

A su adormecimiento letárgico, á su estacionamiento fatalísimo para los secretos designios de la Providencia, que exige mas del hombre que la vida vegetativa, guerreros de Troya abordan nuestras costas pintorescas en naves nunca vistas por los indígenas, y Amphiloco funda a Amphilochoia, cerca de Orense; Dio

medes hijo de Tideo, á Tuy; Teucro, á Helenes. Pontevedra; etc., etc., y los hijos de Grecia colonizando el país infiltran en él sus usos y sus costumbres, de las que aun nos quedan las luchas, los certámenes gimnásticos y la danza calaica.

Al llegar al período de decaimiento de esta colonización griega, que no absorbió enteramente a la significación céltica, la Providencia, en su elaboración civilizadora, conduce á los fenicios á nuestras playas; y los fenicios fundan faros como los de la Coruña y la Lanzada, y explotan el estaño y el ámbar de sus islas.

Del choque de estas tres civilizaciones encontradas, la una puramente agrícola y sacerdotal, que cultivaba los campos solo para el sustento indispensable, y adoraba en los *tucos* ó bosques sagrados al Dios innominado; la otra social y fantástica, que le placía vivir en comunidad para alimentarse mejor en los misterios de su theogonía; y la otra enteramente marítima y mercantil, que llevaba los productos de su arte á las regiones mas ignoradas de Occidente, el país renació á una nueva vida de actividad moral y material, pre-

dominando en él con fuerza de colorido histórico el espíritu mas sá-
vico, mas generador de los últimos
invasores.

En pos de los fenicios, llegan á Ga-
licia sus hijos los cartagineses, pue-
blo artístico y guerrero; y de nues-
tras montañas se incorporan mil y
mil gallegos al ejército victorioso de
Annibal, y atravesando con él los
Alpes acuchillan en Trassimeno y en
Cannas á los orgullosos romanos.

Vencidos los cartagineses en Za-
ma, por los romanos, estos no tar-
dan en pisar nuestro territorio. Su
dominacion todo lo regulariza, todo
lo perfecciona; y, como recuerdo de
su cultura utilitaria, nos dejan sus
túneles, sus puentes, sus vías mili-
tares, sus obeliscos ó aras; sus cas-
tros, sus termas, ect., etc., y el pais
efectua una evolucion altamente be-
neficia á favor de la ilustracion
latina.

En este estado tan floreciente la
Gallecia, una nueva irrupcion cu-
bre con sus sombras sangrientas la
luz brillante de sus conquistas mate-
riales, como si hubiera avanzado
mucho en las vías del progreso.

El imperio romano vacila.... Han

aparecido los hijos de la nieve en el horizonte político de la unidad europea, y Alarico toma y saquea a Roma, y Genserico la arrasa.

Aquellos pueblos del Septentrion, como aturdidos de la violencia del movimiento que los lanzara sobre el Mediodia, descansan sobre ruinas de la dominacion romana, y he aqui a las errantes tribus germanicas colocadas en el primer termino sobre la escena del mundo: los hunnos se establecen en la Panonia; los borgones en las Galias; los godos en la Francia Narbonense; los vandalos en Andalucia, y los suevos en Galicia.

La historia interesante y dramática de este último pueblo, es la que vamos á escribir. El se ha infiltrado en el nuestro desde las nebulosas costas del Baltico; y, en dos siglos de monarquia, borro la huella de las dominaciones anteriores, vigorizo nuestra raza catálica, nos lego su constitucion civil, y puede decirse que su sangre es nuestra sangre.

Dominaron los *hijos del mar* (1) en Galicia desde el año 409 de Jesucristo hasta el 586. Durante esta época,

(1) La voz *suevo*, quiere decir hijo del mar en el idioma germanico.

veintiseis reyes subieron á la cumbre del Pico Sagro, segun la siguiente cronologia que arrancamos de las memorias y notas inéditas que nos servirán de pauta en nuestros trabajos,

	Reinó en ---	Murió en ----
Hermenérico I, el fundador.	409	429
Hermengario, su hijo.	429	433
Genserico, el Alevoso, su hermano	433	434
Henrico, el Usurpador.	434	438
Hermenérico II, el Victorioso, hijo de Hermengario.	438	441
Rechila I, el Glorioso, su hijo.	441	448
Rechario, el Católico, su hijo.	448	456
Fraula, el Faustoso.	456	460
Maldrás, el Marino.	460	462
Frumario ó Frumarico, el Incesto, hijo de Maldrás.	462	464
Remismundo el Vengador, hijo de Rechario.	464	470
Henrico II, el Combatiente.	470	474
Genthamundo, el Envenenador.	474	474
Hermenérico III, el Afortunado hermano de Henrico ó hijo de Remismundo.	474	483
Hermenérico IV, el Denodado, su hijo.	483	492

Theodomundo, el Sangui- nario.	492	497
Hermenerico V, el Esco- mulgado	497	518
Rechila II, el Verdugo.	518	539
Cariarico el Bondadoso.	539	552
Theodomino I, el hijo de Dios.	552	560
Ariamiro, el Cazador.	560	563
Theodomiro II, el Grande.	563	570
Miro, el Lidiador.	570	583
Eborico, el Tonsurado	583	583
Andeca, el Fementido.	583	585
Malarico, el Mártir.	585	586

La anterior cronologia de los reyes suevos de Galicia, resume en sus sobrenombres la historia de aquel pueblo, que se considera por algunos historiadores del pais como una calamidad, y que ha sido para nosotros el que mas contribuyó moralmente á su significacion religiosa y politica; pues este pueblo tuvo un rey, Rechiarico, que fue el primer monarca católico del occidente de Europa; y este pueblo creó la nacionalidad galaica, y con ella el espíritu de independendencia, que debia hacerla la mas prepotente de todas las de la peninsula.

Por esto la dominacion sueva, menos materialista que las anteriores, encarnó en el pais dos principios que vivirán á nuestro juicio eterna-

mente: el cristianismo y la monarquía.

Estos dos principios de inmensa importancia social que han venido desarrollándose en el tiempo y en el espacio como síntesis de la civilización moderna, constituyeron, por decirlo así, la intelectualidad vigorosa del cuerpo del país, su espíritu, su alma.

Para nosotros la dominación sueva, es la línea divisoria que separa los dos grandes periodos de la historia de Galicia. Hasta la dominación sueva todo es progreso material, semejante al desarrollo físico de la criatura. Después de la dominación sueva, después de la iniciación del cristianismo, la religión más humanitaria y más divinamente social que hemos comprendido, todo es progreso moral, altamente luminoso, semejante al desarrollo intelectual de la criatura, ya formada, que tiende a identificarse con su criador.

El cristianismo como espíritu y la monarquía como organización constitutiva, son las dos fórmulas más bellas y grandiosas del entendimiento humano, para progresar in-

definidamente hasta la solución mas portentosa del drama de la creación, drama resplandeciente de magnificencia y de misterio.

Sin la irrupción de los suevos, la España católica no hubiera nacido en Galicia.

Sin la irrupción de los suevos, la España monárquica tampoco hubiera nacido en Galicia.

Porque, téngase en cuenta que la restauración monárquica de D. Pelayo hubiera sido estéril sino le hubiera ayudado con todo su poder el antiguo reino de los suevos á las órdenes de bravos caudillos como el conde Sorred de Sotomayor, y Arias Suarez de Deza, llamado el Godo. Antes que Asturias emprendiera la reconquista, auxiliada por nuestros hombres de guerra, Galicia ya habia sacudido de sus montañas el manto de brumas de la dominación agarena.

Debemos, pues, á la significación sueva la monarquía y el cristianismo, es decir, todo lo que puede haber de mas grande para un pueblo, mirado por el prisma de la civilización moderna.

Con la colonización de los suevos,

nuestra nacionalidad tomó una fórmula iniciadora, de utilidad y preponderancia, que mas tarde se adoptó por las demás divisiones territoriales de la Península: pues á la antigua Calaica, dividida en cien y cien parcialidades, entre las que sobresalían las de los *cáporos, gravios, artabros, nérios, cibarcos, limicos, hegurros, presamaris, lemaros, liburos, celerinos, abdalbrigos, seburris, y hadios*, etc., etc., sucedió la Calaica católica y monárquica que la civilización centralizadora y militar de sus nuevos dominadores reuniera bajo la diadema de su regio caudillo.

Y á esta unidad religiosa y gubernativa alcanzó su gran importancia histórica la Calaica del tiempo de los Hermenericos y Rechilas, hasta que á consecuencia del violento drama de la minoría de Evorico y de la usurpación de Andeca, Leovigildo funde la corona de los reyes suevos en la corona de los reyes godos, borrando del plano del mundo nuestra esplendente nacionalidad.

LOS REYES SUEVOS DE GALICIA

POEMA

DON BENITO VICETTO.

I.

La profecía de las aureanas.

Iba á terminar el siglo IV.

Por los floridos valles, por las pintorescas montañas, por las perfumadas márgenes de nuestros batientes ríos, no se veían cruzar sino soldados romanos que, arrojando á un lado la espada vencedora en cien y cien batallas, tomaban la espiocha del minero y extraían los mas preciosos minerales de las entrañas calaicas.

Los hijos del país, derrotados en mil y mil tentativas de independencia, arrastraban la existencia abyecta y servil del esclavo: sus mujeres hermosas eran para el romano dominador, para él sus vinos, sus flores, sus frutos, el oro del Sil...

Tres legiones cubrían á Galicia militarmente: la legion Calleca Britonense, la Calleca-Asturense, y la Calleca Bracarense.

Era de ver aquella ocupacion militar de las legiones romanas, anidadas en los altivos castros como los buitres (1).

Al salir el sol, descendian las cohortes de sus nidos ó castros á los valles...

Al ocultarse el sol, trepaban por

(1) Aun existen muchos en el pais. Eran innumerables. Se llamaban así unas comas de bastante altura, cuya cuspide se alzaba artificialmente, rodeándola de un foso profundo, y construyendo con la tierra sacada de él un parapeto ó trinchera. Algunos confunden los *castros* de los romanos con las *mamoas*, de los celtas. Los primeros tienen en el centro vestigios de un pozo ó cisterna y en el parapeto circular una sola entrada; estas fortificaciones las levantaron aquellos conquistadores para tener á raya el pais, pues sus destacamentos se auxiliaban al efecto entendiéndose por medio de señales. Los segundos ya hemos dicho que eran tumulos, donde los druidas-celtas hacian oracion: son pequenas alturas cóncavas, rodeadas tambien de una muralla de tierra poco elevada y de bastante espesor. Los naturales del pais no distinguen las *mamoas* de los *castros*, y conceptúan estos lugares fortificaciones de los moros, dotándolos de consejas y encantamientos.

los flancos de las montañas, ricos de placeres, y se concentraban en sus nidos á la manera de aquellas aves de rapiña.

Existe aun un lugar en Galicia, cerca del Sil, en donde acampaban consecutivamente dos cohortes, compuestas de *scis mil* hombres, que se ocupaban en las explotaciones auríferas de Monte-furado.

Este lugar se llama Sesmil, y pertenece á la parroquia de santa Isabel de Encineira.

Las tropelias de estas cohortes, allí acampadas, eran inauditas; porque no reconocian para nada el derecho de propiedad en los hegurros, ó habitantes del Hegurrorun (1), á quienes, ademas de saquearlos, los arrojaban en las profundidades del Sil á la menor palabra ó ademan de resistencia.

En tal estado de abatimiento, el niño elevaba sus ojos arrasados de

(1) Valle de orres, Valdeorras. Hay una aldea en este valle que se llama Hegurra y era la capital de los hegurros. Téngase en cuenta que los cáldicos estaban fraccionados en parcialidades numerosas, las que fueron comprendidas por Augusto en dos conventos jurídicos el Lucence, y el Bracarense.

lágrimas hacia su padre, el padre hacia el abuelo, y el abuelo hacia Dios.

Pero las viejas aureanas, al recibir las lágrimas de sus hijos, no miraban para el cielo: les devolvían una mirada chispeante, diciéndoles que pronto terminaría tanta opresión, tanta infamia, tanta esclavitud: pues habían leído en las ondas del río que los romanos serían devorados por un *gato enfurecido*.

Terminó el siglo IV, y la profecía de las viejas aureanas de Soterley y Villaster se cumplió de una manera prodigiosa.

Era que en el reloj de las dominaciones, el índice misterioso de la Divinidad había marcado la ruina del imperio romano; pues del fondo de las Panonias lanzara contra Roma un guerrero formidable que, seguido de 500.000 soldados, se llamaba á sí mismo el *azote de Dios*.

Los que todo lo habían dominado, los que habían vencido á Annibal, los que habían derrotado á Mitridates, los que habían, en fin, humillado á España arrojando á la región del viento las cenizas de Sagunto y de Numancia, humillaron á su vez

la frente ante los corceles de Attila, y en vano pudieron contener el aluvion de guerreros que bajaron del Chersoneso y de la Scandinavia sobre las deliciosas campiñas de Europa, semejante á una manga destructora de gavilanes que cae de la montaña sobre un valle alombrado de palomas.

En aquella evolucion inmensa de razas en que el Norte se lanzaba como una tromba marina sobre el Mediodia, llegando los godos á ocupar la España Tarraconense, nuevas errantes tribus descenden en pos, y salvando la barrera de los Pirineos que les abandona por cobardia el hijo de Honorio, los vándalos, los alanos, los silingos y los suevos, á las órdenes de sus caudillos Gunderico, Ataces, Respendial y Hermenerico se derraman por la haz de España con esa satisfaccion del que entra en un cielo, saliendo de las tinieblas de un infierno.

Los hijos de la Ciudad Eterna no pueden resistir á estos nuevos invasores, y si lo intentan son arrollados. Rehacense hácia Castilla la nueva y Aragon; y sus enemigos se reparten entre si el suelo del jardin que pisan

cabiéndoles á los vándalos la Andalucía, á los alanos Portugal y Estremadura, á los silingos León, y á los suevos nuestras provincias de Galicia.

Estas cuatro tribus guerreras traían por divisa un *galo enfurecido* (1).

¡La profecía de las viejas aureanas se cumplía!



(1) Glorias nacionales, tom 6 c

II.

Hermenérico I el Fundador.

Al violento empuje de estas cuatro naciones esterminadoras que cayeran como un alud sobre España. Dios les opuso el mar; y entonces sus caudillos se revuelven entre sí, á pesar del repartimiento territorial que hicieron.

Gunderico, rey de los vándalos, deseoso de ensanchar sus dominios por medio de la conquista, se dirigió contra Respendial, rey de los silingos. Dase la batalla, muere Respendial en ella, y los silingos quedan absorbidos en las falanges de los vándalos.

Animado Gunderico con esta victoria, y siempre devorado por la fiebre de la conquista, se liga con Ataces, rey de los alanos, y declara la guerra á los godos.

Walia, rey de los godos, cae sobre los alanos, los derrota, y su rey

Ataces pierde la vida peleando. Los alanos que se habian salvado de la matanza, se incorporan desde entonces á las huestes de los vándalos, formando una sola familia.

Gunderico embiste contra los godos, y Walia lo derrota completamente.

Gunderico, al ser derrotado por Walia, salió huyendo del país que ocupaba, y se dirigió á Galicia pidiendo proteccion al rey suevo contra el godo vencedor.

Hermenerico ampara al vándalo, y suevos y vándalos se previenen contra el godo que avanzaba; pero muere Walia, le sucede Teodoreo, amigo de la paz, y el nuevo rey se retira á Tolosa á disfrutar de sus dulzuras.

Las cuatro tribus de vándalos, alanos, silingos y suevos, quedaron entonces reducidas á vándalos y suevos, con sus dos reyes Gunderico y Hermenerico; y de todo el territorio que habian ocupado solo les quedaba Galicia, cuyos límites eran reducidos para contener á estas dos naciones belicosas.

Aprovechándose Gunderico de la molicie de Teodoreo, que dejara de

acosarle con sus soldados desde su advenimiento al trono de Walia, toma las armas contra Hermenerico I, rey de los suevos, pagándole con tan negra páfidia la hospitalidad y proteccion que este le habia concedido cuando llegó á Lugo derrotado.

Rota la paz, empezó una guerra sangrienta entre las dos naciones, siendo Galicia teatro de sus desórdenes. Alistandose para una lucha decisiva ambos ejércitos, dáse la batalla en las orillas del Deza, entre Silleda y Ansean, y la fortuna favoreció á los vándalos, pues los suevos fueron enteramente derrotados.

El rey Hermenerico I rehizo los restos de sus dispersas falanges, y se retiró á los montes del Cebrero-montes Nervasios-en cuyas asperezas se fortaleció.

Gunderico le siguió con su ejército de vándalos, y no pudiendo atacar á los suevos por lo quebrado del terreno, los bloqueó en las montañas en que se habian hecho fuertes, para que cediesen al hambre, faltos de viveres.

Viéndose el rey Hermenerico en aquel terrible aprieto, imploró el

auxilio del romano, ofreciéndose por amigo de Honorio. Gobernaba entonces las provincias de España que dominaba aun el imperio, el conde Asterio, el cual reuniendo un poderoso ejército y nombrando por su lugar teniente á Maurocelo, acudió en socorro de los suevos.

Al saber esto Gunderico levantó el sitio, y revolviendo sobre lo que tenían los suevos en Galicia, se apoderó de Braga, y no contentos los suyos con saquearla pasaron á cuchillo á sus moradores, en cuya ocasion pereció Balconio, su metropolitano.

Irritado contra los romanos que se habian estendido otra vez hácia la Andalucia, Gunderico prosigue su marcha por la Lusitania, y ocupa sus principales fortalezas, llevándolo todo á sangre y fuego.

Los suevos, que habian resistido heroicamente á los vándalos, descienden del Cebro, y fueron recuperando su dominacion en el pais, estableciendo Hermenerico su corte en Orense, llamada Auria por los romanos, y Warmsee por los suevos, pues Warmsee en germánico quiere decir Lago caliente.

Adormecido el suevo en el deleite de su dominacion, nuestros bravos calaicos de las regiones del Ulla y del Tamar (1) sorprenden y acuchillan la guarnicion que los suevos tenían en Iria Flavia, hoy Padron.

Envalentonados con el buen éxito de esta sublevacion, avanzan hacia *Lucus Augusti*, hoy Lugo; pero cerca de esta ciudad los bate en *Caronium* (2) el hijo mayor de Hermenérico, llamado Herimengario, y los derrotó de tal modo que no quedó uno que pudiera huir de las garras de sus soldados.

A consecuencia de este movimiento, el rey suevo trasladó su corte á Lugo, como punto intermedio entre las dos grandes iugartenencias de Astúrica (3) y Bracara, (4) con lo que la tranquilidad del pais no volvió á alterarse hacia esta parte.

Tenia el rey de su muger Nitigia, dos hijos que en nada se parecian, fisica y moralmente.

(1) Tamar, Tambre; parcialidad de los tamaricos.

(2) Hoy Santiago de Galdraz, parroquia á tres leguas de Lugo

(3) Astorga.

(4) Braga.

El mayor llamado Hermengario, por los suyos, y por los calaicos *el Principe Negro*, así como mas tarde *el Rey Cintolo*, era como indica su sobrenombre, de ojos y cabellos negros, y muy moreno de rostro, cosa rara en la raza sueva, y alto y flexible de cuerpo. En cuanto á su carácter, era el carácter mas desigual de su raza: todo le placia y todo le hastiaba á la vez. Era uno de esos espíritus que parecen venir al mundo para vagar siempre en pos de goces desconocidos, misteriosos, que solo ellos pueden imaginar y realizar.

El menor de los hijos del rey, llamado Genserico por los suyos, y por los calaicos *el Principe Blanco*, así como mas tarde *Genserico el Aleroso*, era como indica su sobrenombre, de ojos y cabellos castaño claro, y muy blanco de rostro, cosa natural en la raza sueva, y bajo y poco flexible de cuerpo. Su carácter era muy igual, y para él todos los medios eran buenos con tal de conseguir el fin que se propusiera. Era uno de esos espíritus que parecen venir al mundo para reir y gozar completamente.

Hermengario era, pues, la antite-

sis de Genserico y Genserico la antitesis de Hermengario: pero para las mugeres, tenía Hermengario un atractivo inesplicable, mucho mas que Genserico, que no parecia interesante sino á los hombres.

El rey Hermenerico solia decir, hablando de sus hijos, que el uno era la noche y el otro el dia. Su madre, la reina Nitigia, parecia distinguir mas á Hermengario y Hermengario solia franquear mas á sumadre sus impresiones intimas á que su bella esposa Hildemira de quien tenia tres hijos, Thalarico, Argeberto, y Hermenerico, mas tarde Hermenerico II.

El año de 429 murió el rey Hermenerico I á consecuencia de una inflamacion á la vista, y le sucedió en el trono su hijo mayor Hermengario.

III.

Hermengario el justo ó el rey Cistolo.

Ahora nos es preciso salir de Galicia, en espíritu, y llegar á las orillas del Guadiana. Al tocar con nuestra varita mágica en sus tranquilas ondas, se separan escencialmente, y del profundo cauce del río surge la figura ensangrentada de un guerrero.

Robémosla por un momento á los oscuros senos del Guadiana, donde reposaba; volvamos con ella á nuestras montañas; y pongámos en acción al desgraciado rey Hermengario.

Por disposición de Hermenérico I, el Fundador, los reyes de Galicia sucesores suyos, tenían que coronarse, según las costumbres germánicas de aquella época, colocándose de pié sobre la roca más alta de una montaña, habiendo elegido el para este acto el Pico Sagro cerca de San-

tiago, llamado entonces por esta circunstancia *Mons Sacro*.

Hállase situado este monte, que se eleva unas 640 varas sobre el nivel del mar, en la parroquia de San Verísimo de Sergudo, á una y media legua de Santiago. En él se encuentra hermoso cristal de roca, mucho azufre, é indicios de metales preciosos: la parte destinada al cultivo es de buena calidad, y los derrames de la diversas fuentes forman arroyuelos que en distintas direcciones bajan al Ulla, sobre el cual se halla el puente Ledesma. En la cima de esta elevada mole, que siempre ha excitado nuestra atención al distinguirla desde las orillas del Deza, del Tambre y del Ulla, existía en la antigüedad una roca de cristal, sobre la que se ponían de pié los reyes suevos en el acto de la coronación: (La roca que fuertemente herida por los ardientes rayos del sol de julio, parecía la pupila de aquel ciclope fantástico que tenía por vestidura siempre verdes y perfumadas florestas.

(1) Hoy se halla en su lugar la ermita de San Sebastián, la cual fué en lo antiguo parroquia de la Grana.

Dicese que la causa de haber mirado con tal predileccion el difunto rey aquella montaña, era por haberse dado al pié de ella la batalla en que los romanos, al oponerse á la entrada de los suevos, fueran derrotados por estas tropas vencedoras, abandonando desde entonces su dominacion en Galicia.

Fuése por la memoria de esta victoria que consiguiera Hermenerico I. ó por la estructura especial de aquel monte cónico y elevadisimo, desde cuya cima parece abarcarse enteramente el panorama del pais, así era su disposicion y así la acató su hijo mayor Hermengario, haciéndose coronar sobre el Pico Sacro por mano de su tio paterno Hunisimundo, hijo como Hermenerico I. de Withigavo, rey svevo en la Germania.

Al empezar Hermengario su reinado, los calaicos volvieron á levantarse contra los suevos, tomando los limicos por sorpresa á *Aquae originis* (1)

(2) Pueblo de las montañas de Bande. Era mansion del itinerario romano, que tomó su nombre *Aquae origins* de los banos que habia en él; por lo que, y habiéndose hallado vestigios de calzada romana, lápidas con votos á los lares viales, y una columna miliara

Hermengario corrió á sofocar la rebelion, y despues de haber batido á los limicos, hizo actos de justicia, mandando degollar al conde suevo Else, que gobernaba la region *Limicorum*, pues por sus desafueros y tropelias en el gobierno, diera margen á aquel alboroto que empezaba á tomar grandes proporciones en el país.

Este acto, que el pueblo calificó de justicia, llamándole desde entonces Hermengario el Justo, descontentó á los altos dignatarios del Estado, y desde entonces empezaron á mirarlo con desagrado en el trono.

Habia dejado el conde de Else un hijo y una hija, Heurico y Alira, que, deseosos de vengar la muerte de su padre, empezaron á sobornar algunos condes y capitanes suevos. Heurico, mas tarde Heurico I, el Usurpador, era muy valiente y astuto; y Alira sumamente hermosa y varonil.

Entraron muchos magnates en la conspiracion contra Hermengario, y de tanta gerarquía, que figuraban en ella su hermano Genserico y su

en los baños de Bande sobre el Limia, parece su identidad bastante acreditada.

tio Hunismundo. Este último estaba enamorado de Alira.

Al rey le gustaba mucho abandonar la corte y pasarse algunos días en los pueblos de las montañas, por donde vagaba solo, á caballo, dejando muchas veces su escolta en un sitio lejano. Estas correrías del rey se dirigían las mas de las veces hacia la parte de la ciudad de Britonia hoy aldea de Bretoña, á dos leguas de Mondoñedo; porque cerca de aquel pueblo, en el lugar de Superna, (1) existía una cueva ó subterráneo en que el arte ó la naturaleza obró maravillas (2). conocida en aquellos tiempos por la *Cintola*.

Placiale en extremo á Hermengario penetrar en aquella cueva, en donde parecia pasar horas de misterio ó ventura; y cuando salía de ella, salía como *encantado*, tanto, que tardaba en recobrar la memoria, segun el mas ó menos tiempo que estuviera bajo sus bóvedas recónditas é ignoradas.

El plan de los conjurados estriba-

(1) Hoy parroquia de san Pedro de Argomoso.

(2) Aun existe hoy, ignorándose las ramificaciones de su seno.

ba en una de estas visitas del rey á la cueva ó subterráneo de Supena. Cuando él saliera de Lugo hacía aquel sitio. Hunismundo y Heurico le seguirían secretamente con otros dos capitanes sobornados, y al separarse de su escolta para internarse en la Cintola, avanzarían en pos y lo acuchilarían dentro. De esta manera sobre nadie caerían las sospechas de aquel regicidio, pues se creería que el rey quedára encantado en la cueva. Una vez muerto el rey, Genserico se casaría con Alira y subiría al trono de su hermano. Tales eran las consecuencias que debía tener aquel plan, pero Hunismundo aspiraba á ser rey de los suevos y marido de Alira, sin descartarse de Genserico...

Llegó un día en que el rey salió de Lugo y se dirigió hacia Britonia. Hunismundo y Heurico no vacilaron, y le siguen sigilosamente con los dos capitanes sobornados.

Hermengario dejó su escolta cerca de la Cintola, como siempre, y entró en los abismos misteriosos de la cueva.

Al poco tiempo, cuatro hombres,

con las dagas desnudas, penetraron á su vez en el subterráneo.

Cuando les faltó la luz, encendieron sus linternas sordas, y avanzaron hasta una pieza perfectamente cuadrada y embovedada que encontraron.

Preparan sus dagas.... entran.... miran, pero nadie hay en aquella sala subterránea, ni se vé puerta alguna que comunique con otra.

¿Dónde estaba el rey? Dónde se habia metido?

Al ver que no estaba allí, se quedaron petrificados.

No habian contado con la clase de contrariedades que podria presentar una tentativa de regicidio en subterráneos ignorados.

Recobrados de su primera impresion de asombro, tantean con los puñales las paredes, el suelo, el techo, todo, pero ningun eco sonoro les responde.

Retroceden hácia la entrada de la Cintola, y vuelven á entrar otra vez mas despacio, mirando á cada lado sin descubrir siquiera una grieta, hasta que otra vez se encuentran en la misma sala y poseidos del mismo asombro.

Permanecieron así unos cuantos momentos, mirándose, sin poder proferir palabra alguna, atentos al menor rumor que pudiera oírse; pero nada, aquellas paredes mudas ni siquiera proyectaban la sombra del rey, ni aquella bóveda la mas leve nota de su voz.

El rey habia entrado allí... lo habian visto entrar.... lo habian seguido sin perderlo de vista hasta la boca del subterráneo, no habia mas entrada, ni camino, ni mas pieza que aquella; luego, ¿dónde estaba el rey?

Esto los aterraba.

Al poco tiempo de comunicarse estas dudas, dudas que helaban la sangre de sus venas, empezó á llenar la sala un humo subterráneo que se iba condensando terriblemente hasta el punto de asfixiarlos.

¿De dónde provenia aquel humo?

He ahí otro misterio inesplicable para ellos.

Luego percibieron un ruido rápido y tonante como el de un trueno que pasara rodando sobre sus cabezas... quisieron huir, y no pudieron por el pánico.

El humo proseguia y proseguia.

condensándose en la atmósfera de la sala; tanto que, ya no se veían unos á otros á la luz de las linternas.

De repente, se sintió la vibración de un clarín, como si algún ser misterioso pidiera auxilio.

Luego, se oyó un ruido de caballos que avanzaba hasta la Cintola, parándose á su entrada; y Froarico, el capitán de la escolta del rey, entró en la estancia seguido de varios guardias espada en mano.

Casi al mismo tiempo se despejó el humo que reinaba en ella, las linternas lucieron, y á su luz se vió al rey Hermengario con los brazos cruzados en medio de los cuatro conjurados, que cayeron de rodillas implorando gracia á sus pies.

¿Cómo se hallaba entre ellos? Nadie pudo decirlo ni explicarlo.

El rey hizo una señal á Froarico, y Froarico los maniató y los condujo fuera de la cueva, y de allí á Lugo.

Cuando el rey salió mucho despues del subterráneo, al montar á caballo para volver á su corte, deseoso de castigar á los conjurados, se detuvo de repente estático como si le hiriera un rayo.

Tal impresion hizo en él Alira de

Elle, al presentarse á su vista radiante de hermosura.

Ella, tan varonil y animosa, ella á su vez se sintió turbada al ver al rey.

Jamas se habian visto uno y otro hasta aquel momento fatal, y desde aquel momento quedaron enamorados. Alira se olvidó al pronto de que habia ido allí afanosa de ver al cadáver del ascaino de su padre, como llamaba ella al rey Hermengario; y este se olvidó tambien de cuanto le acababa de pasar con los que puñal en mano lo buscáran por las profundidades de la Cintola.

Alira habló primero al rey.

—¿Sois de los nuestros? le preguntó.

--Si, le contestó Hermengario, pero en que momento nos conocemos!... ¿cuando todo se ha perdido!...

--¡Sagrado cielo! exclamó Alira, plegando las manos: pues...¿y el rey?

--El rey... murmuró Hermengario, el rey se ha salvado.

—¿Y dónde está...?

—Caminando para Lugo.

—¿Y su tio Hunismundo?

—Entre la escolta del rey.

—¡Preso!...¡oh! ¡lo matará!'

—¡Oh si, lo matará! contestó Her-
mengario con voz firme.

—¡Y mi hermano...?

—No lo conozco.

—Heurico....el hijo del conde Else,
el que iba con Hunismundo...

El rey se estremeció. Aquella mu-
jer hermosa, que lo cautivaba con
sus encantos, era hija del conde Else
y hermana del conspirador Heu-
rico.

—Vuestro hermano—dijo despues
de una pausa—vuestro hermano
tambien va preso por la escolta del
rey....

—¡Oh! exclamó Alira volviendo á
montar á caballo-- teneis razon: todo
se ha perdido!

Y desapareció velozmente hacia
Lugo.

El rey montó á su vez, y siguió el
mismo camino: pero triste, reflexivo
y mas lentamente que lo hubiera he-
cho sino encontrara á Alira de Else
á la entrada de la Cintola.

Cuando el rey llegó á la corté, era
ya de noche. Su madre le esperaba
con impaciencia, pues habia corrido
el rumor de aquella conspiracion ter-
rible contra su vida.

El rey abrazó á su madre con ternura.

En seguida le preguntó por su hermano Genserico, y Nitigia cayó á sus pies, llorando, pidiendo gracia para él.

El rey Hermengario retrocedió iracundo, desconoció á su madre, y negó gracia para Genserico.

Luego mandó á Froarico que condujese á su hermano á su presencia.

Froarico volvió solo, sin el Principe blanco, porque el Principe blanco habia huido al saber que se malograra la conspiracion tramada contra la vida de su hermano.

El rey quedó desconcertado con la nueva que le trajera Froarico, y en seguida despachó á varios capitanes en su busca, y mandó que todos los condes asistieran el dia siguiente á la decapitacion de su tio Hunismundo y demás cómplices.

Despues fué con su madre Nitigia, su esposa Hildemira, y sus hijos Thalarico, Argeberto y Hermerico, al templo de Odin, su dios, á darle gracias por haberle salvado milagrosamente.

Al ir á salir del templo, una muger hermosísima se arrojó á sus pies

en medio de la corte, y entre el resplandor de cien hachas con que alumbraban á Hermengario los sacerdotes suevos, los condes y grandes capitanes de su reino.

Aquella muger era Alira de Else, y le pedia llorando la vida de su hermano Heurico.

El rey retrocede al ver aquella muger, que aun casi no lo habia visto á él; y, por otro nuevo impulso de su corazon, avanza otra vez hacia ella y la levanta del suelo en sus brazos.

Alira abre los ojos para fijarlos en el rey, y al reconocer en él al caballero de la Cintola que tanta impresion hiciera en ella, sus pupilas se dilatan por la sorpresa, sus manos se estienden hacia el dios Odin, sus labios se entreabren para exhalar un grito de asombro, y no pueden, y cae desmayada en los brazos del monarca que la sostiene entre los suyos temblando de amor.

La corte miraba todo esto estupefacta, esperando ver un rasgo de clemencia en el rey; pero el rey se sobrepone de repente á la emocion que le dominaba, y murmurando: con voz serena, ¡Infeliz! abandona

aquel cuerpo en brazos de Froarico, sale del templo apresuradamente, y al entrar en su palacio se encerró en su cámara como si le atormentara un dolor que él no pudiera dominar.

Nadie mas que Nitigia comprendió cuanto pasaba en el alma de su hijo.

A la mañana siguiente se reunió la corte para asistir á la decapitacion de los traidores; pero se supo con indignacion que Heurico, que era de una fuerza prodigiosa, se habia fugado por la noche, arrancando con sus manos la reja del calabozo en que estaba encerrado.

El rey se encolerizó contra los que lo guardaban; vió impasible caer las cabezas de Hunismundo y los dos capitanes, y luego mandó que en lugar de la de Heurico cayera la del gefe que lo custodiaba.

Con aquellas ejecuciones quedó aterrada la corte. Todos temian caer en desgracia con Hermengario, el cual desde entonces, como si se considerára invulnerable como Aquiles, vagaba solo, sin escolta alguna, de pueblo en pueblo, prefiriendo sus viajes á la Cintola, por lo que empezaron á llamarle *el rey Cintolo*.

En una de estas correrías encontró á Alira de Elfe cerca de la entrada del subterráneo como en un día aciago.

Ella se inclinó al paso del rey.

El rey se detuvo en frente de ella, y empezó á estremecerse de amor, como siempre que la veía, por que aunque la adoraba como no habia adorado nada, creia firmemente que su cariño y su ternura no seria mas que un medio para fascinarlo y atraerlo á alguna celada en que lo degolláran.

Aquel amor tan grande de Herengario, luchaba con el terror que le inspiraba á la vez la hija del conde Elfe, mandado decapitar por él; la conspiradora con Genserico y Hunismundo, que habia ido un dia á la Cintola á ver como corria su sangre; la hermana, en fin, de Heurico, sentenciado á muerte por él, y proscrito por él.

Y mientras el rey era víctima de aquel amor y terror que le inspiraba á la vez Alira de Elfe, Alira de Elfe era víctima tambien de igual contrariedad, pues amaba al rey como no habia amado nada, y temia

estrechar entre sus brazos al verdugo de su familia.

Singular era, pues, la posición de aquellas dos personas que Dios había formado para amarse con delirio, y que la fatalidad reuniera tarde y entre torrentes de sangre.

El rey dejó de mirarla, y echó á andar hacia la Cintola.

Alira siguió despacio en pos del rey.

El rey, que vió aquello, se detuvo receloso, miró en torno de sí con viveza y cuidado, como si enterrogase á los árboles, á las rocas y á las montañas que le cercaban, si se ocultaba alguna nueva traición de que él no tenía sorpechas, pues la otra la había mirado impasiblemente porque lo que se espera no se teme tanto como lo que se recela.

En seguida volvió la cabeza hacia Alira.

— ¿A dónde vas? le preguntó.

— No lo sé, rey mío.

— ¿Porqué me sigues?

— No lo sé tampoco ¡oh rey!

— Eso no puede ser, Alira!

Alira elevó los ojos al cielo fijamente, como si le contestara con esta mirada dulce y elocuente.

El rey prosiguió:

—¿Cómo es posible seguir á una persona sin objeto alguno! Tu me engañas.

Alira se arrodilló, besó la tierra, (1) y dijo:

—Oh! no... no...! yo no os engaño! Os sigo, porque... porque Odin me impele á ello; os sigo porque hallo placer en veros... en estar siempre á vuestro lado. ¡Oh! preguntadlo á Frigga (2) en vuestras oraciones!

Y al decir esto Alira, dos lágrimas de amor temblaron en sus párpados.

El rey quiso hablar, y no pudo.

Lo que sentia Alira, lo sentia él.

La misma emocion los dominaba á ambos.

Al rey le deslumbró por fin tanta belleza y tanto amor, y levantándola en sus brazos se olvidó desde aquel día que tenia una muger hermosa que se llamaba Hildemira, y que la que formaba la delicia de su vida era hija del conde Elfe, mandado decapitar por él, y hermana de Heurico, proscrito por él.

(1) Costumbre scandinava antes de rogar á su dios que escuche sus votos.

(2) Frigga, diosa muger de Odin, dios su premo de los suevos.

Pero la ventura que él idealizára, y su Dios le realizaba, la disfrutó poco tiempo; porque el conde Guntharo, su lugarteniente en Braga, vino en retirada hasta Lugo, acosado por los vándalos, que volvían nuevamente á molestar á los suevos.

En aquella época en que no había correos, telégrafos, ni caminos de hierro, cuando un rey sabia una derrota ó una irrupcion por el estilo, era cuando sus ejércitos avanzados retrocedían, llamando con sus clavas á las puertas de su palacio.

El rey Hermengario, que era activo y animoso, reunió sus huestes para oponerse al viejo é infatigable Gunderico, y las reunió tan pronto y tan formidables, y tan disciplinadas, pues su carácter severo lo reflejaban sus capitanes para con los soldados, que antes que los vándalos, despues de tomar á Braga, lo sorprendieran en Lugo, ya el rey Hermengario los esperaba en los Codos de Larouco.

Llábase aun en el país los Codos de Larouco á las roturaciones curvilíneas que hicieron los romanos en los ágrios y elevados montes de la parroquia de este nombre, para llevar por aquella parte la vía militar

de Braga á Astorga. Al pasar el puente llamado Ribey (1) y en direccion de aquella feligresia, se vé aun este célebre camino dedicado por los romanos al dios Júpiter, presidente de este monte Ladico, y que el viagero no puede menos de admirar al verlo abierto en medio de peñascos sin interrupcion hasta la Ermita Vieja, cuya obra debió ser costosísima por los innumerables rodeos que forma entre montañas tan pendientes, y por el terreno, que es de granito micáceo, con masas de cuarzo y algun cristal de roca.

En este sitio acampó el rey Hermengario con sus huestes, tomando todos los cèrros, entre cuyos brezos, jarales y pequeños arbustos estableció sus falanges de arqueros; y la caballería en las quebraduras que formaban los Codos, bajo las anchas copas de los castaños que crecen en ellas, ó en los prados naturales que, con muchas y sustanciosas yerbas de pasto, aun se ven pintorescamente.

(1) Este puente, con arreglo á varias inscripciones, lo creemos coetáneo de la via: una y otra obra del tiempo de Tito hasta Trajano.

te entre aquel panorama montuoso de Larouco (1).

Al llegar Gunderico á este punto de la via militar, y ver tan bien situados á los suevos, acampó á su vez á poca distancia, esperando á que ellos cometieran alguna imprudencia, para aprovecharse de ella é ir escalando las alturas.

Pero trascurrieron dias, y los suevos no se movian.

Esto desesperaba á Gunderico, pues su ejército no se hallaba tan bien provisto como el de Hermengario. Por otra parte, intentar la batalla seria una locura segun él, porque todas las probabilidades de triunfo estaban en favor de los suevos.

En esta perplejidad, mandó Gunderico un parlamento al rey Hermengario proponiéndole que, una vez que seria dudoso el éxito de la

(1) En las cercanias de la capital de su ayuntamiento, y sitio llamado de Castrillon, se hallaron caminos cubiertos entre la peña viva, capaces de dar paso á un hombre; uno de ellos llegaba hasta el rio Jares. Los exploradores de este camino cubierto, que fueron con objeto de buscar minas, encontraron en él un hierro de una cuarta de longitud á manera de flecha.

batalla, y á fin de ahorrar la sangre de uno y otro ejército, se remitiese la decision de la lucha á un duelo particular entre un guerrero vándalo y un guerrero suevo, y aquel que venciese, venceria en nombre de su nacion, por lo que la otra evacuaria inmediatamente á Galicia.

El rey Hermengario aceptó aquellas condiciones, y se convino que al dia siguiente, en medio de los dos campos enemigos, tendria lugar aquel combate entre un suevo y un vándalo, que decidiria la suerte de ambas naciones.

Amaneció el siguiente dia, y al salir el sol, formaron ambosejércitos en sus respectivos campos, y se extendieron en dos lineas paralelas de combate: la de los suevos, en los flancos de Larouco; y la de los vándalos al pié de los Codos.

La hora prefijada, era á las ocho de la mañana.

El guerrero que iba á lidiar por los vándalos, se llamaba Genserico, y era hermano de Gunderico.

El guerrero que iba á lidiar por los suevos, era Froarico, capitan de la escolta del rey Hermengario.

Formaba el terreno designado una

hermosa planicie que mediaba entre ambos campos, y que aun hoy escita la atencion del viagero, que atraviesa aquellas soledades, por lo pintoresco de su situacion en medio de tanta aspereza: en la primavera parece un pedazo de terciopelo verde-gay sobre un inmenso y fúnebre crespon enrollado. Poetas habrán pasado por alli; habrán admirado su belleza, sin exhalar un canto..... Historiadores tal vez habrán descansado fatigados sobre el fino musgo de los peñascos que circundan aquella pequeña planicie, donde un dia se decidió la suerte de dos grandes pueblos, que vinieran desde los mas remotos confines del Norte á disputar alli la dominacion de Galicia.

Desde la salida del sol hasta la hora del combate, ambos ejércitos permanecieron en la ansiedad mas terrible.

Llegada la hora, Genserico avanzó hacia la planicie, ginete en un soberbio caballo del Mediodia. Froarico salió á su vez del campo sneo ginete tambien en su brioso corcel de batalla.

Ambos guerreros se acercan, se

miran, y descansaron un momento sus formidables clavas sobre el brazo de la brida.

La ansiedad de ambos ejércitos era paipitante. Los dos reyes su laban. victimas mas que nadie de aquella impaciencia mortal.

Eran los combatientes de elevada talla, y de una musculatura soberbia. Sus formas hermosas, fuertes y elásticas, no desmentian la bondad privilegiada de sus razas scandinavas.

Al distinguir á aquellos dos guerreros prontos á lidiar, no apartaria uno los ojos de ellos con terror, pues parecia imposible que sucumbiera alguno, siendo ámbos dos fornidos Hércules de los tiempos primitivos; y por desgracia, no podia darse un combate mas decisivo que el de las clavas, porque no tiene mas que un choque.

Transcurrido el breve instante que tuvieron para mirarse los dos guerreros, levantaron por fin sus clavas, picaron sus caballos, y arremitieron con furia, disparándose el uno contra el otro.

El encuentro fue tan terrible como decisivo: el uno habia caído despe-

dazado de un golpe de clava, y el otro permanecía á caballo sin lesión alguna.

Al pronto, los vándalos lanzaron un grito de triunfo y los suevos de dolor, pues el vencedor en el combate, por las incidencias del choque, se habia quedado de espaldas á los vándalos y de cara á los suevos como si fuera Genserico, que siguiera su linea recta de arremetida, y quedara por consiguiente en esta disposicion: pero al ser reconocido por Froarico, los suevos entonaron un canto de victoria, y los vándalos inclinaron la frente humillados.

A consecuencia de este triunfo, Gunderico cedió la parte de Galicia que poseia; y evacuó el pais con su ejército de vándalos, alauos y silingos que le quedáran incorporados, dirigiéndose al Africa, donde estaban los romanos mandados por Bonifacio.

Los romanos se hallaban en muy buenas relaciones con los suevos, desde el auxilio que les pidiéra el rey Hermenerico I: y al ver que Gunderico iba talando la Lusitania y la Andalucia para caer sobre ellos en Africa, Aecio, general del impe-

rio, pide á su vez auxilio al rey Hermengario para que avanzando con su ejército en pos del de los vándalos, ayudase al suyo que marchaba ya en son de arremetida.

El rey Hermengario no vaciló un momento en ir á favor de los romanos, y sin volver á Lugo, á donde su pasión á Alira de Elfe le llamaba tanto como el interés de su reino, formó nuevas mesnadas de calaicos que incorporó á sus tropas, avanzó con todas liasta Braga, y entró rápidamente por la Lusitania, deseando dar con los vándalos antes que se embarcáran para el Africa.

La marcha del rey Hermengario era significada por el saqueo y el incendio.

La huella de su paso hasta Emerita Augusta (1) fué la de la debastacion mas completa.

Era entonces Mérida una de las ciudades mas opulentas de la dominacion romana en España; y á pesar de los asaltos, saqueos é incendios de Gunderico, aun quedaba á la llegada de Hermengario mucho de aquella opulencia y belleza que tu-

(1) Mérida,

viera, y de lo que hoy vimos que no es su sombría.

Mérida y sus suntuosidades, y sus delicias, fueron entonces para el rey Hermengario y su ejército de suevos y calaicos, lo que Capua para Annibal y sus legiones. En vez de seguir contra el vándalo, todos se enervaron en los encantadores atractivos de una ciudad deliciosa; pues además de haber entrado en ella á saco, no respetaron á ninguna mujer hermosa, tomaron todas las riquezas de oro y plata y telas preciosas que veían, y profanaron con bacanales los templos que, como el de Santa Eulalia, tanto enriquecieran los emeritanos:

Cuando Gunderico supo que Hermengario, á instigaciones del romano, iba á su alcance, se detuvo: y cuando supo que Hermengario con su ejército se había enervado en Mérida, holgándose en las delicias de las grandes ciudades, determinó retroceder hasta este pueblo, sorprenderlo y derrotarlo en su molición, evitando con esto que se reuniera al de Aecio.

El plan de Gunderico fue meditado y ejecutado á la vez, pues cuan-

do menos lo esperaban los suevos. cayó sobre ellos en Mérida. les dió la batalla antes que pudieran ordenarse siquiera. y los derrotó tan completamente. que el rey Hermengario tuvo que huir á una de caballo.

Era ya la caída de la tarde. de aquel día aciago de otoño del año de gracia de 434. y el rey suevo no cesaba de galopar por los eriales de Estremadura. perseguido de cerca por la sangrienta caballería vándala.

Algunos caballeros suevos y calaicos le acompañaban. que iban quedando rezagados por los campos y que acuchillaban los escuadrones vándalos con feroz placer.

Todos iban aterrados. sin salir aun del pánico que los poseía desde la sorpresa de Gunderico.

En particular. el rey Hermengario. ni sabía á donde iba ni á donde se dirigía.---Lo que parecía importarle sobremanera en aquel aturdimiento que lo arrebatada. era galopar. galopar mucho. y huir de aquella falange de ginetes enemigos que venia en pos de él lanzando horribles alaridos.

De repente, se vió cortado en su carrera por las undosas aguas del Guadiana.

Intentó rodear al río en busca de algún puente, pero en aquellos tiempos no había los que hoy, y además la caballería de Gunderico cargaba en forma de arco, cuyas alas, puntas ó extremos, iban á tocar en las sinuosidades de la corriente..

El rey Hermengario y sus pocos caballeros se detuvieron cada vez mas aterrados, mirando con desesperacion las transparentes aguas del Guadiana, que corrían tranquilas á sus pies.

La caballería de los vándalos se acercaba por momentos.

Aquel puñado de caballeros suevos y calaicos, formaron un grupo en torno de su rey.

Froarico alentaba y dirigia aquella resistencia infructuosa.

La caballería de los vándalos cerró de vez el arco, que formára en su arremetida, y agolpó furiosamente sus corceles sobre los corceles suevos y calaicos.

No hubo necesidad de batirse.... de levantar siquiera el brazo para descargar una cuchillada.... El cho-

que, solo el choque de aquella inmensa mole de caballos, se llevó por delante al grupo que formaba el rey Hermengario rodeado de sus caballeros; y caballos y ginetes se derribaron en el Guadiana arremolinándose sobre sus ondas unos segundos para sepultarse luego en sus abismos bajo el peso de sus armaduras.

Solo el rey, mas ligero de armas que sus caballeros, subió un instante á flor de agua; y en aquel instante ni se acordó de su trono, de su madre Nitigia, de su muger Hillemira, ni de sus hijos Thamarico, Argheberto y Hermenerico: solo se acordó de una muger encantadora, Alira de Elfe. Para ella fué el ultimo suspiro de su vida.

Los vándalos exalaron un grito de salvaje alegría al distinguir su cabeza sobre la superficie trémula del rio, y le arrojaron mil y mil piedras.

Una le dió al rey en la frente.... su cuerpo descendió al fondo del rio.... las aguas se cerraron sobre él.... y solo una aureola de sangre las tiñó por unos instantes.

Devolvamos, pues, al rio su régia presa.

IV.

Genérico el Alevoso.

En aquella época no se conocia el *derecho divino* para la sucesion de los reyes suevos.

El cristianismo aun no se habia infiltrado, como mas tarde, en la organizacion política de los pueblos.

El suevo, como los demas del Norte, acostumbrado á guerrear para vivir, traia la conciencia del poder del hombre en el sentimiento individual; pues las gerarquias estribaban en el valor personal de cada uno que si se elevaba sobre los demas, sabia que esto dependia puramente de su esfuerzo.

Y como su rey tenia que ser el mas caballero, en la acepcion fisica de la palabra, no en la acepcion moral; el mas animoso, el mas combatiente, el mejor, en fin, entre los mejores, los reyes educaban á sus hijos para el combate; de tal modo, que nadie como los príncipes luchaba so-

bre un caballo en pelo, con una mano en la crin y la otra en la clava; nadie, como los principes, mas gimnastas; nadie como los principes solia manejar la espada ó la daga con golpes mas á tiempo y mas certeros; porque tampoco nadie como los reyes disponian de todos los elementos indispensables para desarrollar y completar esta educacion guerrera.

A esto, mas que á las prácticas nacionales, se debia la sucesion de familia.

Sin embargo, el pueblo suevo era menos materialista que el godo, cuya corona era electiva, pues solo en el caso de la impotencia fisico-moral de un príncipe para ocupar el trono de su padre, dejaba de subir á él y rejir á su antojo los destinos de sus vasallos.

El absolutismo en la Corona, exigia la condicion de la fuerza material en el individuo-rey.

En las razas del Norte, los reyes constituian una cronología de valientes.

En la civilizacion moderna, los reyes se quiere que constituyan una cronología de talentos.

Cada época tiene sus exigencias, por las que se vé claramente la marcha evolutiva de la humanidad hacia su perfeccionamiento, no obstante el flujo y reflujo del bien y del mal que la combaten incesantemente.

Entonces, era preciso aquello.

Hoy, es preciso esto.

Los suevos mas espiritualistas que los godos, contaban en la Germania una cronologia régia desde Moravino, el Fundador, hasta Withigavo, padre de Hermenerico I de Galicia, en que los principes sucedian á sus padres en el trono; es decir, que la practica de sucesion en la familia real, aunque no era una ley de Estado, estaba en el sentimiento nacional de los suevos, mas que en ningun otro pueblo, por lo que monárquicamente considerado, era mas esencialmente espiritualista que los demas.

En la nacionalidad sueva, al morir un rey se volvía naturalmente los ojos al hijo mayor, y si reunia altas prendas guerreras, nadie osaba disputarle la corona, y a falta del hijo mayor, otro principe de la sangre.

Esto pasó precisamente á la muerte de Hermenerico I: y al saberse en Galicia, por los suevos y cálicos que volvian de la Lusitania, la derrota y muerte del rey Hermengario, la nacionalidad suera, herida violentamente pero no estinguida, volvió los ojos á sus hijos Thalarico, Argheberto y Hermenerico, y á su hermano Genserico, el Principe Blanco.

Esta indecision fué del momento: pues cesó al saberse que los tres hijos de Hermengario habian desaparecido de Lugo, sin saber su desconsolada madre donde estaban, absorbiendo la atención general Genserico que se presentó en la corte con sus parciales, entre los que figuraban varios condes y capitanes de valía, y el proscrito Henrico, hermano de Alira.

La desaparicion de los tres hijos de Hermengario se achacaba por Genserico y los de su bando, á que los tres principes temieran la indignación nacional por la gran derrota que sufriera su padre á consecuencia de su molición en Emerita Augusta. El pueblo, lo creyó así, y no se ocupó mas de ellos.

Sola la reina viuda Hildemira, pues la reina madre Nitigia muriera de dolor al saber el trágico fin de su hijo, solo Hildemira, repetimos, no creía que la desaparición de los príncipes fuese por aquel motivo; y lo que creía y aseguraba era que los había hecho desaparecer de la corte el Príncipe Blanco y sus parciales.

Pero los tres príncipes no se manifestaban en parte alguna, y aquellas quejas de Hildemira se perdían en el espacio.

Y mucho más se desvaneció el recuerdo de los tres hijos del rey Hermengario en el pueblo suevo, al saber que el Príncipe Blanco se casaba con la régia viuda sin oposición alguna por parte de ella; no fijando su pensamiento desde entonces sino en su rey Genserico y su reina Hildemira.

La coronación del suevo monarca se llevó á efecto con la misma pompa ceremonial que adoptara su difunto hermano. Dirigióse con todos los grandes dignatarios del Estado al Pico Sacro, y ascendió á la cumbre de la montaña sagrada.

Colocado de rodillas sobre la roca que había en la cima, con la cara

vuelta á su pueblo, que permanecía de pié y cubierto, y con las espadas levantadas, los sacerdotes suevos pusieron la corona sobre su frente.

Entonces el rey Genserico se puso de pié sobre la misma roca, para mostrar que nadie estaba mas alto que él, y desnudó la espada, tremondándola en el espacio.

Al ponerse de pié el nuevo rey, todos los demás se arrojaron por los flancos del Mons Sacro donde se hallaban; y al desnudar su espada, todas las demas se inclinaron con las puntas hacia la tierra.

Luego, los sacerdotes suevos gritaron: *¡gloria al rey Genserico!* y el pueblo se descubrió y respondió con estrepitosos vivas (1).

Concluido este acto, el rey y la corte se volvieron á Lugo, y por disposición de la reina Hildemira se construyó un templo en honor de Balder, dios de la belleza, según la idolatria sueva.

Empezó Genserico su reinado gloriosamente, pues siempre que moría

(1) Los godos tenían otra práctica para proclamar á un rey: lo ponían de pié sobre un escudo, y lo alzaban á un alto, de donde vino la costumbre de decir *alzar por rey*.

un rey los caláicos se sublevaban, creyendo desconcertados á los suevos y Genserico derrotó á los *arrolrevas* (1) en *Aorium* (2), haciendo huir á los montes á su conde Nahario.

La misma suerte del conde Nahario tuvo Montrove, conde de los brigantinos, derrotado en *Brigantium* (3).

Restaba castigar al conde Deza, que se habia sublevado con sus *lemaros*, y se hicieran fuertes en la ciudad de *Dactonium* (4), contra la cual se habia estrellado la fuerza vencedora de Heurico, conde y favorito de Genserico.

El rey reunió doble gente, y se dirigió en persona al cerco de *Dactonium*; pero pasaban los dias, y por mas que combatian los suevos contra

(1) Mariñas de la region hidrográfica de Finsterre á Ortegál.

(2) Hoy villa de Neda, en la ria del Ferrol.

(3) Betanzos, *Brigantium civitas caletiae*. La Coruña tambien se llamó Brigantium, siendo la capital de los brigantinos Betanzos. La Coruña y Betanzos constituian para el caso una misma poblacion, pues La Coruña era el *farum Brigantium*, y Betanzos el *Portum Brigantium*.

(4) Chantada, tambien llamada *Castrum Lertonium*.

la parcialidad caláica de los lemaros, la ciudad no se rendía.

Esto, unido á las nuevas que recibiera de que formáran una liga el conde de los brigantinos y el conde de los arrotrevas, con el conde Deza, alarmó mas y mas al rey.

Como aquella liga de los caudillos caláicos continuase con nuevas adherencias, Genserico conoció que era preciso destruirla de otro modo que con las armas, y sabiendo que el conde Deza tenía una hija, que era un portento de hermosura, comisionó al conde Heurico para que se la pidiese en matrimonio.

El conde Deza era ambicioso como él solo, y deslumbrado con la corona que se le ofrecía para su hija, empezó á enfriar en la liga que formara con otros condes de las parcialidades caláicas.

Para decidirse del todo, le faltaba vencer un obstáculo; y esto le detenía.

Este obstáculo era que Oaria, su hija, estaba enamorada de Acelo, noble y gentil caballero que tenía un castillo en las montañas de Edreira, hácia el nacimiento del Jares.

El conde Deza era tan ambicioso

como torzudo; y deseoso de separar aquel obstáculo, corrió secretamente al castillo del amante de su hija.

Hallabase situado este castillo sobre un lago que aun existe hoy en la cumbre de la elevada montaña que por la parte del Sur corona al lugar de Santa Maria Magdalena de Puente, una de las estribaciones de Peña Trevinca (1), sobre un grupo de pizarra granítica y á la altura perpendicular de noventa kilómetros. Forma este lago ó laguna una gran copa de trescientos kilómetros de circunferencia; y sus aguas, procedentes de los derrames de las colinas inmediatas, al desbordarse de aquel petrográfico y sorprendente vaso, van con su estrepitosa caída formando una brillante cascada que oculta las ramblas del fresno, del roble y del acebo que crece en los flancos (2).

El conde Deza llegó á la torre, y el caballero Acelo, se estaba paseando en la almena...

(1) Montaña la mas alta de Galicia, hácia la raya de Castilla.

(2) Estas aguas, al llegar al llano, toman el nombre del rio Ponte: rio que se confunde en el Jares.

—Tienes un castillo admirable: le dijo su futuro suegro.

—Esta a vuestra disposición, señor, le contestó Aceio.

—¿Qué altura tendrá esta torre sobre el lago? volvió a decir el conde Deza.

—Ya lo veis, señor: es una altura terrible.

—¡Mícala! gritó el conde Deza.

Y empujando con sus hercúleas fuerzas al desculcado amante, lo arrojó al fondo del lago.

Desde entonces se llama aquel sitio el lago Aceio.

El conde Deza volvió a Dactonium, y refirió a su hija que su amante, en un raptó de locura, se había arrojado desde lo mas alto de su torre al lago.

Oaria empezó a llorar.

—No llores--le dijo su padre--pues á falta de un marido caballero, tendrás un marido rey.

La niña detuvo sus lágrimas á estas palabras.

—Como....! no os entiendo! balbuceó con ansiedad.

—Si, Oaria; el rey suevo me pide tu mano.

Desde aquellas palabras, el re-

cuerto del desgraciado caballero Acelo se borró completamente de la memoria de Oaria; y un rayo de ventura irradió en sus ojos.

La hija tenía el mismo corazón ambicioso de su padre.

Pero aun faltaba otro obstáculo que salvar; obstáculo que se ocultaba á la sagaz penetración del inhumano caudillo de los lemanos, y que su hija no pudo menos de revelar.

Oaria se hallaba en estado interesante.

Cuando el conde oyó esto de los labios trémulos de su hija, su primer impulso fué el de echarle las manos al cuello y ahogarla; pero se detuvo repentinamente, porque conoció que aquello tenía remedio.

Mandó á decir al rey que aceptaba sus proposiciones de paz, pero que le dejara cuatro meses de tiempo para reflexionar mejor sobre ellas.

El rey Genserico no deseaba otra cosa que una contestación semejante, porque en este periodo de cuatro meses se descartaría completamente de Hildemira, á quien pensaba repudiar.

Se retiró á Lugo con sus tropas, y una vez sosegado el país por me-

dio de aquel armisticio, se dedicó á toda clase de placeres, á lo que era muy dado en su volubilidad.

El conde Heurico era, por decirlo así, la sombra del rey. No daba el rey un paso que Heurico no siguiera: entre los dos no habia secretos. Para perder á la reina, ambas concertaron un plan terrible.

Habia en la corte un paje sumamente hermoso, que tañia como nadie el *fodor* (1); engañarian al paje para que se acostara al lado de la reina á las cinco de la mañana: cuando ella estuviera mas dormida, y el rey entraria en la cámara con Heurico y demas nobles de servicio, como mostrándose sospechoso de los amores adúlteros de Hildemira con aquel paje, y como por las leyes suevas todo marido que encontrase á su mujer en la cama con otro tenia el derecho de matarlos á ambos, el rey les daría de puñaladas.

En el día y hora prefijado todo estuvo dispuesto.

El rey entró en la cámara de Hildemira, y al ver al paje á su lado en la cama, tiró del puñal y los asesinó.

1. Instrumento parecido á la lira, llamado entonces el *Fodor*, el hilo de oro

Instantáneamente entraron los nobles, prevenidos por Heuricó, y á lo que fué puramente una alevosia, como mas tarde se evidenció, se le dió un colorido tan real de justicia que nadie dudó por aquel tiempo.

Al verse desembarazado Gensericó de Hildemira, volvió los ojos al conde Deza que aun permanecia fortificado en Dactonium, pues ya habia trascurrido el tiempo que acordaran.

El conde Deza, desembarazado ya á su vez de los obstáculos que se oponian al logro de sus ambiciosas miras, presentó su hija al rey suevo; y Oaria ostentó en su frente la corona real de Galicia.

De esta manera, los Dezas, empezaron á poner la mano sobre aquel trono, que mas tarde habian de ahogar en sangre.

Con la estremada belleza de Oaria, la corte se manifestó mas esplendorosa y animada, y mas que con su belleza con su carácter desenvuelto, porque Oaria era tan hermosa como amable.....

Gensericó, cada vez mas enamorado de Oaria, satisfacía con afán el mas leve de sus caprichos; y entre-

gado á las dulzuras de aquella vida de amor y de deleite, se creia el mas feliz de la tierra.

Esta felicidad tenia sus sombras; sombras que se proyectaban á lo lejos y envenenaban su existencia.

Estas sombras eran los hijos de Hermengario, que Genserico tenia encerrados sigilosamente en tres castros, á cargo de capitanes suyos que le eran muy adictos.

Al mayor, Thalarico, lo tenia encerrado en Castro Romean (1), situado á dos leguas de Lugo.

Al segundo, Argheberto, en Castro Magal, muy inmediato.

Y al menor, Hermenerico, en Castro de Ares, castro fundado sobre un monte de Santiago de Ambas Mesas, en la confluencia del rio Lor con el Sil.

Para ahuyentar por siempre estas sombras que lo atemorizaban, el rey Genserico dispuso castigarlas con el mismo puñal con que se desembarazara de Hildemira.

Fingió un viaje para caer de sorpresa en Astorga y corregir los dis-

(1) Parroquia hoy de San Pedro de Castro Romean, donde aun se conserva este castro.

turbios que ocasionaba la guarnicion sueva, y en vez de dirigirse hácia aquella lugar- tenencia, se encaminó á Castro Romean.

En Castro Romean preguntó por el príncipe Thalarico, y el capitán que lo custodiaba le contestó que se hallaba sin novedad en su salud.

Al mismo tiempo que esto preguntaba el rey, un criado atravesaba por delante de él con una gran fuente de plata con viandas.

El rey Genserico preguntó para quien era aquella comida, y el capitán le contesto que para el príncipe Thalarico.

Ocurriósele al rey dejarlo morir de hambre, y mandó retirar la comida, pero no el agua.

En seguida se dirigió hácia la pieza subterránea en que se hallaba el prisionero, y lo vió por una rejilla, alto y robusto que daba gozo.

—Bien—dijo el rey para sí;—veremos mañana.

Al siguiente dia, y á la misma hora, el rey Genserico fué á mirar por la misma rejilla, y el príncipe estaba tan robusto y gallardo como el dia anterior, pero parecia fatiga-

do de hader llamado y golpeado sin que nadie le respondiera.

Al otro dia, y a la misma hora, el rey Genserico fué á mirar por la misma ventanilla, y el príncipe estaba algo pálido y demacrado, y empezaba á morder sus ropas.

Al otro dia, ya ni bebia agua...

Al otro suspiraba con estertor..... y medio se devoraba una mano en el delirio que le engendraba el hambre.

Al otro estaba muerto.

El rey Genserico vió que desde aquel momento nada tenia que hacer en Castro Róman, y se dirigió á Castro Magal.

Cuando preguntó por el príncipe Argheberto, estaba bebiendo agua.

El rey Genserico pensó que así como el príncipe Thalarico habia muerto por no comer nada, el príncipe Argheberto podria morir de la misma manera, privándole absolutamente de beber cosa alguna.

Esto le pareció muy acertado, y ordenó que le arrebataran el jarro de plata en que bebia.

Al siguiente dia fué á mirar como se hallaba de salud el príncipe Argheberto, y tenia el semblante arre-

batado.... encendido como la grana, y parecia echar espuma por la boca.

Al segundo dia mas y mas: apenas comia, y guturaba en vez de hablar.

Al tercero dia parecia que le saltaban los ojos.....

Al cuarto pegaba los labios á la humedad de la pared.....

Al quinto estaba muerto.

El rey Genserico vió que desde aquel momento nada tenia que hacer en Castro Magal, y se dirigió á Castro de Ares.

En Castro de Ares preguntó por el principe Hermenerico, y se lo enseñaron en la pieza subterránea en que se hallaba.

El principe estaba comiendo y bebiendo.

El rey Genserico pensó que asi como el principe Thalarico habia muerto de hambre y el principe Argheberto de sed, bien podria el principe Hermenerico morir de hambre y de sed.

Adhiriéndose completamente á esta idea, mandó que le retiraran viandas y bebidas al principe Hermenerico.

Al siguiente dia fué á ver como se hallaba de salud su gallardo y ger-

til prisionero, y vió con admiracion que estaba cada vez mas lozano, gallardo y gentil.

Volvió al siguiente dia á la misma hora, miró por la rejilla, y vió que el principe Hermenerico se hallaba lo mismo que si no le hubieran privado de nada, cantando alegremente al dios Odin.

Chocó al rey doblemente esto: pero con la esperanza de verlo muerto al siguiente dia, no tomó providencia alguna.

Rayó el siguiente dia, fué el rey á ver al principe, y el principe cada vez mas lozano, cantaba voluptuosamente en honor de las Elfinas y Ondinas (1).

Esto era milagroso.

El Rey Genserico comprendió que en aquello se encerraba algun misterio, y desconfiando del capitan y de los soldados de Castro de Ares, el

(1). Los suevos tenian veneracion á estas bellezas que, segun su mitologia, habitaban en ríos de aguas transparentes y en lagos de ondas azules; bellezas sensibles á las dulzuras del amor, de cuerpo esbelto y gracioso, sin otro adorno que su larga y blonda cabellera, á traves de la cual se adivinaban las formas mas voluptuosas.

mismo quiso estar vigilando al príncipe Hermenérico.

Llegó la noche, y el rey se acostó cerca de la pieza subterránea, casi pegado á la puerta. De esta manera vería la muerte del príncipe al siguiente día...

Pero, pasó la noche, vino la luz del día, corrió el rey á la ventanilla y no oyó canto alguno, ni vió en la pieza al prisionero.

Miró mas, llamó gentes, entraron, miraron... nada! El príncipe no estaba allí.

Pero ¿dónde estaba? ¿como podría huir si el Castro de Ares se hallaba formado sobre una montaña de figura piramidal, que se eleva 600 varas sobre el nivel del Sil?

El rey Genserico creyó volverse loco.

Aterrorizado por aquella desaparición, no hacía mas que registrar las paredes del subterráneo, indagar é inquirir por el país; pero, nada... nada se sabía del príncipe Hermenérico. Los soldados digeron que las Ondinas lo habian arrebatado.

Hubo uno que aseguró que á la media noche lo viera bajar hácia el Sil, en brazos de una Elfina cuyos

ojos brillaban como carbunclos.

Pero el rey, el rey Genserico, dudaba de aquellas fantasias que las creencias theogónicas de sus soldados aplicaban à todo lo maravilloso.

Tal impresion le hizo la desaparicion del principe Hermenerico, que permaneció tres dias enfermo en Castro de Ares.

Cuando salió para Lugo, vio que su viaje para ahuyentar las tres sombras que enlutaban el horizonte de su felicidad, fuera en vano; pues aun cuando viera sucumbir de hambre al principe Thalarico y de sed al principe Argheberto, el principe Hermenerico no habia muerto ni de hambre ni de sed, como él pretendiera, ni, lo que era peor, permanecia encerrado en un castro.

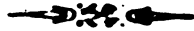
Al llegar à la corte, procuró engolfarse en los placeres sin cuento que le proporcionaba Oaria; pero un dia al entrar en la cámara de la reina, la encontró en los brazos de Heurico, con quien se hallaba en relaciones de amor.

El rey Genserico tiró de su puñal, y avanzó sobre Heurico; pero Heurico, mas valeroso que el rey, le desar-

mó, sujetándolo en el suelo con una rodilla sobre el pecho.

Entonces Henrico, auxiliado por la reina Oaria, hecho al pescuezo del rey Genserico las cordones de oro con que sostenia su espada, y entre los dos lo ahogaron alli mismo.

Acaeció esta muerte en el año 434 de Jesucristo.



V.

Heurico I el Usurpador.

Los historiadores no refieren grandes hechos de estos dos reinados de Genserico y Heurico; así como de otros que tendremos que reseñar.

Bien que desde Idacio que, contemporáneo de los suevos, escribió el *Regnum Suevorum*, hasta hoy, todos los historiadores disienten completamente en la sucesión cronológica de los reyes suevos en Galicia, y en los sucesos de su reinado.

Si á guiarnos fuéramos por Idacio, San Isidoro, Huerta, y demás, nuestra obra sería una *disertación erudita sobre los reyes suevos de Galicia*, cosa que no escribiríamos nunca por carácter ni por pretensiones.

Nuestra obra es, mas bien que hija de los analistas y cronicones antiguos y modernos, publicados ya, hija de las memorias y tradiciones no publicadas aun, que hemos recogido y conservado inéditas para formar hoy este libro, del que cada vez estamos mas orgullosos.

Nuestro trabajo, nuestro mérito, no esta mas que en la forma y nutricion de la obra: su osamenta está en los manuscritos de los padres maestros de un monasterio de Galicia, en donde pasamos dos años de nuestra juventud, tal vez por un decreto de la Providencia, para recoger trabajos histórico arqueológicos que, á no ser por nosotros, hubiera arrasrado el Tambre al Occéano.

Si esto no convence á los eruditos nos es indiferente; pues no por eso dejaremos de dotar á nuestro pais de este libro original y altamente dramático.

¡Los eruditos! ¿Qué quiere decir erudicion en historia, si analizando el Mariana, la obra narrativa tal vez mas verdadera, no encontraremos un hecho que no haya sido refutado por otros historiadores?

Prosigamos, pues, nuestra tarea.

La influencia moral y material del rey Genserico sobre sus vasallos, se debía á la adherencia ciega del conde Heurico al rey.

Hombre de altas prendas militares y políticas, pues nadie le aventajaba en las armas ni en el consejo, el conde Heurico dominaba á los demás condes y capitanes de la época.

Así que, al justificar el que la muerte que diera á Genserico fuera en defensa personal la corte le absolvió, y con la corte el pueblo; ascendiendo incontinentemente á la cumbre de el Mons Sacro, donde se coronó por rey, con la misma pompa ceremonial que Genserico.

Solo la region *Bergium* ó Bergidune (1) se opuso á acatarle como tal proclamando á Hermenerico II; pero Heurico cargó con sus gentes á los sublevados, y los derrotó tan completamente, que por poco hace prisionero al hijo de Hermengario, que los capitaneaba.

En celebracion de esta derrota, Oaria mandó levantar un templo consagrado á Thor, el dios de la fuerza; y pocos dias despues Heurico se casó con la viuda de Genserico.

(1) El Vierzo

Desde que los Deza se sentaban en el trono suevo en la persona de Oaria, las parcialidades caláicas se habian enfrenado tanto en su afán constituyente de sacudir la dominación sueva, que no se hablaba de rebelion alguna por parte de ellos.

Tal vez á esta circunstancia, de gran desenvolvimiento moral en aquella época, se debia esa afinidad, esas condiciones de paz en que vivian suevos y caláicos.

Por otra parte, la politica sueva tendia mas á adherirse que á dominar; pues no imponia al pueblo caláico ni su religion mitológica, ni sus usos y costumbres.

La administracion sueva, como dominacion, era sumamente tolerable. Aquel pueblo, feroz y terrible con los demas, se encarnaba en el nuestro con la mayor dulzura. En una palabra, era por entonces un pueblo huésped, no un pueblo que se imponia y colonizaba con el látigo como el romano.

Esta manera de ser, incondicional, puramente *ad natura*, debia abstraer en un tiempo dado á los dos pueblos de una fusion de sangre y de creencias, altamente provechosa para am-

bos: pues aquella incubacion nueva produjo la Galicia rural de ayer, la Galicia que tanto admiramos aun hoy por sus virtudes cívicas.

El rey Henrique se dedicó á organizar sus gentes no solo para la guerra, sino para la paz. La mitad de su ejército lo dejaba de guarnicion en la corte y los condados, y la otra mitad cultivaba los campos, relevándose unos y otros por años.

La reina Oaria, desenvuelta desde niña, es la gran figura trágica que encontramos en aquel reinado. Se enamoró de un capitán de guardias llamado Wintila, pero por mas que se insinuaba tierna y amorosamente, el suevo evitaba lo posible su encuentro.

Una tarde, que no pudo evitar el encontrarse solo con la reina en los jardines de palacio, ella acosó tanto al jóven capitán, que por mas que este se hacia el indiferente y hasta el simple, su desenvoltura fué azás manifesta, haciéndole entender lo enamorada que se hallaba de él.

Wintila no pudo resistir á los encantos de aquella muger, y Wintila, contra su propósito, fué desde aquel dia el amante de la reina.

Tenia Wintila un amigo, capitan tambien como él, con quien vivia en mucha intimidad; y pesaroso de cuanto le pasaba, le confió aquel terrible secreto.

El amigo de Wintila, deseoso de obtener privanza con el rey, denunció aquellos amores.

El rey Henrico dudaba de la verdad. Le parecia todo aquello una calumnia horrorosa contra Oaria, porque estaba muy enamorado de ella y pidió pruebas.

—Pruebas!— dijo el capitan—venid conmigo, señor.

Y condujo al rey Henrico á los jardines de palacio, en donde encontró cuantas pruebas pudiera desear el esposo mas incrédulo, pues Oaria estrechaba amorosamente entre sus brazos al gallardo capitan.

Al ver el rey á los dos amantes, palideció aterrado.

Despues de recobrase de su sorpresa, mandó arrestarlos y constituirlos en prision.

Aquella noche la pasó el rey Henrico reflexionando sobre el género de muerte que daria á los culpables, pues todos los tormentos le parecian muy poco para castigar sus liviandades.

A la mañana del siguiente día, se presentó al rey Argiovia, joven y bellísima dama, que era hermana del capitán Wintila, suplicando por su vida.

El rey Heurico se enamoró de Argiovia, y perdonó á Wintila; pero á la reina, no.

Aquel mismo día por la mañana, el rey reunió en la plaza de Lugo á los grandes y señores de la corte y casa real, y allí, en su presencia, mandó comparecer á la reina Oaria y que le cortaran los cabellos públicamente, que era la afrenta mas grande que se podía hacer en aquellos tiempos, con lo que la asesinó civilmente.

Después, dispuso el rey Heurico que se despojase á la reina de sus ricos trajes, y cubriéndola con un sayo, la mandó á Dactonium, escoltada por sus guardias.

Cuando Oaria llegó á su casa natal, el conde Deza le cerró la puerta, negándose á reconocerla por hija.

Ni este recibimiento cruel ni la gran afrenta que recibiera en Lugo, quebrantó en nada el ánimo fuerte de aquella nager, tan hermosa como desenvuelta; y no impresionándole

la menor cosa cuanto le hacian, se dirigió á la Limia y volvió á casarse con un caballero caláico enamoradoísimo de sus encantos.

Desde entonces hasta su muerte, la vida de la reina Oaria fue mas licenciosa y mas borrascosa aun que lo habia sido hasta alli. Envenenó á su nuevo marido por otro amante; y de depravacion en depravacion, de locura en locura y de crimen en crimen, no se la llegó á conocer por otro nombre que por el de la reina Loba, nombre que aun ostentan las ruinas de su castillo á través de los siglos que pasaron (I).

Cuando el rey Heurico repudió publicamente y de una manera tan infamante á Oaria, se casó con Argiovita.

Pero Argiovita que, no era tan seductora como Oaria, no llenó completamente el alma de Heurico. Ademas, en sus planes, ó mejor dicho en su politica, entraba por mucho compartir el trono con la hija de un conde caláico, para afianzar de este modo

(I) Dentro del término de la parroquia de Santiago de Cobas, en la Limia, y sobre el cerro Aguir, existen aun los escombros del castillo de Oaria, ó castillo de la reina Loba

la dominacion nueva en el pais.

—Argiovia, le dijo el rey un dia á su esposa, es preciso que nos separemos para siempre; porque es preciso que yo me case con otra si he de continuar en el trono de Galicia. Yo tengo un enemigo formidable en el principe Hermenerico que aspira á la corona de su padre el difunto rey Hermengario; y si bien estoy tranquilo en que no encontrará grandes simpatias entre los condes y capitanes de mi raza, no asi respecto á las que pueda encontrar entre los condes galaicos, siempre prontos á aprovecharse de cualquier trastorno para levantarse en son de independencia. Para evitar estos temores, debo repudiarte y casarme con la hija de un conde del pais. De este modo, la corona de Galicia no vacilará ya en mi frente, porque si los suevos me son adictos, mas me serán los hijos del territorio al ver que comparto el trono con una hija de sus señores naturales, y por consiguiente con ellos.

La reina Argiovia aterrada al oirle, solo le contestó con lágrimas; pues amaba realmente á Heurico.

A Heurico le hicieron gran in

presion aquellas lágrimas, aquella ternura, aquel amor de Argiovia, y solo se contentó con repudiarla como esposa, pero sin retirarle su amistad.

Lo que el rey Heurico preveía, estalló por fin. De la manera que el Vierzo se habia sublevado un dia á instigaciones de Hermenerico, Braga lo aclamaba por rey, adhiriéndose á su causa no solo los caláicos bra-carenses, sino los condes y capitanes nuevos que la dominaban.

El golpe era terrible para Heurico, porque esta vez el hijo de Hermengario no se sublevaba al frente de un condado caláico, sino al frente de la lugar-tenencia mas grande del reino, de las dos lugar-tenencias en que se dividia, que eran Braga y Astorga; pues la region de Lugo que comprendia lo demás, era gobernada por el rey.

Heurico reunió sus gentes y se dirigió hacia Braga; pero en el camino tuvo que retirarse á Lugo, pues la region astúrica, de donde habia sacado tropas, amagaba sublevarse á la vez en nombre de Hermenerico II.

Para conjurar esta nueva tormenta y poder avanzar mas confiada-

niente sobre Braga. el rey Heurico pidió la mano de Gunthara. la hija de Astúrico, conde de los astures.

Astúrico concedió su hija al rey Heurico. y Gunthara sucedió á Argiovia.

Entre tanto Hermenerico avanzaba desde Braga sobre Lugo con un poderoso ejército. ganoso de alcanzar la corona de su padre.

Heurico mandó el suyo á Orense para oponerse á su marcha: se encontraron los dos ejércitos. y el de Heurico fué derrotado, pasándose al de Hermenerico los que se libraran de la muerte.

Mientras acaccieran estos sucesos en Orense. tubiera lugar en Lugo un drama terrible. Gunthara era menos bella que Argiovia. y celosa la reina de la amistad é influencia que su antecesora tenia con el rey Heurico. la mandó asesinar por unos soldados á quienes comprara para esto.

Furioso el rey Heurico por esta muerte. el mismo cojió á Gunthara por los cabellos. la arrastró por su cámara. y con sus hercúleas fuerzas la arrojó á la plaza. donde la estrelló contra las piedras como un soldado á un niño.

Esto consternó á la corte.

Por otra parte, Astúrico avanzaba sobre Lugo en son de venganza por la muerte desastrosa de su hija Gunthara.

Por otra, Hermenerico avanzaba á su vez, derrotando en Orense al ejército que Heurico mandára contra él.

Al mismo tiempo, sabia Heurico que su hermana Alira fuera la que librara á Hermenerico de la muerte que quisiera darle en Castro de Ares Genserico; que su hermana Alira, esclava de la dulce memoria del rey Hermengario, amaba á su hijo Hermenerico con idolatria; y que su hermana Alira, en fin, fuera la que preparara la sublevacion del Vierzo y la de Braga contra él.

Todas estas cosas que se aunaron como para quebrantar el temple de alma de Heurico, lo volvieron loco por el pronto. Ni sabia si esperar al conde Astúrico, y batirlo; ó esperar á Hermenerico, y derrotarlo como en Bergium.

Víctima de esta perplejidad, Heurico se encomendó á Lios-alfar, genio del bien; y obtuvo por lo último, avanzando sobre la línea de proyec-

Cion de ambos ejércitos contrarios, con objeto de batirlos simultáneamente antes que se encontraran.

Al llegar á Santa Maria de Arcos, parroquia situada á seis leguas de Lugo, el rey Heurico encontró al rey Hermenerico II, que lo perseguía desde Orense con sus huestes victoriosas.

El rey Heurico quedó desconcertado al ver que el ejército de Hermenerico era inmensamente superior al suyo en armas, en orden y en número.

La lucha con él era imposible... y Heurico determinó cejar.

Pero cejar era morir; porque perdería la fuerza moral en sus tropas, y se quedaría solo, pues todos sus soldados le abandonarían pasándose al enemigo.

Habían hecho alto los dos ejércitos al distinguirse á lo lejos; y mediaba entre ambos la torre de Arcos (1), torre fundada por Alira, después de la muerte de Hermengario, y torre donde esta dama había tenido oculto á su hijo Hermenerico, al sustraerlo de la prision de Castro de

(1) Aun existen sus murallones.

Ares, cuando intentara matarlo de hambre y sed el rey Genserico.

El rey Heurico, antes de retirarse, quiso ver á su hermana para obligarla á que fuera en favor suyo; pero su hermana se negó á recibirle en su torre.

Entonces el rey Heurico mandó un parlamento al rey Hermenerico pidiendo que el combate entre uno y otro bando, fuera solo un combate particular entre los dos reyes.

Esto le daba un triunfo seguro sobre Hermenerico, y si Hermenerico no aceptaba quedaría por cobarde y por consiguiente desprestigiado entre sus gentes.

Hermenerico no tuvo remedio sino aceptar; aunque aceptar era perder el trono de su padre, y la vida; pues en todo el reino se encontraba un guerrero de tanta pujanza como Heurico.

Se aplazó el combate para el siguiente dia; y al llegar la noche, el rey Heurico se dirigió solo á la torre de Arcos, y forzando una puerta, sorprendió á su hermana en su cámara, y en su lecho.

El primer impulso de Heurico fué echarle las manos á los cabellos; y

era el momento preciso en que la arrancaba de la cama y la suspendia en el aire para batirla contra la pared. Hermenerico que estaba oculto en la misma cámara, le asestó una estocada tan certera debajo del brazo, que el rey tubo que soltar su presa.

La cámara quedó a oscuras con aquellos movimientos de violencia; y Heurico no supo quien le acababa de herir, porque Hermenerico huiera, y huiera Alira, cada uno por su lado, en medio del aturdimiento que los posevera al ver al tigre dentro de su cueva.

La noche era una noche de tempestad.

El rey Heurico renegando de Lios-alfar, genio del bien; se encomendó a Mirk-alfar, genio del mal; y se retiró a su campo donde se puso en cura de aquella herida, que ocultó á los suyos para que no decayeran de ánimo.

Al siguiente dia por la mañana, al rayar la aurora, los soldados de Heurico encontraron el cadáver de Alira en el rio que cerria por aquellos sitios (1).

(1) Hoy llamado rio Elfe; y el lugar Alira Elfe.

La infeliz, loca desde el momento que su hermano la suspendiera en el aire por los cabellos, saliera de la torre, errante por los campos, anegados con el agua que lanzaba la tormenta, hasta que cayendo en el río, se ahogara en las turbias aguas que arrastraba entre la lobreguez de la noche.

El rey Heurico, gozó con la vista del cadáver de su hermana; y animándose para el combate, salió de su tienda en busca de su enemigo.

El rey Hermenerico no tardó en presentarse; y partido el campo, y a la vista de ambos ejércitos, los dos guerreros comenzaron a luchar con brio y ferocidad.

Todas las probabilidades del triunfo estaban en favor del rey Heurico, porque se ignoraba la herida que recibiera la noche antes; pero al ver que el rey Hermenerico le hacia ceder, y que cada vez que Heurico levantaba el brazo para arrojar la clava sobre su enemigo, exalaba un grito de dolor, volviendo á bajarlo en toda su laxitud, unos y otros empezaron á creer firmemente que el dios Odin iba á hacer un milagro en favor del hijo de Hermengario.

En efecto, un golpe de clava asetatado con fuerza sobre la cabeza de Heurico, le deshizo el cráneo, y lo derribó en el suelo anegado en sangre.

Al ver esto los dos ejércitos, uños y otros corrieron á abrazarse, con júbilo; exalando mil y mil gritos de entusiasmo al aclamar á Hermenerico II. rey de Galicia.

Desde este combate empezó á designarse á Hermenerico II. por el rey *Victorioso*.

Heurico no sucumbió aun apesar de sus heridas.

El hijo de Hermengario, mandó que lo curaran con gran esmero, y luego lo pasó por las ciudades de Galicia, con una sogá al cuello, . descalzo.... y los cabellos rasurados...

Aquel bochorno, aquel baldon, aquel escárnio, pudo mas en el ánimo de Heurico que todas las heridas que recibiera, y el coloso y fornido guerrero, renegando de Mirk alfar, genio del mal, como habia renegado de Lios alfar, genio del bien, sucumbió al fin en el año 438, devorado

por la fiebre del desaliento que se
apoderara de él, al verse tan triste-
mente castigado.



VI

Hermenérico II, el Victorioso.

Hermenérico II. ascendió al Pico Sacro, y estableció su corte en Orense.

Los suevos y los caláicos vivían en tan buena amistad, que los últimos preferían mejor su pobreza y su libertad, a la servidumbre rica y cargada de tributos que tuvieran con los romanos; pues aunque estos conquistadores pintaban á Galicia en figura de una mujer con corona de oro en la cabeza y en las manos un va-

so lleno de monedas, tal como la veian por el prisma de su colonizacion, vista por el prisma de la verdad, Galicia solo pudiera pintarse bajo su dominacion como una muger atada de pies y manos con cadenas de oro, cadenas de oro que recogia el suevo al entrar en el pais, dejándola en completa libertad.

En aquellos tiempos no habia unidad administrativa ni unidad religiosa; porque ni habia administracion en el sentido moderno de la palabra, ni habia religion oficial entre las diversas que pugnaban para prevalecer.

Mas tarde la monarquia sueva imprimió ese espíritu de centralizacion en el gobierno, que preparó y robusteció la constitucion civil de Galicia.

Como durante la dominacion sueva, no se reconocian mas que dos grandes necesidades para los pueblos, comer y vestir, y para eso comer lo necesario y vestir puramente para abrigarse, no se daba gran importancia á la administracion nacional, pues eslabonaba al labrador y al soldado esa especie de comunismo fundado en la reciprocidad de condiciones, en la conveniencia de sus trabajos.

En cuanto á la unidad religiosa existia una libertad absoluta de creencias.

El arrianismo aun no habia herido los espíritus como mas tarde; y el priscilianismo y el catolicismo tenían sus prosélitos *ad libitum*, como el mitolocismo romano y el idolocismo suevo. A nadie se imponia un Dios, una religion: cada uno seguia las inspiraciones de su educacion ó de su conciencia, ó de su instinto, ó de su alvedrio.

No obstante esto, en medio de aquel choque de religiones encontradas, el catolicismo se infiltraba mas y mas en las venas del pueblo caláico; y todo cálculo en sus apóstoles ú obispos, lo mismo se apoderaba de la montaña mas inaccesible para fundar un santuario que perpetuara un *milagro*, como abria los átrios de sus templos para celebrar las *ferias*, enlazándose fuerte y ostensiblemente á la vida comercial de los pueblos. De una y otra manera, asi en el órden material, como en el órden moral, el catolicismo se entrañaba en el pais para el presente y el porvenir mas que ninguna otra religion de las que por aquel tiempo luchaban abiertamente.

El priscilianismo, secta religiosa fundada por Prisciliano, hijo de Galicia, y célebre heresiarca de aquella época; secta que adulteraba la esencia espiritual del cristianismo con sus prácticas heterodoxas; el priscilianismo, repetimos, solo tendía por entonces á ahogar groseramente á las clases aventureras, á la poblacion flotante sin arraigo y sin significacion alguna civil en el territorio, sin embargo de apreciar y seguir sus doctrinas algunos preladados de la iglesia.

El mitolocismo romano, herido de muerte con el advenimiento del cristianismo á la misma Roma, y exento el pais de la dominacion colonial de los hijos del Pó y del Tiber desde la irrupcion de los suevos, solo se significaba en los pueblos y en los valles como el resplandor de una gran hoguera que todo lo incendiara; á cuyo resplandor veianse desmoronar las aras y los templos consagrados á Júpiter, á Diana, á Marte, á la Fortuna y á Cesar Augusto sin la mano de un prosélito que los sostuviera, sin vibracion sentimental que los llorara.

El idolicismo suevo no hacía mas

que exteriorizarse suavemente, sin grandes conmociones populares, por que se reducía á manifestaciones materiales de aquella idolatría hija del Norte, sin otra poesía, sin otra espiritualidad que la de tener un genio del bien y otro del mal, síntesis de la filosofía contradictoria de todos los pueblos del mundo. Lios alfar y Mirk alfar; y un dios para cada invocación como Niörd, que era el dios de los mares; Braga, de la poesía; Vali, de los bosques y de la caza; Thor, de la fuerza; Freya, del amor; Urol, de la guerra; Balder, de la belleza; Walkyria, de los frutos, etc., y todos estos genios y dioses venían á ser ángeles del dios Odin, cuyo dios, supremo de aquella raza de dominadores, tenía por muger á Frigga, que era la espresión de toda hermosura, con su correspondiente corte de Elfinas y Ondinas. Esta theogonía del suevo, que no exigía tribulaciones para el alma, ni martirios para el cuerpo; sencilla, compleja y uniforme, hería la imaginación de nuestros caláicos por sus idealizaciones brillantes mas que por su ritual como religion practicada.

El cristianismo, mas severo en sus

manifestaciones, pero mas espléndido en su origen, porque emanaba de la Divinidad; y mas magnifico y social en su fin, porque abolía la esclavitud: el cristianismo, que enseñaba al hombre que su recompensa en la otra vida seria segun sus obras, que el deber nace del derecho que surge de la conciencia; que la caridad era la fraternidad, porque el pobre es nuestro hermano; y que en sus doctrinas tendia á santificar todos los sentimientos purísimos que la razon nos revela en nuestra naturaleza: el cristianismo, en fin, como religion se adhería en espíritu á los buenos caláicos como una magnificencia prometida en otra vida anterior, y que se esperaba en esta con ansiedad por sus fruiciones consoladoras: pero el catolicismo, tal como aparecia entonces, pues pugnaba á imperar por la fuerza segun pretendian sus prelados, esterilizaba sus beneficiosos frutos.

El catolicismo, pues, se manifestaba y se encarnaba en el pais apoderándose del presente é imponiéndose para el porvenir, como hemos consignado antes, porque materialmente, no solo se esterilizaba en la

montaña mas inhabitable, improvisando la ereccion *milagrosa* de una ermita; y moralmente, no solo atraia á los atrios de sus templos los mercados, al contrario de las demas religiones que los proscribian á los piés de sus ídolos; sinó que sus doctrinarios lo mismo abarcaban la choza del harapiento leñador de las soledades como el suntuoso palacio de los reyes, empleando hasta las armas, ávidos, frenéticos, delirantes de proselitismo al impulso de sus inspiraciones piadosas.

De aquí las guerras religiosas que ensangrentaron el reinado de Hermenerico II.

El obispo de Iria Flavia, Dictinio, de acuerdo con el de Orense, Simphosio, intentaran convertir el rey al cristianismo; pero Hermenerico rehusó profesar esta religion por mas que trataban de seducirlo con milagros sorprendentes.

Tenaz el obispo Simphosio en su empresa, no desmayaba en conseguir resultados satisfactorios, y tanto mas cuanto que Flodoana, esposa de Hermenerico II, oia con religioso fervor sus pláticas de dulzura, adhiriéndose de dia en dia á las doctrinas católicas.

Hermenerico II dejaba á la reina en completa libertad de seguir las inspiraciones religiosas de Simphosio y Dictinio. Su pensamiento, sumido en el horizonte inmenso de las contiendas en que se agitaban godos y romanos por un palmo mas ó menos de tierra, consideraba mezquino todo lo que no fuera luchas y conquistas, para lo que habia sido educado como hijo privilegiado de aquellas razas del Norte que todo lo debian al esfuerzo de su brazo mas que al esfuerzo de su inteligencia.

Convertida Flodoana al Cristianismo, recibió el sacramento del bautismo por mano de Simphosio, en la iglesia catedral de Orense (1); y esto, que pareció importarle muy poco al rey, comunicó mas aliento á los obispos de Britonia, Braga, Lemica, Astorga, Lugo, Lamego, Iria y Tuy, pues se dedicaron con mas empeño á convertir á los suevos que á los caláicos.

Pero los suevos, resistian á las sugerencias de los prelados y clérigos

(1) La actual catedral de Orense está fundada sobre la que habia entonces, que como todos los templos de la iniciación cristiana se reducía á arcadas subterráneas.

con la misma indolencia que su rey, y no se convirtió ninguno.

Entonces, los prelados conocieron que era preciso fijarse mas que en nadie en Hermenerico II. pues convertido el rey, la conversion de los vasallos en masa é instantáneamente seria infalible.

Tenian ya un gran punto de apoyo en la reina Flodoana, y empezaron á aprovecharse de esto para que la misma reina conquistara el alma de Hermenerico para Dios, y la arrancara de las profundas tinieblas en que la tenia el demonio de su idolatria.

El rey Hermenerico II oyó el primer día á la reina sonriéndose como quien oye hablar á una niña de juguetes.

Al segundo día lo mismo, besándola y acariciándola como á una niña querida á quien se le oye con gusto hablar de cosas frívolas.

Pero al tercero, fruncio el seño.

—Flodoana le dijo: por mi Dios Odin, que empiezas á fastidiarme con esas cosas que me cuentas, cosas que te imbuyen esos prelados, cosas que tu misma no entiendes, y cosas, que ni yo pudiera entender nunca!

—Oh! Hermenerico, rey mio!-lo dijo la reina, cayendo á sus pies de rodillas por nuestra salvacion, por la de nuestro hijo Rechila, abjura de los errores en que vives, y hazte cristiano como yo!

--Flodoana!-gritó el rey-te prohíbo que me hables de esas cosas!

—¡Oh rey y esposo mio-prosiguió la reina llorando-por cuanto hay en el mundo no dejaré de hacerlo un dia y otro dia, en nombre de el que murió en la cruz por redimirnos del pecado..... Deja tus falsos dioses, que no hay mas que un Dios, todo amor y misericordia, y ese Dios es Jesucristo, el Salvador del mundo!

A la reina apenas la dejaban hablar sus lágrimas.

El rey se compadeció de su tribulacion, sin comprender lo que decian sus labios, y corrió á levantarla del suelo.

Su hijo Rechila, príncipe jóven y gallardo, entró en aquel instante en la cámara de su padre, y de una mirada comprendió cuanto pasaba allí.

La reina Flodoana redobló sus esfuerzos para convertir á los dos, pues si rebelde era el uno, mas rebelde

con la misma indolencia que su rey, y no se convirtió ninguno.

Entonces, los prelados conocieron que era preciso fijarse mas que en nadie en Hermenerico II, pues convertido el rey, la conversion de los vasallos en masa é instantáneamente seria infalible.

Tenian ya un gran punto de apoyo en la reina Flodoana, y empezaron á aprovecharse de esto para que la misma reina conquistara el alma de Hermenerico para Dios, y la arrancara de las profundas tinieblas en que la tenia el demonio de su idolatria.

El rey Hermenerico II oyó el primer día á la reina sonriéndose como quien oye hablar á una niña de juguetes.

Al segundo dia lo mismo, besándola y acariciándola como á una niña querida á quien se le oye con gusto hablar de cosas frívolas.

Pero al tercero, fruncio el seño.

—Flodoana le dijo—por mi Dios Odin, que empiezas á fastidiarme con esas cosas que me cuentas, cosas que te inbuyen esos prelados, cosas que tu misma no entiendes, y cosas, que ni yo pudiera entender nunca!

—Oh! Hermenerico, rey mio!-le dijo la reina, cayendo á sus pies de rodillas-por nuestra salvacion, por la de nuestro hijo Rechila, abjura de los errores en que vives, y hazte cristiano como yo!

--Flodoana!-gritó el rey-te prohíbo que me hables de esas cosas!

—¡Oh rey y esposo mio-prosigalo la reina llorando-por cuanto hay en el mundo no dejaré de hacerlo un dia y otro dia, en nombre de el que murió en la cruz por redimirnos del pecado..... Deja tus falsos dioses, que no hay mas que un Dios. todo amor y misericordia, y ese Dios es Jesucristo, el Salvador del mundo!

A la reina apenas la dejaban hablar sus lágrimas.

El rey se compadeció de su tribulacion, sin comprender lo que decian sus labios, y corrió á levantarla del suelo.

Su hijo Rechila, príncipe jóven y gallardo, entró en aquel instante en la cámara de su padre, y de una mirada comprendió cuanto pasaba allí.

La reina Flodoana redobló sus esfuerzos para convertir á los dos, pues si rebelde era el uno, mas rebelde

se mostraba el otro á sus insinuaciones piadosas.

— ¡Oh Hermenerico! Oh Rechila! Oh, esposo mio! oh, hijo mio, salvaos... salvaos haciéndoos cristianos! repetía la reina sin cesar, tan pronto abrazando y dirigiéndose al uno, tan pronto al otro.

Pero ambos, rey y príncipe, permanecían inmóviles como estatuas cruzados de brazos ante la reina.

Duró esta escena mucho tiempo, sin que la reina hiciera mas que llorar y suplicar, arrastrándose á los pies de su esposo y de su hijo, los cuales permanecían siempre inmóviles como si no entendieran nada de cuanto decía Flodoana, ó la compadecieran por loca.

El rey Hermenerico puso fin á tanta suplica y tanto llanto.

Se adelantó hácia la reina, la cogió los brazos suavemente, y poniendo su rostro frente á su rostro:

— Flodoana-le dijo con voz trémula-escúchame bien, esposa mia: tu estás loca, y yo tengo la culpa, pues te abandoné á merced de esos hombres que han trastornado tu razón con sus ideas religiosas. Diles que hasta aquí he sido sumamente

bueno para ellos y sus doctrinas, porque los toleré; pero que si persisten en robarme el cariño de mi esposa, despues que le han robado el juicio, no dejo un cristiano en Galicia, ni piedra sobre piedra en sus templos!

Y el rey Hermenerico salió rápidamente de la cámara al decir esto.

La reina quedó como aterrada, no tanto por las amenazas del rey como por la voz severa con que las profiriera.

Quiso Flodoana abrazar á su hijo Rechila, suplicándole que le ayudase á convertir á su padre; pero el principe se desprendió de sus brazos y desoyó sus ruegos, saliendo en pos del rey Hermenerico.

Cuando la reina refirió to- lo esto á Simphosio y á Dictinio, estos desanimaron de su empeño.

Pero, poniéndose de acuerdo con los demas prelados, convinieron en que la reina continuase instigando al rey para convertirlo al cristianismo, mientras ellos sublevaban los condados caláicos bajo el estandarte de la cruz, y con esto obligaban mas su conversion.

Las nubes que se proyectaban so-

bre el solio de Hermenerico, no tardaron en dibujarse mas vigorosa y ostensiblemente, pues á los ruegos y á las lágrimas de Flodoana, se unieron nuevas de desastres terribles contra la idolatria de los suevos.

La region de los Tamaganos, Bíbalos y Límicos fué la primera en sublevarse contra la idolatria de los suevos, haciendo pedazos sus dioses.

Los pueblos tamaganos ocupaban el territorio que fertiliza con sus aguas el rio Tamaga: su capital, Tamaga, es hoy la villa de Monterrey.

Los pueblos bíbalos se hallaban cerca de Santa Maria de Medeiros, orillas del riachuelo llamado Bibalo, que uace en las faldas orientales: cerca de esta parroquia se descubren los vestigios y trozos de muralla, que indican haber existido allí un pueblo muy considerable, denominado segun tradicion *Forum Bibalorum*, cuyos habitantes contribuyeron á la construccion del puente de Chaves en tiempo de los emperadores romanos Galba y Trajano.

Y los paebllos límicos comprendian todo el territorio conocido hoy por la Limia; el monte Laboreiro que los

romanos llamaban Leporario, cerca del cual se ven aun las ruinas de una gran ciudad que los naturales llaman Castro Mago; y la villa de Allariz, entonces ciudad de Araduca.

El rey Hermenerico corrió á sofocar la rebelion y castigar los caudillos, pero se habian hecho fuertes en la sierra de San Mamed.

Quiso cercarlos y darles una batalla como á las fieras; pero recibió la nueva de que los yernos que ocupaban desde la villa de Mugia á la de Vimianzo, por la costa Oeste de Galicia, se habian sublevado á su vez derribando los templos suevos; así como los célticos, que ocupaban el lado occidental del cabo de Finis-terre, cuya capital era la gran ciudad de Duyo, hoy pobre aldeas orillas del Occéano.

El rey Hermenerico II, á pesar de estas sublevaciones religiosas, respetó los templos cristianos, y solo se cifó á reprimirlas.

Mandó á su hijo Rechila á la costa Oeste de Galicia con grueso ejército, y él se replegó á Orense desde donde destacaba condes y capitanes á los puntos sublevados.

Como el clero católico alentaba á

los naturales á la lucha y esta no podia hacerse sino en detall, la des-ventaja era para los suevos, pues tenían que esparramarse por las montañas, donde los caláicos los diez- maban aprovechándose de su sueño y de sus penalidades en los desfila- deros inaccesibles.

La guerra se hizo aun mas ge- neral.

Todos los condados caláicos si- guieron la bandera de los tamaga- nos, bíbalos, limicos, yernos y cél- ticos, y el rey Hermenerico tuvo que tomar la defensiva, porque por todas partes acuchillaban los caláicos á los suevos, impulsados por el espíritu religioso que les inspiraba el clero.

Mientras Hermenerico, habia op- tado por la defensiva, con el pensa- miento fijo en las dos grandes lugar- tenencias Braga y Astorga, y ope- rando desde Orense á Lugo sin en- sañarse contra los que asesinaban sus soldados, su hijo Rechila, ine- nos prudente, incendiaba ciudades populosas como Lámbrica, (1) Duyo, Iria Flavia y *Vie hostium* (2) capital de los caepores.

(1) En la desembocadura del rio Fambre, entre el Ferrol y Betanzos.

(2) Carril, desembocadura del Ulla.

El sistema de Rechila dió resultados maravillosos. No hubo ciudad que no se le sometiese despues de haber incendiado aquellas, y la religion católica que tendia á imponerse á los suevos por medio de las clavas y de las flechas, tuvo que replegarse á las montañas mas ignoradas, impotente por la fuerza de las armas.

Tras tanta lucha desastrosa, el pais entró por fin en un período de paz, conviniendo el alto clero con el rey Hermenerico II, en vivir fraternalmente todos, tolerándose recíprocamente sus respectivas religiones.

Por este tiempo Theodoredó, rey de los godos, deseando abatir á los romanos, temeroso de la paz que habian hecho con los vándalos, y de la concentracion de sus legiones en Occidente, solicitó la alianza de Hermenerico II de los suevos, por medio de su embajador Trasimundo.

Noticioso de esto Aecio, envió á su vez al conde Censorio y á Fresímeno, solicitando de Hermenerico que no alterase la paz que hasta allí habian tenido suevos y romanos.

Reuniéronse los embajadores go-

dos y romanos á la vez en el palacio real de los suevos en Orense, y Hermenerico II los recibió delante de su corte.

Habló primero el embajador godo Trasimundo, y en nombre de su rey Theodoredó pidió á Hermenerico el apoyo de los suevos para contrarrestar la omnipotencia que iban tomando las armas romanas: invocó el origen del pueblo godo y el pueblo suevo, que juntos habian venido del Norte sobre el Mediodia, y que el romano, ganoso siempre de sacudir el yugo de ambos, hoy buscaba al suevo para abatir al godo, y mañana no buscaria á nadie para abatir al suevo, porque bastaria por sí solo.

Poderosas fueron estas razones para Rechila y todos los grandes de lo corte, pero no así para el rey Hermenerico que pareció acogerlas con indolencia.

En seguida habló el conde Censorio en nombre de Aecio, general de los romanos, y recordó á Hermenerico II el gran servicio que el imperio prestara á Hermenerico I cuando los vándalos lo tenían cercado en los montes del Cebrero....

Rechila, príncipe muy altivo y fo-

goso, no pudo contenerse, é interrumpió al embajador, diciendo:

—Y bien, servicio por servicio. Si vosotros amparasteis á mi visabuelo Hermenerico I contra el vándalo, mi abuelo Hermengario os amparó á su vez contra el mismo enemigo cuando iba á caer sobre vuestras legiones de Africa!

—Príncipe Rechila;--gritó Hermenerico II--delante de vuestro rey y de vuestro padre, no debeis interrumpir á nadie que venga á pedirle ayuda.

—Padre y rey—contestó Rechila—entre el godo y el romano que llaman á vuestra puerta, el primero es el primero.

—Por el dios Odin!--gritó Hermenerico á sus grandes--llevad de ahí á ese inozo ó no respondo de mí cuando se me falta al respeto!

--Bien, señor--contestó el príncipe--id en favor del romano cuando queráis, pero no seré yo quien oponga el gato enfurecido, que conquistamos á los alanos, á la osa (1) de los godos cuando va á caer sobre ella el águila del romano.

(1) Signo ó blasón de los godos.

Y salió de la cámara altivamente. Hermenerico despidió en seguida al embajador godo, y prometió su ayuda al romano.

Los condes y los grandes murmuraron; comieron junto á Rechila, vituperando la decision de su padre, y Rechila, rechazándolos ásperamente, tornó á los brazos de Hermenerico II, y le pidió perdon del desacato que cometiera.

El rey godo Theodoredó no desmayó por el desaire que le hacia el rey suero, y agolpando sus huestes sobre los romanos, los destruyó fatalmente en Narbona.

Apesar de la conciliacion entablada entre el clero católico y la monarquía sueva, los prelados no dejaban de platicar con la reina Flodoana para que redujera al rey al cristianismo, si bien con menos insistencia que antes.

La reina Flodoana, cada vez mas feliz practicando la religion cristiana, llegó á tomar horror á vivir con su esposo, y fundando una abadía á dos y media leguas de Orense, sobre una eminencia pintoresca de la parroquia de San Ciprian de Las, se re-

tiró á aquella casa de Dios á hacer vida penitente. (1)

El rey Hermenerico II que la adoraba en extremo, enfermó desde entonces, apoderándose de él una melancolía que le hacia detestable la existencia; castigo del cielo, segun nuestras Lotas, por no haber seguido las inspiraciones religiosas de su esposa.

Desconsolado en su abandono, y sin fuerzas para retener á su lado á una esposa que tanto amaba, y sin alma para apreciar los divinos misterios del cristianismo, reunió á los condes y capitanes de su reino año 441 y diigiéndose al Pico Sagro, renunció en su hijo Rechila la corona de Galicia, puestos ambos sobre la roca mas alta de la montaña sagrada,

(1) Sobre los restos de aquella abadía, que existió hasta el siglo IX, se erigió una ermita dedicada á San Torcuato, y en ella se ven vestigios de las murallas de la primitiva fundacion, con sus pozos, así como piedras sepulcrales con inscripciones borradas.

VII.

Rebula I, el Glorioso.

Salgamos de Galicia por un instante: lancémonos en espíritu entre los restos de estatuas, trozos de columnas, y ruinas de templos de la antigua Emérita Augusta, y toquemos con nuestra varita mágica en una de esas losas sepulcrales cuyas inscripciones ha borrado el aliento de quince siglos.

Los escombros hacinados se entrechocan sordamente á nuestra voz, y la figura de un rey, fundido para la guerra, surge entre los fragmentos de mosaico, con el pelo en cresta sobre la frente, y lo demás de su negra y abundante cabellera magestuosamente tendida sobre la espal-

da: no ostenta vestiduras de telas preciosísimas de oro como los reyes godos: su ropage es corto y bien apretado al cuerpo, con las mangas tan escasas que dejan desnudos la mitad de sus nervudos brazos: su cosclete es de finísimo metal templado en las orillas del Cabe; cuelga de su hombro derecho una espada ricamente guarnecida de plata y marfil, y sobre su sien indómita y altiva, irradia la corona de Galicia.

¡Plaza á Rechila I'

Cuando recibió esa corona de manos de su padre en la cumbre del Mons Sacro; gallardo, ardiente y belicoso como el solo: pareció ahogarse en el estrecho ámbito de su reino, que limitaba el Duero.

Su respiracion, anhelaba mas espacio: su espada inmortal, nuevos é inmensos horizontes.

Nacido en las orillas del Miño, rio caudaloso sin salir de Galicia, él, por el contrario, queria inundar á toda España con ondas armipotentes de suevos y caláicos, ondas de soldados que todo lo invadieran y lo arrollaran al impulso que les comunicara su palpitante fogosidad.

Rechila I reunió todo su ejército

en Lugo, lo revistó, lo abasteció y lo armó bien para la guerra; y distribuyendo una tercera parte para guarnecer las dos grandes lugar-tenencias de Braga y Astorga y los condados intermedios, parte del ejército que equivalía á nuestras reservas militares de hoy, porque formaban el nervio de las levás de aquellos tiempos; Rechila se dirigió con las otras dos terceras partes desde Lugo á Orense y desde Orense á Braga, donde hizo alto unos dias.

Luego, como obedeciendo al instinto que lo impelia á la guerra y á la gloria, Rechila se lanzó semejante el rayo devastador, al otro lado del Duero, cual un tiempo su abuelo Hermengario; y de batalla en batalla y de victoria en victoria, taló, conquistó y ocupó la Lusitania, excepto la ciudad de Mérida; y avanzó con gran ímpetu y fortuna hasta la Andalucía.

Andevoto, general romano, gobernaba entonces las provincias del imperio en España; y sorprendido y alarmado por aquella irrupción de Rechila, convocó instantáneamente sus legiones y salió hácia Andalu-

cia para recobrarla ú oponerse al torrente del conquistador:

En las orillas del Genil, se encontraron los dos ejércitos, ambos muy numerosos.

Hallábanse los romanos acampados en Singilia, hoy despoblado á una legua O. de Antequera; y Rechila, lo mismo fué encontrarlos en esta ciudad, lanzó sus escuadrones sobre ella, y detrás el grueso de sus flecheros.

Los romanos que no quisieron ser menos en la acometida, salieron al encuentro de los suevos y caláicos; pero tuvieron que replegarse á la ciudad y de la ciudad á la ciudadela, con gran pérdida.

Rechila ordenó el asalto, lanzándose él á la cabeza de sus guerreros; y dando muerte al mismo Anderoto, clavó el estandarte del *gato enfurecido* sobre el del *aguija* del emperador Valentiniano, aciendo mas de quin-ce mil prisioneros sobre un campo sembrados de cadáveres.

Esta victoria, de las mas grandes que lograron suevos y caláicos, hizo á Rechila dueño de todas las ciudades por donde pasaba, descansando en Andalucia con su ejército, que

iba cargado de inmensas riquezas de oro y plata, tomadas al indolente romano en el saqueo de Singilia, poblacion que quedó medio destruida.

Al emperador Valentiniano le impresionó estremadamente este desastre, que no podia vengar por que sus ejércitos luchaban á la vez en las Galias contra el godo, y en Africa contra el vándalo.

Rechila l, radiante de gloria, salió de Andalucia, y volviendo á la Lusitania se dirigió á Mérida, que con Sevilla eran las grandes ciudades que le faltaban por conquistar para dominar toda la religion occidental de España, desde el cabo de Peñas en Asturias, hasta mas allá del estrecho de Gibraltar, en el Méditerráneo.

Estableció el cerco de Mérida, y á los pocos dias, viendo sus moradores que el emperador Valentiniano no podia socorrerlos, se rindieron á discreccion.

Orgulloso Rechila por la gloria de dominar la Lusitania desde Mérida, quiso tener la corte en esta ciudad; é invitó á su enfermo padre Hermerico, á su madre Flodoana y á su

esposa Aldamunda, á que concurríen desde Orense.

Hermenerico II fué á Mérida, pero Flodoana y Aldamunda se quedaron en la abadia de San Ciprian de Las, entregadas á los misterios del cristianismo, pues Flodoana habia conseguido convertir á su yerna Aldamunda.

Rechila se mostró indiferente á esto, y tanto mas cuanto que desde el asalto de Singilia se habia enamorado de una singiliana, á quien los suevos llamaban en su idioma *Ar-arente*, que queria decir *Flor de aire*.

Llamaban á aquella beldad *Flor de aire* porque sobre ser estremadamente bella, delicada y sensible, era tan esbelta y tan leve en su planta, que cuando andaba parecia mas bien que se deslizaba sutilmente como una ondina alada.

Rechila estaba, pues, enamorado de *Ar-arente*; pero no podia manifestarlo por que *Ar-arente* amaba purisimamente á uno de los hijos de Rechila, el príncipe Renerico, su hijo mayor, que con el menor, Rechiaro, le seguian en la guerra.

Renerico habia salvado á *Ar-arente* de la furia y liviandad de sus

soldados en el saco de la ciudadela de Singilia, y ella enamorada y agradecida, habiendo perdido á sus padres en la lucha, seguia al príncipe suegro caláico sin mas trato entre ambos que un amor casto y tiernísimo.

Rechila, como su abuelo Hermengario, se entregó en Mérida á las dulzuras de la vida de rey en una ciudad suntuosa, pero entre sus voluptuosidades echaba siempre de menos para sí el amor que Ar-arente tenia á su hijo mayor Renerico.

Rechila quiso tantear una vez hasta donde podria deslumbrar á Ar-arente su aureola de monarca, como si tratara de poner á prueba el amor que le tenia á su hijo Renerico; pues hallándose á solas con aquella belleza de las poéticas márgenes del Genil, la atrajo hácia sí y la abrazó y la besó dulce y cariñosamente.

Ar-arente, como si la abrazara y la besara un padre, correspondió con otro abrazo y otro beso al rey.

Entonces á Rechila le pasó como una nube resplandeciente por los ojos; sus sentidos vibraron de deleite, y quiso empañar con su aliento el limpio color de aquella flor delicadísima.

Pero Ar-arente retrocedió aterra-da, y huyó de la cámara del rey.

Rechila dominó su impresion de disgusto, y dejó pasar algunos dias para observar en su hijo Renerico si Ar-arente le revelara aquella imprudencia de su amor carnal.

Ar-arente, no quiso lastimar el alma del principe Renerico, y no le dijo nada; pero se estremecia de terror cada vez que sus ojos encontraban un rayo de luz de los del rey.

El rey se decidió á arrostrar el todo por el todo, porque el deseo es ciego como el amor y toda pasion desordenada; y una noche, á horas muy avanzadas, mandó que arrebatasen á Ar-arente de su lecho sigilosamente, y la condugeran á su cámara.

Pocos momentos despues de esta determinacion cautelosa de Rechila, el principe Renerico que dormia cerca de la cámara del rey su padre, en el piso alto del palacio, sintió voces lastimosas en ella que le parecian de Ar-arente.

La noche era una de esas deliciosas noches de verano, que se ven bajo el cielo de nacar y ópalo de Estremadura.

Levantóse el principe y se acercó á una ventana, que daba frente al balcon de la cámara de su padre, y no le quedó duda de que la voz era de Ar-arente; comprendiendo en un momento cuanto pasaba.

Rápidamente, en alas de su amor, tomó su daga en los dientes como un marino que se lanza al abordage, y subiéndose á la ventana, gritó:

--¡A mi, Rechiario!

Y se arrojó sobre el balcon como habia hecho otras veces, haciendo ejercicios gimnásticos con su hermano.

Pero en el salto, fuese por la precipitacion con que se lanzara ó por el temor de lo que iba á hacer contra el autor de sus dias, le saltó pié y se estrelló en el balcon que era de piedra labrada, y á modo de azotea.

A las voces y al ruido, los de la casa real se pusieron en vela: el mismo rey abrió el balcon temeroso de alguna desgracia, y retrocedió espantado.

Aquel cadáver de su hijo, allí tendido y ensangrentado, era una protesta á los cielos contra su impiedad de rey y de padre.

La noche, fue una noche completa

de llanto. Ar-arente, olvidándose de su afrenta ante lo que veía en el balcón, no cesaba de llorar, abrazada al cadáver del príncipe, que disputaban á la vez su hermano Rechiarino y su abuelo Hermenerico.

Solo su padre, solo Rechila, no podia soportar su vista; y horrorizado de aquella desgracia que él habia provocado indirectamente, huyó á habitar otro palacio, donde nada le recordara tal catástrofe.

Al siguiente dia, después de enterar al príncipe Renerico, Rechila preguntó que se hiciera de Ar-arente, y le contestaron que huiera hacia Sevilla, á ampararse del obispo Sabino, como católica que era, contra las acechanzas que él pudiera tenderle.

Rechila I pensó entonces en sacudir su molicia, y conquistar á Sevilla.

Tanto mas deseó volver á su actualidad de conquistador, cuanto que habiendo muerto su padre Hermenerico año 441, á los pocos dias del desgraciado fin del príncipe Renerico, se le hacia insoportable su permanencia en Mérida.

Al otro dia de asistir á los fune-

rales de su padre, reunió sus gentes de guerra, y dejando buena guarnicion en su lugar-tenencia de Lusitania, Mérida, entró en la Bética y puso sitio á Sevilla, que era la capital, y cabeza de toda España.

Los sevillanos resistieron algunos dias, pero Rechila ordenó el asalto á sangre y fuego, antes de consumarse y se rindieron á los suevos.

El primero cuidado de Rechila tan pronto penetró en Sevilla, fué el de obligar al obispo Sabino que le presentase á Ar-arente.

El obispo se negó á satisfacer su afan, ocultando á la doncella; y Rechila I lo desterró, obligando á los sevillanos á que en su lugar tomasen por obispo á Epifanio.

En Sevilla estableció la capital de su lugar-tenencia de la Bética, y devorado por la sed de la conquista, entró valerosamente en Cartago la Nueva, aterrando á sus dominadores.

Viendose los romanos impotentes para contrarrestar el ardiente espíritu del glorioso monarca suevo, el general Aecio envió al conde Censorio de embajador para que ajustase la paz, aunque fuese desventajosa

para el imperio, pues solo así podrian detener á Rechila en su carrera de triunfos.

Rechila I desestimó á Censorio y sus proposiciones de paz.

Por este tiempo se vió en Galicia un cometa, que dió origen á mil predicciones por parte de las viejas hislanderas y aureanas, anunciando las mas que el *gato enfurecido* iba á ser devorado por un *dragon con alas*.

Al poco tiempo, los priscilianistas hicieron grandes prosélitos en los pueblos de Galicia, y los obispos católicos se estremecieron en sus sillas al ver como cundia la desercion en las filas de la iglesia.

Mientras Rechila ensanchaba fabulosamente los límites de Galicia, en el interior empezaron los disturbios, ensañándose terriblemente los católicos y los priscilianistas unos contra otros.

Acababa Rechila I de conquistar la provincia cartaginesa, venciendo á los romanos y á los godos, y noticioso de estos disturbios, revolvió con sus gentes á Galicia.

Santo Toribio, obispo de Astorga, presentóse al Rey, y le pidió permiso para celebrar un concilio, autori-

zado como estaba para ello por el papa Leon I, llamado el Magno, con objeto de confundir á los priscilianistas que traian alborotado el pais.

Rechila I accedió á la peticion del Santo, tratándolo con deferencia.

Satisfecho Santo Toribio de su cortesía, y de las atenciones que con él usara, escribió un exorto á los obispos galaicos y lusitanos que no fueran priscilianistas.

Reuniéronse los prelados en Cella, municipio situado á dos leguas de Lugo (1): en cuyo punto celebraron concilio: concilio que unos llamaron celenense por el municipio, y otros Lucense por la diócesis.

No asistieron á este concilio, año 444, mas que los siguientes obispos católicos, porque los demas del reino suevo eran priscilianistas.

Ceponio, obispo de *Bracara*, Braga.

Antonino, de *Emerita Augusta*, Mérida.

Idacio, de Lanego.

(1) Hoy, Santa Maria de Cella: Ocellun, en tiempo de los romanos. Se halla este pueblo deliciosamente situado orillas del Miño, y pertenece al ayuntamiento de Otero de Rey, del que dista un cuarto de legua.

Simphosio, de *Auria*, Orense.

Agrestio, de *Lucus Augusti*, Lugo.

Dictinio, de *Iria Flavia*, Padron.

Enorio, de *Tude*, Tuy.

Siagrio, de *Limica*, capital de la Limia.

Ortigio, de *Britonia*, Mondoñedo.

Santo Toribio, de *Astúrica*, Astorga.

El concilio celenense presidido por este último prelado, que procuraba a todo trance la exaltacion de sus doctrinas ortodoxas, dió por resultado una organizacion mas compacta en el clero católico, para contrarrestar la perniciosa influencia del clero priscilianista, el cual desistió de adquirir mas prosélitos al ver la actitud que aquel tomara para desarraigat del ánimo de los buenos caláicos los errores que infundiera. — Al efecto, los católicos, en aquel concilio, primero que hubo en Galicia, escribieron una regla de la fé, dividida en varios capítulos; y entre otras cosas importantísimas, como los priscilianistas negaban la natividad, muerte y resurreccion de Jesucristo, y la existencia de su cuerpo en el Sacramento, determinaron que este, se hallase día y noche de manifiesto en el

altar de la catedral de Lugo, práctica religiosa que aun hoy se sigue.

Con la preponderancia que tomó el catolicismo sobre el priscilianismo, el país se tranquilizó muchísimo; y entonces Rechila I, activo y emprendedor hasta la muerte, enemigo en fin de descansar sino sobre las ciudades que conquistaba, volvió á romper los límites de los romanos, contra quienes parecia mas animado á luchar.

Viendo el emperador Valentiniano cuan victorioso continuaba Rechila I, de asedio en asedio y de batalla en batalla, le mandó directamente un embajador, que como al de Aecio, el rey suevo no quiso oír.

Irritado el emperador romano de la arrogancia de Rechila I, hizo alianza con los godos y francos, y formando un ejército formidable de gente compuesta de las tres naciones, dió el mando al general Avito que entró por España soberviamente en busca de las huestes suevo-caláicas.

Rechila I no desalentó por esto. Al contrario, organizó mejor sus escuadrones, y á su vez se lanzó á detener su empuje.

Hallaronse ambos ejércitos en **Castilla la Vieja**, en tierra de Campos.

La tierra de Campos, que correspondia á la region vacea, estaba entonces muy poblada: pues tenia cerca de cuarenta ciudades, reflejadas hoy en los siguientes pueblos: **Antilla del Pino, Ampudia, Grijota, Paradilla, Pedraza, Revilla, Santa Cecilia de Alcor, Mormojon, Voloria, Villalumbrales, Villamartin, Abarca, Antillo, Boada, Capillas, Frechilla, Fuentes de D. Berinudo, Guaza, Mazariégos, Meneses, Paredes de Nava, Vaquerin, Belmonte, Villada, Villerias, Villarramiel, Moralinós, San Martin de la Fuente, Terradillos, Gatón, Herrin, Villafrades, Montealegre y Palacios.**

Los aliados, al mando del general **Avito**, ocupaban estos pueblos de la tierra de Campos cuando se avistaron los dos ejércitos enemigos.

Aquel general romano, al ver llegar las huestes del rey suevo que iban á su encuentro, reunió todas sus gentes en señal de dar la batalla: colocó á los godos en el ala derecha, los francos en el ala izquierda, y él con los romanos formó el centro de ataque.

Rechila I colocò á los suyos en esta forma: lusitanos y suevos, á las órdenes de su hijo Rechiario, en el ala derecha, frente á los francos; béticos y suevos, á las órdenes del general suevo Masila, en el ala izquierda, frente á los godos; y él con los caláicos y suevos formó el centro, frente á los romanos.

Los aliados dieron la señal de arremetida cargando furiosamente con sus dos alas de godos y francos, que hicieron retroceder á los lusitanos y suevos, y á los béticos y suevos, perdiendo la vida el general suevo Masila.

Rechila I cargó á su vez sobre los romanos, y estos retrocedieron á su empuje; de modo que al paso que cejaban las alas del ejército suevo, su centro hacia una carnicería horrosa sobre el centro enemigo, poniéndolo en dispersion.

Al ver el gran descalabro de los romanos, los godos y los francos retrocedieron en su amparo; y esto decidió el éxito de la batalla, pues rehechos los lusitanos y béticos al mando del príncipe Rechiario y el general suevo Ayulpho, que reemplazó á Masila, derrotaron tan com-

pletamente á los aliados que huyeron á la desvandada sin que nada fuera posible contenerlos.

Declaróse el triunfo por los suevos; y aprovechándose de él, ocuparon militarmente todas las ciudades de aquella region, conocida hoy por tierra de Campos, y que desde aquella gloriosa jornada quedó incorporada á la corona de Galicia.

El general Avito se amparó en Toledo, y allí rehizo los restos de su gran ejército de romanos, godos y francos.

Rechila I, infatigable siempre, se lanzó en su persecucion, lo bate victoriosamente, ocupando la ciudad; y ensanchó tanto y tanto con esto los limites del reino de Galicia, que ya no era posible tener la corte en Lugo, Orense y Braga como antes, sino en Mérida, con dos grandes lugartenencias, una en Sevilla, que dió al general Ayulpho, y otra en Toledo, que dió al general Riciliano.

Rechila I, cubierto de gloria, sin haber perdido una sola batalla de cuantas habia dado, se retiró á Mérida con su hijo Rechiario.

Una noche, al visitar el sepulcro

de su desgraciado hijo el príncipe Renerico, por inspiracion tal vez del cielo, se asombró de ver sobre las losas el bulto de una muger: fué á reconocerlo, y al clavar los ojos en el rostro de la moribunda, exaló un grito de terror temblando de los piés á la cabeza.

Aquel cádáver..... caliente, casi palpitante aun: aquellos brazos que se enlazaban fuertemente á la tumba del príncipe Renerico: aquellos lábios cárdenos que no se despegaban de las losas funerarias, eran los de Ar-arente, Flor del aire.

Hizo tal impresion aquellaagonia de amor en el espíritu de Rechila I, que desde aquella noche acinga cayó en una melancolía fatal.

Por aquel tiempo los romanos hostilizaron á los suevos, con ánimo de recuperar parte de lo que estos les conquistaran; y Rechila I, que á la menor señal de guerra se lanzaba á ella antes como el pez al agua, hizo la paz con Valentiniano, devolviendo la provincia de Cartagena con la Carpentania, como si todo le empezara á ser indiferente.

Al poco tiempo--448--Rechila I murió en Mérida, perseverando siem-

pre en ser idólatra y en conservar los ritos de la gentilidad, sin embargo de las instigaciones de su madre Flodoana y de su esposa Aldamunda.

El reinado de este esforzado hijo de las orillas del Miño, fué el mas glorioso de la monarquía caláica.

Dejemos, pues, descansar á este gran rey en su tumba, bajo su esplendente aureola de conquistador. Restos de estátuas, trozos de columnas, ruinas de templos, fragmentos de mosaico de la antigua *Eméríta Augusta*, volved á caer sobre su elevada figura, terror un dia del orgulloso romano.

VIII.

Rechiario, el Católico.

Rechiario fué aclamado por rey de Galicia, y se dirigió al Pico Sagro á coronarse por mano de su madre Aldamunda.

Rechiario habia nacido en *Turri-Augusti*, pueblo que habia en la desembocadura del Ulla en la ría de Arosa, en donde L. Sexto Apuleyo levantó unas aras en honor de Augusto, conocidas hoy por Torres Doeste, únicos restos que quedan de su pasado, así como las ruinas de una ermita consagrada al apóstol Santiago.

Al descender Rechiario del Pico Sagro y fijarse en Orense, no se no-

to movimiento alguno entre los eclesiásticos, hostil al nuevo rey: ningún condado se sublevó con tal ó cual motivo, según tenían costumbre: pero en cambio, el alto clero católico se agolpó á la corte, y con el apoyo de Aldamunda, madre del rey, empezaron á instar á este para que abjurase de su idolatría y se convirtiese al cristianismo.

Tanto y tanto insistían día y noche en sus persuaciones piadosas, que Rechiario no sabía como desembarazarse de su madre y de los obispos.

Un día, á la caída de la tarde, hallándose el rey asomado á un balcón de su palacio, rodeado de los grandes del reino que llenaban el salón á que correspondía el mirador, presentósele por quincuagesima vez su madre Aldamunda y los prelados que asistieran al concilio de Ceta.

Su madre venía afligida como una Dolorosa.

Los obispos que la seguían, venían con el rostro compungido y las manos plegadas sobre el pecho, en actitud suplicante.

Rechiario conoció el objeto de aquella visita, y dejó hablar á Aldamunda.

--Hijo mio--le dijo la reina madre--hoy he tenido un sueño en que la Virgen Maria, madre de Dios, se me apareció entre nubes de oro y de plata, radiante de luz y amor.--Al-damunda- me dijo--no desconfíes de convertir á tu hijo al cristianismo: es bueno, y te escuchará; es bueno, y se persuadirá de lo que le dirás en mi nombre: es bueno, y vendrá á mi. Dile que si abjura de sus falsos dioses, y adora al Dios único y verdadero, al Dios trino y uno, su reinado será tan floreciente que no habrá rey ni pueblo que no domine desde su trono cálico.

La reina madre se detuvo al llegar aquí.

Conocía el corazón de su hijo, conquistador como su padre, y la profecía debía alhagar sus ambiciones de gloria.

En efecto, Rechiario pareció conmoverse.

Pero dominó su impresión repentinamente, y volviendo con suavidad la espalda á su madre, como para que no hablase mas de conversiones religiosas:

—Madre y señora mia--murmuró--ame al Dios Odin ó al Dios de esos

cristianos que vienen con vos, estad tranquila sobre la gloria de mi reinado, porque Frigga tambien me ha pronosticado en sueños que seria tanta que oscureceria la de mi buen padre, si continuaba adorándola. Y esto me lo dijo tambien, apareciéndoseme entre nubes de oro y de plata, radiante de luz y amor.

La reina madre cerró los ojos como deslumbrada.

Los obispos se mordieron los labios desarmados.

La reina madre aventuró nuevas espresiones amorosas para reducir á su hijo.

Rechiario parecia no oirla: tenia los ojos clavados en un *gato de piedra*, que coronaba la fachada lateral de su palacio.

La reina madre, al ver la indiferencia de su hijo, le tendió los brazos é intentó estrecharlo fuertemente contra su corazon, hablándole á la vez de las dulzuras de la vida ascética.

Rechiario se desprendió de los brazos de su madre, y volviéndose hacia ella bruscamente, le dijo con voz clara y tonante:

Madre, dejadme, dejadme por

Odin, de esas cosas, porque es tan imposible que yo me vuelva cristiano como aquel gato un dragon.

Y señaló el gato de piedra que se elevaba sobre la portada del palacio, contra el cual se quebraba la luz pálida y trémula del último rayo del sol.

La reina y los obispos se retiraron consternados como siempre.

El sol acabó de hundir tras las montañas su luminoso disco, dejando un resplandor sumamente rojizo, que iluminó la ciudad con tintas de encendido brillo por un instante; luego, aquel resplandor purpureo del crepúsculo de la tarde, se reflejó melancólicamente en las transparentes aguas del Miño; y oscilando en espirantes ondas de luz hacia el espacio desde el fondo de los valles, vaciló por otro instante en las pardas alturas de Castros de Trelle (1) hasta desvanecerse en las tinieblas que se condensaban sobre la tierra.

La noche cerró del todo, y el rey se retiró del balcón.

La oscuridad era densísima, y

(1) Fortificaciones de los suevos

ningun rumor perturbaba el profundo silencio que reinaba: tan solo el río, tan solo el ancho Miño, perfumado con las emanaciones del aromático eucalypto y de la guita de flores azules que besa con sus tremulantes olas de zafiro, dejaba oír por intervalos ese murmullo vibrador del cristal, que arrulla placidamente el sueño de los oreñsanos.

Transcurrían en el silencio y en las tinieblas las horas de la noche, de la noche de aquel día memorable en la historia de los pueblos; pues ni las aves se agitaban y cantaban en las retorcidas enramadas, ni las estrellas lucían en el fondo oscuro de los cielos.

Mas tarde, las sombras fueron desapareciendo poco á poco, y el alba aventuró algunas sonrisas de luz.

Anchas, tendidas y luminosamente progresivas ondas de nubes y de ópalo empezaron á dilatarse desde el Oriente, hasta irradiar trémulos y vívidos rayos de carmín y oro en la nebulosa línea del horizonte: las flores abrieron sus cálices al aura errante de la mañana que buscaba aspirando sus esencias, y las aves

Odin, de esas cosas, porque es tan imposible que yo me vuelva cristiano como aquel gato un dragon.

Y señaló el gato de piedra que se elevaba sobre la portada del palacio, contra el cual se quebraba la luz palida y trémula del ultimo rayo del sol.

La reina y los obispos se retiraron consternados como siempre.

El sol acabó de hundir tras las montañas su luminoso disco, dejando un resplandor sumamente rojizo, que iluminó la ciudad con tintas de encendido brillo por un instante; luego, aquel resplandor purpureo del crepúsculo de la tarde, se reflejó melancólicamente en las transparentes aguas del Miño; y oscilando en espirantes ondas de luz hacia el espacio desde el fondo de los valles, vaciló por otro instante en las pardas alturas de Castros de Trelle (1) hasta desvanecerse en las tinieblas que se condensaban sobre la tierra.

La noche cerró del todo, y el rey se retiró del balcon.

La oscuridad era densísima, y

(1) Fortificaciones de los suevos

ningun rumor perturbaba el profundo silencio que reinaba: tan solo el río, tan solo el ancho Miño, perfumado con las emanaciones del aromático enebro y de la menta de flores azules que besa con sus tremantes olas de záfiro, dejaba oír por intervalos ese murmullo vibrador del cristal, que arrulla placidamente el sueño de los orensanos.

Transcurrían en el silencio y en las tinieblas las horas de la noche, de la noche de aquel día memorable en la historia de los pueblos; pues ni las aves se agitaban y cantaban en las retorcidas enramadas, ni las estrellas lucían en el fondo oscuro de los cielos.

Mas tarde, las sombras fueron desapareciendo poco á poco, y el alva aventuró algunas sonrisas de luz.

Anchas, tendidas y luminosamente progresivas ondas de nácar y de ópalo empezaron á dilatarse desde el Oriente, hasta irradiar trémulos y vívidos rayos de carmin y oro en la nebulosa línea del horizonte: las flores abrieron sus cálices al aura errante de la mañana que pasaba aspirando sus esencias, y las aves

agitaron sus alas de colores cantando sus baladas matutinas con mas armonia que nunca.

Era que la aurora se manifestaba ya en toda la plenitud de su magnificencia celestial.

Entonces, á sus primeros rayos de carmin y oro que iluminaban la ciudad, el rio y el valle, arrancando los objetos de las sombras, el pueblo auriense ú orensano, seguido de los prelados y de la reina madre *Adamunda*, se agolpó en grandes olas al pié de los balcones del rey, gritando conmovido: — ¡*Milagro!* ¡*Milagro!*

Los grandes acudieron á palacio y despertaron al rey.

El rey abrió los balcones, se asomó á ellos frenético, delirante; clavó los ojos en el gato de piedra que limitaba la fachada del palacio, y cayó de rodillas clamando — ¡Gloria al Dios de los cristianos!

Era que el gato se habia convertido en dragon.

La piedra de granito era la misma: nadie la separara de su sitio; pero la figura que representaba, no era la de un gato, símbolo guerrero de los suevos, sino la de un dragon

alado, tan verde, que parecia de esmeralda.

A la vista de aquella transformacion sorprendente, Rechiario y sus grandes, y todos los suevos, se convirtieron desde aquel dia al catolicismo; y adjurando de sus dioses y del gato como simbolo guerrero, adoptaron el dragon alado por divisa.

Desde aquel dia data la primera monarquia religiosa en España.

Desde aquel dia, la monarquia suevo-idólatra ó arriana, y la monarquia suevo-católica, se distinguieron por aquellas divisas ó blason del gato y el dragon. Todas las construcciones que existen en la actualidad de la Caláica suevo-católica como San Martin Tiobre (1), quedaron señaladas con este último signo.

A los pocos dias de esta conversion milagrosa de Rechiario y su corte al cristianismo, supo que, habiendo tratado el conde Censorio de sublevar la Andalucia en favor de los

(1) Iglesia de esta parroquia, á tres cuartos de legua de Betanzos, á la derecha de la ria, y entre Villonzás y Souto. Es de las mas antiquísimas de Galicia, y aun se vé sobre ella el dragon alado de los suevo-católicos.

romanos, el general suevo Ayulpho lo sorprendiera y le mandara cortar la cabeza en Sevilla.

Rechiario reunió sus legiones de suevos y caláicos, se dirigió rápidamente á Lusitania, y de Lusitania á Andalucia; y todas las ciudades que se declararan por Censorio las saqueó é incendió, con lo que logró contener á los que alborotaban el pais en favor del imperio.

Sosegada la Andalucia, Rechiario regresó á Galicia; volviendo á enamorarse ciegamente de Evorina, dama de la familia de los Deza, de la cual ya de príncipe tuviera un hijo, mas tarde el rey Remismundo.

Era Evorina sumamente bella, y amaba al rey con tanta idolatria que por mas que hiciera para que lo olvidara el conde suevo Fraula ó Franta, ó Frantanes, que con estos tres nombres es conocido en la historia, la dama no sucumbió jamas á las deslumbradoras promesas de Fraula, que era altamente *faustoso* en el vestir, presentarse en publico y habitar palacios de lujosa magnificencia.

Desesperado el conde Fraula de su impotencia para enamorar á Evorina, trató de hacerla aparecer á

los ojos de Rechiario de una conducta tan desenvuelta como Oaria; y tanto y tan mal habló de ella que Rechiario, que era crédulo y no sospechaba nada de las perversas intenciones que animaban á su favorito Fraula, dejó de ver desde entonces á su dama, con quien indudablemente se hubiera casado, elevándola á la alta gerarquía de reina.

El conde Fraula, aseguraba al rey que Evorina estaba en amores con Maldras, marino, é hijo del general Masila, muerto en la gloriosa batalla de tierra de Campos; que estos amores misteriosos en su origen y en su fin, databan de antes del nacimiento de Remismundo, y que los dos amantes trataban de fugarse de Galicia para vivir en completa libertad.

El rey dudó de su paternidad para con el jóven Remismundo, pues tambien por otros lábios que por los de Fraula, le llegaron á asegurar que Evorina ya hacia mucho tiempo que amaba á Maldras y que Maldras y no él era el padre de Remismundo. Aquellas revelaciones, hijas de la maledicencia preparada y desar-

rollada por Fraula, trastornaron tanto la razon de Rechiario, que no esperaba mas que la consumacion de la fuga de Evorina, anunciada por su favorito, como prueba concluyente de la decepcion y liviandades de su dama.

Fraula sorprendió una noche á Evorina, la robó, y la encerró en una torre ignorada que tenia hácia la confluencia del Ulla y del Arneggo (1). construida sobre un cerro de serpentina de singular belleza (2).

De esta manera, hizo aparecer á los ojos del rey que Evorina huyera con su amante Maldras; nadie sospechó de su traicion, y no se habló mas sino de la desemboltura de las damas de la casa de Deza, que

(1) En la parroquia de Lárazo existen las ruinas.

(2) Es uno de los cerros mas especiales de Galicia. Cerca y junto la montaña del Carrío, montaña que divide las aguas del Ulla y el Arneggo, y tiene 1000 varas de altura de un acceso difícil, se halla un filon de basalto de una longitud indeterminada y de 50 varas de espesor: es característico, compacto, y se vé impregnado de cristales de olivina, algunos trozos de anfíbol basáltico, y pequeñas ampolletas de reolita; única prueba acaso en toda Galicia de terreno semi-volcánico.

se decian venir de los Decios romanos.

Rechiario recibió gran pesar con la huida de Evorina, y aconsejado del conde Fraula, se desentendió de Remismundo y pidió á Teodorico la mano de su hija Ilderica, considerándose así con los godos, que por entonces se hallaban poderosos en las Galias.

Accedió el rey Teodorico á la petición de Rechiario, y Rechiario reunió un ejército y avanzó hasta los Pirineos en busca de su esposa Ilderica, robando y talando las Vasconias españolas, que eran las provincias Vascongadas, Navarra y Alto Aragon.

Una vez casado en Tolosa con Ilderica, regresó triunfante á Galicia; y por consejo de Fraula, que queria siempre alejarle de Orense, estableció su corte en Braga.

En Braga disfrutaba Rechiario de las dulzuras de la paz en brazos de su esposa Ilderica, cuando su suegro le hizo presente el ultrage que acababa de recibir de Genserico, rey de los vándalos, el cual por sospechas de envenenamiento habia cortado las orejas á una hija de Theodorico, con quien se hallaba casado.

Rechiario se retraia de ir á Tolosa, pero su favorito Fraula no desperdiciaba ocasion de influir por alejarlo de Galicia, y tanto le encareció la necesidad de acudir en socorro de su suegro Theodorico, que Rechiario juntó su ejército de suevos y caláicos, y se lanzó en auxilio de los godos, ligándose con estos y con los romanos para derrotar á Atila. Dióse la batalla en los campos Cataláunicos (1) y en ella alcanzó para él y su ejército la gloria de vencer al jefe de los hunnos, batiéndose en el ala derecha.

Mientras esto pasaba á Rechiario y á su ejército en el exterior, en Galicia Fraula no hacia mas que reunir partidarios para luchar un dia contra Rechiario, á quienes aseguraba que á este se le habia trastornado la razon desde que abjurara la religion de sus padres y de su raza.

En cuanto á Evorina que permanecia prisionera en su torre de Lúrazo, sin que nadie sospechara que se hallaba alli; Fraula la veia consecutivamente, hablándole de su amor; pero ella solo oia sus palabras lloran-

(1) Alta Cataluna.

do á mares y suplicándole que tuviese compasion de su infortunio.

Un dia, viendo Fraula que la hermosa Evorina se iba quedando estremadamente pálida y demudada de tanto llorar, se decidió á concluir de una vez con aquel estado de sitio, sucediere lo que sucediere.

Como siempre, le habló de su amor; pero como siempre fué rechazado.

Entonces se preparó, por primera vez de su vida, á estrecharla entre sus brazos; pero Evorina, desasiendose ligeramente de ellos, corrió á una ventana y se arrojó por ella al foso de la torre, donde se estrelló por huir de él como de una fiera carnívora.

Fraula quedó aterrado.

Luego, dominó su conmocion, y asomándose á la ventana, tendió la vista por el horizonte, deseoso de ver si habia algun testigo de aquel crimen, y no vió á nadie mas que al joven Remismundo, que lloraba al pie de la torre, sobre el cadáver de su madre.

Fraula despreció aquellas lágrimas de un niño.

Las lágrimas de aquel niño, costaron despues el incendio de todas

las ciudades de Galicia: aquellas lágrimas sobre el cadáver de su madre, agotaron su sensibilidad para toda la vida; porque desde entonces en el alma de Remismundo, no hubo mas que un odio implacable para todo y para todos los hombres.

Por aquel tiempo se notaron algunos terremotos en Galicia, y se vieron en el cielo muchas señales que las viejas hilanderas y aureanas consideraban como augurios funestos. Una tarde, después de la puesta del sol, se vió encendida toda la parte del Septentrion como de color de sangre, por lo que aquellas sibilas auguraron guerras exteriores é interiores que ensangrentarian el hermoso suelo caláico. Pocos dias después, apareció un cometa hácia el Oriente, que estuvo cerca de dos meses de manifesto, hasta que se undió en Occidente; en cuya noche se oscureció la luna, empezando á retraer sus rayos por la parte de Levante.

Regresaba por entonces Rechiaro de la batalla en que auxiliando á los godos y á los romanos derrotara á los hunnos; batalla donde muriera su suegro Theodorico, suce-

ningun rumor perturbaba el profundo silencio que reinaba: tan solo el río, tan solo el ancho Miño, perfumado con las emanaciones del aromático enebro y de la nienta de flores azules que besa con sus trementas olas de zafiro, dejaba oír por intervalos ese murmullo vibrador del cristal, que arrulla placidamente el sueño de los orensanos.

Transcurrían en el silencio y en las tinieblas las horas de la noche, de la noche de aquel día memorable en la historia de los pueblos: pues ni las aves se agitaban y cantaban en las retorcidas enramadas, ni las estrellas lucían en el fondo oscuro de los cielos.

Mas tarde, las sombras fueron desapareciendo poco á poco, y el alba aventuró algunas sonrisas de luz.

Anchas, tendidas y luminosamente progresivas ondas de nácar y de ópalo empezaron á dilatarse desde el Oriente, hasta irradiar trémulos y vívidos rayos de carmin y oro en la nebulosa línea del horizonte: las flores abrieron sus cálices al aura errante de la mañana que pasaba aspirando sus esencias, y las aves

agitaron sus alas de colores cantando sus baladas matutinas con mas armonia que nunca.

Era que la aurora se manifestaba ya en toda la plenitud de su magnificencia celestial.

Entonces, á sus primeros rayos de carmin y oro que iluminaban la ciudad, el rio y el valle, arrancando los objetos de las sombras, el pueblo auriense ú orensano, seguido de los prelados y de la reina madre *Aldamunda*, se agolpó en grandes olas al pié de los balcones del rey, gritando conmovido:—*¡Milagro! ¡Milagro!*

Los grandes acudieron á palacio y despertaron al rey.

El rey abrió los balcones, se asomó á ellos frenético, delirante; clavó los ojos en el gato de piedra que limitaba la fachada del palacio, y cayó de rodillas clamando—*¡Gloria al Dios de los cristianos!*

Era que el gato se habia convertido en dragon.

La piedra de granito era la misma: nadie la separará de su sitio; pero la figura que representaba, no era la de un gato, símbolo guerrero de los suevos, sino la de un dragon

alado, tan verde, que parecia de esmeralda.

A la vista de aquella transformacion sorprendente, Rechiario y sus grandes, y todos los suevos, se convirtieron desde aquel dia al catolicismo; y adjurando de sus dioses y del gato como simbolo guerrero, adoptaron el dragon alado por divisa.

Desde aquel dia data la primera monarquia religiosa en España.

Desde aquel dia, la monarquia suevo-idólatra ó arriana, y la monarquia suevo-católica, se distinguieron por aquellas divisas ó blason del gato y el dragon. Todas las construcciones que existen en la actualidad de la Caláica suevo-católica como San Martin Tiobre (1), quedaron señaladas con este último signo.

A los pocos dias de esta conversion milagrosa de Rechiario y su corte al cristianismo, supo que, habiendo tratado el conde Censorio de sublevar la Andalucía en favor de los

(1) Iglesia de esta parroquia, á tres cuartos de legua de Betanzos, á la derecha de la ria, y entre Villonzás y Souto. Es de las mas antiquísimas de Galicia, y aun se vé sobre ella el dragon alado de los suevo-católicos.

romanos, el general suevo Ayulpho lo sorprendiera y le mandara cortar la cabeza en Sevilla.

Rechiario reunió sus legiones de suevos y caláicos, se dirigió rápidamente á Lusitania, y de Lusitania á Andalucia; y todas las ciudades que se declararan por Censorio las saqueó é incendió, con lo que logró contener á los que alborotaban el pais en favor del imperio.

Sosegada la Andalucia, Rechiario regresó á Galicia; volviendo á enamorarse ciegamente de Evorina, dama de la familia de los Deza, de la cual ya de príncipe tuviera un hijo, mas tarde el rey Remismundo.

Era Evorina sumamente bella, y amaba al rey con tanta idolatria que por mas que hiciera para que lo olvidara el conde suevo Fraula ó Franta, ó Frantanes, que con estos tres nombres es conocido en la historia, la dama no sucumbió jamas á las deslumbradoras promesas de Fraula, que era altamente *faustoso* en el vestir, presentarse en publico y habitar palacios de lujosa magnificencia.

Desesperado el conde Fraula de su impotencia para enamorar á Evorina, trató de hacerla aparecer á

los ojos de Rechiario de una conducta tan desenvuelta como Oaria; y tanto y tan mal habló de ella que Rechiario, que era crédulo y no sospechaba nada de las perversas intenciones que animaban á su favorito Fraula, dejó de ver desde entonces á su dama, con quien indudablemente se hubiera casado, elevándola á la alta gerarquía de reina.

El conde Fraula, aseguraba al rey que Evorina estaba en amores con Maldras, marino, é hijo del general Masila, muerto en la gloriosa batalla de tierra de Campos; que estos amores misteriosos en su origen y en su fin, databan de antes del nacimiento de Remismundo, y que los dos amantes trataban de fugarse de Galicia para vivir en completa libertad.

El rey dudó de su paternidad para con el jóven Remismundo, pues tambien por otros lábios que por los de Fraula, le llegaron á asegurar que Evorina ya hacia mucho tiempo que amaba á Maldras y que Maldras y no él era el padre de Remismundo. Aquellas revelaciones, hijas de la maledicencia preparada y desar-

rollada por Fraula, trastornaron tanto la razon de Rechiario, que no esperaba mas que la consumacion de la fuga de Evorina, anunciada por su favorito, como prueba concluyente de la decepcion y liviandades de su dama.

Fraula sorprendió una noche á Evorina, la robó, y la encerró en una torre ignorada que tenia hácia la confluencia del Ulla y del Arneggo (1). construida sobre un cerro de serpentina de singular belleza (2).

De esta manera, hizo aparecer á los ojos del rey que Evorina huyera con su amante Maldras; nadie sospechó de su traicion, y no se habló mas sino de la desemboltura de las damas de la casa de Deza, que

(1) En la parroquia de Lárazo existen las ruinas.

(2) Es uno de los cerros mas especiales de Galicia. Cerca y junto la montaña del Carrío, montaña que divide las aguas del Ulla y el Arneggo, y tiene 1000 varas de altura de un acceso difícil, se halla un filon de basalto de una longitud indeterminada y de 50 varas de espesor: es característico, compacto, y se vé impregnado de cristales de olivina, algunos trozos de anfíbol basáltico, y pequeñas ampolletas de reolita; única prueba acaso en toda Galicia de terreno semi-volcánico.

se decian venir de los Decios romanos.

Rechiario recibió gran pesar con la huida de Evorina, y aconsejado del conde Fraula, se desentendió de Remismundo y pidió á Teodorico la mano de su hija Ilderica, confederándose así con los godos, que por entonces se hallaban poderosos en las Galias.

Accedió el rey Teodorico á la petición de Rechiario, y Rechiario reunió un ejército y avanzó hasta los Pirineos en busca de su esposa Ilderica, robando y talando las Vasconias españolas, que eran las provincias Vascongadas, Navarra y Alto Aragon.

Una vez casado en Tolosa con Ilderica, regresó triunfante á Galicia; y por consejo de Fraula, que queria siempre alejarle de Orense, estableció su corte en Braga.

En Braga disfrutaba Rechiario de las dulzuras de la paz en brazos de su esposa Ilderica, cuando su suegro le hizo presente el ultrage que acababa de recibir de Genserico, rey de los vándalos, el cual por sospechas de envenenamiento habia cortado las orejas á una hija de Theodorico, con quien se hallaba casado.

Rechiario se retraia de ir á Tolosa, pero su favorito Fraula no desperdiciaba ocasion de influir por alejarlo de Galicia, y tanto le encareció la necesidad de acudir en socorro de su suegro Theodorico, que Rechiario juntó su ejército de suevos y caláicos, y se lanzó en auxilio de los godos, ligándose con estos y con los romanos para derrotar á Atila. Dióse la batalla en los campos Cataláunicos (1) y en ella alcanzó para él y su ejército la gloria de vencer al jefe de los hunnos, batiéndose en el ala derecha.

Mientras esto pasaba á Rechiario y á su ejército en el exterior, en Galicia Fraula no hacia mas que reunir partidarios para luchar un dia contra Rechiario, á quienes aseguraba que á este se le habia trastornado la razon desde que abjurara la religion de sus padres y de su raza.

En cuanto á Evorina que permanecia prisionera en su torre de Lázaro, sin que nadie sospechara que se hallaba alli; Fraula la veia consecutivamente, hablándole de su amor; pero ella solo oia sus palabras lloran-

(1) Alta Cataluna.

do á mares y suplicándole que tuviese compasion de su infortunio.

Un dia, viendo Fraula que la hermosa Evorina se iba quedando estreñadamente pálida y demudada de tanto llorar, se decidió á concluir de una vez con aquel estado de sitio, sucediere lo que sucediere.

Como siempre, le habló de su amor; pero como siempre fué rechazado.

Entonces se preparó, por primera vez de su vida, á estrecharla entre sus brazos; pero Evorina, desasiendose ligeramente de ellos, corrió á una ventana y se arrojó por ella al foso de la torre, donde se estrelló por huir de él como de una fiera carnívora.

Fraula quedó aterrado.

Luego, dominó su conmocion, y asomándose á la ventana, tendió la vista por el horizonte, deseoso de ver si habia algun testigo de aquel crimen, y no vió á nadie mas que al joven Remismundo, que lloraba al pie de la torre, sobre el cadáver de su madre.

Fraula despreció aquellas lágrimas de un niño.

Las lágrimas de aquel niño, costaron despues el incendio de todas

las ciudades de Galicia: aquellas lágrimas sobre el cadáver de su madre, agotaron su sensibilidad para toda la vida; porque desde entonces en el alma de Remismundo, no hubo mas que un odio implacable para todo y para todos los hombres.

Por aquel tiempo se notaron algunos terremotos en Galicia, y se vieron en el cielo muchas señales que las viejas hilanderas y aureanas consideraban como augurios funestos. Una tarde, despues de la puesta del sol, se vió encendida toda la parte del Septentrion como de color de sangre, por lo que aquellas sibilas auguraron guerras exteriores é interiores que ensangrentarian el hermoso suelo caláico. Pocos dias despues, apareció un cometa hácia el Oriente, que estuvo cerca de dos meses de manifesto, hasta que se undió en Occidente; en cuya noche se oscureció la luna, empezando á retraer sus rayos por la parte de Levante.

Regresaba por entonces Rechiaro de la batalla en que auxiliando á los godos y á los romanos derrotara á los hunnos; batalla donde muriera su suegro Theodorico, suce-

diéndole en el trono godo su hijo mayor Turismundo, hermano de Il-derica.

Al llegar cerca de Zaragoza, determinó saquear la ciudad, como habia saqueado su territorio, y despues de conseguirlo, pasó á Lérida y á Tarragona, en cuyas ciudades hizo lo mismo, valiéndose para ello de artificios ó engaños: tornó luego á su reino con un ejército rico de botin, sin embarazo alguno, pues no habia entonces en España ejércitos que se lo estorbasen; y fué saludado en el pais como un rey glorioso y católico, porque enriqueció los templos con alhajas de gran valor.

Al poco tiempo de permanecer en Galicia, instigado siempre por Fraula que queria alejarlo de su reino, Rechiario reunió de nuevo su ejército y entró por las provincias de Cartagena y Carpetania, que su padre habia restituido al Emperador Valentiniano, y las destruyó y las tomó á sangre y fuego.

Ningun rey suevo habia estendido tanto sus dominios como Rechiario: poco le faltaba para ser dueño y señor de toda España, cumpliéndose así la profecia de su madre Alda-

munda cuando le exhortaba á que abjurase de sus ídolos para convertirse al cristianismo; y todo su afán era realizar este glorioso designio, pues los godos andaban revueltos entre sí, porque al rey Turismundo lo acababa de matar su hermano Theodorico, reinando con el nombre de Theodorico II.

Rechiario, como su padre Rechila, no respiraba mas que animosidad contra el romano; así es que no dejaba día sin hostilizar las tierras que aquel poseía en la Península ibérica, asolando las poblaciones que hacían resistencia á sus armas.

El rey godo Theodorico II. se hallaba en muy buena amistad con los romanos, y viendo que su cuñado Rechiario no hacía mas que despostrarlos del territorio que tenían en España, para lo que ya le faltaba muy poco, envióle á decir y aconsejar blandamente que suspendiese en tomar por las armas tierras ajenas que no le pertenecían por derecho, sino quería concitar contra sí el odio de las demás naciones; y que era preciso que pudiese coto á su ambición.

El rey suevo Rechiario respondió

al embajador del rey godo Theodorico II con altivez:

—Decidle á mi cuñado, que si le pesa de lo que hago en España, me espere en Tolosa, donde reside, y que me resista si puede.

Ofendido el rey godo del guante que le arrojaba el rey suevo, pidió ayuda á los reyes de Francia y de Borgoña, y con permiso del emperador Avito, que aun le facilitó gente, entró en España buscando las huestes vencedoras de Rechiario.

Rechiario, con sus legiones formidables de suevos y calaicos operaba en la provincia Tarraconense; y en vez de irlo á buscar allí el rey godo, entró por las Vasconias para caer en el corazon de su reino.

Al saber Rechiario aquella evolucion de Theodorico II, avanzó á su vez á cortarle el paso, y se encontraron los dos ejércitos á pocas leguas de Astorga, orillas del *Urbico*, hoy rio Orbigo.

El rio Orbigo procede de los derriames que descienden de los baños de Omaña y Luna; toma nombre en el pueblo Hospital de Orbigo, partido judicial de Astorga; entra en el de la Bañeza, en cuyo término

recibe las aguas del Duerna y Tuer-to; sigue hacia la Mora, donde se le unen las que bajan de Quintanilla de Flores, y se introduce luego en el partido de Benavente, en cuyo término confluye con el Esla.

A orillas, pues, de este río, ó mejor dicho entre este río y el Esla, en un terreno denominado el Páramo, se encontraron ambos ejércitos, y se dispusieron á la acometida.

El de los godos se dividió en tres cuerpos de ataque, derecha, centro é izquierda: el de la derecha lo constituían los romanos á las órdenes del conde Egidio, el del centro los godos á las órdenes de Theodorico II. su rey; y el de la izquierda los francos y borgoñones á las de Sigiberto, hijo del rey Meroveo.

Rechiaro se presentó en lucha con iguales cuerpos de ataque: el centro lo mandaba Ayulfo, la derecha Reciliano y la izquierda Fraula, que habia acudido en su auxilio con gran refuerzo de caláicos: el rey snevo se reservaba la direccion general de los tres cuerpos de ejército.

Empezó la batalla, peleando todos valerosamente.

La derecha del ejército snevo, á

las órdenes del viejo Riciliano, batiéndose como una falange de leones cargaron tanto sobre los francos y borgoñones, que mataron á su caudillo Sigiberto, poniéndolos en completa dorrota.

El centro godo y el centro suevo, resistían heróicamente por ambas partes la prolongacion sangrienta de la lucha, cargando furiosamente caballeria contra caballeria.

La izquierda del ejército suevo, á las órdenes de Fraula, desapareció como el humo á la primera acometida de los romanos, los cuales no encontrando enemigos que combatir, evolucionaron por retaguardia del centro godo para contener el impetu del ejército de Ayulpho que iba á envolverlo, despues de derrotar á los francos y borgoñones.

Con esta evolucion de los romanos mandada por el conde Egidio, que salvó á Theodorio y su ejército, la batalla, en vez de generalizarse en linea recta como tenían de costumbre hasta decidirse el éxito, se contrajo á dos lineas en forma de ángulo, cuyo vértice era un cráter de sangre y muerte por ambas partes.

La victoria indudablemente hu-

biera quedado por los suevos. si los calaicos que mandaba el traidor Fraula, volviendo en tropel á la lucha, al ver que no los acosaban los romanos, no introdujeran el desórden en el centro, que mandaba Reciliano; pues Fraula los guió con tan mal acierto que sus mismas flechas daban la muerte á los suevos, cayendo sin vida Reciliano y herido el mismo rey Rechiario.

Esto declaró la victoria en favor de los godos; pues el efecto que hizo la muerte del invencible Reciliano, la herida grave del rey en el brazo derecho y el atropellamiento progresivo de la hueste de Fraula entre los mismos suevos, los hizo pronunciarse en derrota, retirándose los generales Ayulpho y Fraula hacia las ásperas montañas de Asturias, y el rey Rechiario hacia el corazon de Galicia.

La osa del godo triunfó del dragon del suevo en aquella jornada fatal, y Theodorico, aprovechándose del efecto moral de la victoria, avanzó con todo su ejército sobre Braga, á donde se habia retirado Rechiario herido, al que trasportaron á Oporto sus súbditos mas fieles, acaudi-

llados por el jóven y valiente Remismundo, al saber la aproximacion del vencedor á aquella ciudad.

Braga sin rey y sin ejército, no hizo resistencia á Theodorico II, y le abrió sus puertas; pero el rey go-
do mandó á sus soldados que la entrasen á saco, y que hicieran prisioneros á los principales señores suevos.

La Galicia católica se vió entonces muy humillada y perseguida con aquella irrupcion de los godos, pues como eran arrianos, de los templos hacian cuadras para sus caballos, y de las mesas de los altares pesabres.

De la misma manera que se rindió Braga, fueron rindiéndose todas las ciudades de los suevos, sin resistencia alguna; y Theodorico que mas que ciudades queria la cabeza de Rechiaro, sabiendo que se hallaba oculto en Oporto, destinó tropas á su captura, las cuales lograron sorprenderlo á pesar de la brava defensa que hicieron los soldados galaicos del condado de Deza, que capitaneaba el jóven y valeroso Remismundo.

Al saberse la prision de Rechia-

rio, y que lo trasportaban á Braga junto al réy Theodorico. su esposa Ilderica, que habia acudido á Orense á cerrar los ojos de Aldamunda que falleciera de pesar al saber la desgraciada suerte de su hijo, tornó inmediatamente á Braga junto á su hermano, afanosa de implorar por la vida de aquel desgraciado monarca.

Era una mañana deliciosa de primavera.

El rey Theodorico II de los godos se paseaba tranquilamente por la plaza mayor de Braga, en torno de la cual permanecian inmóviles los condes y capitanes de sus ejércitos.

La plaza se hallaba empedrada de guijarros; y en el centro de ella el rey mandara estraer uno, que tendria las proporciones de la cabeza de un hombre, cuyo hueco, hácia el cual inclinaba Theodorico sus miradas con singular espresion, escitaba la curiosidad de la corte goda, pues todos ignoraban la idea que le impulsara á abrir aquel hueco ó ahujero.

Hácia la parte de Oporto, y á veinte pasos de aquel sitio en que el rey mandara estraer el guijarro, se ha-

llaba el tajo, y el verdugo impasible á su lado.

Hacia la parte de Orense, y á veinte pasos del centro de la plaza, se hallaba un sillón de baqueta.

Ambas cosas las tenia dispuestas el rey godo, como si para ocuparlas esperase la llegada de dos personas que entrasen en la plaza á una hora dada; pero quienes serian estas personas y para que serviria aquel ahujero, he ahí lo que era un enigma para todos, hasta para los mas allegados al rey.

Serian las doce de la mañana.

Por la parte de la plaza que daba hacia la parte de Orense, se arremolinaron los grandes dignatarios godos como para saludar con respeto á una persona de elevada estirpe que entraba en aquel instante.

Esta persona era una muger, y esta muger Ilderica.

Theodorico se paró en el centro de la plaza al ver á su hermana, mirándola impasible, sin estrañeza.

La reina Ilderica corrió hacia él, y le tendió los brazos.

El rey Theodorico la rechazó.

La reina Ilderica retrocedió ater-

rada por aquella dureza. y en seguida se arrojó á sus pies.

El rey Theodorico la levantó con suavidad. y la condujo al sillón de que hemos hablado. cosa particular en su carácter severo hasta la impiedad.

Hasta entonces no se habia comprendido para quien el rey dispusiera colocar el sillón en aquel sitio terrible.

La reina Ilderica pudo hablar por fin:

—¡Hermano mio..... le dijo llorando, perdon, perdon para mi esposo! En nombre de nuestra buena madre Hunanilda, sé clemente con Rechiaro!! Compadecete de él y de mí!!

El rey Theodorico no contestó nada.

—¡Hermano mio de mi alma! -volvió a implorar la reina Ilderica deshecha en llanto -perdon, perdon para mi esposo! En nombre de nuestro buen padre Theodorico I se magnánimo y misericordioso con Rechiaro! Compadecete de él y de mí!!

El rey Theodorico tampoco le contestó nada.

La reina Ilderica volvió á proferir una y mil veces la misma suplica.

sin dejar de llorar; pero el rey, inmóvil á pocos pasos de ella, permanecía tan impassible como hoy su estatua de granito en los jardines del Retiro.

La reina Ilderica conocia que aquello era un tormento cual nadie pudiera imaginar; pues víctima de aquel tormento se sentia desfallecer, se sentia morir.

En esta situacion angustiosa transcurrian los instantes, hasta que por la parte de la plaza que daba hácia Oporto, soldados godos penetraron en escena conduciendo en una camilla al regio prisionero, que depositaron al pie del tajo.

La reina Ilderica quiso levantarse de la silla para abrazar á su esposo, pero se hallaba rendida, exhausta de fuerzas. Diriase que Dios no le concedia vida sino para ver, oir y llorar.

Los soldados levantaron á Rechiaro de la camilla, lo arrodillaron al pié del tajo, y le obligaron á inclinar la cabeza sobre él.

Hasta entonces no comprendió nadie para quien estaba dispuesto el tajo, pues no creian á Theodorico tan inhumano con su cuñado Rechiaro.

El rey suevo, lánguido, estenuado, no había hablado aun una palabra, y antes de morir imploró dos gracias del bárbaro vencedor.

La primera, que le permitieran los auxilios espirituales de un cura católico; y la segunda, despedirse de su esposa Ilderica.

El rey Theodorico, cruzado de brazos en el centro de la plaza, entre su hermana y su marido, negó las dos gracias con un solo gesto.

Entonces el verdugo levantó el hacha.... descargó el golpe fatal.... y la cabeza de Rechiario rodó á los piés de Theodorico, que sonrió de triunfo.

—¡Cruel...! ¡cruel!! y cien veces cruel!! exclamó Ilderica inclinando la frente sobre el pecho, como si hubiera reunido todas sus fuerzas para exalarlas en estas palabras que dirigia á su hermano.

El rey Theodorico cogió la cabeza de Rechiario, y la colocó en el ahujero que tenia dispuesto en el empedrado de la plaza.

Hasta entonces no comprendió nadie para lo que el rey mandara abrir aquel ahujero.

En seguida, el rey Theodorico, se

puso á pasear por encima con aso m
bro de todos, y dijo, mirando á su
moribunda hermana:

—Yo no soy cruel, Ilderica. Esta
cabeza que huella mi planta, habia
concebido la idea de vencerme en
mi misma corte de Tolosa; y yo aca-
bo de empedrar con ella la plaza de
la corte en donde esta cabeza era la
primera. Ya ves, cosas de la guerra; y
nada mas, hermana Ilderica.

Pero la reina Ilderica ya no le
oia...

De esta manera concluyó el rey
de Galicia Rechiario, año de 456 de
Jesucristo.

— — —

IX.

Franka, el Faustoso.

Así como en la naturaleza y hasta en la atmósfera, hay causas generadoras y causas degeneradoras; causas que dan la vida y causas que dan la muerte; un flujo y reflujo en fin de nacer y morir, de luz y sombra, de placer y dolor, de grandeza y miseria, que constituye a nuestro humilde criterio la *existencia de la creacion*; así encontramos en la historia de los pueblos evoluciones tan misteriosas y sorprendentes que, los que empezaron a significarse como un átomo apenas perceptible en el horizonte político del mundo, Atenas,

Cartago, Roma, fueron tomando proporciones de una vitalidad tan dilatada en el desembolvimiento del tiempo, que llegaron a enseñorearse de toda la tierra conocida, para luego volver a reducirse á la nada de su origen, y vice versa.

Es la vida de las naciones como la de las familias, como la de las plantas....

Inclinad los ojos hácia el suelo, y observad ese tallo que nace debil é ignorado; seguid observando como el aura empieza á mecerlo luego, y resiste; seguid observando como eleva sus ramas, resistiendo al viento como ha resistido al aura; seguid observando como estiende sus frescas hojas de esmeralda, y como de esas hojas brotan mil y mil capullos que abren sus pétalos al rayo del sol naciente, arrojando torrentes de perfumes que embalsaman la atmósfera que se ha creado en el espacio. La planta está, pues, en su mayor magnificencia de vida; pero ¡ay! después, al menor vaiven, sus flores matizadas con las encendidas tintas del iris, van cayendo al pié del tallo; y como sus flores, sus hojas; y como sus hojas, sus ra-

mas. Nada quedó de la planta mas que las señales de la putrefaccion; y sin embargo, de esa misma putrefaccion, surge otro tallo que nace debil é ignorado; que resiste al aura y al viento como su antecesor; y que como aquel vuelve á dar hojas, y ramos, y flores, y frutos, para volver á degenerar y á germinar periódicamente.

Observad la vida de las familias: unas suben mientras otras bajan, y las unas para volver á bajar como las otras á subir.

• Observad la vida de las naciones: igual flujo y reflujo.

Vedlo mejor en la historia de nuestra Galicia: nuestro pobre pueblo, encerrado entre los calvos peñascales de su bravia costa, é ignorado y escondido entre las nieblas de sus formidables montañas, parecia condenado á pasar de unos en otros opresores bajo la fórmula colonial que impusieran á su significacion local los griegos, los fenicios, los cartagineses y los romanos; pero llega un dia en que es visitado por otras naciones estrañas, que se disputan su dominacion, y luego, la raza vencedora y por consiguiente dominan-

te, arrancándolo de su servilismo y elevándolo á su altura, ensancha tanto y tanto el circulo de accion de su vida y de su grandeza, que en el reinado último, el de Rechiario, y año 453. la corona de Galicia *se enseñoreaba de toda España*: tanto, que así como antes los godos y los romanos tuvieran que confederarse para derrotar á Attila en los campos cataláunicos, volvieron á unirse nuevamente para contrarrestar la irrupcion de los suevo-caláicos, que amenazaban invadir las Galias y arrojar de su trono á Theodorico II.

Pero ¡ay! la derrota del Orbigo, deshizo en la region del viento las flores de aquella planta suevo-caláica.

Todo se ha perdido en las márgenes del Orbigo: ni quedaron hojas, ni ramas, ni tallo.

Sin embargo; existia lo que no podia dejar de existir, la tierra caláica; y la tierra caláica abrigaba las semillas de las flores de su grandeza monárquica.

No importaba que las armas godas fatigasen en tierra: su huella seria efimera, transitoria; porque nuevos tallos asomarian en el cicero

de la nacionalidad fundada por Hermerico I, desarrollándose en el tiempo y en el espacio.

Vedlo así en la prosecución de nuestra historia.

Theodorico persiguió á los grandes señores suevo-caláicos, y derramó su sangre como habia derramado la de su rey; pero al pueblo suevo-caláico no se podía matar uno á uno para extinguirlo, pues solo así se extinguiria; y Theodorico II empezó á dejar de perseguir para empezar á perdonar.

Conoció el rey godo que la raza sueva estaba tan encarnada en la raza caláica, que para concluir con la una tenia á la vez que esterminar á la otra.

Y esto se concibe bien, porque el pueblo suevo no era el pueblo vándalo, ni el alano, ni el silingo, ni el godo, *que se imponian por el terror en el pais en que vivian.*

El pueblo suevo, como hemos dejado consignado, empezara por ser un pueblo huésped en Galicia, para llegar á ser un pueblo propio por la naturaleza de su afinidad.

El pueblo suevo habia dado al pueblo caláico nociones sumamen-

te blandas y aceptables de justicia y de administracion agrícola-rural, basadas en lo racional y eterno; le habia dado unidad gubernativa, con la monarquia que fundara; y le habia dado unidad religiosa, con el cristianismo que reconociera.

El pueblo suevo creó una nacionalidad digna, donde nunca habia existido mas que una colonia servil; y arrancando á esta colonia del negro caos de su envilecimiento, purificándola, en fin, en el crisol de la dignidad de los pueblos, la elevara á potencia formidable, engrandeciéndola ostensiblemente, asi en el interior como en el exterior, bajo su manto de luz y de gloria.

Al medio siglo proximamente, de la hospitalidad del pueblo suevo en Galicia, era un pueblo adherente al pueblo galaico; tan adherente, que suevo y galaico todo era uno mismo; lo que produjo la unidad social y civil entre las castas.

Adherencia tan feliz, fusion tan prodigiosa de razas lejanas, no pudiera realizarse en tan breve plazo, si no viéramos en ello tangiblemente el impulso espiritualista que á ambas les comunicaba la Providen-

cia; pues ambas transigieran fraternalmente en el orden moral hasta significarse en un solo espíritu, como transigieron comunalmente en el orden material hasta significarse en un solo cuerpo.

Penetrado de esto Theodorico II, retiró las huestes godas de Galicia, antes que se recobrara de su primera impresion de desaliento y estallara imponentemente contra su dominacion; y dejando en ella un gobernador, Acliulfo, que era un conde de su casa, del linaje de los varnos, entró por la Lusitania para dominarla, y dominar despues la Bética.

Al salir Theodorico II de Galicia para la Lusitania, empezaron á significarse algunos movimientos suvo-caláicos en honor de la monarquía disuelta en sangre en las aguas del Orbigo.

El jóven y arrojado Remismundo, hijo de Rechiario y no de Maldras, como habia supuesto Frauta ó Frau-la para alejar á Evorina de aquel rey, opinion que se arraigó tanto en el pais que aun figura como tal en algunas crónicas; Remismundo, repetimos, se habia replegado hácia

Chantada y dominaba en el condado de Deza, al que perteneciera su madre Everina, no reconociendo los letrados mas autoridad que la suya.

Maldras o Masdra, hijo del general Masila, general de Rechila, muerto en la batalla de tierra de Campos, dominaba las marinas de Galicia, teniendo su capital en Betanzos; y habitaba los palacios del rey Brigo, primer fundador de esta ciudad cuando la llegada de los griegos á Galicia; (1) cuyos palacios se hallaban en la feligresia de Bergondo. (2) hácia las riberas del rio Maudeo. (3) El general suevo Ayulfo, que se habia retirado á las montañas de Astúrias, despues de la rota del Orbigo, se habia corrido hácia las tierras de Bergantiños, trasportado á ellas por Maldras y sus mariñás; y el viejo general en agradecimiento, y habiendo tenido gran cariño desde niño al hijo de su desgraciado compañero Masila, llevaba la

(1) Por esto se llamó Brigancio; y los romanos Brigantium.

(2) A una legua corta de Betanzos. Aun existen ruinas de este edificio llamadas en gallego O Pazo do rey Brigo.

(3) Florius antiguamente

voz en favor suyo, así como Gondomaro, hermano de Maldras, que se habia corrido ya hacia las Rias bajas.

Fraula ó Frauta era el que se significaba mas desde las montañas de Asturias, pues habia llegado á ocupar muchos pueblos de la region astúrica, auxiliado por sus intrigas mas que por su valor. Al efecto se habia fingido mas católico que antes, y el clero católico y con el clero sus adeptos, le apoyaban á sangre y fuego. Frumaro ó Frumario, su hijo, jóven no menos valiente y arrojado que Remismundo, acaudillaba las haces suevo-caláicas de su padre.

Entre tanto que se iban poniendo en relieve estas figuras históricas que hemos indicado, para desembolverse á mas altura en el horizonte del tiempo, Theodorico II talaba la Lusitania; y queriendo entrar á saco la ciudad de Mérida, cuentan las crónicas que se le apareció la santa virgen y mártir Eulalia, patrona de aquella ciudad, y le infundiera tal pánico al rey godo, que dejó libre aquellas tierras sin hacerles daño alguno.

Por este tiempo arribaron á Vive-

ro siete grandes bageles tripulados en guerra por los erulos, gente feroz y aventurera, los cuales desembarcaron y se internaron en los pueblos de la costa. é hicieron prisioneros á mas de 300 labradores, despues de saquear é incendiar sus haciendas.

Al saberse esto en el pais, Maldras se lanzó por la mar con sus *marinás*, en busca de los foragidos; y auxiliado por su hermano Gondomaro que acudiera desde las Rias bajas, y por el general Ayulpho que se dirigió por tierra hacia las costas de Lugo, arremetieron con tal ardimiento á los erulos que despues de acuchillarlos, incendiarles dos bajeles y rescatar los prisioneros galaicos que conducian, los obligaron á alejarse de Galicia muy escarmentados.

Mientras esta gloria alcanzaban los suevo-galaicos en sus tierras del Norte, Aclulfo, el gobernador que Theodorico II dejara en Braga, al saber que este regresaba á Francia, despues de conquistar la Bética, donde dejaba á su general Ceurila, se declaró contra el godo, y tomando título de rey intentó dominar á Galicia desde Braga.

Al saber Theorico esta rebellion, mandó un ejército á cargo de los generales Nepociano y Nerico ó Suenrico, para que tomando á Braga castigasen ejemplarmente á Acliulfo.

Fraula vió en todo esto la ocasion mas propicia para coronarse rey de Galicia, haciéndose amigo de Theorico; pues fingiéndose aliado de Acliulfo cuando este venia en retirada desde Braga á Lugo, se puso de acuerdo con los generales godos Nepociano y Nerico para entregarles al rebelde gobernador varno en la primer batalla que se diese.

En efecto, los godos alcanzaron en Louzarela (1), á las huestes de Acliulfo y de Fraula; y cargando sobre ellas con arrojo y decision, Fraula con sus gentes prendió á Acliulfo, y lo presentó á los generales godos.

En aquel mismo dia, y sobre el mismo terreno, orillas del murmurante Lozara que desliza tranquilamente sus azules aguas bajo un embovedado de nogales y castafios, los

(1) Situada á 10 leguas de Lugo, perteneciente á la feligresia de San Juan de Founfria

generales Nepociano y Suenerico mandaron cortar la cabeza á Acliulfo, con lo que esterminalaron su partido y castigaron su decepcion.

Los suevo-caláicos, instigados por Fraula, enviaron sus obispos al rey Theodorico, suplicándole que tuviese compasion del pais con tanta opresion como sobre él venia, y que les permitiese tener por rey á Fraula, á quien elegian todos espontáneamente. Theodorico recibió á la vez al enviado que le mandaban los generales Nepociano y Nerico, para que le refiriese la victoria que habian conseguido sobre Acliulfo; y sabiendo tambien por él cuanto favoreciera Fraula á los suyos en aquella jornada, accedió á la peticion de los obispos con la condicion de que el rey que nombraban tenia que ser su tributario.

Los obispos regresaron satisfechos de su mision de paz, y los generales godos evacuaron el pais con sus ejércitos, en cuya ocasion saquearon á Astorga que ocupaban los romanos; y no dejaron uno en la ciudad, sabiendo que Theodorico II se hallaba en guerra con ellos en las Galias.

Entonces Fraula se dirigió al Mons

Sacro, se coronó por mano de los obispos católicos, y como los primitivos reyes suevos estableció su corte en Orense.

Era Fraula, como dejamos manifestado, altamente amigo de las pompas, y no salia de su palacio sino debajo de un arco de oro, y plata, y flores. (1) cuyos estreños debiau llevar dos condes 5 capitanes de su reino, por lo que mereció el sobrenombre de Fraula, el *Faustoso*.

Impulsado por la vanidad de las pompas, asoció las ceremonias religiosas á las monárquicas, y se rodaba de los obispos en el templo bajo un solio lujoso, y no habia procesion en que él no figurara bajo su arco resplandeciente, seguido de una corte ostentosa.

Su trono, y el sillón en que se sentaba para recibir corte, era del oro mas fino del Sil; asi como su vagilla, su cama, y las escaleras que tenia para subirse á ella.

Viudo de Cotila, madre de Fruma-

(1) Esta fórmula aun queda en el pais adoptada por los niños cuando se visten de reyes en el mes de las flores; última espresion de la opulencia de un pasado sumamente grandioso para Galicia.

rio, se habia casado con Gualmira, hija del general Riciliano, muerto en la batalla del Orbigo, y la muger mas bella de Galicia y Lusitania.

Pero Gualmira no hacia la felicidad de su vida, porque caprichosa en extremo, no se plegaba á sus exigencias de ternura.

Por mas que el rey Fraula deseaba tenerla á su lado en Orense, para que brillara en su corte, dándole esplendor con su hermosura especial. Gualmira huia hácia la torre de Lárazo, enojándole estremadamente con estas ausencias.

Mandaba el rey á buscarla, y ella no volvía á la corte.

Iba el rey entonces junto á ella; la reñia; y Gualmira lloraba, y las lágrimas de Gualmira impresionaban tan profundamente al rey, que concluía siempre por arrodillarse á sus pies pidiéndole perdon por haberla contrariado.

Amaba, pues, Fraula á Gualmira mas que á su misma vida.

Pero Gualmira.... á quien amaba Gualmira mas que á su misma vida, era á un jóven cazador del condado de Deza.

Por eso, y solo por eso, placiale á

Gualmira aquella torre de Lárazo, porque en aquel retiro veia á su amante.

Como no podia menos de suceder, al rey le revelaron que Gualmira tenia un amante.

El rey creyó volverse loco al oirlo, corrió á la torre de Lárazo, y al pedirle cuentas á Gualmira de su honra, ella le contestó:

—Eso es una calumnia. El conde Antardo, que os ha dicho que tengo yo un amante, me calumnia. Si yo hubiera accedido á sus proposiciones de amor... diria, por el contrario, que yo era la muger mas virtuosa del mundo.

Al oir Franla estas palabras salió de la cámara de Gualmira precipitadamente, dirigiéndose á Orense, donde mandó llamar al conde Antardo á su presencia; y alli, en el mismo pátio del palacio, le mandó cortar la cabeza por calumniador.

Trascurrieron algunos dias desde la muerte del conde Antardo, y una mañana, entró Frumario en la cámara del rey su padre, y le dijo:

—Señor; me parece que habeis muerto inocentemente al conde Antardo.

El rey se estremeció de terror.

--¡Pues que ...! dijo--;tambien tú crees que la reina tiene un amante!!

—No lo creo, señor y padre mio; si no que lo vi...

—¿Que lo viste!!

—Sí, señor; vi á ese cazador entrar en la torre de Lárazo ayer tarde, dirigirse á la cámara de la reina Gualmira, y cerrarse la Puerta de la cámara en pos de él.

—¡Oh, Dios del cielo! ¿y por qué no entraste en seguida en la cámara, hijo mio?

—Por que la reina no me dejó, señor.

—Como!...

—Llamé á la puerta, una, dos, tres y diez veces; y la reina Gualmira, no abriéndome, seguramente que no quiso dejarme entrar.

—Haber hechado la puerta abajo, Frumario!

—Yo no podia violentar aquella puerta, señor; porque solo un hombre en el mundo tenia derecho para hacerlo, vos!

—Basta... ¡basta! gritó el rey Fruela, no queriendo oir una palabra mas de los labios de su hijo.

Y se lanzó con la rapidez del viento á la torre de Lárazo.

Llegó á la torre, refirió á la reina Gualmira cuanto oyera á Frumario, y concluyó pidiéndole cuenta de su honra.

La reina se sonrió.

—En efecto-dijo-un cazador me trajo ayer estas calandrias.

Y se las enseñó al rey con coquetería.

—Si...si.—dijo el rey impaciente-pero Frumario llamó á la puerta de la cámara, y voz no le abristeis la puerta, Gualmira.

—Eso no lo dirá Frumario sin estar loco, señor! Pues qué, tan pronto perdió la memoria cuando él mismo dio una gratificacion al cazador en esta misma cámara!

El rey si que creyó perder el juicio y cayó fatigado en un sillón.

La reina, desentendiéndose, le dijo:

—Esperad, señor: yo mismo iré á Orense por él, y justificará mi inocencia mejor que nadie.

Y salió de la cámara con velocidad, dirigiéndose á la corte.

El rey se aprovechó de aquella ausencia de la reina Gualmira para explorar á la servidumbre que tenia en Lárazo; pero la servidumbre es

taba tan adiestrada por la reina para un caso dado, que no tenia mas que elogios á su virtud.

La reina entre tanto habia llegado á Orense, y entrando en palacio se dirigió á la cámara de Frumario que estaba solo en ella.

La puerta de aquella cámara se cerró en seguida, nadie mas penetró en ella, y lo que allí pasó entre aquella belleza especial, tan especial que nadie podia resistir á sus atractivos, y aquel hijo que velaba por la honra de su padre, lo justificaran los sucesos que tenemos que referir acerca de los dos: lo cierto fué que ambos salieron de la cámara, corrieron á Lúrazo y presentándose ante el rey Fraula que los esperaba, le dijo Frumario:

--Perdonadme, señor; lo que os dije antes: habia prometido darle un susto á la reina, y veo que á nadie le asustado mas que á vos. La reina es inocente; y el conde Antardo ha muerto como debia morir.

---¡Príncipe Frumario!---esclamó el rey--os prohibo que nombreis jamas á mi esposa para nada! Si no fuérais mi hijo, moririas como el conde Antardo... Salid, salid de mi presencia!

Llegó á la torre, refirió á la reina Gualmira cuanto overa á Frumario, y concluyó pidiéndole cuenta de su honra.

La reina se sonrió.

—En efecto, dijo un cazador me trajo ayer estas calandrias.

Y se las enseñó al rey con coquetería.

—Si... si... —dijo el rey impaciente, pero Frumario llamó á la puerta de la cámara, y voz no le abristeis la puerta, Gualmira.

—Eso no lo dirá Frumario sin estar loco, señor! Pues qué, tan pronto perdió la memoria cuando es mismo dio una gratificación al cazador en esta misma cámara!

El rey si que creyó perder el juicio y cayó fatigado en un sillón.

La reina, desentendiéndose, le dijo:

—Esperad, señor: yo misma iré á Orense por él, y justificaré mi inocencia mejor que nadie.

Y salió de la cámara con velocidad, dirigiéndose á la corte.

El rey se aprovechó de aquella ausencia de la reina Gualmira para explorar á la servidumbre que tenía en Lárazo; pero la servidumbre es

entre los castaños sin que nadie lo viera, y observó admirado que al llegar el cazador á las puertas de la torre, las puertas se abrieron al instante, volviendo á cerrarse en pos de él.

El rey Fraula se llevó las manos al pecho con fuerza: los celos le devoraban el corazon.

Luego, dominando esta impresion terrible, se acercó con recato á la puerta de la torre, llamó sordamente y el portero se estremeció al verlo: el rey le impuso silencio, y el portero le abrió sin murmurar.

Dentro el rey de Lárazo, corrió hacia la cámara de Gualmira sin que nadie lo viera pasar, á favor de las medias tintas de la noche, que ya descendia sobre la tierra.

El rey Fraula vió cerrada la puerta de la cámara de Gualmira, y se abstuvo de llamar: aproximóse mucho á ella, pegándose á las tablas como una sombra, y tomó la resolucion de escuchar cuanto se hablara en el interior de la cámara.

Primero oyó la voz de Gualmira, tierna, tiernísima; lánguida de amor: luego una voz varonil no menos dulce, no menos vibrante de pasion.

Entonces le tocó á la reina Gualmira interceder por el principe Frumario, lo que consiguió facilmente porque Fraula la idolatraba.

Sin embargo; desde aquel dia el rey se hallaba muy preocupado. No hacia mas que accechar á la reina, viviendo mas en Lárazo que en Orense.

Tal es el influjo de una pasion en la vida de los hombres, que desde que el rey empezó á tener celos, dejó de ser faustoso; es decir, perdió el carácter mas distintivo de su existencia.

Un dia era por las fiestas de Pascua el rey Fraula, salió de la torre de Lárazo, diciendo á Guaimira que iba á pasar la noche en Orense, para arreglar asuntos del reino; pero en vez de dirigirse á la corte se quedó oculto en los alrededores de aquella morada de recreo.

Era ya la caída de la tarde, y el rey Fraula vió atravesar un joven cazador por los senderos, dirigiéndose como de las tierras de Deza, hácia la torre donde se hallaba la reina.

Sospechó de aquel cazador, joven y de buen porte, espíó su ruta por

entre los castaños sin que nadie le viera, y observó admirado que al llegar el cazador á las puertas de la torre, las puertas se abrieron al instante, volviendo á cerrarse en pos de él.

El rey Fraula se llevó las manos al pecho con fuerza: los celos le devoraban el corazon.

Luego, dominando esta impresion terrible, se acercó con recato á la puerta de la torre, llamó sordamente y el portero se estremeció al verlo: el rey le impuso silencio, y el portero le abrió sin murmurar.

Dentro el rey de Lárazo, corrió hacia la cámara de Gualmira sin que nadie lo viera pasar, á favor de las medias tintas de la noche, que ya descendia sobre la tierra.

El rey Fraula vió cerrada la puerta de la cámara de Gualmira, y se abstuvo de llamar: aproximóse mucho á ella, pegándose á las tablas como una sombra, y tomó la resolucion de escuchar cuanto se hablara en el interior de la cámara.

Primero oyó la voz de Gualmira, tierna, tiernísima; lánguida de amor: luego una voz varonil no menos dulce, no menos vibrante de pasión.

El rey no percibió mas que aquellas dos voces; y segun él nadie mas habia en la cámara que Gualmira y otra persona, Gualmira y su amante.

Frenético, arrebatado por los celos, levantó el puño y llamó.

Aquel golpe rudo del rey sobre la puerta, pareció apagar el eco de las voces que sonaban dentro, pues no volvieron á oirse mas.

El rey esperó que le abrieran; pero nadie le abría.

No menos furioso y arrebatado, volvió á llamar por segunda vez; y tampoco contestaron de dentro.

Entonces, se dispuso á pedir auxilio y hechar la puerta abajo; pero la puerta se abrió sin ruido, y Gualmira, serena y tranquila, se dibujó en el dintel.

El rey Fraula empujó á Gualmira á speramente, entró, cerró la puerta, y reconoció la cámara á grandes pasos, como buscando al amante de la reina; pero nadie mas que ella se hallaba allí!

--Gualmira!--le gritó---¿donde, donde, está ese hombre?

--¿Quien, señor?

--Tu amante...

--Mi amante!... no os entiendo, señor!!

--Oh! querrás negar aun que tienes un amante?! Yo mismo le seguí por el bosque; yo mismo le vi entrar en Lárazo; yo mismo escuché su voz; su voz que sonaba aquí dentro ahora...

--Deliráis, señor! Yo no tengo amante; os advierto que tanto me quereis que con vuestros celos me matais, pues no me hablais mas que de visiones bochornosas.

El rey empezó á vacilar....

Pero en aquel momento, el joven cazador del condado de Deza, saliendo de un escondrijo de la cámara, donde estaba oculto, se presentó en medio de ella, y delante de el rey.

--La reina miente, señor-le dijo al rey con voz firme-ya lo veis que miente....

Y se sonreia para el rey Fraula como un demonio, al recalcar sus palabras.

Gualmira exaló un grito de asombro, no comprendiendo aquella entereza de su amante, entereza que la perdía á ella y á él; y el rey Fraula desnudando su daga ligeramente

se arrojó sobre el jóven cazador cie-
go de corage.

El jóven cazador era de unas for-
mas tan vigorosas y elásticas como
gallardo y gentil, y eludiendo el
golpe del rey, lo asió fuertemente
por el cuello, y lo hincó de rodillas
á sus piés, poniéndole en la boca un
pañuelo para que no lanzara ni una
queja.

La reina continuaba de asombro
en asombro, sin poder proferir una
palabra.

El jóven cazador arrastró al rey
al pié de la ventana: le ató los bra-
zos, luego los piés, y le dijo con voz
sombria:

--Fraula, hace siete años, una no-
che como esta, juré tu muerte... pe-
ro una muerte igual á la de mi ma-
dre.... ¿No te acuerdas de Evorina?

El rey se estremeció de terror.
Aquel cazador era Remismundo, y
Remismundo queria *vengar* á Evori-
na.

Remismundo prosiguió:

--Podia haberte matado cien ve-
ces antes de ahora, en medio de tu
corte, en medio de un templo, don-
de mas esplendoroso te mostraras;
pero yo queria darte la misma muer-

te de mi madre.... arrojarte por la misma ventana por donde ella se arrojó para librarse de tus infames persecuciones.

El rey Fraulia volvió á estremecerse como si se hallara sobre ascuas.

Remismundo continuó:

--Ha llegado ese momento que anhelaba... estás á dos pasos de la misma ventana... en mi poder... y el foso espera tu cuerpo en sus profundos abismos como el infierno tu alma entre sus llamas.....

La reina quiso interceder, implorar por la vida de el rey, evitando aquella venganza fría é implacable de Remismundo; pero Remismundo la detuvo con una mirada terrible.

—Vos nada temais, señora; le dijo el hijo de Rechiario—soy bastante caballero para declarar á la faz del mundo que vos sois inocente, que no teneis culpa alguna en esta muerte que voy á hacer, vengando á mi madre.

Y cogiendo al rey sin gran esfuerzo, lo arrojó por la ventana, cuya altura era imponente.

En seguida Remismundo inclinó el cuerpo sobre el abismo como para

oir el ruido de la caída, que sonó sordamente sobre los peñascos del foso, en medio del silencio de una noche apacible; y como si el cielo quisiera sancionar aquella venganza de un hijo, la luna, hasta entonces oculta, se dibujó limpiamente sobre el fondo oscuro del cielo, iluminando la escena con vivísimas irradiaciones de luz.

Remismundo descendió de la torre inmediatamente, corrió al bosque, sonó una trompa de caza, y acudieron mas de cien cazadores del condado de Deza en su auxilio, como si él los tuviera apostados en las cercanías.

El hijo de Rechiario se dirigió á Orense con la misma tropa de cazadores; y al llegar al puente, hizo sonar todas las trompas de caza con gran estruendo.

Acudieron al ruido muchos vecinos; y entonces Remismundo declaró que acababa de dar muerte en la torre de Lárazo al rey Fraula, asesino de su madre Evorina; que así mismo había de matar á su hijo Frumario, á todos los que le siguieran, é incendiaría los pueblos que le fueran adiptos.

Despues de esta declaracion. Remismundo *el Vengador*, como se le designó desde entouces, tornó al condado de Deza seguido de sus animosos soldados.

Fín del primer tomo.



Los Reyes Suevos de Galicia.

Se suscribe en la Coruña, casa del editor, Acevedo, 37.

BIBLIOTECA PONTIFICIA DE GALICIA.

LOS
REYES SUEVOS DE GALICIA,

POR

DON ECHITO VICETTO.

TOMO SEGUNDO.



CORUÑA:

Imprenta de Castor Miguez.

1860.

LOS REYES SUEVOS DE GALICIA.

POE

DON BENITO VICETTO.

X.

Maldras, el Mariso.

Acaeció la muerte de Fraula por las Pasnas del año 457 de Jesucristo.

Al saberse en Orense por la declaración que hiciera Remismundo en el puente, la noche misma en que lo precipitara desde la torre de Lárazo, los condes y capitanes del ejército real se agolparon en torno de su hijo Framario, que solo respiraba venganza por el trágico fin de su padre.

Todo el siguiente día lo pasó Framario reuniendo gente de guerra

en Orense para caer sobre las tierras de Deza, guarida de Remismundo y los de su bando, con objeto de talarlas y asolarlas hasta dar con aquel príncipe.

Al otro día, después que ya tenía ordenado su ejército para caer sobre los lemanos, parecióle mejor primero dirigirse al Pico Sagro á coronarse por rey de Galicia, según las inspiraciones de el clero católico que veía en él un defensor de la religion como su padre Fraula, y dirigirse después á las tierras del condado de Deza á llevar á cabo su venganza.

Con arreglo á este último plan, al tercer día salió de Orense, y tomó el camino del Monte Sagrado, acampando con su ejército en Lamas de Aguada; al otro día en Bendoiro, y al otro no pudo pernoctar en Lestedo y Vedra, al pie de aquella eminencia célebre, porque al pasar el Ulla, vió descender de sus flancos occidentales otro ejército que acababa de coronar á Maldras, rey de Galicia, por mano de su general Ayulpho; á Maldras, que al saber la muerte de Fraula, avanzara desde la region de Bergantiños que dominaba.

El golpe era terrible para Frumario y los suyos.

La sorpresa no les dejó obrar por el pronto; pero recobrados de aquella impresion de asombro, se formaron en son de arremetida, y se adelantaron al encuentro del ejército de Maldras, que á la vez buscaba la batalla.

Dióse esta en los flancos de Merin, parroquia situada sobre la márgen derecha del rio Ulla; pero se batieron de tal modo unos y otros, tan en dispersion, que por mas que Frumario, sus condes y capitanes trataban de ordenar los suyos para la pelea, no podian conseguirlo. Maldras, Ayulpho y Gondomaro fueron mas afortunados, y cargando simultáneamente con sus escuadrones, como si su objeto fuera aumentar mas el desorden, desbarataron las filas contrarias, las que espantadas de aquella rapidez en la acometida y sin bastante valor para hacer frente á un enemigo que creian formidable, se pronunciaron en derrota hácia las márgenes del Ulla, entre Sarandon y Cora.

Frumario, sus condes y capitanes, por mas que lo intentaban, no po-

dian contener á sus gentes y rehacerlas.

Frumario creyó volverse loco de corage, y repasando el Ulla, pudo por fin ir conteniendo algunas haces suyas; pero como si Maldras le quisiera aun privar de esta última esperanza, colocó un *marinía* á la grupa de cada lancero, y salvó el Ulla antes que lo restante del ejército de Frumario.

El destrozo que hicieron los *marinías* de Maldras con sus machetes fué horrible; y la derrota de la parcialidad de Frumario tan completa, que este príncipe se retiró hácia los tierras de Lugo con menos de mil hombres, dejando libre el paso á Maldras, que no paró hasta posesionarse de Orense, una vez coronado ya en el Pico Sagro.

Como Maldras era católico, el elemento religioso de la corte transigió, ó mas bien se subordinó á su regio poder; y no solo el elemento religioso se agrupó fraternalmente en torno de él sino hasta el príncipe Remismundo con las gentes de que disponia, el cual era ya señor de Iria Flavia; quedando solo el partido de Frumario relegado á la region Lu-

cence, sosteniéndose en las montañas Nérias (1), sin significacion alguna monárquica.

Galicia, pues, reconocia á un rey, Maldras, que era el único que desde Orense regia el reino, reducido entonces á los estrechos límites que hoy tiene, sobre poco mas ó menos.

Pláciale á Maldras en estremo la region de los brigantinos (2); y despues de arreglar las cosas de Galicia á su modo, salió de Orense, dejando en la corte á Ayulpho, y se fijó en Betanzos, en cuya ría se le veia embarcado la mayor parte del tiempo, que no consagraba al cariño de su muger Ildericela, hija del conde Trove, de los brigantinos, que tenia su solar en el monte de las marinas á que ha dado nombre. (3)

Tal era el estado del reino caláico en aquellos tiempos. Frumario dominando las montañas de Lugo; Ayulpho, en la corte de Orense; Maldras, el rey, en la region brigantina; Remismundo en la region iriense, go-

(1) Neirás hoy, denominadas desde entonces *Neira de Rey*.

(2) Tierras de Bergantiños, marinas de Betanzos.

(3) Montrove, cerca de la Coruña.

bernando desde Padron como un rey feudatario de Maldras; y Gondomaro ò Gundimaro, hermano de Maldras, hombre sumamente ambicioso, dominaba en nombre de aquel toda la region de las Rias bajas hasta los últimos limites tudenses.

Sin embargo, en el fondo de esa esterioridad histórica, se agitaban las luchas civiles de los condados caláicos, cuyas familias ó razas vivian, ó en mucha fraternidad ó en mucha guerra: rivalidades que los suevos habian estinguido ostensiblemente con la fusion de castas, que era á lo que tendia con predileccion su gobierno monárquico, su política de porvenir.

Desde el principio de esta historia, nos hemos abstenido de hacer algunas esplicaciones indispensables para su mayor ilustracion, porque nos hemos propuesto escribirla puramente para los hombres versados en ella. Esto podrá parecer una osadia: algun dia manifestaremos que, por el contrario, nade tiene de osado este propósito. De hacer las esplicaciones á que nos referimos, nuestra obra seria tan voluminosa como la historia universal de Cantú, porque

al explicar sus incidencias, tendríamos tal vez que estendernos muchísimo, saldriamos del plan que nos hemos trazado, y nuestra *pereza* se alarmaría con un trabajo que, de agradecerernoslo *unos pocos*, no lo leerían los mas.

Decimos esto porque á algunos sorprenderá que hablemos de ciertas prácticas ó instituciones sin explicarlas, como los *condados caláicos*, por ejemplo. ¿Qué condados eran estos, me dirán aun los mas eruditos, si hasta el reinado de Theodorico I no se dividió la region lucense en once condados? Qué error! los condados caláicos existían antes de Theodomiro I, y antes de Hermenrico I el Fundador, y antes de la dominacion romana, como existían en Inglaterra y en Escocia antes de los reyes anglo-sajones. Quien los fundo, se vela en las brumas del pasado: pero antes de la dominacion romana, se hallaba la division territorial de Galicia sometida á condados, tribus, familias, razas, ó parcialidades civiles que los romanos absorbían en conventos juridicos, segun su colonizacion administrativamente centralizadora. Hoy de estos

condados, territorialmente hablando, nos quedan, no los títulos de la aristocracia de la restauración goda, sino esas demarcaciones topográficas que en el país aun llaman tierras de Deza, de Jallas, de Bergantiños, de Barcala, de Mesia, de Gayoso, de Milmanda, de Conrel, etc., etc., que ocupaban familias regidas para la guerra por cabezas ó condes que, sobre reunir gran valor personal, defendiendo la integridad de sus localidades, eran por decirlo así, la única y natural aristocracia del pueblo indígena.

Dada esta explicación, tan ligera y comprensiblemente como podemos en una materia tan basta, prosigamos nuestros trabajos.

Conociendo Ayulpho que la monarquía pudiendo ser algo no era nada, pues se hallaba el poder dividido en muchas manos, y los condados se debilitaban en las discordias que los ensangrentaban entre sí, se dirigió á Betanzos, é inspiró á Maldras ideas de gloria.

--Señor; -le dijo bien sabéis cuanto os amo desde niño, y cuán leal os he permanecido desde la muerte

del rey Rechiario; esto me da alguna autoridad para aconsejaros. que salgais de esa vida marinera en que os engolfa vuestra inclinacion natural; pues duéleme que no traiteis mas que de andar de puerto en puerto vago y recreativamente, quando la inision de los reyes en la tierra es mas alta que todo eso. A ellos les está encomendada por Dios la paternidad, la gloria, la justicia, la administracion de los pueblos; los de Galicia ni sienten los efectos de vuestra paternidad, ni de vuestra gloria, ni de vuestra justicia, ni de vuestra administracion. Salid, señor, de esa vida vagarosa que llevais; mostraos padre del pueblo caláico arreglando las rivalidades de sus condados, cuyo único remedio es levantar su gente para la guerra.

—La guerra, Ayulpho!—esclamó el rey Maldras. Como! levantar gente para concluir con ese foragido de Frumario!

—No, mi señor y rey: ese foragido se morirá de hambre en las Nerias en que se halla, ó vivirá como los lobos de aquellas montañas. La guerra que hay que provocar, es recobrar á Braga, Astorga, Lisboa,

Mérida, Sevilla, Toledo, todo lo que conquistaron los reyes Rechila y Rechiario, y que los romanos y los godos nos robaron por la fuerza de las armas.

Maldras miró á Ayulpho con estrañeza, como si lo creyera loco.

—La ocasion no puede ser mas propicia, señor—prosiguió el gran general suevo-calaico—una vez que godos y romanos se baten á muerte en las Galias, tomando y perdiendo plazas, reunid dos ejércitos.....

—Dos!! volvió á decir el rey espantado.

—Dos, señor: uno para que lo guie el príncipe Remismundo á la toma de Astorga, tierra de Campos, y Toledo, hasta ocupar la Carpetania, y aun mas allá si es preciso; y el otro, á nuestras ordenes, tomará á Braga, Mérida, Lisboa, Sevilla, es decir, la Lusitania y la Bética, que hemos tenido un dia y hemos perdido otro.

--Pero.... y Galicia?--preguntó el rey trémulo, aterrado de aquel gran plan que apenas podia, no concebir, sino reflejar su cabeza.

--Galicia, señor, quedará al cargo de vuestro hermano Gondomaro.

- Bien, Ayulpho, -contestó el rey -pero, ya sabes que no entiendo más que de alardes y desembarcos por mar, y nada de camamentos y batallas por tierra.

-Sea, pues, lo que yo propongo, que me lo digas -contestó el general Ayulpho sincera y lealmente.

El rey Mairas salió al fin de su desaliento, y se trasladó a Orense con el general Ayulpho.

En Orense se reunieron los dos ejércitos que Ayulpho exigía para su plan. Rematando tomó el mando de todo el rey y su gran general el del castro, y se abrió la campaña contra la Asturia y la Carpetania, la Lusitania y la Betica.

El ejército del príncipe Remis marchó luego a Lugo, y se reforzó considerablemente con las tropas que le enviaron los condes de Beturia, y desde Lugo marchó al castillo de Vaca, cerca de Astorga, donde se reunió con todos los pueblos de su poder, pues los soldados romanos que dominaban en las regiones no se consideraban con bastante fuerza para resistir, ni podían esperar el auxilio del imperio.

Mérida, Sevilla, Toledo, todo lo que conquistaron los reyes Rechila y Rechiario, y que los romanos y los godos nos robaron por la fuerza de las armas.

Maldras miró á Ayulpho con extrañeza, como si lo creyera loco.

—La ocasion no puede ser mas propicia, señor—prosiguió el gran general suevo-caláico—una vez que godos y romanos se batien á muerte en las Galias, tomando y perdiendo plazas, reunid dos ejércitos.....

—Dos!! volvió á decir el rey espantado.

—Dos, señor: uno para que lo guie el principe Remismundo á la toma de Astorga, tierra de Campos, y Toledo, hasta ocupar la Carpetania, y aun mas allá si es preciso; y el otro, á nuestras Ordenes, tomará á Braga, Mérida, Lisboa, Sevilla, es decir, la Lusitania y la Bética, que hemos tenido un día y hemos perdido otro.

--Pero... y Galicia?--preguntó el rey trémulo, aterrado de aquel gran plan que apenas podia, no concebir, sino reflejar su cabeza.

--Galicia, señor, quedará al cargo de vuestro hermano Gondomaro.

--Bien, Ayulpho; --contestó el rey --pero, yo, ya sabes que no entiendo mas que de abordages y desembarcos por mar.... y nada de campamentos y batallas por tierra.

--Señor.... para eso os propongo, que iré con vos --contestó el general Ayulpho sincera y lealmente.

El rey Maldras salió al fin de su desaliento, y se trasladó á Orense con el general Ayulpho.

En Orense se reunieron los dos ejércitos que Ayulpho exigia para su plan. Remismundo tomó el mando de uno: el rey y su gran general el del otro, y se abrió la campaña suevo-calaica contra la Astúrica y la Carpetania, la Lusitania y la Bética.

El ejército del príncipe Remismundo llegó á Lugo, y se reforzó doblemente con las haces que le enviaban los condados lucenses; y desde Lugo atravesó los desfiladeros de Valcárcel, dominó el Vierzo y descansó en Astorga, rindiéndose todos los pueblos á su paso, pues los soldados romanos que dominaban estas regiones no se consideraban con bastante fuerza para resistirlo, ni podían esperar refuerzo del imperio

porque el imperio luchaba en las Galias contra los godos.

El ejército de Maldras y de Ayulpho atravesó la Limia, ocupó á Chaves y de Chaves entró en Braga sin resistencia alguna por parte de los godos, que huían de los suevo-caláicos por las mismas razones que los romanos.

La monarquía caláica empezaba, pues, á ensanchar su esfera de acción bajo el manto de su gloria militar, restaurando su anterior dominación territorial.

Remismundo no paró mucho tiempo en Astorga, y empezó á allanar el país de Campos, donde los romanos, mas superiores ya en número porque se iban replegando, empezaron á hacerle frente, aunque batiéndose en retirada.

Maldras y Ayulpho por su parte, despues de guarnecer á Braga, se dirigieron á Oporto y lo tomaron, así como otras plazas fuertes que un día estuvieran por los suevo-caláicos, dirigiéndose formidablemente sobre Lisboa, donde se habian replegado las escasas guarniciones que dejara el godo, al ocupar militarmente la Lusitania.

Establecióse el sitio de Lisboa por el ejército del rey Maldras, y tanto y tan bien lo estableció Ayulpho que la guarnicion empezó á desalentar, pues ádemas de esto los naturales no miraban bien á los godos, demostrando mas simpatias por los suevo-caláicos.

Al saber Theodorico II aquella irrupcion caláica sobre sus estados de la Lusitania y el aprieto en que se hallaba Lisboa, quiso ir en su auxilio; pero no pudo verificarlo porque tenia en frente de sí un euemigo mas superior, el romano; y comisionó un embajador para que solicitase la paz con el rey Maldras.

El rey Maldras, por consejo de Ayulpho que odiaba implacablemente al godo, desestimó las proposiciones de paz.

Mientras ambos ejércitos, el de Remismundo y el de Maldras, operaban con tan buen éxito sobre la Carpetania y la Lusitania, Galicia se hallaba en un estado horrible de guerras intestinas, provocadas por Gondomaro y Frumario.

Como hemos conseguido ya, Gondomaro era sumamente ambicioso, y viendo fuera de Galicia á su her-

mano Maldras y á sus ejércitos, determinó proclamarse rey del país, verificándolo en *Oporto* de Gondomar, pueblo que habia él fundado en las Rias bajas (1); y no contento con esto cayó sobre Betanzos y dió muerte á su cuñada Ildericela y á dos niños que tenia de Maldras, en venganza de quó en su juventud la reina prefiriera el amor de su hermano al suyo.

Precisamente cuando el feroz Gondomaro satisfacía estos deseos de derramar sangre en Betanzos, corriéndose despues con sus gentes hacia Orense á decapitar á los condes suevos mas adiptos á su hermano, Frumario habia tenido el mismo propósito que él. pues habiendo tomado á Lugo avanzaba sobre Betanzos para dar muerte á la reina y á sus dos niños; de manera que Gondomaro matando por su cuenta, favorecia grandemente los malévolos designios del terrible rival de su hermano, Frumario.

(1) Aun existe este pueblo, hoy San Benito de Gondomar. Se halla en la provincia de Pontevedra, á 2 y media leguas de Vigo. El rey Felipe III lo dió á D. Diego Sarmiento de Acuña, con título de condado.

Frumario llegó á Betanzos.. y se regocijó de las muertes que hiciera Gondomaro. y para celebrar mas su alegría. mandó una noche poner fuego á la ciudad. capital de los brigantinos. que iban con el ejército de Maldras. y cual otro Neron la estuvo viendo arder desde uno de los seis castros que la rodeaban.

La ciudad de Betanzos de hoy se halla fundada en distinto sitio. de la que lo era entonces. Hallábase la antigua. fundada por los griegos y reedificada por los romanos en tiempo de Flavio Vespasiano. á la otra parte del rio Mandeo. hácia el Norte. un cuarto de legua distante de la actual; cuyo sitio se designa en la actualidad *Betanzos ó bell*. (1) El fin que se llevaron en construirla allí. fuera el de hacer una fortaleza inespugnable. que no se pudiese coger. ni ganar con lanza. escudo. espada ni otra clase de armas de las que en aquellos tiempos remotísimos se usaban. Tiene este sitio. en el cual se halla la iglesia de San Martin Tiobre (2) y ruinas de edifi-

(1) Betanzos el viejo Los romanos en honor á Flavio Vespasiano. tambien la denominaron Flavianum Brigantium

(2) Fundacion de Theodomiro II de los snevos

mano Maldras y á sus ejércitos, determinó proclamarse rey del país, verificándolo en *Oporto* de Gondomar, pueblo que habia él fundado en las Rias bajas (1); y no contento con esto cayó sobre Betanzos y dió muerte á su cuñada Ildericela y á dos niños que tenia de Maldras, en venganza de que en su juventud la reina prefiriera el amor de su hermano al suyo.

Precisamente cuando el feroz Gondomaro satisfacía estos deseos de derramar sangre en Betanzos, corriéndose despues con sus gentes hácia Orense á decapitar á los condes suevos mas adiptos á su hermano. Frumario habia tenido el mismo propósito que él, pues habiendo tomado á Lugo avanzaba sobre Betanzos para dar muerte á la reina y á sus dos niños; de manera que Gondomaro matando por su cuenta, favorecia grandemente los malévolos designios del terrible rival de su hermano, Frumario.

(1) Aun existe este pueblo, hoy San Benito de Gondomar. Se halla en la provincia de Pontevedra, á 2 y media leguas de Vigo. El rey Felipe III lo dió á D. Diego Sarmiento de Acuña, con título de condado.

Frumario llegó á Betanzos, y se regocijó de las muertes que hiciera Gondomaro, y para celebrar mas su alegría, mandó una noche poner fuego á la ciudad, capital de los brigantinos, que iban con el ejército de Maldras, y cual otro Neron la estuvo viendo arder desde uno de los seis castros que la rodeaban.

La ciudad de Betanzos de hoy se halla fundada en distinto sitio, de la que lo era entonces. Hallábase la antigua, fundada por los griegos y reedificada por los romanos en tiempo de Flavio Vespasiano, á la otra parte del rio Mandeo, hacia el Norte, un cuarto de legua distante de la actual; cuyo sitio se designa en la actualidad *Betanzos ó bell.* (1) El fin que se llevaran en construirla allí, fuera el de hacer una fortaleza inespugnable, que no se pudiese coger, ni ganar con lanza, escudo, espada ni otra clase de armas de las que en aquellos tiempos remotísimos se usaban. Tiene este sitio, en el cual se halla la iglesia de San Martin Tiobre (2) y ruinas de edifi-

(1) Betanzos el viejo. Los romanos, en honor á Flavio Vespasiano, tambien la denominaron *Flavium Brigantium*.

(2) Fundacion de Theodomiro II de los suevos

cios, piedras labradas, ladrillos antiguos, etc., las entradas y salidas estremadamente agrias, y el suelo donde estaba la ciudad muy estrecho y alto; y desde él se dominaban completamente los contornos: por esto de ninguna parte podia ser ofendida con arietes ni otros artefactos de guerra, defendiéndola ademas seis montes con sus castros, por lo que la ciudad de Betanzos de hoy (1) tiene por armas seis castros significados por seis roeles puestos de dos en dos.

Despues de la destruccion de Betanzos, Frumario, dueño ya de Lugo y de la region brigantina, avanzó hácia Orense en busca de Gondomaro, pues llegara á reunir mas parciales que él.

Entretanto que esto pasaba en Galicia, Remismundo dominaba la tierra de Campos y caia sobre Toledo; y el rey Maldras continuaba el cerco de Lisboa con encarnizamiento, ignorantes ambos ejércitos de cuanto pasaba en Galicia.

El general Ayulpho consiguió ponerse de acuerdo con los lisbonen-

(1) Se halla fundada sobre el antiguo Castro de Uncia.

ses que odiaban como él á los godos que guarnecian la ciudad, y en una acometida decisiva, auxiliado por ellos, asaltó á la fuerte Lisboa, degollando á cuanto soldado pudo haber á las manos.

El rey Maldras penetró despues en Lisboa con lo restante del ejército, y como ya desde aquella ciudad podia decirse que dominaba la Lusitania, se preparaba á caer sobre la Bética como un alud devastador, cuando detuvieron su vencedora marcha las nuevas que recibió de Galicia.

El rey Maldras se enfureció como un leon al recibirlas.

—Ya lo ves—le dijo á Ayulpho—me encuentro sin muger, sin hijos y sin corona por seguir tus consejos.

— Señor,—le contestó el viejo general inclinando la frente—mi plan no era malo sino hubiese Caines en el mundo.

El rey Maldras inclinó á la vez la suya, sojuzgado por aquella lógica irresistible; y dando la orden de marcha á sus tropas, revolvió sobre Galicia, dejando á Ayulpho de guarnicion en Lisboa.

El rey Maldras penetró en Galicia como un tigre sediento de sangre.

Hubiera querido ser inmortal para estar derramando la de sus enemigos, y máxime la de su hermano Gundimaro.

Al vislumbrarse su regreso, Frumario se retiró hacia Lugo; pero Gundimaro tuvo el delirio de afrontar su saña, y lo esperó á tres leguas de Orense, en una ciudad que se llamaba Abdóbriga (1), situada en la confluencia del Avia y el Miño.

Pero no tuvo lugar batalla alguna.

Tan pronto como los parciales de Gundimaro distinguieron las huestes aguerridas de Maldras, lo dejaron solo, abandonándolo completamente á las iras de su hermano.

Sin embargo, Gundimaro pudo librarse por fin, huyendo de Rivadavia como sus soldados.

Cuando Maldras penetró en la ciudad sin haberlo á las manos, se redobló su fiebre, su deseo vehementísimo de apoderarse de aquel Cain.

Despachó en su busca mil y mil partidas, y despues se retiró á Oren-

(1) Hoy villa de Rivadavia.

se á poner las cosas en órden y esperar alli la captura de Gundimaro, por la que habia ofrecido muy altas recompensas.

Gundimaro entre tanto vagaba de montaña en montaña, de bosque en bosque, de peñasco en peñasco, con las barbas hasta el pecho y las ropas desgarradas; hambriento y con los ojos inyectados de sangre como un animal carnívoro.

Una de las partidas que andaban en su persecucion y que capitaneaba Ilharío, dió con él en el desfiladero de Chaguazoso, montañas de la jurisdiccion de Viana del Bollo.

Gundimaro huyó y huyó delante de sus perseguidores por aquellas ásperas vertientes, y se detuvo entre los lugares de Villarino y Castiñeira, sobre el despeñadero del Cenza, rio que se precipita á 300 varas de altura.

Allí, y de pie sobre el abismo, se cruzó de brazos, vacilando entre la muerte que le esperaba á sus pies y la que avanzaba á su espalda.

Tan cobarde como traidor, no tuvo valor para morir dignamente en medio de su desgracia, y esperó á sus perseguidores, dejándose maniatar y conducir á Orense.

Maldras no se hallaba en esta ciudad: habia avanzado hasta *Oporto* de Gondomar, en cuya plaza castigó á todos los parciales de su rebelde hermano que habian ido cayendo en poder de los suyos, arrasándola despues completamente (1).

Cuando le presentaron á Gundimaro, su sed de sangre y de venganza se avivó con nueva furia.

Sobre las ruinas de la ciudad que arrasara, eligió los cuatro paredones de una casa, mandó hechar entre ellos mucha leña, le puso fuego, y luego, cuando aquel sitio se hallaba encendido como un horno, el mismo arrojó á su hermano en la hoguera, donde llevó una muerte horrorosa.

El fin que tuvo Gundimaro y los amotinados de su bando, parecia satisfacer la ansiedad de sangre que animaba al rey Maldras, pues despreciando á Frumario que se habia vuelto á refugiar en las asperezas Nerias de Lugo, se dirigió de *Oporto* de Gondomar á Orense, donde se prometia descansar de tanto dolor y fatiga.

(1) *Oporto* de Gondomar fué reconstruido mas tarde, á principios del siglo VII.

Por este tiempo los erulos volvieron á desembarcar en las costas de Vivero, y se posesionaron de una villa que se llamaba Estabañon, ó Labañon, cuyos habitantes se ocupaban en la pesca de la ballena.

Desde esta villa hacian los erulos sus correrias por el pais, talando y saqueando á mansalva porque los naturales no se encontraban con medios de resistirlos.

Frumario, que era el que se hallaba mas cerca de esta costa, no cargó sobre ellos, no porque no pudiera derrotarlos obligándolos á reembarcarse, si no porque convenia altamente á sus fines esta calamidad mas que se desplomaba sobre el reinado turbulento de Maldras.

Cuando Maldras tuvo noticia del desembarco de aquella manada de buitres marinos, sufrió estremadamente porque sus naos las habian destruido Gondomaro y Frumario en Betanzos, y carecia por consiguiente de medios con que espartarlos por la mar.

Sin embargo, como buen marino y buen práctico de las costas de su reino, sabia la disposicion hidrográfica particular que tenia la villa de Es-

tabañon, que poseian los erulos, y se valió de sus conocimientos marítimos para destruirlos.

Hallábase Estabañon situada en una hondonada inmediata á la costa, y entre ella y el mar mediaba un terraplen de peñascos que parecia un dique que interpusiera la naturaleza para preservar á la villa de una inundacion.

El rey Maldras escogió cien hombres á su gusto, salió de Orense con las herramientas necesarias, y situándose en el terraplen á favor de las sombras de una noche muy oscura, practicó en él un barreno, cuya obra fué sumamente atrevidísima, segun nuestras notas.

El mar cantabrico, al separarse la última piedra del barreno, se precipitó furiosamente por él, y rugiendo como una hambrienta manada de leones inundó en muy poco tiempo la hondonada en que se hallaba la villa, sin que ni un solo habitante se librara.

Hoy se llama aquel sitio el Lago de Carrucedo; y en las mareas bajas aun se encuentran vigas en esta laguna. (1)

(1) En 1811 se descubrieron trozos de una

El rey Maldras escarmentó para siempre á los erulos, y regresó satisfecho á Orense.

En Orense tuvo entonces lugar la dramática revolucion que le quitó la vida.

El rey Maldras habia elevado al capitán Ilhario á los primeros puestos de la milicia, por haber hecho prisionero á Gondomaro en las montañas de Chaguazoso: le habia concedido su proteccion en tal extremo, que el conde Ilhario era el que mas favor alcanzaba en la corte.

El conde Ilhario tenia una muger, Guntharica, que era un portento de hermosura.

El rey Maldras se enamorara de Guntharica; pero bueno en la bella acepcion del término, luchaba con aquel amor que le inspirara la esposa del conde Ilhario.

Lo que el rey Maldras sufrió en aquella lucha, lucha que pone á prueba la sensibilidad del hombre, fué indecible; y su ángel malo ven-

calle ancha y empedrada de cal y canto: posteriormente se descubrió un trozo de argamasa romana; y cesando los temporales que dejaban ver estos antiguos restos, las arenas volvieron á cubrirlos.

ció al fin de su ángel bueno, pues el rey Maldras se abandonó al amor de Guntharica.

Para disfrutar con mas holgura de los goces de aquel amor criminal, el rey Maldras se descartó del conde Ilhario, mandándolo á Lugo al frente de un ejército, bajo el pretesto de contrarrestar el acrecentamiento de las fuerzas de Frumario.

Ignorante de todo el conde Ilhario, tomó el mando del ejército, y envanecido con aquel honor de su rey y señor salió para Lugo, donde estableció su lugar-tenencia.

Al poco tiempo de esta estrategia del rey Maldras, sus amores con Guntharica traspiraron en la corte, y de la corte en el reino, de modo que todos, escepto el conde Ilhario, sabian la infidelidad de su esposa.

Frumario se aprovechó de esto, y solicitó una entrevista secreta con el conde Ilhario para revelarle aquella felonía de Maldras y ganarlo en su favor.

Pero el conde Ilhario, ignorando el objeto de Frumario, se negó á la entrevista.

Entonces Frumario tuvo tanto valor ó tal fuerza de convicción en que

lo que iba á hacer le daría brillantes resultados, que solo, y sin mas armas que su espada, se presentó una noche en la cámara del conde Ilhario.

El conde Ilhario se quedó atónico al verlo.

—Conde—le dijo Frumario--ya puedes conocer que lo que vengo á decirte debe ser muy importante, cuando en ello arriesgo mi vida.

El conde Ilhario no contestó nada, continuando en su asombro.

Frumario prosiguió:

--Pues bien, conde; tú que hoy eres el partidario mas acérrimo de Maldras contra mi; mañana serás su enemigo mas implacable, y mi amigo mas predilecto.

El conde Ilhario levantó entonces la cabeza con arrogancia, y dijo:

--Os engañais, señor: yo no me vendo.

--Lo sé, conde. Tu no te vendes, pero eres bastante pundonoroso para tolerar la infamia que te hacen; y tu que no te vendes, tu te vengarás.

--Vengarme...! No os entiendo, señor!

--Si, conde, te vengarás del rey Maldras.

--Vengarme de él!... ¡Vengarme de él que no sabe como colmarme de favores!

--Esos favores que recibes de él, no son mas que flores con que vendas tus ojos, para matar tu honra por la espalda...

--Mi honra! exclamó el conde Ilhario vacilando.

--Tu honra, conde; porque la condesa Guntharica recibe en su cámara de noche á tu rey y señor, el cobarde y traidor Maldras.

Aquellas palabras de Frumario, aquella revelacion terrible, hizo en el ánimo del conde Ilhario el efecto del rayo: lo deslumbró y lo batió contra un sillón.

Aquella revelacion, hecha al conde Ilhario por un servidor suyo, exaltaria su alma hasta el frenesí y seria capaz de cerrar para siempre los labios que se la hiciesen; pero hecha por un príncipe, por un rey, por una persona mas elevada que él, lo anonadaron completamente.

Recobrándose como pudo el conde Ilhario de aquella impresion, se adelantó dos pasos hácia Frumario, y le dijo con voz trémula:

—Probadme lo que decis, señor.

—Mañana mismo; pero con una condicion.

—Hablad.

—Que una vez cerciorado por tus mismos ojos de que el rey Maldras te deshonra de una manera tan afrentosa, reunirás el ejército de Lugo, lo concentrarás sobre Orense y caerás como el rayo sobre Maldras....

—Oh! dejadlo á mi cuidado, señor.

—Sígueme, pues.

—¿A donde, señor?

—A Orense, si tienes valor para presenciar la villanía de Maldras.

Y ambos, sobre dos caballos escogidos, salieron aquella misma noche de Lugo, y atravesando recatadamente las montañas, llegaron á Orense á los dos dias.

Cuando entraron en la corte, era ya de noche.

Frumario y el conde Ilhario penetraron en el palacio de Guntharica por un jardin, y se ocultaron en una cámara contigua á la de la adúltera.

A la media noche, vieron entrar al rey Maldras en aquella cámara, y cerrarse la puerta en pos de él; quedándose solo con Guntharica.

Frumario hizo mas aun para arrancar la venda que el conde Ilhario tenia sobre los ojos, y se vió y se deseó despues para contener sus impulsos de venganza, pues queria precipitarse sobre los amantes daga en mano.

Una vez cerciorado el conde Ilhario de la afrenta que recibia de su rey, se creyó libre de todo compromiso con él, se afilió enteramente á la parcialidad de Frumario, y salió con este príncipe para Lugo, sin que nadie sospechara de su permanencia en Orense, las pocas horas que estubieron.

El conde Ilhario tenia mucho partido en la corte, y preparó á todos los descontentos para un motin, que debia estallar al celebrarse la fiesta de Pascuas, para las que no faltaban muchos dias; motin que debia ser protegido por sus tropas y las de Frumario.

Todo bien combinado, estalló el motin en las fiestas de Pascuas; presentóse el conde Ilhario con sus tropas, penetró hasta el palacio real, y Maldras que creia que venia en su auxilio, salió con los brazos abiertos á recibirlo.

El conde Ilhario lo recibió á puñaladas.....

Se cebó tanto y tanto en él, que Maldras llevó una muerte muy dulce porque sucumbió en breves instantes.

Era por el año 460 de Jesucristo.

XI

Frumario, el lucreto.

Frumario sucedió á Maldras, y subió á la cumbre del Pico Sagro sin oposicion alguna, pues el único que pudiera oponerse, Remismundo, continuaba en tierra de Campos con sus tropas.

Tan luego como Frumario fué coronado rey de Galicia, levantó la corte de Orense y se dirigió á Braga, donde la estableció.

Como dejamos consignado, Remismundo se hallaba en tierra de Campos, y noticioso de la muerte de Maldras y de la coronacion de Frumario, revolvió con su ejército sobre Galicia.

Remismundo entró en el país y como los naturales de Lugo que estaban mucho por Frumario, se resistieron á darle entrada, asaltó la ciudad y pasó á cuchillo á sus moradores.

La entrada de Remismundo en Galicia se significaba por el estrago y el incendio.

La idea de que Frumario, el hijo del asesino de su madre, era rey y él no, encendia la sangre de sus venas de tal modo que mas que hombre parecia una hiena.

Entonces comenzaron esas guerras civiles entre Frumario y Remismundo tan tristemente conocidas en nuestras crónicas por sus terribles resultados para el país.

Después de la toma y deguello de Lugo, Remismundo corrió al Pico Sagro, y se hizo coronar por rey de Galicia.

Era el primer caso que sucedia, de que viviendo un rey coronado en el Monte Sagro, otro principe se coronara en vida de aquel.

Tal era el odio de Remismundo á Frumario que le hacia salvar las prácticas mas respetables de la monarquía sueva.

Una vez coronado Remismundo se dirigió á Orense con ánimo de establecer su corte en esta ciudad, muy numerosa y de gran estension á la muerte del rey Maldras.

Orense, como Lugo, resistió á Remismundo.

Remismundo, como á Lugo, asaltó y degolló á Orense.

Frumario salió de Braga con un ejército, para castigar á Remismundo.

Remismundo se corrió con sus tropas hácia la Limia, degollando á todo partidario del rey Frumario.

Frumario prosiguió en su busca.

Los dos reyes se encontraron en Saler.

Salser era una ciudad que existia á tres leguas de Ginzo de Limia, cerca de la frontera de Portugal (1) y orillas del rio Salas, que bañaba el valle de este nombre por el norte de aquella poblacion. El viagero que corre aquellas soledades, aun vé las ruinas de Saler bajo las retorcidas ramas de un inmenso robledal, cuyas ruinas indican la gran consideracion que debió tener esta localidad

(1) Hoy parroquia de San Payo de Abades

en aquellos tiempos: aun se distingue una calle; aun se nota un pequeño monte con reductos entre los lugares de Abades y Sabucedo; aun se nota en la parte de Tosende una alta muralla que parece de un castillo formidable, y junto á Paradela de Randin aun se conocen dobles fortificaciones.

Desde la destruida Saler al rio, media el infertil campo de *Ourique*, cuya esterilidad atribuye la tradicion á la mucha sangre vertida en la batalla que tuvo lugar entre los ejércitos de ambos reyes.

Remismundo ocupaba con el suyo á Saler, donde se habia atrincherado.

Frumario, que contaba con unas mas numeroso, se estableció al otro lado del rio.

Como Saler se hallaba muy fortificada, el objeto de Frumario fué atraer á Remismundo hácia el rio, obligándole á salir de la plaza en alas de su arrojó, porque Remismundo era de suyo muy arrojado.

Frumario destacaba masas de mil hombres sobre Saler, que al arrojar las primeras flechas contra las fortificaciones retrocedian como cobardes hácia el rio.

Remismundo cayó en la celada.

Una mañana, hartó ya de aquel juego, salió de la plaza con su ejército para copar aquella masa de mil hombres: pero Frumario que tenía emboscadas otras dos masas mas considerables, á ambos lados de ella, cortó al ejército de Remismundo en su retirada.

Remismundo conoció el engaño cuando vió envueltas sus tropas por todas partes: hizo los mayores esfuerzos para poder volverse á Saller, batiéndose heroicamente con su formidable clava, pero fué en vano.

Entonces arremitió de frente, hácia los reales de Frumario, para abrirse paso por ellos; pero en vano también.

La lucha se generalizó tanto y en tal desórden que sólo el ejército mas numeroso podia triunfar del otro, y en esa parte todas las ventajas se hallaban por Frumario.

Remismundo no descansaba un momento, y valiente y esforzado hendía cráneos aqui y allá hasta que viéndose muchas veces desamparado de los suyos, que caian por donde quiera á la par que los contrarios, intentó concentrar los soldados posi-

bles y abrirse de una vez paso como el toro acorralado.

Consiguiólo por fin.

Por el flanco que menos lo esperaba se precipitó en arremetida, y rompiendo las líneas enemigas, pasó el Salas con los soldados que le siguieron, y acampó aquella noche en las montañas de Penamá.

De Penamá se corrió á Orense y de Orense á Iria ó Padron, donde rehizo sus huestes.

Frumario destruyó á Saler, la incendió como Remismundo á Lugo, y luego se dirigió á Orense cuyas casas mandó reedificar.

Desde Orense avanzó Frumario hasta Padron, á fin de librar otra vez batalla á Remismundo, haber si conseguia matarlo; pero Remismundo abandonó á Padron y se refugió como en otros tiempos en las tierras de Deza hasta acrecentar sus fuerzas de guerra.

Frumario, asaltó á Padron que era del señorío antiguo de Remismundo, y degolló á los habitantes que se significaban por parciales suyos.

De asalto en asalto, de incendio en incendio y de deguello en deguello, así las cosas como las personas

sufrían una destrucción inhumana.

Por esto, aquel período de nuestra historia, se manifiesta tan fatal entre las brumas del tiempo. Por esto, también, el sentimiento natural del país, pronunciándose abiertamente contra aquel espíritu de rivalidad regia que arrancaba piedra sobre piedra de las casas, y cabeza sobre cabeza de los hombros, se inició en un tercer partido político que pudiera llamarse el de la conservación de lo existente; partido á que se agruparon todos los buenos caláicos, y á cuyo frente figuraba el obispo de Chaves, Idacio. (1)

Al ver á Remizmundo en derrota, Frumario revolvió sus huestes sobre Chaves donde se significaba mas aquel espíritu de conservación de que hablamos, y que él calificaba de rebeldía.

Chaves le cerró sus puertas.

Frumario asaltó la ciudad; y como sus moradores rechazasen el

(1) Escritor contemporáneo á estos sucesos, que escribió de los sucesos como se podía escribir entonces, en globo, sin descender á detalles, á pasiones; cuando en las pasiones y en los detalles están las causas de los grandes efectos que nos admiran en la historia de los pueblos.

asalto, Frumario degolló á cuantos encontró con las armas en la mano; llevándose cautivo á Orense al obispo Idacio para cortarle la cabeza en la plaza mayor.

La situación no podia ser mas deplorable para el pais; pues aquellas guerras civiles en que se ensañaban Frumario y Remismundo, lo inundaba de sangre, de ruinas y de llamas.

Pocos dias antes del señalado para la decapitacion del obispo Idacio, Gualmira intercedió por su vida.

--Eso es no apreciarme--le contestó Frumario--porque Idacio estaba en relaciones amistosas con Remismundo; y el que está con mis enemigos no está conmigo.

Gualmira negó aquella circunstancia; y tanto y tan bien pudo hablar en favor del prelado, que Frumario le perdonó la vida y lo puso en libertad.

La influencia de Gualmira en el ánimo del rey era tal, que mas respetaban en la corte á la viuda de Fraula que al mismo Frumario, pues este se hallaba enteramente subordinado á sus encantos, por lo que mereció el sobrenombre de Frumario el *Incesto*.

Pero la pasión única de Gualmira en la tierra fuera Remismundo. Aunque sucumbiera á otros, Remismundo y solo Remismundo habia llenado su alma de amor. Por él todo lo sacrificara ciegamente, por dos veces le sacrificó su poder, su corona, su tranquilidad doméstica; lo mismo siendo esposa de Frau-la, que siendo querida de su hijo Frumario, como se verá á continuación de esta historia.

Y sin embargo, cuán mal recompensó Remismundo tanto amor, y tanta abnegación!

Por aquel tiempo volvieron á verse nuevos prodigios en el país; pues un viernes, á la hora del canto del gallo, se vió la luna teñida de color de sangre.

Las viejas hilanderas y aureanas tomaron pie de esto para establecer sus augurios funestos: pronosticaron que iba á volver el gato enfurecido á devorar el dragon, y que por consiguiente iba á concluirse el mundo católico.

Frumario trasladó su corte á Braga.

Entre tanto Remismundo continuaba haciendo muchos prosélitos,

y un dia se posesionó de Lugo. donde estableció su corte.

Frumario quiso volver otra vez sus armas contra él y desalojarlo de Lugo, pero por consejo de Gualmira le mandó una embajada por la que le cedia los territorios lucense, britoniense, brigantino y asturicense, á título de rey feudatario suyo.

Remismundo mandó arrojar al Miño al embajador con una gran piedra á los pies.

Frumario juntó sus gentes en Braga para castigar de un vez tanta crueldad como usaba con él y con los suyos Remismundo.

Gualmira aun pudo contener aquella nueva tormenta que se preparaba contra su amante, dando á beber al rey Frumario cierta bebida que lo vigorizaba mucho por el pronto, y luego le hacia languidecer estremadamente.

Habia, pues, por este tiempo en Galicia dos reyes coronados, Frumario y Remismundo; y dos cortes oficiales, Braga y Lugo.

Esto agravaba mas y mas la situacion del pais, porque ni los suevos ni los caláicos se entendían en las divisiones territoriales que se establecieran accidentalmente.

Remismundo, siempre afanoso de hundir el poder de Frumario, avanzó de Lugo á Iria ó Padron, y de Padron á Orense.

A esta ciudad fué á verle Gualmira secretamente.

—Acabemos de una vez-le dijo la bella dama-concedeme palabra de casarte conmigo y Frumario no existirá dentro de pocos dias.

La muerte de Frumario era el bello ideal de Remismundo. Abrazó á Gualmira de gozo, y le prometió casarse con ella si le cumplia su promesa.

—Mas haré-le dijo la dama-presenciarás su agonía.

Estas últimas palabras electrizaron á Remismundo el vengador.

En seguida se repuso diciéndole:

—¿Y cómo he de presenciar su muerte, Gualmira?

—Viniendo conmigo á Braga secretamente.

—Y quien me responde de que tu no me armas una celada de acuerdo con Frumario?

Gualmira se creyó herida en lo mas delicado de su corazon con esta desconfianza de su amante, y dos

lágrimas temblaron en sus párpados.

—Quien te responde, me preguntas? Y es posible que tú, tú, dudes del amor que me abrasa!

La voz, la mirada con que Gualmira decia estas palabras, llevaron la conviccion al pecho de Remismundo, y abandonándose á aquella impresion inefable volvió á abrazar á la dama contra su corazon.

Gualmira y Remismundo se dirigieron á Braga secretamente.

Remismundo vivia en Palacio como criado de Gualmira, y de esta manera veia todo cuanto pasaba en la cámara del rey Frumario, presenciando su agonía, pues la dama redoblaba el veneno en las bebidas que servia á aquel.

Estas bebidas le hacian tal bien por el pronto que le producian una alegría estremada, que le hacia hablar ruidosamente de conquistas y de glorias, para volver á caer luego en una melancolia cruel que le devoraba las entrañas sin poder ni aun hablar para quejarse.

Una noche, el rey se sintió morir de tristeza y de dolor: apenas tenia ya fuerzas, ni aun para hablar.

Gualmira, que se hallaba á su lado, hizo una seña hácia una puerta de la cámara, como si llamara á alguien.

A esta señal misteriosa de Gualmira, apareció Remismundo delante de Frumario, no en traje de criado, sino en traje de rey, con corona de oro resplandeciente en la cabeza.

Frumario quiso exalar un grito, y no tuvo aliento para formularlo.

Gualmira abandonó los brazos de Frumario y se enlazó á los brazos de Remismundo, besándole amorosamente.

Frumario quiso otra vez gritar, pedir socorro y no pudo: no tenía ya voz.

No tenía mas que ojos para ver.

Lo único que hizo Frumario fué levantar un poco una mano para ponerla delante de sus ojos como al que le deslumbra una luz, pero la mano volvió á caer por su propio peso...

En seguida, asomó á sus lábios una ligera espuma de sangre.... cesó su respiracion fatigada.... y se quedó inmóvil, con los ojos clavados

en Gualmira y Remismundo, que le miraban sonriendo de amor....

Así murió Frumario el Incesto, año 463 de Jesucristo.

XII.

Remismundo el Vengador.

A la muerte de Frumario, Remismundo empezó á reinar sin oposicion alguna, y con gran contento de todos, así suevos como caláicos: la parcialidad de Frumario se adhirió completamente á la suya; y todo parecia solidarizarse hácia un estado floreciente.

El rey Remismundo estableció su córte en Lugo; y como en los tiempos de Hermengario, dividió el reino

en dos lugar-tenencias, una en Astorga, y otra en Braga.

Como el elemento dominante de la política de aquellos tiempos y de aquellas razas era la guerra, el rey Remismundo reunió seguidamente un poderoso ejército, y entrando por la Lusitania que poseían por entonces los romanos, estableció el cerco de Coimbra, ciudad que resistió tenazmente á sus tropas.

Remismundo engañó á sus moradores, so color de paz y de amistad; y entonces Coimbra le abrió sus puertas.

Pero una vez dentro de la plaza, el rey Remismundo la robó y saqueó, mandando degollar á cuantos no respetaran á sus soldados ó la mas leve de sus insinuaciones.

Después de posesionarse de Coimbra, el rey Remismundo se lanzó sobre Lisboa, que gobernaba por los imperiales Lusidio, ciudadano de ella.

Lisboa como Coimbra cayó en poder del rey Remismundo, valiéndose del mismo engaño para acometerla; y así que Lusidio le entregó la plaza, lo mandó degollar.

Después de estas conquistas, que

hizo al romano, se detuvo el rey Remismundo; y mandó embajadores al rey godo Theodorico II, dándole cuenta de ellas, como en reconocimiento de su vasallaje y sumisión, y pidiéndole le tuviese siempre en su gracia y amistad.

La política de Remismundo era aviesa: alhagaba al que odiaba mortalmente.

Holgó mucho el monarca godo con aquella embajada, y para demostrar al rey suevo la satisfacción que experimentaba, le dió por muger á Heldefreda, que era hija suya.

El rey Remismundo se creyó el hombre mas feliz de la tierra al ver que Theodorico II le mandaba su hija Heldefreda, que llegó á Lisboa acompañada de Salano, conde principal de los godos, el cual traía armas y otros dones para el yerno.

El rey suevo no vaciló un momento en aceptar la mano de Heldefreda, ofrecida por uno de los reyes mas grandes de la época; y abandonando con el mayor desprecio á Gualmira, celebró bodas con la hija de Theodorico, que fueron sancio-

nadas en toda la antigua Caláica con las mayores fiestas.

Aquel casamiento fué fatalísimo para Galicia, pues ahogó en sangre la monarquía católica.

Heldefreda era arriana, y con Heldefreda habia venido á Galicia un tal Ayaz ó Ayace, galata, natural de la Galia Gótica, el cual tambien arriano, pervirtió á los suevos á la vez que Heldefreda al rey.

El arrianismo tendió por entonces sus negras alas por el horizonte de Galicia; y su perniciosa influencia empañó el esplendoroso brillo de su nacionalidad.

La apostasía del rey Remismundo por inspiracion de su muger Heldefreda, á la que siguió la de los condes de la corte y principales magnates, hizo un efecto terrible en el ánimo de los naturales, los cuales se replegaron espantados cabe sus preladados.

Esto dividió enteramente el espíritu público: los suevos, es decir, la Galicia oficial, la Galicia militar, era arriana; y los caláicos, la Galicia indígena, la Galicia natural, era católica.

Hasta aquella apostasía del rey

Remismundo, no se habian divorciado jamas, así en sus glorias como en sus reveses, aquellas dos razas tan adheridas en nuestro suelo.

De aquí la gran lucha religiosa que ensangrentó nuestras montañas, lucha en que el rey Remismundo desplegaba una ferocidad tan inaudita contra los católicos que sobre degollar inhumanamente a los clérigos que no seguian las doctrinas arrianas, incendiaba las casas de los pobres labradores católicos, dejándolos sumidos en la miseria mas espantosa, miseria que luego se reflejaba en la masa general del pais.

Ante aquella persecucion del rey Remismundo, los prelados abandonaban sus sillas, y huian á las asperezas de las montañas.

Pero aun en las fragosidades de las montañas los perseguia Remismundo; cumpliéndose enteramente la profecia de las viejas aureanas que anunciaban que el dragon alado de los suevo-cristianos habia de ser devorado por el gato enfurecido de los suevo-hereses.

Los obispos se refugiaron entonces en Aunona, año 466, y desde allí

desafiaron la cólera de Remismundo.

Aunona era una ciudad que se hallaba en las islas Aunios, hoy islas de Ons, en nuestra costa del Oeste, y á la entrada occidental de la ria de Pontevedra.

Aquella ciudad fué el arca santa donde se refugió el cristianismo, perseguido por las aguas dilubianas del arrianismo: la mayor y mejor gente de nuestros condados caláicos, acaudillada por el crucifijo del clero católico, penetró en Aunona, que era una ciudad inespugnable por su situacion hidrográfica.

El rey Remismundo levantó tropas y se lanzó contra Aunona.

Era la primera lucha, tras tanto tiempo, en que el suevo se ponía frente á frente del caláico.

El rey Remismundo llegó á Villalonga, y situó su ejército en Simes, Portonovo, Lores, Dena y San Jenjo, á lo largo de la costa del oceano, como para incomunicar á los caláicos con el continente.

Los aunoneuses no se inquietaron por esto: al hacerse fuertes en Aunona, contaban con bastantes armas y ganados.

Pasaron dias y meses, y viendo el rey Remismundo que nada conseguia con hostilizar á Aunona desde la costa, determinó trasbordarse á la ciudad rebelde.

Mandó preparar transportes; pero en aquella época estaba tan atrasada la construccion naval en nuestro pais que, sobre tardar mucho tiempo en construir con maderos, no llevaban los transportes las condiciones indispensables para soportar temporales, sino para flotar á modo de balsas. (1)

El rey Remismundo dispuso el embarque, y llenaron los transportes la flor de sus caballeros.

Empezara el embarque á la salida del sol, y aun era medio dia y no se hallaba concluido: á eso de las tres de la tarde pudieron los transportes mover sus reinos; pero andaban tampoco que al anochecer se hallaban entre la costa y la isla Ons, bajo un cielo nebuloso, amenazante.

El desórden era imponente en la

(1) En nuestras marinas se usaban barcas pequeñas, tejidas de mimbres, y cubiertas con cueros de vaca. El rey Maldas introdujo las naos de madera á vela y remo, pero groseramente construidas en comp-racion de las de hoy.

espedicion. No se oian mas que juramentos é imprecaciones contra el mar; y como los unos molestaban á los otros porque iban como estivados, el vocerio ensordecia los aires.

Llegó la noche, y sobrevino con lluvia.

Entonces el desórden creció de pronto y en dos transportes hubo tal alboroto que sin respetar á sus gefes, los soldados se acuchillaban por un palmo mas ó menos desittio, poseidos del mayor pánico.

Como la noche les sorprendiera en la mar, unos trasportes se perdian de los otros; y para mayor desdicha, tormento y confusion de los enemigos de la fé, les empezaba á aquejar el hambre, pues no habian hecho provisiones contando con trasportarse á Aunona en horas.

La noche fué horrorosa para la espedicion: hambre, lluvia, mareo...

A la irradiacion pálida del alva, cuando sus primeras tintas de plata empezaron á caer sobre las olas, la lluvia cesó del todo; pero en cambio la mar erizaba sus montañas de irritada espuma contra el rumbo de los transportes, en una ebullicion incesante y terrible.

Llegaron por fin á la isla: pero cómo desembarcar en ella si por todas partes los inundaban de flechas, sucumbiendo los expedicionarios sin defensa?

Era tal el estrago que hacian sobre los trasportes las piedras que lanzaban los aunonenses, que no se veian mas que cadáveres suevos sobre el ondisonante mar.

Entonces, los obispos cristiano-caláicos, mandaron suspender las hostilidades; y siéndoles imposible auxiliar á sus enemigos, librándolos del furor del Océano, entonaron sobre la montaña mas alta de la isla un *Te Deum* en accion de gracias por aquella maravillosa derrota que sufrían sus enemigos.

Por los trasportes que pudieron aportar á Simes, supo el rey Remismundo la inmensa pérdida que acababa de sufrir (1): y tal era su odio al cristianismo que preparó otra nueva expedicion, expedicion que él habia de mandar.

Al efecto, dejó pasar aquel invierno; y por el verano, en los dias se-

(1) *Suevi adversus Aunonensem sævium plebem.*

renos y apacibles, se lanzó con su ejército á los trasportes.

El embarque se hizo pronto y bien; la travesía rapidamente; la mar estaba bellisima; y ni la mas ligera nube empañaba el azul limpio del firmamento.

Sin embargo, al tocar en la isla, al intentar el desembarco, fué tal el huracan de flechas y piedras que cayó sobre los trasportes que los invasores tuvieron que retirarse doblemente espantados.

El mismo rey Remismundo salió herido de una pedrada en un brazo, lanzada con honda.

Cerciorado el monarca suevo por sí mismo de cuán imposible era subyugar á Aunona, despues de haber perdido lo mejor de su ejército en vanas tentativas, solicitó la paz al cabo de tres años de cerco.

Los obispos no impusieron mas condicion sino que les dejara ejercer el poder espiritual sobre los cristianos católicos; y Remismundo la aceptó prometiendo suspender sus hostilidades contra ellos, (1) pero reservándose el poder temporal

(1) *Aunonenses pacem cum rege faciunt suevorum.*

sobre todos, así suevos como caláicos.

Por aquel tiempo murió Theodorico II de los godos, por conjuración de su hermano Eurico que le sucedió en el trono; el cual determinó concluir de una vez suevos y romanos, arrojándolos para siempre, de España.

El rey Remismundo convoca sus gentes de guerra, y se lanza á Braga y de Braga á Lisboa con ánimo de oponérsele en la Lusitania.

El rey godo Eurico formó dos ejércitos: el mando de uno lo dió al conde Ganteri, encargándole la conquista de lo que los imperiales poseían aun en la España Tarracouense: y el mando del otro lo reservó para sí, adelantándose sobre lo que tenían los suevos en la Lusitania.

El rey Eurico que vió la actitud defensiva que tomara el rey Remismundo, no se atrevió á atacarle decididamente por no esponer á la suerte de una batalla lo que tenía seguro alcanzar con algunos encuentros parciales.

Entretanto, el conde Ganteri sometió la Navarra, Aragon, Cataluña y Valencia, espulsando para

siempre de España á los romanos, que la habian ocupado cerca de siete siglos.

En la Península, pues, no quedaban ya mas que godos y suevos; y necesariamente desde entonces la política goda habia de tender al esterinio de los últimos.

El rey Eurico, animado por las conquistas del conde Ganteri, entróse resueltamente por la Lusitania, destruyendo y robando con gran ímpetu y ferocidad.

El rey Remismundo, por el contrario, acobardado con el poder de los godos, cejó hácia Galicia, donde se fortifico; pues conociera que de ser batido por Eurico le seria imposible detenerlo hasta el corazon de su reino.

Conquistada la Lusitania, y dejando al suevo encerrado en los límites de la antigua Caláica, el rey Eurico revolvió para Francia donde esperaba humillar de una vez el imperio como lo habia humillado en España.

Asi las cosas, y hallándose el rey Remismundo en su corte de Lugo, tuvieron lugar los acontecimientos dolorosos que dieron fin á su reinado.

La reina Heldefreda, muger de gran belleza, pero esclava de pasiones desordenadas, amaba en secreto desde mucho tiempo atrás á Remismario, hijo mayor de Remismundo, de los tres que tuviera de Gualmira, Remismario, Heurico y Hermenerico.

Heldefreda se habia valido inútilmente de toda clase de artificios para verse correspondida de Remismario; pero Remismario jamás pudo comprender el fin de aquel cariño que le profesaba su madrastra.

Desesperada Heldefreda, determinó declarar abiertamente á Remismario la pasion que la exaltaba hasta la locura.

Era una noche de luna: hallábase la reina en uno de los jardines de su palacio, limitados al oeste por la corriente del Miño, (1) y mandó

(1) La ciudad de Lugo, opulenta en tiempo del romano, como nos lo revelan los innumerables monumentos de aquella época, inscripciones, mosaicos, baños y monedas que allí se conservan, sufrió mucho en el incendio que ordenara Remismundo; pero este mismo rey mandó luego reparar el palacio que era suntuoso, así como sus jardines.

llamar al príncipe por una de sus camareras.

Solo los dos, la reina lo acercó hacia sí con ternura.

Señora-le dijo Remismario-duéleme el veros siempre tan abatida! En que puedo sacrificaros mi vida, por evitaros una lágrima?

Nunca hubiera dicho esto el príncipe; la reina se deshizo en llanto mas y mas.

El príncipe prosiguió:

—Antes no buscabais la soledad con tanta insistencia como hoy. Por fuerza algun pesar misterioso os obliga á huir de las pompas de la corte, pues no anhelais sino el aislamiento en que os veo.

—Si... si... tartamudeó la reina estrechando la mano del príncipe con emocion.

—Por fuerza, señora: porque antes nadie habia mas jovial que vos. Antes, para vos, las fiestas eran el espíritu de la vida; antes, para vos, como para las bellas flores, parecia que Dios habia creado la luz y el espacio. Antes, para vos, como para el sol, la tristeza era una especie de bruma que se disipaba al rayo de vuestras pupilas; y á vuestro lado se

adormecía la vida del dolor, y solo palpitaba la vida de la pasión y del deleite.

Remismario se espresaba de esta manera ingenuamente; y la reina interpretó sus palabras por el prisma de su amor.

—Si, Remismario, le dijo—era que antes no te amaba..... como ahora te amo!...

Y lo estrechó amorosamente contra su pecho.....

El príncipe Remismario se levantó espantado, se desenlazó de los brazos de Heldefreda, y retrocedió lleno de horror.

La reina era bella, estreñadamente bella; pero, saltar á su padre.....! Ante esta idea se sentía desfallecer el príncipe Remismario, y huyó de los jardines como si huyera de la muerte.

En seguida entró en palacio, tomó un caballo, y partió con la rapidez del rayo hacia Talamina ó Tilamina, (1) donde moraba su madre Gualmira, abandonada de Remismundo.

(1) Hoy Villartelin, lugar á cuatro leguas de Lugo. Este pueblo era la capital de los Seurgos, parcialidad lucense abscrita á este convento jurídico en tiempo de los romanos, y servia de mansion en el itinerario.

Bajo la impresión del terror que le poseía, Remismario le refirió todo á su cariñosa madre.

Gualmira, no menos impresionada que su hijo, lo oyó con espanto, y le recomendó la mayor prudencia y circunspeccion, ordenándole á la vez que se volviera á la corte.

Remismario obedeció á su madre, y tornó á Lugo.

Tan pronto llegó á la ciudad vió que las puertas se cerraban en pos de él misteriosamente. Esto le causó alguna estrañeza, pero siguió adelante.

Cuando llegó á palacio, le sucedió lo mismo: las puertas se cerraron misteriosamente á su paso.

Entonces se alarmó algun tanto; pero como veía que nadie le sujetaba, prosiguió su marcha hácia la cámara del rey su padre.

Llegó á la puerta, y estaba cerrada.

Llamó, y nadie le respondió.

Cerca estaba la de la cámara de la reina Heldefreda; pero Remismario apartó los ojos de ella con horror.

Corrió á la cámara de su hermano Heurico, mas tarde Heurico II, y la puerta tambien estaba cerrada.

Llamó, como á la de su padre; pero nadie le respondió.

Cerca estaba la cámara de su hermano menor Hermenerico, mas tarde Hermenerico III. y la puerta tambien estaba cerrada.

Llamó, como á la de su padre y á la de su hermano; pero nadie le respondió tampoco.

Entonces vió abierta una puerta.

Era la de su cámara.

Remismario entró en ella, y la puerta se cerró tambien misteriosamente en pos de él.

Caminando de sorpresa en sorpresa, de espanto en espanto, vió en el centro de la cámara un tajo, y tres hombres en torno de aquel terrible instrumento de muerte.

De aquellos tres hombres, dos se adelantaron á sujetarlo; el otro, el verdugo, cojió el hacha y lo esperó al pié del tajo.

Remismario quiso gritar, y no pudo porque le taparon la boca.

Remismario quiso forcejear, y tampoco pudo, porque lo sujetaron de pies y manos.

Remismario, medio desmayado de emocion y de fatiga, inclinó al fin la cabeza sobre el tajo fatal, como

si desconfiara hasta de la providencia.

Entonces, apareció en la cámara el rey Remismundo, en medio de sus dos hijos Heurico y Hermenerico.

—Vuestro hermano, dijo el rey con voz sombría, va á morir ahora mismo, por haber osado galantear á la esposa de su padre, la reina Heldefreda, segun ella me lo ha declarado abochornada.

Remismario que oyó aquella calumnia, aquella terrible venganza de Heldefreda, rompió sus ligaduras como un tigre mal apresado; pero en aquel mismo momento, cuando iba á levantarse y hablar, el hacha del verdugo, pesada y cortante, cayó sobre su pescuezo rápidamente, y le cercenó la cabeza.

Cuando Gualmira supo todo esto por boca de sus hijos Heurico y Hermenerico, corrió á Lugo como una loca.

Llegó á palacio.... entró.... y se precipitó en la cámara de Heldefreda.

Heldefreda se espantó al verla.

Y mas y mas se espantó, al ver aquel semblante de Gualmira que

espresaba la desesperacion mas viva.

Y mas y mas se espantó, al ver que la cogia de un brazo con fuerza.

Y mas y mas se espantó, al oir como le decia con voz sofocada:

—Vivora! hieja...! pantera que has devorado á mi hijo Remismario...! levanta la cabeza y mirame frente á frente como yo te miro...!

Heldefreda estaba pálida de terror....

—Mirame. ! mirame...! gritaba Gualmira; yo soy su madre! yo soy la que lo se todo...! Yo soy la que se cuanta has hecho para que Remismario profanara el lecho nupcial de su padre...! Si! todo! todo me lo contó mi hijo como se cuenta á la virgen de los cielos, porque una madre es en la tierra la misma virgen para su hijo...!

Heldefreda temblaba con fuertes sacudidas bajo el peso de aquella acusacion formidable.

Quiso hablar, mentir algo, y no podia por el desaliento que la abatia: diriase que Dios empezaba á castigarla en este mundo.

—Yo soy... yo soy su madre, proseguia Gualmira; yo soy... yo soy

la que llego aqui á vengar en tu sangre, la sangre inocente de mi hijo!

Aquellas voces, aquellos gritos de dolor exalados de los senos del alma atrajeron al rey á la cámara.

--Gualmira! exclamó Remismundo, ¿por qué vienes á insultar así á tu reina y señora?

—Mi reina! mi señora! prorrumpió Gualmira con el mayor sarcasmo: no es mi reina ni mi señora quien enamorándose villanamente de mi hijo Remismario, lo llamó á los jardines de palacio por una camarera... y le declaró su liviana pasión entre las sombras de la noche... No es mi reina ni mi señora la que al ver todo el horror que esto le infundiera á mi hijo Remismario, lo acusó ante su padre precisamente del mismo crimen que ella quería que cometiese...! No es mi reina ni mi señora, la que puso el hacha fatal de la muerte en las manos de su padre para que inmolase al hijo querido de mis entrañas...!

—Oh! exclamó el rey Remismundo, eso no puede ser, Gualmira!

—Preguntadlo... preguntadlo á esta infame...! gritaba Gualmira,

pugnando por separar del rostro de Heldefreda las manos que ella llevaba á él para ocultar su vergüenza.

—Heldefreda...! gritó Remismundo, con voz de trueno, ¿es cierto... es cierto cuanto te dicen...?

Heldefreda exaló un ¡ay! que parecía una confirmación de sus culpas, un sí... uno de esos gritos que el remordimiento transparenta á través de las potencias intelectuales de la criatura, por refinada que sea su maldad.

Al rey Remismundo se le encrespaban los cabellos sobre la frente.

El golpe era terrible.

Pocos padres en el mundo pudieron haber sufrido un golpe semejante.

Frenético, espantado, trémulo de coraje ante la idea de que mandara cortar la cabeza de su hijo, inocente, el rey Remismundo tiró de la daga y se lanzó sobre Heldefreda.

Gualmira le detuvo, disputándole la presa.

—No, dijo, no eres tu quien debe vengar á Remismundo. Tú ve á rogar al cielo que perdone tu obcecación maldita!

Y lo rechazó con fuerza.

En aquel momento entraron en la cámara los príncipes Heurico y Hermenerico, que habian permanecido inmóviles en el umbral, presenciándolo todo, y detuvieron á su vez á su madre.

—No, le dijeron, tampoco á vos pertenece la venganza de Remis-mario ¡á nosotros...!

Y arrastraron fuera de la cámara á Heldefreda.

La llevaron enseguida á las caba-llerizas, la ataron bien sobre su ca-ballo y montando cada príncipe en el suyo, salieron de Lugo á toda carrea y la condujeron de monta-ña en montaña hasta las tierras de los *cirarcos*. (1)

En aquellos sitios hay unas aspe-rezas y unas sierras imponentes.

Heurico y Hermenerico llegaron allí con su presa y la depositaron en tierra.

En seguida se pusieron á cabar entre los peñascos; y luego que tu-vieron abierta una sepultura, en-terraron en ella á Heldefreda, viva.

La tradicion aun conserva como

(1) Ciudadanos de una parcialidad ó con-dado lucense: hoy los naturales del valle de Cabarcos, cerca de Mendonedo.

un resplandor levisimo de esta venganza; dice en su poesia rural, que aquella reina aun vivé, y que tiene minada toda la tierra, por cuyas entrañas vaga.

Cuando la llaman los comarcanos á cualquiera hora del dia ó de la noche, la reina les responde con un gemido dolorosísimo.

Desde entonces se llamó á la sierra, la sierra *Faladora*.

El rey Remismundo parecia no consolarse nunca de la pérdida de Remismario; y mas que Remismundo, Gualmira.

Aborrecido el monarca suevo de su familia, aborrecido del clero católico, y temido mas que amado de los suyos, se arrojó un dia en los brazos de Gualmira, solicitando su amor y su mano.

—Es tarde--le contestó la dama--al borde de la tumba solo se piensa en Dios.

El rey Remismundo insistió un dia y otro dia; pero jamas sacaba de Gualmira mas que esta contestacion.

Gualmira se entregó mas que nunca á las dulzuras de la vida ascética, único remedio que encontra-

ba para debilitar la memoria de Remismario; y murió como una santa.

Dios, todo misericordia, debió perdonarle sus extravíos, hijos de la pasión loca que le inspirara Remismundo.

Después de su muerte, el rey Remismundo, como si anhelase buscar la suya en un campo de batalla, reunió un crecido ejército y se lanzó contra las huestes godas que lo encerraban en su reino fortificándose en las fronteras.

Los godos, mas prudentes que Remismundo, esperaban sus acometidas, que eran siempre impetuosas al principio, y cejaban estratégicamente para revolverse después sobre él y diezmar sus soldados.

En uno de estos encuentros parciales sin gloria alguna para el reino, el rey Remismundo sucumbió a consecuencia de una herida de flecha envenenada, año 470 de Jesucristo.

XIII.

Henrico II, el Combaticete.

Entramos en uno de los periodos mas oscuros de nuestra historia; tan oscuro, que solo dice de él San Isidoro, y creo que fué un periodo de cien años; á Remismundo sucedieron en el reino de Galicia muchos reyes de los suevos, todos arrianos; y añade la crónica vieja: por ellos fueron los católicos asperamente perseguidos.

Si nuestra obra fuera una historia propiamente dicha, al llegar aqui tendríamos que suspender nuestro libro porque no podríamos apoyar en las notas de Idacio y demás cronis-

tas, los sucesos que tenemos que narrar; dejando por consiguiente en claro este interregno de un siglo; para volver á continuarlo en Cariarico y demás reyes suevos cristianos.

De esta manera nuestro trabajo seria incompleto, y para nada nos servirían los inéditos que poseemos.

Pero como quiera que el impulso que nos anima al escribir este libro, es el de utilizar las memorias monásticas que hemos adquirido, por eso y solo por eso abordamos nuestra obra con entereza.

Nuestros datos podrán parecer apócrifos á algunos erúditos. Y bien! ¿que pierden en creerlos? Se oponen en algo al espíritu histórico de aquellos siglos? En nada.

¿Qué es la historia mas que lo que hacemos?

La historia no es ni mas ni menos que esas bolas de nieve que descenden de la montaña del *Pasado*, y que cuando llegan al valle del *Presente*, donde paran, son aludes que apenas puede abarcar la vista por su inmenso volúmen.

Vedlo así en la historia de Espa-

ña: bola de nieve en el Cronicon Oretense; (1) alud en Don Modesto Lafuente. Vello asimismo en la historia de los *Reyes suecos de Galicia*: bola de nieve en el *Regnum Suecorum*: alud en nuestros pies.

¿Por qué?

Porque así como la bola va rodando de pendiente en pendiente, absorbiendo y absorbiendo la nieve hasta convertirse en alud impetuoso en el llano, así el *Regnum suecorum* fue rodando de autor en autor hasta formar hoy un libro bajo la vibración de nuestro pensamiento; libro que otro tal vez, después de nosotros, completará con mas lucidez, con mas talento, con mas filosofía, con mas riqueza de luz tónica.

Que no se alarmen, pues, los eruditos, con lo que vamos á escribir, auxiliados por nuestros datos arqueológicos, ya que San Isidoro no lo podía saber desde Sevilla, ni Idacio cuya crónica comprende hasta el año 469.

Que nos cubran históricamente ese período de cien años, los que

(1) No el que escribió el obispo Don Pelayo, sino el códice Itaciano.

van á sujetar á exámen nuestro libro, y entonces lo rasgaremos, inclinando la frente ante el resplandor de sus afirmaciones luminosas.

Mientras eso no hagan, que inclinen la suya ante nuestros estudios históricos, y las inspiraciones que recibimos del cielo, al lanzar las ondas de luz de nuestra intelectualidad en las profundas tinieblas de aquellos tiempos.

Hechas estas manifestaciones que surgen de nuestra conciencia leal y sinceramente, proseguiremos formulando los reinados cronológicamente, conforme al plan que nos hemos propuesto al abordar la obra.

El príncipe Heurico subió al trono de Galicia por muerte de su padre Remismundo, coronándose en el Pico Sagro con la misma pompa que usaran sus antecesores.

A los primeros meses de su reinado, como continuara profesando el arrianismo, Heurico II se vió hostilizado por los condados caláicos, que en ebullicion continua por los prelados, pretendian el triunfo del catolicismo sobre la secta hereje importada por Ajax y Heldefreda.

Estos movimientos populares pu-

dieron contrarrestarse por la fuerza de las armas; represion que costó bastante sangre á Galicia.

Al rey Heurico II. causado de aquellas luchas de religion, quiso evitar hasta que volvieran á repetirse, levantando el espiritu público hácia las luchas de integridad territorial; al efecto organizó sus vasallos para el combate, y los lanzó á las fronteras, donde continuó batiendo al godo en detall, como el rey Remismundo.

El rey Heurico II. lidiador y caballeresco como el solo, placianle tanto y tanto aquellos encuentros parciales contra el godo, que á esto debió su sobrenombre bizarro.

Sin embargo, en los descansos de aquella lucha, mas entndia al amor de las damas caláicas, que á la buena administracion de justicia de sus pueblos, cosa que descuidaba mucho.

En estos descansos, cuando dejaba de combatir contra las huestes godas en las fronteras de Galicia, se retiraba hácia el centro, y recorría los condados con mas afan de distraerse, que de arreglar sus diferencias y sosegar los perturbados ánimos.

En una de estas correrías que hacía por el país, se enamorara misteriosamente de Ela, hija del conde Trobe de los brigantinos.

La dama á su vez se había enamorado de el rey, ignorando que lo fuese, porque Heurico II viajaba como un caballero aventurero.

Ela, bella como una Walkiria, no podía pasar sin Heurico, ni Heurico sin Ela.

Cuando el rey se hallaba en el campamento sobre las líneas godas, mil veces volvía la espalda al enemigo por disfrutar las dulzuras del amor.

Era una costumbre constante de Heurico II de ir siempre á ver á Ela, tan pronto como libraba biende un combate sangriento.

Para Heurico II, el amor de Ela era la recompensa que ofrecía el cielo á las penalidades de la lucha contra los enemigos de su patria.

Pero el padre de Ela, el formidable conde Trove, se había apercebido de los amores de su hija y el caballero errante, y determinó espiarla como nunca para sorprenderla con su amante.

El conde Trove no desperdició

ocasion alguna, y los sorprendió efectivamente en una de las florestas en que acostumbraban a verse los enamorados.

El conde Trove desnudó su espada contra el amante de su hija, pero Heurico II se negó á batirse con él al ver correr á mares las lágrimas de Ela.

El conde Trove insultó de palabra á Heurico II y hasta le escupió á los pies en medio de su furia; pero Heurico II todo lo sufrió resignadísimo por amor á Ela.

—¿Para qué me he de batir con vos? le decia al conde Trove—¿por qué batirnos si yo me casaré gustoso con Ela?

—Un aventurero es poco para mi hija, exclamó el conde con orgullo.

--Soy capitan del rey, repuso Heurico II.

—No importa; contestó el conde Trove con desprecio.

—Soy conde de la casa real, dijo Heurico II.

—Tambien es poca cosa para mi Ela.

—Soy el rey.....

—El rey!! exclamaron padre é hija asombrados.

—Si: el rey Heurico II.

Padre é hija cayeron entonces de rodillas.

Pero, reponiéndose vivamente el conde Trove se levantó con doble arrogancia, y dijo:

—Sereis el rey; pero el rey tambien es poco para mi hija.

—Entonces, dijo Heurico II, buscad alli un esposo para Ela.

Y señaló hácia el cielo.

—Ya lo tengo buscado alli para ella, contestó el conde Trove sin inmutarse.

—¿Dios?

—Si, Dios. Ela será esposa de Dios.

Con esta contestacion le decia el conde Trove, lo bastante al rey, pues como él y su hija eran cristianos y el rey no, que era arriano, le demostraba con eso cuán imposible era su union.

El rey se retiró humillado y juró hacerse matar en el campamento.

Replegó sus gentes, las ordenó en son de arremetida, y saliendo de la region astúrica, obligó á los godos á renconcentrarse en Leon.

El rey Heurico avanzó de combate en combate hasta el pié de los

muros de Leon, ciudad fundada por los romanos con el nombre de Legio. (1)

Los godos resistieron el cerco cinco dias.

Al resto capitularon, viendo que no serian socorridos tan pronto por las tropas de su rey, que luchaban en Francia contra el imperio, y Heurico II les dejó retirarse de la ciudad, entrando él en seguida á ocuparla por derecho de conquista.

El rey Heurico II estableció su corte en Leon, cuyo pais placiale en estremo.

Un dia, que volvia el rey Heurico II de caza, le pareció distinguir entre las arboledas que sombreaban el rio Bernesga, los ojos de Ela, brillando entre el ramage como dos luceros sobre el fondo violado de los cielos.

El rey Heurico palideció al recuerdo de Ela, y redobló el paso hácia su palacio.

Otro dia, el rey Heurico, entrando en un templo cristiano, le pareció ver á Ela, postrada al pie de un al-

(1) En esta ciudad acampara muchos años la Legion séptima Gémina, Pia, Felix; y á esto se atribuye su nombre.

tar y orando en actitud suplicante.

Con esto lo atribuía á visiones de su deseo, el rey Heurico se retiró precipitadamente del templo.

Otro día, ya la imagen de Ela, se le apareció mas cerca: al asomarse una mañana á una ventana de su cámara, distinguió á Ela al pie, con los ojos, los ojos de Ela, azules de cielo, clava los en su semblante.

El rey Heurico no acabó de abrir la ventana, y se retiró atormentado por las quimeras que le manifestaba su amoroso anhelo.

Otro día, aquella fantasia de Ela, se le apareció aun mas cerca; en su palacio.

Daba el rey audiencia, y le tocó su turno á una dama velada de negro.

— Señor-dijo la dama arrodillándose-yo amaba estremadamente á mi familia: un hombre se me apareció entre las florestas en que yo vagaba; juró amarme toda la vida, y yo, sin saber quien era, le amé locamente; tanto, que no pudiendo vivir sin él abandoné á mi padre por respirar la misma atmósfera que él respiraba.

El rey se estremecía de placer á

cada vibracion de aquella voz: queria hablar y no podia: queria abrazar aquella dama velada, tomándola por Ela, pero temia que al tocarla se evaporase como una elfina.

La dama prosiguió:

--Una vez cerca de aquel hombre, me aparecí un dia á él orillas de un rio por donde cazaba, y el hombre redobló el paso por no verme. Otra vez me encontró en un templo, y aquel hombre salió de él asustado. Otra vez me vió al pie de su ventana, al abrirla, y aquel hombre la cerró, retirándose al interior de su cámara.

--Basta.... basta..... gritó Heurico II.

Y le tendió los brazos á la enlutada.

La enlutada no se evaporó como él se imaginaba, en su ardiente fantasía.

El rey separó su velo..... y vió á Ela, á su Ela, con sus ojos azules y los cabellos de oro de los Trove.

Desde aquel dia el rey Heurico II se creyó el ser mas venturoso de la tierra, pues en los brazos de Ela no vivió mas que para el amor.

Ela, tambien se creyó la mas ven-

turosa, pues olvidándose completamente de Dios, de su padre y de su familia, Henrico II lo fué todo para ella, así en este mundo como en el otro.

El rey no tuvo necesidad de que Ella abjurase del cristianismo y se hiciera arriana.

¿Para qué, si Ella no tenía mas Dios que Henrico II, ni mas religion que amarle á él sobre todas las cosas?

El anciano conde de Trove al averiguar el paradero de su hija, todo lo supo.

Cristiano y católico hasta el fanatismo, preparó un carro de bueyes, y paso á paso, sin ocupar el carro, que iba vacío, y sin acompañarle mas que un criado, salió de sus marinas, atravesó las montañas del Mandeo, del Miño, del Valcárcel y del Orbigo, y llegó á la corte de Leon.

Al otro dia de su llegada, se acercó al palacio del rey y, sabiendo que iba á salir á paseo con su esposa, los esperó á la puerta.

Cuando aparecieron los dos en el umbral, Ella se sobrecogió al ver á su padre delante de sí.

El conde Trove, con voz clara y

ademan solemne, la maldijo allí mismo.

El rey Heurico II se burló de aquella maldicion, y tomando á Ela del brazo la arrastró, mas bien que la condujo, á paseo.

Pero desde aquel momento Ela fué otra.

Heurico II desapareció completamente de su alma, pues aterrada por aquella maldicion de su padre, no hacía mas que llorar y consumirse, marchitándose de momento en momento como una flor cuyo tallo troncha una mano inexorable.

A los quince dias murió Ela.

El anciano conde de Trove, recogió el cadáver de su hija, lo hizo embalsamar, y metiéndolo en el carro de bueyes que habia llevado á Leon, lo condujo al panteon solariego de Montrove, donde le dió sepultura á los pies del de su madre.

Heurico II no se consolaba de la muerte de Ela; y en vez de proseguir reconquistando lo que los godos conquistaran á su padre Remismundo, cayó en una melancolia fatal que le hacia mirar la gloria de su reinado con la mayor indiferencia.

Este abandono para con sus vasallos, dió lugar á la sublevacion de Genthamundo, conde de Deza.

Era Genthamundo un conde sumamente ambicioso como todos los Deza, y habia concebido un plan para sacudir el yugo suevo del pais, y eregirlo en reino independiente de la influencia gubernativa de aquellos dominadores.

Fuera que las viejas aureanas conocieran ó no sus proyectos, un dia le profetizaron que habian leido en las ondas del rio que llegaria á ser coronado solemnemente y en medio de un gran concurso.

Las profecias de las viejas aureanas é hilanderas del pais, alcanzan gran aprecio en aquellos tiempos, y Genthamundo creyó volverse loco de alegría al oír el horóscopo suyo, pues ya se le figuraba ser efectivamente rey de Galicia.

Bajo estas lisonjeras impresiones, se puso de acuerdo con los demas condes caláicos; y aprovechándose de la molicie de Heurico II en su corte de Leon, se alzaron todos en son de independencia contra los suevos.

El espiritu religioso de la época

bañó esta sublevacion con sus fulgentes matices; y confederados todos los condes con el clero, determinaron erigir por rey á Genthamundo, que era el motor de aquella ebullicion caláica que lanzaba los hombres de las cumbres de nuestras montañas á los pueblos de las llanuras.

Ante aquella manifestacion, ostensiblemente poderosa y grande porque conmovia al pais unificándolo bajo un solo pensamiento de independencia y de religion, vaciló la dominacion sueva en Galicia, pues las legiones que guarnecian las ciudades las abandonaron con terror, replegándose en Lugo y en Braga.

Cuando Heúrico II tuvo noticia de esta revolucion que operaba el pais sobre la base de su independencia y de su religion cristiana, ya era tarde para reprimirla; pero sin embargo, evacuó con sus huestes á Leon, y se dirigió hácia Lugo con objeto de unirse al cuerpo de ejército que reuniera á la defensiva el conde suevo Neufila, asi como el príncipe Hermenerico reuniera lo restante en Braga.

Genthamundo y los confederados que se hallaban situando á Lugo, al saber la evolucion de Heurico II sobre esta ciudad, decidieron dividir las fuerzas y detenerlo y batirlo en los desfiladeros de Valcárcel.

Los desfiladeros de Valcárcel se hallan en la cordillera de montañas que separa las dos provincias de Leon y Lugo; y estos desfiladeros constituidos por elevados montes de pendiente rápida, forman un canal ó garganta de cuatro y media leguas de estension en sus imponentes sinuosidades.

Genthamundo ocupó las alturas de estos desfiladeros, situando sus reales en el Castro de Valcárcel, hoy Castro de Piedrafitá.

Heurico II hizo alto en la Vega, situando sus reales en Ruitelan.

Ambos ejércitos contrarios no se determinaban á acometerse por no perder sus posiciones, pues la de Genthamundo le hacia tan formidable que desde ella podia ser un Leonidas batiéndose contra las huestes mas numerosas del mundo, y la de Heurico II no podia ser mas ventajosa para vencer en la Vega una vez acometido.

En esta persuasión ambos rivales, no aventuraban un peon en la mas insignificante escaramuza, y transcurrian los dias infructuosamente para ambos.

Sin embargo, Heurico II, á quien aquejaba mas el deseo de atravesar el desfiladero para socorrer al conde suevo Neufila, encerrado en Lugo con sus tropas, meditaba un plan para salvarlo sin oposicion ni perdida.

Este plan se reducía á dejar al frente del enemigo la esterioridad de su campamento, y evolucionar con sus tropas por Lindoso, Argenteiro y Soldon para caer en el valle de Quiroga por Ceregido ó Fontey: de esta manera podia llegar á Lugo sin pasar por el desfiladero de Valcárcel, aunque tardase doble tiempo.

Genthainundo y los suyos, como buenos conocedores del terreno, algo traslucian de este plan, al ver exploradores suevos sobre las vertientes de Bargelos; y no pudieron menos de alarmarse, porque si Heurico II salvaba el valladar de Valcárcel y se unia al conde Neufila y á su vez avanzaba desde Braga el príncipe Hermenerico, como las tro-

pas suevas se hallaban mejor organizadas para la lucha, los condados sucumbirían en ella.

Sin embargo, Genthamundo no destacó hueste alguna hacia Barge-los ó Argenteiro para cortar el paso al ejército suevo: no movió un solo peon.

Tan solo él; tan solo él disfrazado de labrador caláico salió un día, á la caída de la tarde, de sus reales y se dirigió á Ruitelan cautelosa-mente.

Al otro día--por la mañana--Genthamundo volvió á su campamento sonriéndose de triunfo; pero sin decir á nadie lo que había hecho durante la noche.

Aquel mismo día--por la tarde--el ejército caláico supo con asombro que el rey Heurico II acababa de morir envenenado.

Era por el año 474 de Jesucristo.

XIV.

Genthamundo, el envenenador.

Aquella muerte repentina y traidora que recibiera Heurico II. puso en la mayor consternacion á sus tropas, las cuales se retiraron á Astorga.

Entonces Genthamundo descendió del castro de Piedrafita con las suyas, y se detuvo al pié de los muros de Lugo, cuyo bloqueo estableció con mas afán.

Pero la guarnicion sueva resistia y resistia como si tal cosa; pues el conde Neufila hacia sus salidas en busca de ganados, y los sorprendia hasta en el mismo campamento de los sitiadores.

En este estado corrian los dias desfavorablemente para Genthamundo, hasta que fingiéndose labrador y amigo de los suevos, se introdujo en la ciudad con ganados para ellos.

Dos dias despues regresó Genthamundo al campamento sano y salvo, y sonriéndose de triunfo.

Al siguiente dia, supieron sussoldados con asombro que el conde Neufila acababa de morir envenenado.

El terrible fin de Heurico II y del conde suevo Neufila, lo atribuia el clero católico á castigos de Dios por sus doctrinas arrianas, y su resistencia á la realizacion de las aspiraciones sagradas de la antigua Caláica.

El pánico se difundió entre las tropas suevas que se hallaban en Lugo al acnecer la muerte del conde Neufila; pero reponiéndose estas luego de él, tomó el mando el conde Lupato, que demostró igual valor que su difunto antecesor.

Desesperado Genthamundo, volvió á disfrazarse de labrador caláico, y fingiéndose amigo de los suevos les introdujo en Lugo muchas

caballerías cargadas de vino del Avia.

Dos días después regresó Genthamundo al campamento sano y sano, y sonriendo de triunfo.

Al siguiente día, supieron sus soldados con asombro que el conde suevo Lupato acababa de morir envenenado.

Esta vez el pánico en las tropas creció tanto y tanto que nadie quería tomar el mando de ellas; y una noche en que los caláicos acometieron á Lugo con gran ardimiento, los suevos salieron de la ciudad y se internaron en las montañas de Courel, con ánimo de unirse al ejército que se hallaba en Astorga.

Gracias á esto, Genthamundo entró en Lugo; y se disponía ya á coronarse en su catedral, cuando recibió aviso de que el príncipe Hermenerico avanzaba desde Braga con un lucido ejército, ganoso de vengar la muerte de su hermano Henrique II, y de los condes Neufila y Lupato.

Entonces Genthamundo hizo nueva llamada á los condados con objeto de reunir un poderoso ejérci-

to de caláicos para oponerse á la invasion del principe Hermenerico; y el clero, difundíendose por las montañas, los valles y las marinas, exaltaba á la vez con sus exortaciones patrióticas el espíritu religioso de sus habitantes para que respondieran á la escitacion marcial de su caudillo.

La actitud del pais era imponente.

Los dos sentimientos mas grandes que podian exaltarlo, se adhirieron de consuno para ello: el amor á la patria y el amor á Dios.

Bajo estos dos sentimientos tan santos y sublimes, toda Galicia palpitaba en una ebullicion incesante y progresiva, que arremolinaba las ondas populares á los pies de sus condes; y jamas pueblo alguno vibró y se adhirió mas completamente que Galicia en aquella época, para defender su hogar y su Dios.

Tal vez solo aquel dia, aquel tan solo, viéronse reunidos y amalgamados alrededor de Lugo, bajo las tiendas de campaña que formaban los castaños de anchas alas, los montañeses de la Sierra Segundera y los *marinías* del promontorio *Trate-*

cam (1), los vallesanos del Rosal y los carcamanes de las asperezas del condado de Soñeira. (2)

La concurrencia de caláicos fué tan numerosa que no se entendían entre sí: de aquí una confusión que demoraba la organización que deseaba Genthamundo para movilizarlos en son de guerra.

Entretanto, el ejército de el príncipe Hermenerico ocupaba militarmente la Limia, y se dirigía sobre Orense, ciudad abandonada á su natural defensa.

Genthamundo apresuró la organización de los caláicos, dividiéndolos en tres cuerpos; y los fué lanzando uno á uno sobre Orense á fin de oponerlos á la marcha impetuosa del ejército disciplinado del príncipe Hermenerico; pero como dicen nuestras notas, era intentar detener con tierra la corriente de un río, pues fueron derrotados á las primeras batallas, dispersándose al empuje del suevo como el humo.

Genthamundo reunió entonces los tres cuerpos en uno solo, é intentó

(1) Cabo Ortegal.

(2) Hoy tierra de Soñeira, en la costa del Oeste.

hacerse valer sino por el valor y serenidad de sus soldados en el choque, si por su número.

Ante aquel alubion de gentes, ante aquella balumba de alaridos de guerra que lanzaban nuestros montañeses y *marinás*, el principe Hermenerico mandó hacer alto á sus tropas, pues no se le veia término á las de Genthamundo.

Hallabanse ambos ejércitos contrarios en Torbeo, hacia donde se habían corrido, desde las inmediaciones de Orense, siguiendo los suevos la linea izquierda del Sil en busca de puente ó bajo para pasarlo, y los caláicos la orilla derecha, oponiéndose á ello.

Los reales de Genthamundo se hallaban en Amandi; y los del principe Hermenerico en Torbeo.

Las huestes de los caláicos ocupaban una estension tan dilatada en la margen derecha del Sil, que desde Ambasmestas hasta Anllo y Gudin no se veia mas que una muralla de carne, formada por los montañeses de los condados que se habían desplomado desde sus altivos riscos sobre el rio.

Aquello imponia al principe Her-

menerico, pues le parecia imposible que Galicia pudiera reunir tanta gente bajo una bandera; pero le animaba á la lucha el valor y la organizacion de sus soldados, circunstancias que le conquistarían un triunfo decisivo sobre aquellas innumerables bandadas que acaudillaba el envenenador Genthamundo.

El objeto del príncipe Hermenerico al irse corriendo río arriba, era el de poder repasar el Sil por un punto ventajoso, y de lo contrario continuar su marcha por la margen izquierda hasta dar con las huestes suevas que huyeran de Lugo hacia las montañas del Courel, y las que se hallaban en el Vierzo desde la muerte de Heurico II.

El Sil es uno de los ríos mas poéticos de Galicia; es el río de las arenas de oro, el de las aureanas, y el de Enrique Gil. Sus enramadas son las mas deliciosas del mundo, mezclándose la vid con el naranjo, el almendro y otros árboles que maduran su fruto al aire libre, mientras sus cercanías están como de luto cubiertas de escarcha, rocío y nieblas.

El príncipe Hermenerico continuó

en Torbeo mas que en ningun otro punto; y esto desesperaba á Genthamundo que anhelaba el momento en que atravesara el rio con sus tropas para derrotarlo en el tránsito.

El rey Genthamundo desapareció un anochecer de su campamento, se introdujo disfrazado en los reales del principe; pero sus esfuerzos para envenenarlo eran infructuosos, porque el principe, en guardia con la muerte de su hermano y de los condes suevos que sucumbieran en Lugo, no se alimentaba mas que de huevos y leche de vacas.

Sin embargo, no desesperó del todo Genthamundo, al ver que el principe Hermenerico, con el pretesto ó no de estudiar el terreno, pasaba la mayor parte de la tarde en las florestas de Cardeas (1).

En estas florestas habia manzanas cuya fruta era deliciosísima, y aureanas que como Yala parecian ángeles.

La compañía de Yala placía tanto al principe Hermenerico, que no hacia mas que suspirar por ella.

Genthamundo veia todo esto con

(1) Hoy lugar de la parroquia de Santa Maria de Torbeo.

gran placer, pues conoció que podía sacar partido de aquellos amores del príncipe y la aureana.

Pero Yala no amaba al príncipe, por mas que éste se rendia á sus encantos. Yala se presentaba muy desdeñosa para él.

Genthamundo ex.venenó en el mismo árbol una manzana, ganó á Yala, y consiguió de ella que ofreciera aquella manzana al príncipe para que la comiera contra su proposito de no comer nada.

Yala tenia una hermana, Eiri, que al contrario de ella, amaba ciegamente al príncipe, pues desde que lo viera no acertaba á separarse de él, llegando hasta á dormir al pié de su tienda como un perro cariñoso.

Eiri, adivinó cuanto se fraguaba contra la vida de su amante, y le aconsejó que no volviese á la floresta de Cardeas y que desconfiara de Yala.

El príncipe no hizo caso de Eiri, porque atribuia sus consejos á celos, y como todas las tardes se dirigió á la floresta en busca de Yala.

Al atravesar el príncipe un pequeño puente que habia sobre el rio Fontes, que desaguaba por aque

lla parte en el Sil, oyó la siguiente profecía y se detuvo:

-Príncipe, Eva ofreció una manzana á Adam para perderlo: Yala te ofrecerá á ti otra para matarte.

El príncipe creyó reconocer la voz de Eiri, y bajándose del puente se metió debajo para dar con la aureana; pero era tan oscuro el sitio que el príncipe temió alguna celada, y retrocedió á su tienda por su espada.

Una vez armado, y sin mas compañía para no infundir sospechas, el príncipe se dirigió resueltamente á la floresta de Cardeas.

En la floresta le esperaba Yala.

El príncipe quiso acariciarla como siempre, y Yala se desenlazó de sus brazos con su indolencia característica.

--Pero Yala--le dijo el príncipe-- hasta cuando ha de durar tu aspereza para conmigo?

--Ah, señor! hasta que me deis una prueba de que me amais, no para un dia sino para toda la vida.

--Exigela, Yala, exige esa prueba.

Yala corrió rápidamente á un árbol, arrancó una manzana, y se la presentó al príncipe.

--Comed, señor.

El principe se estremeció.

¿Qué prueba era ó no de amor el comerse una manzana? Esto le hizo temblar, presintiendo que se atentaba á su vida de una manera directa.

Bajo este pensamiento terrible, el principe cogió á Yala de un brazo, y le dijo con ademán imponente:

--Yala, ¿comes ahora mismo esta manzana, ó pereces aquí mismo.

Yala, llena de terror, cayó á los pies del principe clamando:

--Perdon!... perdon!...

Esta súplica espantó mas y mas al principe Hermenerico.

--¿Perdon de qué Yala?...--le preguntó.--¿Porqué me has de pedir perdon á mis plantas? Levántate y toma lo mismo que tu me querias dar.

--Oh! no!... no!...--esclamaba Yala agitando su desmelenada cabeza á los pies del principe--la muerte, no! la muerte no!

--¿Qué muerte, Yala? ¿Quién piensa en morir?... Pues qué, ¿acaso esta manzana daría la muerte al que la comiese?

Yala se desentendía de las pala-

bras del principe, llorando á sus pies como una Magdalena; y viendo que este pugnaba por acercar la manzana á su boca, se aterrorizó completamente, y mirando con los ojos estraviados hácia una arboleda cercana, gritó:

—Salvadme!... Salvadme!...

¿Aquella súplica á quien se dirigia?

El principe clavó la vista en donde la clavaba Yala con insistencia, y vió brillar entre la hojarasca del ramaje dos ojos fijos en él, pero carnívoros como los de una fiera.

Entonces, tiró de la espada y se lanzó como el rayo en la espesura.

Un hombre salió de ella huyendo; pero el principe lo alcanzó y lo rindió á sus pies.

--Soy Genthamundo! exclamó el hombre prosternándose de rodillas á los pies del principe

--Mejor que mejor--repuso Hermenerico.

Y sujetándole los brazos con los cordones de su espada, sacó una trompa de caza, y la sonó con fuerza como pidiendo auxilio.

A los pocos momentos se inundó la floresta de Cardeas de soldados

suevos, que ataron fuertemente á Genthamundo por orden de Hermenerico.

Al siguiente dia, apenas el primer rayo de sol vibró en los cristales de la atmósfera, el ejército suevo se puso en movimiento con objeto de pasar el Sil.

Los caláicos que observaban esta evolucion, quisieron oponerse, pero la confusion los inutilizaba. Además, la falta de Genthamundo, que era el único que podia poner en ellos algun orden y comunicarles valor para la lucha, no solo aterraba á los peones sino á los mismos condes.

El ejército suevo empezó á atravesar el Sil sin resistencia, pues los caláicos huian á la desbandada como espantados.

Algunos condados resistieron, pero fueron copados; siendo tantos los prisioneros que el príncipe Hermenerico no sabia como alimentarlos.

El ejército suevo salvó el Sil, la cordillera de Bolmente, la de Villascura; salvó el Cabe por Deade, el Miño por Sernande, el Asma por Brigos, el Arnego por Negrelos, y el Ulla por Piloño, y llegó á las pendientes del Pico Sagro.

En sus alturas, el principe Hermenerico se hizo coronar por rey, llamándosele desde entonces Hermenerico III el Afortunado, aludiendo el sobre nombre al episodio de la manzana envenenada por Genthamundo.

Concluido el acto de su coronacion, Hermenerico mandó subir á la cumbre del Pico Sagro á Genthamundo; y agolpó en torno de él, y de rodillas, á todos los prisioneros caláicos.

En seguida, mandó que le coronaran en presencia de ellos, poniéndole sobre la frente una corona de hierro ardiendo, que le abrasó el craneo, año 474 de Jesucristo.

La profecia de las viejas aureanas se cumplia, pues le habian profetizado á Genthamundo que seria coronado solemnemente ante un gran concurso.

Al espirar Genthamundo de una manera tan cruel, Hermenerico mandó poner en libertad á los prisioneros caláicos, los cuales se esparramaron desde aquel instante por el ámbito del pais, preconizando tanto horror y tanta clemencia.

. XV .

Hermenerico III, el Afortunado.

La coronacion de Hermenerico y la de Genthamundo impresionó por algun tiempo al pais.

Las ciudades se sometieron sin resistencia á los suevos, y los condados se replegaron en sus cuencas, por decirlo asi, como el caracol en su concha.

El clero fué el único que quiso seguir significándose, pero plegando sus banderas ante la espada vencedora del suevo, solo enarboló una, la de la resignacion, que tenia esta divisa:

Spes in Deo (1.)

Hermenerico III estableció su corte en Lugo, y despues de dominar al territorio militarmente, quiso dominarlo tambien religiosamente como lo habian intentado en vano su padre Remismundo y su hermano Heurico; pero el territorio no admitia el arrianismo, repeliéndolo como al fuego.

El catolicismo se habia entañado tanto y tanto en el cuerpo moral del país, que los condados resistian enérgica y ostensiblemente toda doctrina heterodoxa, sacrificándose por el hasta el martirio, sin defensa y con resignacion.

Por mas que Hermenerico III desplegó todos los medios imaginables, ya por la dulzura, ya por el terror, el arrianismo no podia significarse en los condados sin matar el catolicismo, porque su principal error se reducía á despojar á *Jesucristo de la igualdad que en la Trinidad tiene con el Padre Eterno*, y hacerlo inferior á él en un todo.

El arrianismo no se infiltraba, pues, de ningun modo en las entrañas caláicas, y quedó reducido á la

(1) Esperanza en Dios.

region oficial ó militar de sus dominadores, transigiendo de este modo unos y otros sino querian extinguirse en una lucha esterminadora.

Bajo la vibracion de esta política que conciliaba á las dos razas en el estadio de los intereses materiales, Hermenerico III levantó su corte de Lugo y se dirigió á Leon con ánimo de recuperar esta ciudad que habia vuelto á caer en manos del godo.

Hermenerico III estableció el cerco de Leon, y la ciudad resistia tenazmente, pues desde la salida de Heurico II, los godos, reforzados con nuevas tropas que enviara el rey Eurico, la habian ocupado y almenado formidablemente.

El cerco de esta ciudad duró muchos años.

Tenaz Hermenerico III en su empeño de poseerla, la toma de Leon era para él la gloria mayor que la suerte podia concederle.

Por el año 483 murió en Arlés el rey godo Eurico, que dejó por heredero del trono á su hijo Alarico, lo que ocasionó graves disturbios en aquella nacion, porque esto se oponia al derecho electivo que caracte-

rizaba sus prácticas monárquicas.

A consecuencia de estos disturbios, fuese porque de Leon salieran tropas godas hácia los Pirineos, ó porque las que defendian aquella ciudad se desalentaran por ellos, el conde Friderico que era el que las mandaba, capituló con Hermenerico III, y Leon volvió á poder del suevo.

El rey Hermenerico creyó haber conseguido con esto cuanto tenia que conseguir en este mundo para gloria de su reinado, y estableciendo la corte en Leon empezó, á enriquecerla con templos suntuosos, en honor de su religion herética de Arrio.

Entretanto que corrian los años con éstas manifestaciones militares en el reinado de Hermenerico III, el sentimiento del cristianismo que palpita en los condados de Galicia al impulso del clero católico, aspiró á imperar en las ciudades ostensiblemente.

Dominaba á la sazón en la de Lugo el príncipe Hermenerico, y en la de Braga el príncipe Theodoinundo, ambos hijos del rey Hermenerico III.

El príncipe Hermenerico era su-

mamente bueno, de un carácter dulcísimo y tolerante cuanto valeroso y denodado en la guerra, cuyo sobrenombre tuvo hasta su trágico fin; y gracias á esto, jamas se opuso á aquellas manifestaciones publicas de los católicos, antes por el contrario, parecia simpatizar con ellas.

En las procesiones que celebraban en Lugo los cristianos, sacaron por primera vez un pendon ó estandarte con la custodia en él por divisa, y estas palabras debajo:

Spes in Deo.

Como vieron que el principe Hermenerico las toleraba, y aun mas, que asistiera á aquella procesion con el mayor recogimiento, se alentaron tanto los católicos, que á la siguiente que celebraron pusieron en el mismo estandarte las letras aquellas, pero de oro, y le ofrecieron al principe la presidencia del acto religioso.

El principe Hermenerico aceptó.

Desde aquella tarde tomó tal fama de principe cristiano, que su hermano Theodomundo vino desde Braga á Lugo para ver si eran ciertos sus estremos por el catolicismo, para dar cuenta de ello á su padre el rey Her-

menerico III, pues Theodomundo, astuto y cruel, aborrecia de muerte á su hermano mayor.

Cerciorado el príncipe Theodomundo de las grandes simpatias que el principe Hermenerico profesaba al Cristianismo, se corrió hácia Leon y le contó todo á su padre, exagerando las deferencias piadosas de su hermano.

El rey Hermenerico III que queria mucho y sin distincion á sus dos hijos, se alarmó de aquellas declaraciones que le hacia uno contra otro, y mandó venir al principe Hermenerico á Leon, con ánimo de castigarlo.

Pero al ver al principe Hermenerico en la corte, su piedad filial pudo mas que las influencias religiosas y las acusaciones malévolas de Theodomundo: lo abrazó tierna y amorosamente, y le exigió mas prudencia política y menos flexibilidad con los cristianos lucenses.

El principe Hermerico no le prometió nada al rey su padre, calló, respetando sus preceptos, pero en el fondo de su inteligencia, no abjuró de los buenos sentimientos que profesaba por el Cristianismo.

Theodomundo, viendo frustrados sus planes, se exasperó terriblemente; disimuló su coraje lo mejor que pudo, y acompañó á su hermano hasta Lugo, para seguir luego á su lugar -tenencia de Braga.

En el camino, al atravesar un desfiladero del Vierzo, el caballo del príncipe Hermenerico se asustó con el ruido de un torrente y lo botó furiosamente á pique de precipitarlo.

Theodomundo, que venia detras de su hermano, concibió entonces una idea terrible para llegar á ser el príncipe heredero, pues conoció que muchas veces se atribuye á la casualidad lo que puede uno hacer intencionalmente.

Dijo á su hermano mayor que aquel caballo era muy malo y le presentó otro de los suyos, sumamente indómito en el fondo de su genio, aunque gallardo y hermoso en apariencia.

El príncipe Hermenerico que era muy confiado aceptó aquel obsequio de su hermano, pero aceptó la muerte; pues montando el caballo, á los pocos pasos, al penetrar en las gargantas de Villafranca, se encabritó el animal, lo botó de la silla.

y como el príncipe quedara sujeto por un pié en el estribo, lo arrastró de precipicio en precipicio, despezándolo completamente entre las breñas de la sierra.

Theodomundo lloró aquel desastre, y con Theodomundo los ginetes que formaban las escoltas de honor; y nadie, nadie al ver correr las lágrimas de Theodomundo creeria que eran las traidoras lágrimas de Cain, llorando el asesinato de Abel.

El pesar de Hermenerico III al saber el desgraciado fin de su hijo el príncipe Hermenerico fué estremado: parecia que nadie le consolaria de él, pues rechazaba todo consuelo y no sabia mas que recordar su gentileza y la bondad de su alma.

Esto hacía que el príncipe Theodomundo, tuviera mas odio á su hermano, aun despues de muerto, odio que se volvia contra su mismo padre que así lo lamentaba.

Theodomundo, no contento ya con ser el príncipe heredero, aspiraba á ser rey cuanto mas antes, impacientándose por el largo reinado de su padre, pues ya llevaba mas de diez y siete años.

Bajo la presion de esta impacien-

cia que le devoraba, conspiró solapadamente para que el rey Hermérico III abdicase en su favor: para ello se valió del conde Hermenerico, mas tarde Hermenerico IV, el cual, muy amigo suyo, siguió sus inspiraciones turbulentas y se pronunció en Braga, pidiendo la abdicación del rey en gracia de las altas prendas políticas y militares, que según él, poseía el príncipe Theodomundo.

Al saber Hermenerico III aquel movimiento insurreccional, se encolerizó terriblemente, y reuniendo sus huestes, se dirigió sobre Braga para reprimirlo.

El príncipe Theodomundo protestó contra aquel acto del conde Hermenerico; su padre lo creyó, y admitiéndolo en su compañía le dió el segundo lugar en el mando de las tropas que acaudillaba sobre Braga.

Al atravesar el Miño, yendo desde Lugo á Orense, el rey Hermenerico III lo hizo en una barca con su hijo; y fué de extrañar que el rey entrara en la barca armado de todas armas como siempre que iba á entrar en lucha, y su hijo, el príncipe Theodomundo no, que no llevaba

mas que su cortante daga.

El punto por donde atravesaban el Miño, era entre Beacar y Melias, hoy llamado Barca de Silva.

En la mitad de la corriente, el príncipe Theodomundo se inclinó sobre el fondo de la barca como para rebuscar la daga que se le habia caído; pero mas bien fué para destapar cautelosamente un barreno que llevaba preparado de antemano, de acuerdo con los barqueros.

Al punto empezó á llenarse de agua la barca, lo que no notó el rey Hermenerico III hasta que le llegó por los tobillos, porque su hijo, el príncipe Theodomundo, lo distraia agradablemente con planes soberbios para la rendicion de Braga y castigo del conde Hermenerico.

Al apercibirse el rey Hermenerico del agua que inundaba la barca, se alarmó algun tanto, y se dirigió á los barqueros para que redoblasen sus fuerzas en remar.

Pero los barqueros mas bien ciaban, disculpándose con la fuerza de la corriente.

Entre tanto el agua inundaba mas la barca y por momentos se sentia ir á fondo con ella.

El rey azuzaba á los barqueros, el príncipe clamaba compungidamente estendiendo los brazos hacia la orilla, y los barqueros no hacían mas que mirar á la corriente como aquellos que están esperando un momento dado para precipitarse en el agua y salvarse.

Este momento llegó.....

La barca, con el peso del agua y de las personas, se sumergió enteramente; y los cuerpos del rey, del príncipe y de los barqueros flotaron unos instantes sobre la corriente undosa del Miño.

En estos instantes, el rey, que se sentía ir á fondo con el peso de las armas, lechó una mano hacia su hijo que empezaba ya á nadar sobre la superficie trémula del río, como gran nadador que era.

El príncipe Theodomundo que se sentía ir á fondo á su vez, arrastrado por aquella mano de su padre que se aferraba á sus carnes como una venganza anticipada del cielo, tiró de la daga rápidamente y rápidamente la cortó.....

Entonces el cuerpo del rey Hermenerico III bajó subitamente á los abismos del río, para no levantarse

jamas; y solo la mano quedó flotando sobre los cristales de la corriente como pidiendo venganza á los cielos; año 492 de Jesucristo.

XVI.

Theodomundo el Sanguinario.

Entramos á reseñar uno de los reinados mas impíos de aquella época calamitosa para Galicia, en que no solo el arrianismo imperaba por la fuerza de las armas, ahogando todas las inspiraciones piadosas del cristianismo, sino en que una nueva secta, la de los *heliólatras*, vino á aumentar la horroroso pompa de sacrilegios en que se envolvía á los pueblos.

Apenas Theodomundo se vió coronado por rey de Galicia en el Pico Sagro, satisfaciendo con esto el deseo mas ardiente de su vida, cuando

lejos de ensanchar sus fronteras, batiéndose contra el godo en una lucha heroica, fijó su corte en Orense, y colocó dos lugar-tenencias, una en Leon y la otra en Braga: dando el mando de la una al conde Morahodo, y de la otra al conde Ariomiro.

Una vez la corte en Orense, el rey Theodomundo espulsó de allí á su obispo Dadila y á todo el clero católico, ordenando que en ninguno de los pueblos de su monarquia pudieran hacerse ostentaciones religiosas en favor del Cristianismo.

Con estas medidas, que herian de frente la tranquilidad del pais, los ánimos volvieron á conturbarse, de modo que cuanto adelantara el catolicismo en las ciudades lo perdía enteramente replegándose á las montañas inaccesibles de los condados.

Pero el obispo Dadila, desconsolado por aquella tiránica espulsion de su diócesis, anciano y achacoso ademas, resolvió no morir entre los peñascos de los desfiladeros, sino á los pies de Dios en su querida catedral.

Poseido de estas ideas y en a

de su fe, volvió á Orense y entró en la ciudad, solo, y apoyado en su báculo.

Los orensanos que lo vieron atravesar el puente así, unos huyeron aterrados de tanta entereza, y otros tuvieron bastante valor para arrojarse á sus plantas y reclamar sus bendiciones.

De esta manera fué el obispo Dadila recorriendo la ciudad hasta llegar á la catedral, cerrada á aquellas horas de la mañana por los sacerdotes arrianos.

Algunos soldados suevos fueron detrás del obispo haciendo escarnio, porque Dadila era un poco cojo.

Cuando estos soldados lo vieron caer rendido de fatiga y de dolor al pie de la puerta de la catedral, le apostrofaron diciendo:

—Dadila, si eres santo, manda abrir esas puertas, y hasta los ratones te obedecerán.

El obispo sufría este y otros insultos con una resignacion admirable, lo que le atraia mas y mas las simpatias de los orensanos.

Un soldado suevo, enteramente beodo, se le acercó y le dió una bofetada,

El pobre anciano hizo lo de su Divino Maestro, puso la otra mejilla para que le dieran otra.

Entonces al soldado le impuso aquella entereza del anciano, prelado, quedándose mirándolo tan fijamente que no podía cerrar los párpados.

Los demas compañeros suyos corrieron hacia él, y á la vez los petrificó el asombro; pues el soldado estaba ciego, con los ojos desmesuradamente abiertos.

La noticia de aquel milagro corrió de boca en boca y llegó á oídos del rey Theodomundo, el cual salió de su palacio con los grandes de su corte, y se dirigió incontinenti junto al obispo.

Al llegar á su presencia, el mismo rey lo cogió de la mano, y lo arrastró mas bien que lo condujo hácia al puente.

Una vez en el puente, cogió al santo varon Dadila y arrojándolo desde su altura al rio, se volvió hácia los oreñsanos y les dijo:

--Ya veis como yo ni me quedo ciego, ni manco, ni cojo, por haber arrojado al Miño á ese perro.

Los arrianos celebraron con vic-

tores aquella entereza del rey Theodomundo: los cristianos palidecieron mirando para el rio, que arrasaba en su impetuosa marcha el cadáver del obispo.

Desde entonces se desató una persecucion horrible contra los católicos en todo el pais: dada aquella señal de sangre por el rey *sanguinario*; cada conde, cada capitan, cada soldado suevo se creia humillado si no hacia otro tanto con el primer cristiano que encontraba, y el Miño arrastró al océano mil y mil cadáveres de virtuosos caláicos.

Para colmo de impiedades, acababa de llegar á Orense una turba de idólatras griegos, que venian desde su pais al impulso de sus erróneas doctrinas religiosas. Estos idólatras conocidos por los *heliólatras* (1) prescindian de todo y por todo de Jesucristo, y solo adoraban al Sol como manifestacion tangible y creadora de un Dios, como síntesis en fin de la vida del universo.

Estos *heliólatras* habian venido desde Oriente hasta Occidente para vermorir al sol entre las olas, y note-

(1) Helio en griego quiere decir sol, la-
tria adoracion.

nian mas rito ni práctica religiosa que hacerle una oracion desde una montaña cuando iba á aparecer en el firmamento, y otra cuando se iba á ocultar en el horizonte sensible. Para los helióltras no se vivia de noche, y entre otras costumbres, tenían las de no hacer mas que una comida, que era á la hora de mediodia, cuando el sol rayaba en su zénit.

El rey Theodomundo se inficionó en esta secta como si en él existiera una predisposicion moral de marchar de mal en peor, y sus condes y capitanes se inficionaron á la vez en ella.

Entonces les llegó su vez á los arrianos, y dejaron de perseguir á los católicos para conservar la prepotencia que pudieran en la monarquía.

El rey Theodomundo llevaba la vida mas licenciosa y deprabada de que hay ejemplo: una vida puramente material y carnal.

Su comida heliolatra al mediodia era una cosa suntuosa, pues se le habian de poner los mas aulentos manjares y los mas exquisitos vinos de Valdeorras y Amandi. A su mesa concurrían mas de cien convidados

diariamente: empezaba á servirse á las doce y duraba toda la tarde; y como no era casado ni los heliólatras admitian el matrimonio porque querian asimilarse en un todo á la vida de la naturaleza en sus mas amplias condiciones, sus comidas eran bacanales borrascosas, pero tan borrascosas que muchas veces la sangre corria por el salon como los vinos.

Estado tan repugnante, cuadro monárquico mas afrentoso para la humanidad, no podia concebirse: nadie era propietario mas que el rey; el padre no podia quejarse porque le arrebatasen la hija á su nombre, y las nociones mas palmarias de justicia, esas nociones intuitivas, orgánicas, por decirlo así, porque nacen con la criatura, parecian borrarse para siempre de la memoria de los hombres.

Se significaba por entonces uno de los interregnos mas deplorables de Galicia, uno de esos interregnos desastrosos en la historia de los pueblos, moral, religioso y monárquicamente considerados; pues relajados todos los vínculos sociales, sin religion, sin conciencia del bien

y del mal, y sin presion para contenerse en sus desbordamientos irracionales, su nacionalidad arrastraba una existencia la mas infeliz, la mas lamentable.

La civilizacion que un dia encarnaba en Europa nuestro pais, bajo el punto de vista utilitario, religioso, militar y político, se evaporara en sus luchas de religion y en sus luchas civiles, quedando sumido en la degeneracion mas tangible.

Su estado de abyeccion y envilecimiento, se parecia á esos fangosos arenales de nuestras costas caláicas en las mareas bajas, cuando la plata y el cristal de sus olas deja de estrellarse en las rompientes.

Persistiendo en esta misma imagen, completándola, poetizándola, el reinado de Theodomundo marcaba uno de esos períodos en que bajaba de todo el mar de la civilizacion en el flujo y reflujo incesante que la Providencia señalaba á su progreso indefinido, á través del tiempo y del espacio.

Situacion política tan abominable, no podia menos de ser transitoria, y lo fué; pues como si el heliotrismo indicara la meta, el último

escalón del oprobio de un pueblo que pierde hasta la dignidad de su ser, desde entonces comenzó á subir el mar de la civilización hasta manifestarse lujoso de magnificencia cristiana en el reinado de Carriarico, de su hijo Theodomiro I y de sus descendientes.

La primera figura que encontramos en las tinieblas del tiempo, elegida tal vez por el Altísimo para consumir esta regeneración que nos asombra á medida que observamos las evoluciones del pueblo caláico, fué la del conde Hermenerico, amigo íntimo, compañero inseparable del rey Theodomundo en sus borrascosos placeres.

Este conde se había apoderado tan completamente del ánimo del rey, que él era la entidad monárquica mas que su señor, pues así los lugar-tenientes como los condes y capitanes no se colocaban al frente de las divisiones territoriales sin ser nombrados por él: en una palabra, el conde Hermenerico, significaba lo que en épocas modernas un ministro universal, personificando una situación oficial, porque así las cosas como las personas dependían de su voluntad dictatorial.

Con tanto prestigio como tenia el conde Hermenerico, sucedió lo que no podia menos de suceder, atenuado su carácter ambicioso; aspiró á la corona.

Al efecto, formó su plan, y una vez que todo lo tubo bien dispuesto, ya entre los condes y capitanes nuevos, ya entre el clero arriano, cuyo elemento adhirió á su tenebroso partido, el conde Hermenerico fingió ser mas heliólatra que nunca, alhagando en todo y por todo las aspiraciones intimas del rey Theodomundo.

El rey Thedomundo, confiado en aquellas exterioridades de una adhesion ciega, jamás presentia el huracan que empezaba á rugir sordamente á sus pies para absorverlo entre sus horrorosos estallidos. Ciego en su heliolatria, saludaba diariamente la elevacion del sol en su zénit con opíparas comidas, comidas que como hemos consignado duraban hasta el oscurecer, y que terminaban por dejarlo enteramente privado de juicio, pues abusaba estremadamente de los riquísimos vinos que le servían.

En una de estas tardes de agosto.

el rey Theodomundo se levantó de la mesa y se dirigió segun costumbre á un mirador de su palacio, para hacer la señal de la queda á su pueblo heliólatra.

Hallábase situado su palacio á orilla del Miño, é inmediato al puente de Orense, cuyo puente se veia llenísimo de helióltras que esperaban la señal del rey para retirarse á dormir en sus casas.

La hora de hacer el rey la señal de la queda, era en el momento preciso en que el sol ocultaba su fulgente disco tras de los muros de Castro Trelles, y no daba esta señal sin perorar antes á sus correligionarios desde el mirador.

Este mirador era una especie de balcon con balaustrada ó antepecho de hierro; y aquella tarde se asomó á él como siempre en compañía del conde Hermenerico, si bien el conde Hermenerico se quedara mas atrás que de costumbre, mirando fijamente á los dos lados de la balaustrada de hierro como si esperase algun desprendimiento extraño.

En efecto, al poco tiempo de perorar el rey Theodomundo á sus helióltras, acompañando su perora-

cion con movimientos violentos y desordenados como un hombre embriagado completamente, se apoyó con fuerza en la balaustrada, la cual, como si estuviera perfectamente limada por los extremos, se desprendió con el rey Theodomundo sobre la corriente del Miño, año 497 de Jesucristo.

La altura era elevadísima..., y los espectadores exalaron un grito horroroso.

Sin embargo, el cuerpo del rey que parecía haber bajado para siempre á los abismos del rio, reapareció por unos instantes sobre la rizada superficie de la corriente.

Despues, dicen nuestras notas, bien fuese la mano sangrienta de su padre, ó del obispo Dadila, ó de alguna otra víctima de aquel rey sanguinario, una mano misteriosa que parecía salir del fondo de las aguas se aferró al cuerpo de Theodomundo, sumergiéndolo enteramente en el Miño.

Los espectadores esperaban verlo salir aun; pero esperaron en vano.

Aquella misma noche las tropas suevas, guiadas por sus condes y capitanes, aclamaron por rey á Her-

meuerico; aquella misma noche se abrieron los templos arrianos para celebrar su exaltacion al trono caláico, y aquella misma noche empezaron á ser perseguidos á muerte los helióltras, no quedando uno en toda la ciudad.

La intensidad del pensamiento, ahondando la existencia de la monarquía sueva entrañada en el pueblo caláico, descubre en aquel movimiento, en aquellas manifestaciones, el primer oleage de la marea de la civilización dirigiéndose á su plenitud; pues el hundimiento del heliotrismo y la reaccion del arrianismo preparaban el porvenir á la religion cristiana.

XVII.

Hermenérico IV, el Excomulgado.

Conforme á las prácticas nacionales, Hermenérico IV fué coronado rey de Galicia en la cumbre del Mons Sacro, sin oposicion de nadie.

Por entonces iba debilitándose tanto la importancia de los condados caláicos que, á semejanza de nuestros municipios rurales, apenas se distinguian en la balanza de los destinos del país.

La significacion política y civil del territorio se veia en relieve en las grandes localidades; y las grandes localidades bajo el peso de la dominacion militar de los suevos, se

evidenciaban como ciudades oficiales en el enmarañado plano de la monarquía.

En aquellos tiempos las luchas civiles en Galicia no se reducían á programas sociales ni administrativos como hoy: las luchas civiles se encerraban en los dogmas religiosos.

Las luchas de religión, pues, más que nada, eran las que conmovían la gran masa del país.

El cristianismo, tal vez como religión la más divina, era la única que sobrenadaba en medio de aquel embate de sectas: ostensible ó oculta, esta religión era la que llevaba en sí misma más savia de vida, y oficial ó perseguida, vivía por decirlo así, como espíritu del cuerpo del país.

Proscripto el heliolatrismo, el arrianismo volvió á brillar esplendorosamente en la región militar ó oficial de la monarquía, y entonces el catolicismo que se hundía en tercero y último término, empezó á manifestarse en los condados para inundar los centros de población.

Hermenerico IV, que había lanzado el heliolatrismo fuera del horizonte de su reino, lo mismo se ensañaba contra el cristianismo.

Para él, ni suevo ni caláico tenia que ser heliólatra ni católico; pero si arriano.

Cuanto persiguió á muerte las religiones estrémas, hasta extinguir sus parcialidades, tanto se afanaba en arraigar el arrianismo en las entrañas del pais, apesar de la repulsion que encontraba.

Por esto el catolicismo tuvo que esparramarse hasta por las montañas mas inaccesibles de Galicia, donde se le toleraba vivir en un perpétuo martirio.

De aquí tuvo origen la institucion monástica en nuestras montañas, esos innumerables conventos que aun hoy nos admiran por el retiro y soledad en que se fundaron, y que venian á ser una especie de Failhausterios cristianos donde el hombre vivia en comunidad católica.

Entonces fué cuando San Victoriano, discípulo de Santo Toribio, salió de Galicia y fundó en Aragon el monasterio Asanense, al que se llamó despues Victorianense.

Corrieron los años, y el rey Hermenrico IV, ciego con el falso celo de propagar el arrianismo, lo impo-

nia con todo el rigor de su espada en los estados que dominaba.

Tenia este rey una hija delicadamente bella, educada en las erróneas doctrinas de Arrio: llamábase Marhona.

Marhona era una de las mugeres mas espirituales que habian aparecido en la tierra, y placianle mas que las pompas de la corte, entonces en Orense, los paseos orillas del Miño, cabalgando las mas de las tardes bajo el embovedado de castaños y alisos que las sombrenhan.

En uno de estos paseos que hacia Marhona, deleitándose entre aquellas soledades pintorescas que recorría, se dirigió de Orense á Belle, de Belle á Pereiro, de Pereiro á Melias, patria del padre Feijóo; y desde Melias hacia Nogueira, buscando las márgenes del Sil.

Entonces en el flanco de una áspera y elevada montaña, á cuyos pies se enroscaba aquel rio, vió la torre solariega de los Rivas de Sil.

Al mismo tiempo que distinguía la torre, sintió cerca de si el trote acompasado de un corcel, y vió cruzar un jóven y gallardo caballero caláico á pocos pasos.

Los dos jóvenes, sorprendidos tal vez de encontrarse inesperadamente en aquellas soledades, parecieron turbarse, porque ambos eran dos organizaciones estremadamente dotadas de una sensibilidad exquisita.

El caballero hubiera visto á aquella dama en la corte, en medio de todo su esplendor, y tal vez no le conmoviera: la dama hubiera visto al caballero cruzar una plaza ó una calle de Orense y tampoco le conmoviera su presencia.

Pero, verse por primera vez en aquellos apartados lugares, sin preparacion alguna, y los dos, jóvenes hermosos y sensibles, hé ahí lo que decidió de su suerte para toda la vida, porque ambos confundieron desde entonces sus existencias en una sola sensacion de amor.

Aquella tarde se hablaron ambos honesta y ligeramente. Marhona supo que el caballero se llamaba Franquilla y que era dueño de aquella torre; y Franquilla supo que aquella dama se llamaba Marhona y que era hija de un conde suegro de la corte de Hermenerico IV.

A la siguiente tarde volvieron á encontrarse los dos jóvenes en aquel

mismo sitio, sin haberse citado; y Marhona supo ya algo mas de Franquilla, supo que era cristiano en el fondo de su alma, y que vivia en su torre y no en la corte, porque en aquellos lugares podia ejercer sus prácticas católicas sin sufrir persecucion alguna por ello: á aquella confianza tan íntima Marhona correspondió con otra, pues no quiso engañar por mas tiempo á Franquilla, declarándole que no era hija de un conde, sino del rey.

El caballero oyó aquella revelacion con asombro, y se arrodilló á sus plantas.

Marhona lo levantó con dulzura, prometiendo volverle á ver al siguiente dia.

En efecto, al siguiente dia Marhona no faltó, y volvieron á verse en el mismo sitio; y volvieron á hacerse nuevas confianzas, pues Franquilla le reveló que en su torre existian unos subterráneos y que en ellos moraba, desde la muerte del obispo Dadila, su tio el obispo Elgario, que habia sustituido á aquel prelado, y que, además de su tio, algunos sacerdotes mas católicos, los cuales celebraban todos los dias

en la iglesia que tenían allí, interin no podían, en la catedral de Orense.

Franquilla se aventuraba demasiado en hacer estas confianzas á la hija de un rey arriano, arriana también; pero el jóven caballero parecía obedecer á una fuerza misteriosa, desconocida, que, mas que su propio espíritu, agitaba sus labios cuando hablaba con Marhona.

De confianza en confianza los dos jóvenes se comunicaban sus almas el uno al otro como á la mitad de sí mismo; y Marhona supo aun mas, supo que Franquilla era caballero de día para no infundir sospechas, pero monge de noche, en aquella especie de abadía subterránea de Rivas de Sil (1).

La voz de Franquilla era tan dulce y penetrante, que Marhona se extasiaba en oírle. Sojuzgada por aquella voz, completamente fascinada, en fin, por el monge-caballero, le amó ciega y locamente, y amó cuanto él amaba, así en la tierra como en el cielo.

Marhona abjuró, pues, del arria-

(1) Hoy San Estéban de Rivas de Sil, monasterio de la Orden de San Benito.

nismo y se hizo cristiana, bautizándola el obispo Elgario en la abudía subterránea de San Estéban.

Desde entonces, tan fervorosamente se entregó Marhona á los misterios del catolicismo, que no vivia sino en la atmósfera de estas fruiciones consoladoras.

Franquilla fué el medio de esta conversacion para llegar al fin. Dios.

El amor humano fué un sentimiento de transicion para llegar al amor divino.

Por este tiempo el rey Hermenérico IV entró en sospechas, y se propuso espiar á Marhona, pues su caracter habia sufrido un cambio notable.

El rey averiguó al fin, aparte de lo que pasaba, que Marhona iba todas las tardes á ver al caballero Franquilla, y que el caballero Franquilla era, mas bien que caballero, un monge cristiano.

No llegó á saber mas, y le bastó para confundirlo de terror. No llegó á saber mas, no llegó á saber que debajo de aquella torre existia moralmente la catedral cristiana de Orense, y detrás de Franquilla su tio

el obispo Elgario y demás dignatarios de la Santa Iglesia.

Al rey le bastó saber lo que supo, esto es, lo que solamente podía es-
teriorizarse en el mundo de las so-
ledades; y que su santa y virtuosa
hija, deseando practicar la religion
cristiana en una esfera de accion
menos limitada, habia concertado
fugarse de Galicia con el caballero
Franquila.

La tarde que Marhona tenia dis-
puesta para su fuga, Franquila de-
bia esperarla en las orillas del Sil,
en un sitio designado la Cruz del
Alva, llamada así, porque aquella
cruz de piedra parecia tomar un co-
lor de plata al rayar el dia.

Marhona salió como siempre de
Orense, y como siempre tendió hácia
las orillas del Sil.

Detrás salió su padre el rey Her-
menerico IV, con sus guardias.

Cuando Marhona distinguió la
cruz del Alva, vió á Franquila al pié
que tenia el caballo del diestro.

Marhona suspiró de emocion...

Al mismo tiempo sonó un silvido
misterioso en aquellas soledades, y
Marhona vió aparecer como por en-
canto al pié de la cruz los guardias

del rey su padre, que, precipitándose ferozmente sobre el descuidado Franquila, lo derribaron en el suelo con sus golpes de maza, desapareciendo despues.

Marhona, sobresaltada y sollozando de terror, se acercó hasta la cruz del Alva y vió á Franquila en tierra, con el cráneo despedazado.

Al mismo tiempo sintió detrás de sí la voz de su padre, que le decia sarcásticamente:

--¡Cristiana: si alguna vez encuentras por el mundo á una hija que tenia y que me abandonó, dile que no vuelva al palacio de su padre, porque la mataré por desleal é infame!

Marhona exhaló un grito de horror al oir aquella repulsion de su padre, y cayó exánime.

Los guardias quisieron socorrerla, levantándola del suelo; pero el rey lo prohibió.

Entonces el rey vió una cosa que pareció imponerle por el pronto: allá en el flanco de la montaña, al pié de la torre de Franquila, vió un obispo cristiano que, rodeado de otros sacerdotes, estendia los brazos *escomulgándolo*.

Era la hora del crepúsculo, y aquella escena religiosa de la montaña, cuyas figuras se perfilaban misteriosamente sobre el cristal de los cielos, tenía algo de augusto y de solemne á aquella hora y en aquellos apartados lugares.

El rey picó á su caballo y arremetió impetuosamente hácia la torre, seguido de sus guardias; pero el obispo y los sacerdotes que le acompañaban desaparecieron al ver esto, como si los hubiera tragado la tierra.

El rey Hermenerico IV y sus soldados registraron toda la torre, y sin embargo, no dieron con el prelado y sus acólitos.

Atribuyendo todo aquello á una vision de sus sentidos, descendió al valle para dirigirse á Orense, sin hacer caso de su hija Marhona, que continuaba desmayada.

Pero al llegar al valle, sus guardias volvieron á mostrarle la misma escena de excomunion, que se repetía en la torre de Rivas de Sil, sobre la línea sombría del horizonte.

El rey espoleó otra vez á su brídon, revolviéndolo hácia la fortaleza solariega con animoso coraje; llegó á ella, entró, la registró con sus

soldados, aun mas minuciosamente que antes; pero ni dió con el subterráneo ni con la entrada.

Caía ya la noche, y desesperado por aquellas contrariedades que bañaban su rostro de un tinte imponente de dureza, tornó á Orense fatigoso, calenturiento.

Antes de que el rey Hermenerico IV, el *Escomulgado*, como se le designó desde aquel dia, entrara en la ciudad, el obispo Elgario y los suyos socorrieron á Marhona, internándola en la abadía subterránea.

Luego recogieron llorando el cadáver de Franquilla, y despues de pasar la noche entonando de hinojos el cántico de los finados, lo enterraron al pié de la cruz del Alva (1).

Pocos dias despues, viendo Marhona el riesgo que corria su vida, pues el rey su padre habia mandado explorar aquellas montañas para dar con ella y los demás monges que se ocultaban en Rivas de Sil, desprecio las grandezas reales en que se ha-

(1) Mas tarde se derribó la cruz y se fundó en su lugar una ermita, que aun existe hoy arruinada, y en donde se vé la pila bautismal que sirvió para Marhona, así como el sepulcro del monge Franquilla.

bia criado, y huyó de Galicia acompañada de algunos católicos, y atravesando España y Francia llegó á Capua, donde por revelacion del cielo descubrió el cuerpo de S. Prisco, mártir, en cuya ocasion, como quiera que esta gloriosa heroína se hallase oprimida con un flujo de sangre, la libró Dios de tan penoso achaque por intercesion de aquel santo mártir.

El rey Hermenerico IV continuaba sin descanso la persecucion de los cristianos; y por los años quinientos doce de Jesucristo encontramos otro discipulo de Santo Toribio, que fué San Felix, el cual se retiró de Galicia á unas ignoradas montañas, perseguido encarnizadamente por los suevos.

A la vez que los defensores mas ardientes del cristianismo emigraban de Galicia, otros apóstoles se acogian á sus montañas, huyendo de las persecuciones que sufrian en varios paises, pues seis años despues de la retirada de San Félix arribó á nuestras costas San Mamed, prelado de Eleutheropolí, en Palestina, á quien desterrara el emperador Anastasio.

San Mamed se estableció primeramente en un monte altísimo de la diócesis de Tuy, lejos de los centros de población y del alcance de los destacamentos militares de los suevos.

Los caláicos de las cercanías protegían su retiro, y se admiraban de que con su mansedumbre y la prodigiosa protección que Dios le dispensaba, las fieras mansas fueran hasta su cueva, donde le daban la leche de sus pechos para alimentarse.

Vida tan maravillosa trascendió hasta la corte de Hermenerico IV, el cual comisionó un capitán para su captura.

Avisado San Mamed de que lo perseguían por aquellas asperezas como á una hiena, las abandonó á favor de la oscuridad de la noche y se fué corriendo de montaña en montaña hasta la ágría sierra á que ha dado nombre.

Hállase situada esta sierra en el centro de la provincia de Orense, y es una de las mas elevadas de Galicia, pues tiene 1843 metros sobre el nivel del mar; toda ella es muy escarpada y compuesta en su mayor parte de granito y pizarra, en-

tre cuyas grietas crecen los robles y el arce; y de sus alturas se desprenden las primeras lágrimas del Arnoya.

San Mamed se retiró á estas aspe-
rezas, habitando una cueva, sobre
la que mas tarde la piedad de los
montañeses elevó una ermita.

Sin embargo, ni aun aqui se vió
libre de la persecucion que le hacia
el capitan que Hermenerico IV co-
misionara en su busca, y volvió otra
vez al monte de la diócesis de Tuy,
donde viéndose allí aun mas y mas
hostilizado por los soldados sueros,
sucumbió por último á tan duras
pruebas.

Los naturales de aquel pais reco-
gieron su cuerpo y lo sepultaron con
gran devociou, edificando una er-
mita sobre su lucillo, en la cual ce-
lebran fiesta todos los años el 7 de
agosto.

Coincidió la muerte de San Ma-
med con la de Hermenerico IV, que
sucumbió por aquellos mismos dias
en Orense, de una grave enferme-
dad que le envió el cielo, año 518 de
Jesucristo.

XVIII.

Rechila II, el Verdugo.

Al escomulgado Hermenerico IV, sucedió su hijo Rechila, el cual ganoso del poder real, ascendió á la cumbre del Pico-Sacro con mas gozo por ceñir su frente con la brillante diadema de la monarquía, que sentimiento por la muerte de su padre.

Déspota por carácter y educación nada mas repugnante que este rey inhumano y bárbaro, sin ideas de gloria ni de grandeza, antítesis de Rechila I.

Sus crueldades alcanzaron, no solo á los buenos caláicos, sino hasta los suevos mas adiptos suyos: y no pasaba un dia sin que dejara de manchar el esplendor del trono con un crimen mas, de que solia gloriarse con sus mas allegados.

En el primer año de su reinado

deshonró á una hija de uno de sus condes, bella y espiritual niña que habia creído en su amor con toda la candidez de su alma, Iria.

Iria es un perfume de amor que baña su memoria aciaga, como el amor de una rosa nacida en la orilla de un lago corrompido.

El infame Rechila II no solo marchitó su pureza, abusando del frenético amor que habia inspirado á la dama, sino que en un dia de crápula la afrentó delante de su mismo padre y de todos los dignatarios de la casa real.

El padre de Iria, aunque anciano y achacoso, no pudiendo sufrir aquel bochorno, tiró de su espada para Rechila II, y no siéndole posible llegar hasta él porque se interpusieron todos los grandes, se la arrojó de punta.

Tanto el rey como los demas no vieron en aquella accion legítima de un padre afrentado sino un desacato á la magestad real, y aquel mismo dia lo mandaron arrojar al Niño con una gran piedra á los pies, cuyo cadáver apareció á los ocho años acostado en la cama del rey Rechi-

la, sin que se supiera quien lo pusiera allí.

Iria sobrevivió á su deshonra y á la muerte de su padre, amando con locura á su verdugo: por uno de esos delirios extremos de la pasión, la existencia de Iria parecia depender de la de su seductor, pues no pudiendo vivir á sus pies, vagaba siempre en torno del palacio real espiando la ocasion de verlo, de modo que el dia que disfrutaba de este encanto, para ella era de los dias mas felices de su vida.

La índole de nuestra obra no nos permite estendernos como quisiéramos en la fisiología de las pasiones que no hacemos mas que indicar: el novelista histórico vendrá en pos de nosotros y justificará este y otros sucesos que nos es imposible dramatizar con todo el fuego de nuestra imaginacion y toda la poesia que surge de los acontecimientos de aquella época.

El episodio terrible de Iria en la vida de Rechila II era uno de los episodios diarios, por decirlo así, que constituian la existencia desastrosa de aquel monarca: lo hemos trazado

en dos ó tres rasgos, porque es el mas característico.

Los primeros años del reinado de Rechila II, los pasó en la disipacion mas completa, siendo Orense teatro de sus horrores.

Luego deseando divinizarse en la tierra, erigió una estatua colossal de granito sobre el puente de el Miño, para que nadie pasara por allí, sin arrodillarse ante su memoria; y despues recorrió las grandes ciudades de sus estados hasta fijarse en Leon.

Desde que se fijó la corte en esta última ciudad, su vida tomó otra significacion no menos horrible: haziendo de las hermosuras que habia hollado con su planta impura, se dedicó á perseguir á los católicos que empezaban á invadir los centros de la poblacion, celebrando sus prelados concilio cada año por decretal del papa San Hormidas.

A los concilios de prelados católicos, opuso Rechila concilios de sus obispos arrianos, que reunió en Leon.

Era por entonces San Vicente abad del monasterio de San Claudio, y como no podia menos de suceder,

la fama de las virtudes de varon tan insigne, escitaron la atencion de Rechila II, el cual para escarnecer á los católicos en una persona tan sagrada, lo mandó comparecer al concilio arriano que celebraba presidido por él.

San Vicente obedeció al rey Rechila II y compareció ante la asamblea de obispos arrianos.

Cuando penetró en la cámara de palacio, donde se hallaban, el rey dijo al santo con soberbia:

Abad Vicente, te llamo para que abjures de tus doctrinas católicas y sigas las mias de Arrio.

San Vicente, ilustrado de Dios, como dice la crónica, respondió con ánimo sereno:

Señor y rey, me es imposible seguir la religion que quereis imponerme; yo creo y quiero vivir y morir en la fé que aprobó la iglesia universal congregada en el concilio de Nicea, en el que condenando á Arrio, se declaró que de las personas de la Santísima Trinidad, *era una la Divinidad, é igual la Gloria y Eternidad.*

--Miserable! gritó el rey Rechila;

ahora pagarás tu insolencia con la muerte.

Y volviéndose hacia sus guardias, les ordenó que desnudaran al Santo y lo castigarán a su presencia, dándole con largas varas de acebo.

Los guardias lo desnudaron inmediatamente, y lo azotaron con tanto rigor que llegaron á descubrirse los huesos, corriendo por el suelo los arroyos de sangre entre la despedazada carne.

Al venir la noche ordenó Rechila á sus guardias que dejarán de azotarlo mas, y que lo encerrasen en un oscuro calabozo; y no fiándose de sus verdugos, cerró las puertas él mismo, y las selló con su anillo real.

San Vicente, al verse solo, levantó su espíritu hacia Dios, y se puso gozoso en oracion, ofreciéndole su vida en holocausto.

Al poco tiempo, las tinieblas del calabozo desaparecieron, y una luz misteriosa, violada, como la reberberacion de la luna sobre el azul trémulo del mar al traspornarse el sol, sucedió á la densa oscuridad.

En medio de aquella iluminacion celestial, el santo vió descender á un ángel hacia él, que consolaba á su

alma de sus tribulaciones piadosas, curó las heridas de su cuerpo, restituyéndole completamente la salud.

A la mañana siguiente mandó Rechila II comparecer á San Vicente á su presencia, y cuando esperaba verio entrar exánime y llagado, conducido por ajenas manos, vió con asombro que el santo entraba vigoroso y robusto sin que nadie le auxiliara.

Sorprendido altamente Rechila II, le preguntó:

—Vicente: ¿cómo te has valido para curarte hallándote desamparado en el calabozo?

—Dios no desampara nunca á sus verdaderos hijos, contestó el santo.

—Los verdaderos hijos de Dios somos nosotros, repuso Rechila II; vosotros sois los falsos hijos de Dios. Y si no, Vicente, ¿por qué la Divinidad os tiene siempre á nuestros pies?

Entonces el santo recitó el símbolo que el concilio Niceno formara contra el arrianismo; y á esta ilustrada confesion se levantaron de sus asientos indignados los obispos arrianos y uno le dió una bofetada horrible.

La sangre del santo volvió á cor-

rer por segunda vez; pero su voz no desfallecia al predicar la bondad de las doctrinas católicas.

Los obispos arrianos, cada vez mas soberbios, aconsejaron al rey la muerte de San Vicente, y Rechila II, que no necesitaba nada para ser cruel, dispuso que sus guardias lo llevaran inmediatamente al lugar del suplicio.

San Vicente no desmayó por eso: al contrario, exaltado en su amor á Dios, iba por el camino predicando al pueblo con nuevas ilustraciones del cielo contra los arrianos.

Al llegar al campo donde se hallaba el tajo fatal, dobló las rodillas con valor, é inclinó la cabeza murmurando á imitacion de Jesucristo:

—Perdónales, señor, porque no saben lo que hacen.

Al espirar estas palabras en sus labios, cayó el hacha cortante y pesada sobre su cuello, y el alma de San Vicente ascendió á la gloria.

Por la noche, los monges del monasterio de San Claudio, animados por su prior Ramiro, fueron al lugar del suplicio, y recogiendo su abandonado cuerpo, lo llevaron á su convento, donde lo sepultaron junto

al de San Claudio y sus hermanos, dándole desde entonces el culto de mártir.

Semanas despues de la muerte de San Vicente, se le apareció en espíritu á Ramiro, que le habia sucedido en el gobierno del monasterio; y le reveló como Rechila II, queria arrasarlo: que avisase de ello á los monges para que el que tuviese ánimo, esperase, y los que no, se ausentasen.

El abad Ramiro dió cuenta á la comunidad, y doce de los monges, esforzados por la gracia divina, quisieron quedarse con él en el convento; los cuales ocultaron las reliquias y se dispusieron, en oracion, á sufrir la corona del martirio.

La anunciacion de San Vicente no tardó en realizarse, pues viendo Rechila II y los obispos arrianos que aquel monasterio era un antemural de la fé católica, resolvieron arruinarlo, degollando antes á los monges.

Al efecto, mandaron contra el convento un escuadron de soldados desalmados, á las órdenes de un capitán no menos cruel, y teniendo de ello noticia los monges, salieron

en procesion hácia la puerta del monasterio, donde se encontraron unos y otros. víctimas y verdugos, pues en pocos momentos no quedó un católico con vida.

Los soldados suevos entraron en seguida en el convento, lo saquearon, y lo devastaron, hundiendo sus techumbres para que nadie volviera á guarecerse en ellas.

Al reseñar este y otros reinados de los suevos, seguimos literalmente al analista Huerta, *entrañando* en nuestra obra cuanto encontramos digno en la suya, segun nuestro criterio histórico-filosófico.

Al martirio de San Vicente siguió el del santo obispo llamado Apolinar, el cual, predicando el catolicismo por la provincia de Tras los montes, fué cruelmente perseguido por los suevos, y pasó á la villa de Almenara, en tierra de Urros, donde continuó predicando sus excelentes doctrinas: en confirmacion de ellas, clavó, delante de un público numeroso, y afirmó en la tierra el báculo que traia, y el báculo inmediatamente prendió y echó raíces. Y se hizo un árbol grande y frondoso, á cuyo pié brotó una fuente de agua cristalina y copiosa.

Rechila II dió orden para que lo prendiesen y le hicieran sufrir el martirio mas amargo que pudiera inventar su lugarteniente de Braga, el conde Venedario.

El conde Venedario dispuso que lo atasen á los pies de dos toros muy bravos; y despues de atado los azuzaron para que despedazaran al santo en su carrera.

Pero con asombro del concurso, que era inmenso, los toros, en vez de dispersarse á la carrera, se arrodillaron ante San Apolinar, y se inclinaron sumisamente, sin que nada bastara á arrancarlos de aquel estado.

Al ver esto el conde Venedario, mandó desatar al obispo y que lo amarrasen al pié del árbol milagroso en que se transformara su báculo: puso junto á él un tajo, y dando él mismo su espada al verdugo, ordenó que lo degollasen sin piedad, no sin martirizarlo antes con insultos feroces los arrianos.

Desde entonces, el cuerpo de San Apolinar se venera en la diócesis de Braga; y en el retablo de la iglesia de Urros se ve pintado su martirio: en el cuadro de la mano derecha es-

tá el santo echado en tierra, y atado á los pies de dos toros para arrastrarle: en el cuadro de la izquierda está el santo sentado á la puerta de una iglesia, vestido de pontifical, y dos toros, que arrodillados se le inclinan: en otro cuadro está el santo arrimado á una pared de una iglesia, en accion de predicar, y mucha gente dentro y fuera de ella, que le oye, y en otro está el santo arrimado al árbol del Milagro, y junto á él el verdugo con la espada con que le cortó la cabeza.

El sepulcro de San Apolinar se halla en la misma iglesia de la villa de Urros, al lado de la epístola, sobre cuatro leones de piedra, y encima de él una efígie del santo con su mitra, báculo y breviario.

Innumerables fueron los martirios que sufrieron muchos santos en el reinado de Rechila II, y de ellos no pudieron quedar memoria en las páginas carcomidas por el tiempo: solo la tradicion conservó algunos recuerdos confusos que fueron distinguiéndose como los monumentos de los pueblos.

Continuaremos reseñando con Huerta:

Los monges fujitivos de el monasterio de San Cláudio de Leon, enderezaron un viaje por las ásperas montañas de Galicia. Y en el año quinientos treinta y uno, segun parece, llegaron al sitio donde hoy está el monasterio de San Cláudio, y le dieron principio. Todo este terreno era de los Reyes Suevos; y asi no creo yó que los monges se atreviesen á fundar monasterio formal; pues se esponian precisamente á que el rey lo supiese, y ejecutase en ellos su herética crueldad; por lo cual, creo y tengo por verosímil, que en chozas ó grutas fué su primer habitacion, manteniéndose con las limosnas que los naturales les darian, pues ya dijimos como á los suevos solo manchó la perfidia de Arrio con su apostasia, pero los naturales gallegos se conservaron católicos romanos á pesar de las sangrientas iras de Rechila.

No es dudable que, asi como en Leon hubo estos martirios por la fé, habria otros muchos en tan dilatada provincia; pero los demás ha ocultado la larga carrera de los siglos y la venida fatal de los árabes, que aunque no inundó esta provin-

cia, turbó y confundió sus memorias con la continuada fatiga de la guerra; pues fué Galicia muchos años, el teatro de sus católicos triunfos.

Por la sangrienta persecucion de Rechila, salió fugitivo de Braga su obispo Auberto, ocultándose en las ásperas montañas vecinas á la villa de Pontevedra. Estando el año quinientos treinta y dos un dia en oracion, se le apareció el arcángel san Miguel cercado de gloria y magestad, y le mandó: Que en la isla, que se llamaba Tumba, y hoy variada un poco la voz Tambo, edificase una iglesia con la advocacion de su nombre, queriendo, que en ella se le diese el culto, cual se le daba en el monte Gargano. Disimuló la vision el prudente obispo, teniéndola acaso por ilusion de su espíritu. Volviósele segunda vez á aparecer el sagrado arcángel y á mandar lo mismo: y segunda vez el obispo resolvió suspender el crédito á la vision, pidiendo á Dios le manifestase claramente su voluntad. Entretanto un ladron, que en la misma isla habia robado un toro, le llevó á lo oculto de el monte y le ató en él.

Aparecióse tercera vez San Miguel á el obispo, y le manifestó por señal de hurto, y el sitio donde estaba el toro, y le dijo que en él edificase la iglesia, cuyo ámbito habia de ocupar lo que el toro hubiese hollado con los pies.

Entonces el obispo cierto ya de la revelacion, dió cuenta á los católicos de el pais, y juntándose en barcos, pasaron con el obispo á la isla, y llegando al sitio que habia señalado el ángel, encontraron el toro, con lo cual empezaron gozosos la iglesia.

Pero al reconocer las líneas que el toro con sus huellas habia dado á los cimientos, advirtieron habia dos riscos que embarazaban de todo punto el edificio, pues ninguna humana fuerza era capaz de moverlos ó desmoronarlos. Suspensa, pues, con esto su ardiente actividad, acudió el Cielo á el remedio. Aparecióse San Miguel á uno de los virtuosos obreros, y le mandó que quitase de allí aquellas piedras. Obedeció el paisano, y asiendo los dos riscos, los movió como si fueran de pluma, y apartó donde no embarazaban, premiando asi Dios su viva fé y su ciega obediencia.

Con esto prosiguió la iglesia en honor del Sagrado Príncipe de los Angeles, y corriendo la fama de los prodigios sucedidos, empezaron desde entonces á venerar este sitio los católicos con la misma peregrinacion que el monte Gargano, Equilino dice que el sitio de la iglesia se llamaba en su tiempo *Peligro de la mar*, sin duda porque por la inmediacion de la tierra no tiene allí fondo, y las corrientes de las aguas hacen poco seguro su abordó.

Prosiguiendo la obra, molestaba mucho á los piadosos fabricantes la falta de agua, porque no la habia en toda la isla, y así era necesario traerla de Tierra firme. Pero el Santo Angel apareciéndose, los advirtió hiciesen un hoyo en un peñasco vecino, é inmediatamente brotó una copiosa vena de agua cristalina, la cual se conserva hoy dia. Y para mayor claridad, referiremos aquí junto lo que consta de esta insignificante aparicion. Acabada la obra se trajo á esta iglesia parte del palacio que el Santo Arcángel puso en el monte Gargano cuando se apareció, y un pedazo del mármol donde tuvo los pies.

La celebridad de esta aparicion se celebra á 17 de las kalendas de noviembre, esto es, á 16 de octubre. en cuyo día el mar todos los años se retiraba dos veces, dejando seco el espacio de una legua que divide aquella isla de la Tierra firme, por donde, así los vecinos moradores del país, como la multitud de peregrinos que acudia á venerar tan insigne santuario, pasaban á la isla, repitiendo aquí Dios todos los años el prodigio que una vez en el mar Rojo se dignó hacer para los israelitas.

Un año, habiendo acudido copiosa muchedumbre de devotos á la isla, fué entre ellos una mujer preñada, la cual, aunque se hallaba tan adelantada que pasaba ya de las nueve faltas que la naturaleza cuenta á las criaturas, movida de fervorosa devocion, no quiso dejar de venerar á San Miguel en su iglesia. A la vuelta de la isla, por medio de la Ensenada, la dieron los dolores á tiempo que el mar furioso volvía á repetir con sus ondas el perdido territorio. Los que acompañaban la mujer, solícitos del propio riesgo, libertaron con la pronta fuga sus vidas.

Pero la mujer, á quien así el peso como los dolores, la embarazaban imitarlos, no pudo seguirlos; y así á vista de cuantos desde la playa la miraban con lástima, la sumerjieron las olas. Pero el soberano Arcánjel acudió con su patrocinio, y apareciéndose á la mujer, hizo que las aguas respetasen su presencia, formando de sí una cristalina alcoba, en la cual la mujer, asistida del ángel, parió un niño, y habiéndole dado el pecho, y recojido, guiándola el ángel por debajo de la inmensidad de las aguas, llegó felizmente á la orilla con espanto y admiración de cuantos poco ántes lastimaban su tragedia, y sabido el suceso, le celebraron con acciones de gracias á Dios y á su santo príncipe.»

Era por entonces lugar-teniente de Lugo por el rey Rechila II, el conde suevo Cariatrico, y teniendo noticia de estos milagros, quiso cerciorarse de ellos por sí mismo, lo que logró con gran asombro, pero sin abjurar por eso de sus doctrinas arrianas.

Al contrario de su rey y del conde Venedario, el conde Cariatrico no se ensañaba tanto contra los ca-

tólicos, tolerándoles sus manifestaciones religiosas.

Esto le habia conquistado las simpatías de los caláicos lucenses, estendiéndose la fama de su bello carácter á los demás condados de Galicia.

Gefe militar de tales prendas, no convenia á la política de Rechila II, y ya iba á relevarlo de su puesto, cuando otros asuntos llamaron su atencion.

Estos asuntos, que absorvieron enteramente el pensamiento de Rechila II, fueron las evoluciones que hacia el godo, que inundaba ya las provincias tarraconense, bética, y cartagiuense, y se disponia á caer sobre la tierra de Campos.

La política goda, una vez descartada de las contrariedades que sufriera en la Francia Narbonense, en sus luchas con el imperio, tendia á dominar completamente en España, para lo cual no lucharia ya sino con los suevos en Galicia, única nacionalidad que se conservaba en la Península, despues de la irrupcion de las razas del Norte.

Era rey godo por aquellos tiempos Theudia, el cual seguia esa po-

lítica de dominacion peninsular que revelaban las evoluciones de las huestes godas sobre la tierra de campos, para lo que meditara de antemano un plan de esterminio.

Rechila II, que vió á los generales de Theudis caer sobre Palencia y negregar esta ciudad del reino de Galicia, incorporándola á la provincia cartaginesa, reunió sus soldados para contrarrestar las acometidas del godo.

El ejército suevo se reunió en Leon á las órdenes de su rey, y apenas hubo salido de la ciudad, cuando fué sorprendido por el ejército de Theudis.

Dióse la batalla, que fué muy sangrienta, en las orillas del Esla, y habiéndose batido en ella con bravura, pero sin orden, los suevos, los godos triunfaron tan completamente que los dispersaron en la mayor derrota.

El conde Venedario, que mandaba el ala derecha, quiso contener á sus tropas, y fué arrollado en la retirada.

Rechila II quiso tambien á su vez detener el centro que cejaba en dispersion, y fué derribado del caballo

h pisoteado por sus caballeros, que
yuián y huían en alas del terror,
año 539 de Jesucristo.

Aquel mismo día, los godos ocu-
paron á Leon victoriosamente.

Al siguiente día, sobre el campo
de batalla, vagaba como una sombra
una muger con la cabellera esten-
dida y la mirada estraviada, fiján-
dola aquí y allá sobre tanto cadáver
como lo sembraba.

Al distinguir el del rey suevo, ca-
yó de rodillas sobre él, y permane-
ció muchas horas como en oración.

Cuando llegaron mas tarde los sol-
dados godos al saqueo de los cadá-
veres, aquella muger vió impasible
como despojaban el del rey suevo
Rechila II.

Después, se abrazó con pasión á
su cuerpo inanimado, y así la en-
contró la noche.

A la mañana siguiente, aquella
muger que pasara la noche velan-
do aquel cadáver, era un cadáver
también.

Aquella muger era Iria.

XIX.

Cariarico el Benéfico.

La dispersion de los suevos fué tan lastimosa que ningun conde se consideraba con bastante valor para capitanear á los que se retiraban fugitivos á Galicia, por las montañas de Asturias.

Entonces fué cuando el conde Cariarico, lugar teniente de Lugo, viendo como se desmoronaba la monarquía y la nacionalidad de Hermenerico I el Fundador, reunió sus tropas, á las que se incorporaron los soldados derrotados en el Esla, y organizando además á los galaicos por condados, constituyó un ejército imponente, con el que si no

podia vencer al godo, al menos podria contenerlo en su invasion.

En poco tiempo el conde Cariarico se puso sobre Astorga, y esperó la acometida del godo.

Pero el godo, fuese que descansara sobre sus laureles en Leon, ó que temiera la batalla, no avanzó sobre el ejército suevo.

Trascurrido algun tiempo el conde Cariarico dejó buena guarnicion en Astorga, y reforzó las dos lugares-tenencias de Lugo y Braga con los mejores y mas fornidos caláicos de nuestras montañas, y se retiró á Orense á arreglar los asuntos de la monarquia.

Todo el anhelo de Cariarico era adherir moral y materialmente los dos pueblos, suevos y caláicos, como lo habian estado un tiempo: conocia que esto y solo esto podia salvar la nacionalidad de Hermenerico I del *oidium* que la devoraba en sus luchas de religion, y de las tentativas que hiciera el godo para caer triunfante sobre el territorio.

Esta política le grangeó tanto las simpatías de unos y otros, que al ser proclamado y coronado rey en el Pico Sagro, jamás asistió á este

acto tanto puebló caláico como entonces, el cual, completamente alborozado celebró la ascencion de Cariarico con fiestas que duraron un mes en las orillas del Ulla.

El reinado de Cariarico irradiaba magnificencia de porvenir desde sus primeros albores, y fué en efecto uno de los mas lisongeros de la monarquía sueva.

La paz mas beneficosa era la base de este período brillante que atravesaba la nacionalidad suevo-caláica: en el exterior, una guarnición respetable contenia las irrupciones del godo como un balladar insalvable; y en el interior, una libertad completa de creencias y de cultos religiosos, y una administracion suave y fomentadora, regeneraban el pais, preparando mejor que nunca el advenimiento del cristianismo para siempre.

Contribuyó tambien mucho á ello uno de los dramas mas originales que pueden verse en la historia de las familias reales.

Sucedió, pues, que el rey Cariarico tenia cuatro hijos, todos jóvenes y bizarros caballeros.

El mayor, se llamaba el principe

Theodomiro, mas tarde Theodomiro I.

El segundo el príncipe Vitemiro, muerto desgraciadamente.

El tercero el príncipe Ariamiro, que sucedió á Theodomiro I en el trono.

Y el cuarto, el príncipe Theodomiro, sucesor de Ariamiro con el nombre de Theodomiro II.

El rey Cariatrico amaba estremadamente á sus hijos, pero en particular, al mayor, á quien profesaba un cariño escesivo.

Los príncipes tambien se hacian dignos del amor de su padre, porque eran bravos en la pelea y dóciles al buen consejo.

Además de los ejercicios anejos á la educacion militar que recibieran, dábales á los príncipes por cosas que ponian en relieve sus caracteres: al mayor por correr en pelo sus caballos mas indómitos; al segundo por la música, pues tocaba lindísimas baladas en la flauta; al tercero por la caza, y al cuarto por dirigir obras como casas, palacios, caminos, puentes, etc.

Una noche, hallándose el príncipe mayor acostado con su mujer

Eureda, que era interesantísima, pues tanto en alma como en cuerpo era incomparable, oyó como entre sueños que su hermano Vitemiro tocaba una de sus baladas mas dulces.

La noche era una bella noche de verano, y el príncipe mayor Theodomiros se quedó enteramente despierto, concluyendo por recrearse silenciosamente con aquellos aires lánguidos y tristes de su hermano.

En medio de aquel silencio, el príncipe Theodomiros oyó cerca de sí un suspiro melancólico y tiernísimo: miró para Eureda, y Eureda suspiraba despierta como él.

Esto nada tenía de particular, y el príncipe Theodomiros no se alarmó por ello.

Pero algunos dias despues, volvió á repetirse la misma escena, y el príncipe Theodomiros no oyó los suspiros de Eureda cerca de sí, sino en la ventana.

Entonces el príncipe Theodomiros se alarmó algun tanto, y espiando á su muger vió que estaba sola, apoyando la cabeza en una mano y el codo en el alfeizar, en una actitud de éxtasis amante que le sorprendió altamente.

El príncipe llamó á su muger, y Eureda cerró la ventana y se retiró á su lecho suspirando.

Breves dias despues el principe Theodomiro observó que la princesa su esposa no apartaba los ojos del principe Vitemiro, que paseaba indiferente por los jardines de palacio.

Otro dia observó mas: observó que la princesa Eureda, su muger, habia besado una flor que Vitemiro se acercara á oler.

Y de observacion en observacion, el príncipe Theodomiro se convenció como si Dios se lo revelara manifestamente, que la princesa Eureda amaba espiritualmente al principe Vitemiro.

Esto le espantó.

Sin embargo, habia dos cosas que le tranquilizaban algo: una, la indiferencia de Vitemiro para con Eureda, y otra la castidad de aquella pasion que constituia la existencia de su esposa.

El príncipe Theodomiro tenia un amor propio escesivo, y al ver que Vitemiro era preferido por Eureda, le hizo caer en una melancolia fatal.

Este abatimiento moral, produjo el abatimiento físico.

Entonces el rey Cariarico, al ver cómo se desmejoraba su hijo mayor de día en día, trató de indagar la causa y no la penetró, porque el príncipe encerraba aquella cuita en lo mas recóndito de su pecho.

Pasó algun tiempo. Vitemiro, inocente de que con sus baladas asesinaba á su hermano; Eureda, amándole y amándole mucho en el silencio y en la sombra; Theodomiro, lánguideciendo de pena; y el rey Cariarico, lamentándose de aquel mal que le arrebatava á su hijo en la flor de la vida; mal que los médicos de palacio ni del reino podrían combatir porque lo desconocian.

Sigamos á Huerta:

Afligióse el padre de Theodomiro con tal espectáculo, y á su imitacion los vasallos no respiraban sino suspiros, ni articulaban sino lástimas. Corria por Galicia la fama y noticia de los milagros de San Martin de Tours, especialmente los que obraba Dios en los que visitaban su sepulcro. Movido de esta noticia Cariarico, preguntó de qué religion habia sido San Martin. Respondiéronle que católico romano. Cotejó Caria-

rico, ilustrado por Dios, los prodigios, que los santos de la Iglesia romana cada dia ejecutaban, y veia que ninguno de los arrianos, desde su Heresiarca, habia hecho alguno. Pero dejando para mas largo tiempo este discurso iustado del peligro de su hijo, envió sus legados á visitar su sepulcro, y ofreciendo, si el santo daba la salud á su hijo, observar la misma fè que el santo habia practicado en vida. Dió á los criados ricos preseas y lo que pesaba el hijo de oro y plata, para que lo ofreciesen en don al santo, á quien ya por la fama, cautiva su voluntad, tenia especial devocion.

Los enviados de Cariarico llegaron á Tours, y habiendo ofrecido los dones que llevaban, fueron testigos de muchos milagros que obraba el santo, y hecha su oracion, dieron la vuelta á Galicia, en la cual hallaron al principe Theodomiro, aunque no con salud, pero que no habia agravado el accidente. En el reino hallaron mas novedad, pues en aquel tiempo se hallaba Galicia con una peste de lepra que, aunque no mataba, affigia sumamente, así con dolores, como con la hediondez

de las llagas. Dieron cuenta al rey de su viaje, y le refirieron la multitud de milagros que Dios, por intercesion de San Martin, habia obrado á su vista. El rey oyó su relacion con atento cuidado, y como aquel en quien empezaba á rayar la luz de la católica fé, que desterraba las sombras de la infiel heregia, comprendió luego que la lepra que molestaba el reino, era en pena de su apostasia, y que el no haber conseguido su hijo Theodomiro la salud, era por ser hereje arriano. Prometió, pues, con voto que si el santo alcanzaba de Dios este beneficio, se reconciliaria con la católica iglesia, y edificaria un suntuoso templo á honor de San Martin de Tours. Y con efecto, sin poner dilacion á sus deseos, despachó á sus ministros á Tours con nuevos y preciosos dones, y un panno estimadísimo, para que se pusiese sobre la tumba del santo y le trajesen á Galicia como reliquia, para consagrar el templo que habia de edificar: y con estraña fé, no dudando que le habia de favorecer el santo, apenas despachó los ministros, dió principio á la fábrica del templo en la ciudad de Orense, en

donde acaso estaria la corte entonces. porque lo deleitoso de su pais atraeria al rey á gozar de su amenidad.

No es dudable que, con la noticia de estas legacias, estarian los católicos del reino de Galicia gozosísimos, dándose unos á otros los parabienes, y especialmente los prelados darian á Dios solemnes gracias, al ver amanecia en el corazon de un rey, despues de tantos años, la religion católica, desterrada por un apetito. Al contrario, los obispos arrianos, cuidadosos al ver al rey afecto y devoto á un santo de la iglesia romana, recelarian su pérdida, y acudiendo á Cariarico con el pretesto de la religion, le instaron y aun amenazaron, si dejaba lo que habian observado sus mayores. Nada expresa la historia; pero esto y mucho mas es preciso pasase, pues no es posible en lo humano que pase de repente un reino de una religion á otra, aunque sea de la falsa á la verdadera, sin que haya esta y mayores turbaciones.

Llegaron á Tours los legados de Cariarico el año 550, y ofrecieron en la iglesia de San Martin los

dones que traian, y espresando el ánimo de su rey, pidieron reliquias para el templo que se habia de consagrar en Orense.

Diéronle los ministros de la iglesia de San Martin, segun costumbre, un pedazo del paño que se ponía sobre la tumba.

Pidieron los legados dejasen poner una noche un paño que traian para este efecto.

Concediéronlo los ministros, y los legados que ya eran católicos, pesaron el paño antes de ponerle, y poniendo en Dios su confianza, pidieron al santo, que si sus oraciones habian sido oídas y aceptas, se dignase hacer que el paño pesase mucho mas á la mañana.

Quedáronse en oracion aquella noche delante del sepulcro, y á la mañana quitando el paño, le volvieron á pesar y hallaron que era mucho mas que cuando le pusieron, y no cabiendo en sus pechos el gozo y regocijo, publicaron voces de gracias y alabanzas el milagro.

Sucedió esto á vista de los ministros de la iglesia y de otros ciudadanos de Tours, por los cuales en un instante corrió por toda la ciu-

donde acaso estaria la corte entonces. porque lo deleitoso de su pais atraeria al rey á gozar de su amenidad.

No es dudable que, con la noticia de estas legacias, estarian los católicos del reino de Galicia gozosísimos, dándose unos á otros los parabienes, y especialmente los prelados darian á Dios solemnes gracias, al ver amanecia en el corazon de un rey, despues de tantos años, la religion católica, desterrada por un apetito. Al contrario, los obispos arrianos, cuidadosos al ver al rey afecto y devoto á un santo de la iglesia romana, recelarian su pérdida, y acudiendo á Cariarico con el pretesto de la religion, le instaron y aun amenazaron, si dejaba lo que habian observado sus mayores. Nada espresa la historia; pero esto y mucho mas es preciso pasase, pues no es posible en lo humano que pase de repente un reino de una religion á otra, aunque sea de la falsa á la verdadera, sin que haya esta y mayores turbaciones.

Llegaron á Tours los legados de Cariarico el año 550, y ofrecieron en la iglesia de San Martin los

dones que traian, y espresando el ánimo de su rey, pidieron reliquias para el templo que se habia de consagrar en Orense.

Diéronle los ministros de la iglesia de San Martin, segun costumbre, un pedazo del paño que se ponía sobre la tumba.

Pidieron los legados dejasen poner una noche un paño que traian para este efecto.

Concediéronlo los ministros, y los legados que ya eran católicos, pesaron el paño antes de ponerle, y poniendo en Dios su confianza, pidieron al santo, que si sus oraciones habian sido oídas y aceptas, se dignase hacer que el paño pesase mucho mas á la mañana.

Quedáronse en oracion aquella noche delante del sepulcro, y á la mañana quitando el paño, le volvieron á pesar y hallaron que era mucho mas que cuando le pusieron, y no cabiendo en sus pechos el gozo y regocijo, publicaron voces de gracias y alabanzas el milagro.

Sucedió esto á vista de los ministros de la iglesia y de otros ciudadanos de Tours, por los cuales en un instante corrió por toda la ciu-

dad la fama del prodigio, concurriendo las campanas de toda ella, que por orden del obispo se tocaron, para que con sus lenguas, hasta lo insensible celebrase este portentoso.

Al mismo tiempo que esto acaecía en Tours, en Orense caía enfermo de la lepra el príncipe Vitemiro.

A medida que el mal de Vitemiro progresaba, el de Theodomiro parecía ceder.

El rey Cariatrico se vió entonces y se deseó, entre las enfermedades que afligian á sus dos hijos, pero le aquejaba mas la del mayor de ambos.

Fuere por la enfermedad de la lepra, ó porque Dios así lo dispusiera en sus altos designios, el amor purísimo que Eureda profesaba á Vitemiro desapareció como por encanto y el príncipe Teodomiro vió todo esto con inefable gozo.

Entre tanto los enviados del rey Cariatrico, se volvieron á su patria logrando un viaje próspero y hallaron, como sigue diciendo Huerta, el reino envuelto en fiestas y regocijos, porque el mismo día y hora que San Martín había hecho los milagros

referidos en Tours, en Galicia tambien el principe Tehodomiro habia repentinamente recobrado la salud.

Y sabiendo que los legados con las reliquias estaban en el puerto, el rey, el principe, y á su imitacion toda la corte, asistidos de los preladados católicos de Galicia y aclamados por los naturales, que como dijimos eran católicos, salieron hasta el puerto á recibir las reliquias.

Ya digimos que la corte estaba en Orense, yasi es muy verosimil que el puerto á donde arribaron fué el de Vigo ó alguno de sus inmediatos.

Recibió, pues, Galicia, con faustas y debidas veneraciones las reliquias de San Martin, y en ordenada procesion con himnos de alegria, las condujeron á la ciudad de Orense.

Pero no quiso Dios dejar de manifestar su agrado á estas festivas demostraciones de su pueblo, pues la lepra que dijimos aflijia la provincia, de repente desapareció quedando sanos en un instante los que por toda su vida dudaban la curacion.

Y no cesó aquí el milagro, sino que continuándose hasta el tiempo en que escribia S. Gregorio de Tours.

afirma el Santo, que no se volvió á ver aquella enfermedad en alguno, ó suero ó natural de Galicia. Repitiéronse con tan portentoso prodigio las aclamaciones, concurriendo á Orense casi todos los habitantes de la provincia, unos como beneficiados en la peste, otros como sus pacientes, y otros á vista de tanta novedad, para reconocer la causa del milagro con sus ojos, y al mismo tiempo al ver las fiestas, que con real magnificencia hacian Cariarico y Theodorico en el obsequio del Santo.

Aquí es de notar, que parece conjetura muy verosímil, provino de este suceso lo que aun hoy día se practica en Galicia. En cuyo reino la lepra (que llaman elefantia) es enfermedad tan estraña, que no solo para el que padece, mas para sus descendientes es tacha para cualquiera prueba, y además no se enlaza con aquella familia otra del reino reconociendo todos en ella, aun en el siglo presente, haber sido castigo de la heregia en el de Cariarico, pues no se descubre otro motivo que afiance la práctica inconcusa de este país.

Hasta aquí hemos ido retardando

las noticias del Apóstol de Galicia San Martin Dumienso, para proponerlas juntas, sin interrumpir la narracion. Nació San Martin en las Pannonias, así lo dice Venancio Fortunato, aunque por relacion que se decia ser natural de Pannonia, pero el origen romano. Mas San Gregorio de Tours afirmativamente expresa su naturaleza: *Este Martino, dice, nació en Pannonia*. Y así yerra el autor del cronicon Iriense, que le hace griego. Fué educado piadosamente por sus padres, y creo se entró en algun monasterio, donde profesó la vida de monje, hasta que instado de la devocion, pasó al Oriente á visitar los Santos Lugares. Fue inclinadísimo á las letras divinas y humanas, y se secundó tanto en ellas que por testimonio de San Gregorio de Tours consta, que en sus tiempos de ninguno se tuvo por segundo. Concluida su devota peregrinacion volvió á su patria, y en ella al mismo tiempo que se obraban en Tours los milagros de San Martin, que van historiados, tuvo revelacion y orden del cielo, para que pasase á Galicia á predicar y estender la religion católica. Obedeció San Martin, y para

ce pasó por Roma, en donde comunicando su espíritu y viage con el romano pontifice, que lo era Vigilio, este se alegró sumamente al ver, que Dios queria ya sacar de las tinieblas de la ceguedad á aquel reino, y para que San Martin fuese mas autorizado á la Legacia á que le destinaba el cielo, le consagró de obispo, y llenándole de gracias y bendiciones apostólicas, le despidió gozoso, dándole tambien cartas asi para Profuturo, prelado de Braga, con quien ya tenia, como vimos correspondencia, como para los demás obispos católicos de Galicia, y aun no dudo, escribiese tambien al rey Cariatrico y al principe Thodomiro, alabando su celo y animándolos á proseguir la obra comenzada de la conversion de su reino, recomendando á todos la persona de San Martin Dumiense. Los motivos que tengo para afirmar que San Martin antes de venir á Galicia pasó por Roma son, lo primero, que San Gregorio de Tours, quando salió San Martin de su patria mandado del cielo afirma, no era mas que monge, y al llegar á Galicia dice recibió el principado sacerdotal. Y esto no podia ser en Galicia, en don-

de hasta entonces no era conocido.

Lo segundo, porque el mismo San Gregorio afirma que San Martin fué treinta años obispo: y habiendo muerto el quinto año del reinado de Chiildeberto, segundo en la Francia, segun escribe el mismo Tuaronense, este concurrió el año de Cristo de 582; luego por este tiempo fué la Consagracion de San Martin. Lo tercero, porque no es creible que, sin consultar á la silla apostólica, comprendiese negocio tan árduo. Lo cuarto, porque parece que luego que llegó, dice el Crisma, á algunos, y este, lo uno no podia sin ser obispo, y lo otro no lo permitiera Profuturo y los demás obispos católicos de Galicia, á quienes no es verosímil se prefriese un extranjero desconocido. Prosiguiendo, pues, San Martin su viaje, llegó á Galicia al mismo tiempo y puerto que las reliquias de Tours, y habiendo entregado sus cartas al rey y á los obispos, fué recibido de todos como legado pontificio con agrado y veneracion. El santo, que ardia en celo de la honra de Dios, viendo en el rey tan buena disposicion, le exhortó con tan vivas razones que le redujo á detestar

el error de Arrio, y confesando la unidad del Padre. Hijo y Espíritu Santo en la Santísima Trinidad, recibió el Crisma por mano de San Martín, y siguiendo toda la familia real el ejemplar de su señor se convirtieron todos, recibiendo los San Martín gozosísimo al ver tan copioso fruto por primicias de su predicación.

Por una singularidad notabilísima Vitemiro, el hijo segundo de Cariarico, se negó á abjurar de los errores de Arrio.

Fué el único en su familia, y el único entre los poderosos de los suevos.

Al rey Cariarico le desconsolaba aquella tenacidad con que Vitemiro rechazaba las exortaciones de San Martín Dumiense y demás prelados católicos. Catequizado por los arrianos, se constituyó en caudillo de estas doctrinas heterodoxas.

Una mañana se echó de menos en palacio al príncipe Vitemiro, pero nadie se alarmó mucho por ello, creyéndole vagando por las soledades, á lo que era aficionado.

Otra mañana, se recibió el parte en palacio de que el príncipe Vitemiro, se hallaba en la Limia, al

frente de las huestes suevas que habían resistido la conversión al cristianismo.

La nueva desconcertó á la corte, y en especial al rey Cariatíco, que no sabía qué medidas adoptar para inutilizar en su origen aquella rebelión sacrílega.

Padre amante y cariñoso, antes que rey, Cariatíco salió de Orense sin ejército alguno, enteramente solo, y llegó hasta los reales de su rebelde hijo.

Era la caída de la tarde, y á favor de las sombras de la noche que avanzaba, el rey Cariatíco pudo penetrar hasta la tienda de Vitemiro.

Padre é hijo quedaron desconcertados al pronto.

Al verse solos en aquella tienda, el uno frente del otro, no tuvieron aliento para articular una palabra, corriendo en seguida á abrazarse fuertemente.

Ambos lloraron, y entre las lágrimas que derramaba el rey, pudo pronunciar por fin algunas palabras de perdón.

Al oírlas Vitemiro, rechazó á su padre con aspereza, como si él no mereciera perdón alguno.

El rey Cariarico iba á indignarse por aquella soberbia de su hijo, pero un trueno que bramó de repente sobre sus cabezas, conturbó los dos.

Al mismo tiempo, los capitanes del principe rebelde, se agolparon á la tienda como si temieran por su vida, pues cayeran en torno de ella varias exalaciones.

Al distinguir al rey Cariarico en la tienda de su hijo, desnudaron las espadas contra él.

El principe Vitemiro no mandó envainar aquellas espadas que se levantaban contra su padre, y parecia alentar á sus capitanes á un crimen, dirigiéndoles miradas benévolas.

El rey Cariarico ordenó á aquellos capitanes que bajaran las espadas que brillaban sobre él.

Los capitanes no obedecieron.

El rey Cariarico se dirigió en seguida á su hijo, mandándole como padre y como rey que hiciera que se respetaran sus mandatos.

Vitemiro tampoco obedeció.

Entonces, cuando Cariarico dejaba caer los brazos sobre el cuerpo, desalentado terriblemente por aquella defeccion de su hijo, fuere por casualidad, ó porque así lo dispu-

siera el cielo en sus altos designios. un rayo hirió al rebelde hijo, que lo obligó á caer muerto en el acto.

Al presenciar esto Cariarico y los capitanes suevos, quedaron aterrados.

Al mismo tiempo un trueno horroroso vibró furiosamente en las ondas oscuras del aire, y les obligó á bajar las cabezas impresionados por el pánico.

Luego los capitanes suevos se afinojaron á los piés del rey Cariarico, inclinando humildemente las espadas.

La escena era imponente y altamente gráfica, y duró algunos minutos.

Después el rey Cariarico se abalanzó hacia el cuerpo inanimado de Vitemiro, y lo cubrió de lágrimas, llamando á la muerte, pues era excesivo el cariño que profesaba á sus hijos.

Los capitanes suevos recogieron el cadáver de Vitemiro, y le dieron sepultura cristiana, pues abjuraron del arrianismo desde aquel momento, y seguidos de sus soldados, llevaron al rey Cariarico á Orense, como en triunfo, ensalzando los de-

cretos visibles de la Providencia en favor del catolicismo.

Sin embargo de este triunfo tan singular que consiguiera el rey Carriarico sobre los rebeldes, ayudado del cielo, la imagen de su hijo Vitemiro no se apartaba de su memoria, y atormentaba su espíritu cruelmente.

Esto produjo su muerte, año 552 de Jesucristo.

He de ser un hombre
que se ha ido a
que al fin se ha ido.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.

En el año de 1711 se publicó en Madrid.



ENCICLOPEDIA POPULAR DE GALICIA.

DOS
REYES SUEVOS DE GALICIA,

por

DON BENITO VICETTO.

TOMO TERCERO.



CORUÑA:

Imprenta de Castor Míguez.

1860.

cretos visibles de la Providencia en favor del catolicismo.

Sin embargo de este triunfo tan singular que consiguiera el rey Carriarico sobre los rebeldes, ayudado del cielo, la imagen de su hijo Vitemiro no se apartaba de su memoria, y atormentaba su espíritu cruelmente.

Esto produjo su muerte, año 552 de Jesucristo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



BIBLIOTECA POPULAR DE GALICIA.

DOS
REYES SUEVOS DE GALICIA,

702

DON BENITO VICETTO.

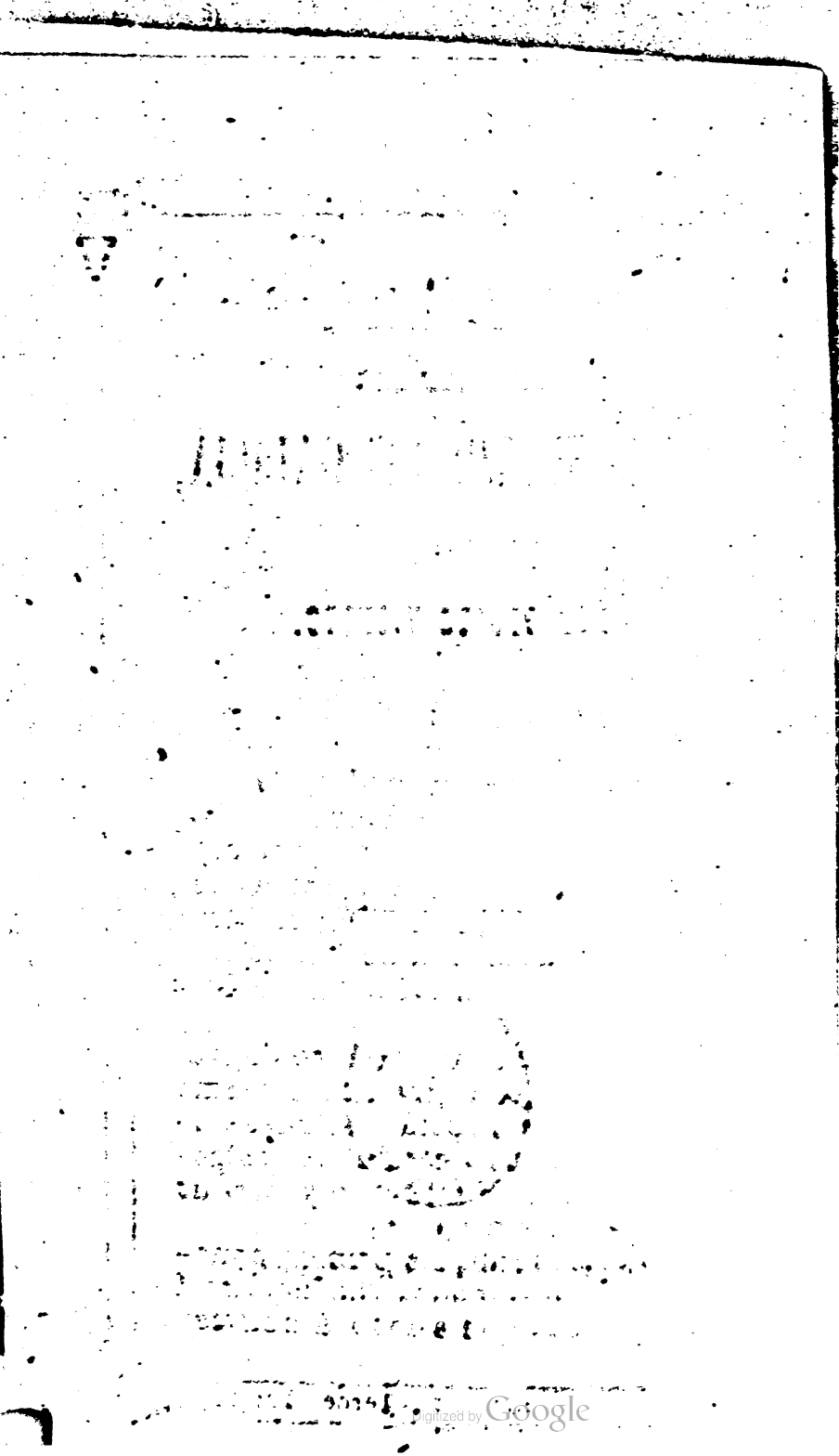
TOMO TERCERO.



CORUÑA:

Imprenta de Castor Nigues.

1869.



XX.

Theodomiro I, el hijo de Dios.

Por muerte de su padre, el rey Cariatico, ascendió al trono de Galicia, su hijo mayor el príncipe Theodomiro, al cual empezó á designarse por *el hijo de Dios*, en atención á la enfermedad de que se habia librado, por intercesion de San Martin de Tours.

Su coronacion en el Pico Sagro, fué saludada con gran entusiasmo por los condados caláicos, pues como los católicos, confiaban estremadamente en el nuevo rey, *hijo de Dios*.

En efecto, desde los primeros momentos de su reinado, Theodomiro I se dedicó mas que á todo á unificar

las tendencias religiosas de la época, y el catolicismo recobró una importancia y esplendor digno de su elevada misión en la tierra.

El arrianismo, perseguido sin crueldad, tuvo que refugiarse desde luego, no en los condados como el catolicismo un día, puesto que los condados lo rechazaran siempre; tampoco en el corazón de los soldados suevos, puesto que el suevo recibía las inspiraciones de sus reyes, condes y capitanes, y todos eran ya católicos, sino fuera de las montañas de Galicia, en las regiones dominadas por el godo, cuyas doctrinas heréticas profesaba.

El priscilianismo volvió a significarse algún tanto, ya en un condado, ya en una ciudad; pero tan débilmente que no escitó la atención de la corte ni del alto clero católico.

El idolocismo suevo y el romano apenas se significaban en el más leve recuerdo.

El catolicismo, pues, irradiaba sus brillantes resplandores en toda la monarquía galaica, desenvolviéndose con la mayor magnificencia.

A esta época pertenece el templo levantado en Orense á la memoria de San Martin Turonense, sobre las cavidades de la antigua catedral cristiana, mas tarde convertida en la catedral de hoy.

Consagró este templo con solemnisima pompa San Martin Dumiense, concurriendo el rey Theodomiro con toda su corte, y todos los preladados católicos de Galicia, entre los que figuraba Profuturo, obispo de Braga.

Estas y otras solemnidades acabaron de arraigar y generalizar en el pais al catolicismo, contribuyendo á ello la predicacion de San Martin Dumiense, el cual por este tiempo dió principio al insigne Monasterio Dumiense, dedicándole á honor de San Martin de Tours, sito á vista de la ciudad de Braga, y no es dudable se haria esta y las demás fábricas á espensas reales. Por este tiempo tambien los monjes de San Claudio de Leon, que huyendo las tiranías de Rechila II se habian retirado á Galicia, empezaron su monasterio, aunque el sitio se duda, porque unos creen es el de San Claudio junto á Rivadeo, y otros el de San

1-1-

Claudio, legua y media de Braga; pero lo cierto es que fué el de Riva-deo, pues el de Braga fué fábrica de San Martin Dumiense.

En el monasterio Dumiense dejó San Martin, su fundador, unos versos latinos en memoria suya, elegantísimos, que están en la Biblioteca de los Padres. En la pared de la iglesia de aquel monasterio decía así hablando con San Martin de Tours:

Post Evangelium bissemi Dogma Sanatus.
Quod Regium Christi toto iam personat
Orbe,

Postque Sacrum Pouli stillum, cuo curia
muni

Vicia suos tandem Stupuit silvise scphis-
tas:

Aretous, Martine, tibi in extrema recessus
Panditor, in quae via fidei patet invia te-
llus.

Virtutum signis, meritorum, laude tuorum,
etc.

Escitat affectum Christi. Germania frigens
Flagrat, etc., accenso strictas Aquilone
Prussias

Immanes, variusque pio sub federo Christi
Adsciscis Gentes Alamanus, Saso, Thuringus.

Pan nonius, Rusus. Sclavus, Nara, Sarma-
ta, Cattus,

Ostrogothus, Francus, Burgundus, Dacus,
Alanus,

Te duce nose Deum gaudent, tua signa
Suevus

Admirans didicit fidei quo tramite pergat.
Devotusque tuis meritis hoc atria claro
Culmine substolens Christi venerabile tem-
plum

Constituit, quo clara vigena Martine tue-
rum

Grata signorum votis te adese proceatur
Electum, propriumque tenet te Gallia gau-
dens

Pastorem, teneat Gallecia tota Patrum.

Tambien á la entrada del Refec-
torio de aquel Monasterio, se leían
estos versos:

Non hic auratis ornantur prandia faleris.
Asiaticos Mures nec tibi signa dedit
Nec per multiplices abaco splendente Ci-
vernas.

Ponentur nitida Codicis arte dapes.

Nec Sciphus hic debitor, rutilo cui sorte
Metallo.

Crustratum stringat tortilis, an Salatus.

Vina milis non sunt Gaceticæ. Chima, Pa-
lerna,

Quoque Sarapteno palmitemissa b. ubi

Sed quidquid tenuis non complet copu-
mensoe,

Suppleat hoc petimus gratia plena tibi.

Este monasterio fué elevado á la
dignidad episcopal; pero sobre sus
términos y jurisdicciones varian
eruditamente los autores. Unos di-
cen que tuvo territorio, aunque corto.
Pero los mas convienen en que la
jurisdiccion que se le dió fué sobre
la familia real. Siendo este el prin-
cipio que tuvo la dignidad de capel-
lan mayor de los reyes de España.

que hoy reside en los arzobispos de Santiago.

El siguiente año, 553, se volvió á reparar el monasterio de San Claudio de Leon, que habia arruinado Rechila el segundo. despues del martirio de San Vicente su abad. Tambien se fundó el monasterio Máximo, dedicado á San Martin de Tours, á la ribera del rio Limia y á la bajada del monte Arga, cuyas rentas gozan hoy los caballeros de Cristo, y solo ha quedado de él una pobre iglesia.

Los godos levantaron por rey á Athanagildo, contra las tiranias de Rechila, con que empezaron guerras civiles al tiempo que nuestra Galicia gozaba con la religion el beneficio de la paz.

De este tiempo es el monasterio de Tibaes, dedicado tambien á San Martin de Tours, de cuyo sitio dicen Fray Bernardo de Braga y Yepes: para decir del monasterio de Tibaes, conviene tratar primero de la parte en que está situado, que será casi tres millas de los muros de Braga, hácia el poniente, en una parte alta, de donde se descubren cuatro leguas de llanura, las mas deleitosas de

Portugal, con variedad de vegas, campos, prados, pomares y arroyos, con diez monasterios de la órden de San Benito, que se ven de una ermita de San Ginés, asentada encima del monasterio, los cuales estan puestos en la rívera del Cadavo, río caudaloso que atraviesa esta llanura, y corre de Oriente á Poniente.

El conde de Barcelos, don Pedro, hijo bastardo del rey don Donís de Portugal, en un noviliario que hizo de la hidalguía portuguesa, dice: «que edificó la fábrica del templo de Tibaes don Payo Gutierrez de Silva, gobernador de Portugal. por el rey de Castilla y de Leon don Alonso el VI, antes que casase á la infanta su hija con el padre de el rey de Portugal don Alonso Enriquez.» Pero esta fábrica mejor se puede llamar reedificacion. por que el obispo de Coimbra, llamado Bernardo, monje de San Benito, coronista del arzobispo de Braga, Giraldo, que tambien fué monje de San Benito, dice: que en llegando el cuerpo del santo arzobispo de Bornes, á donde falleció, á la iglesia mayor de Braga, la clerecía y pueblo, buscando un cofre decente

para tal perla, se les ofreció un sepulcro noble, de mármol, y milagrosamente les ocurrió luego allí. De lo cual parece que mas antiguo era aquel monasterio que don Payo Gutierrez; pues del tiempo que fué el gobernador, del Señor de mil y ochenta, al fallecimiento de San Giraldo, en el de mil ciento y nueve, no corren mas de veinte y nueve años.

Por este tiempo parece que viendo los naturales de Galicia la piedad y religion del príncipe Theodomiro, aunque hasta ahora se habian conservado libres por mas de un siglo, se entregaron voluntarios á Theodomiro. Esto consta espresamente en el cronicon Iriense, el cual despues que los suevos le habian convertido á la fé, por la predicacion de S. Martin. Prosigue que entonces alcanzó Theodomiro la posesion de la ciudad de Iria, en que se reconoce: lo uno, que fué pacífica y voluntaria la entrega, pues eso suenan las palabras del cronicon: y lo otro, que hasta este tiempo se habian conservado constantes en su libertad los moradores de este rincón de España. Y en premio de esta

entrega, procuró el rey se restituyese á Iria la silla episcopal, aunque no se efectuó hasta el tiempo que veremos.

Tubo principio el monasterio Magnetense, que hoy se llama Santa Maria de Mainedo, en el obispado de Oporto.

Por este tiempo escribió la conversion de Galicia, y las alabanzas de S. Martin Dumiense, Venancio Fortunato, que vivia entonces y dice así:

Martino Seronto novo Galletia
plaude

Sortis Apostolicae Virtus iste fuit
Qui virtute Petrum, precabatur tibi
dominate Paulum;

Hinc Jacobi iribuens, inde Joannis opem.

Pannoniae, ut perhibent, veniens
ó parte Quritum.

Es magis effectus Gallica vera
salus.

In sulcum ostetilem uitae planta-
ria sevit,

Quo natura seges fertilitate placet.
Elicae meritis alter redit imber
aristis,

Munera roris habens, ne remat
arva sitis.

Nen iaceant stupides arentia in-
gera sulas.

Influit irriguo fonte perennis
aguae.

Iramis haeresis sidei plantaria
sivit.

Quotque oleaster erat, pinguis oli-
va rivet.

Que stetit esilis viduetis frondi-
bus arbor.

Yam paritura cibum floret honore
nobis.

Imponenda focis, sine quo sicu-
lumca tristis.

Preparat ad fructum stercore cul-
ta suum.

Palmitis uva tumens avium lace-
randr rapinis.

Hoc custode bono non peritura
latet.

Rebus apostolicis ovantes vivere
monstrat.

Aroa ligone movens, falce flague-
lla premens.

Ex Agro Domini lapas excidit
inertes.

Atque racemus adest, qui fuit, an-
te frutex.

Son versos elegantissimos y dulci-
simos.

Por este tiempo se fundó tambien

san Salvador de Trigigeiro, del cual dice Yenes estas palabras: «Fama es (y la tengo por cierto) que en el lugar donde está fundado el monasterio (de Rivas de Sil) hubo uno muy antiguo en tiempo de los godos y aun de los suevos. Dije de los suevos porque para mi es probable mucho una tradicion que hay en el monasterio de san Esteban de Rivas del Sil, y en la Santa iglesia de Orense, allí vecina, que el glorioso San Martin Dumienese, apóstol de Galicia, siendo monge Benito, fué el primero que trajo los monges de esta religion á aquel reino y los puso tambien en la iglesia mayor de Orense: de donde se fueron multiplicando, y estubieron en un monasterio llamado San Salvador de Trigigeiro, junto al Pereiro, una legua de Orense, y dos de San Esteban de Ribas del Sil; y allí en San Salvador vivieron y tubieron un monasterio ennoblecido de grandes calidades, del cual han quedado vestigios, y señales de haber residido allí monges; porque se muestra hoy la iglesia con hartos rastros de antigüedad, y de que hubo celdas muy pegadas á la iglesia antiguamente.

De este monasterio de San Salvador es fama tuvo el origen el de San Estéban.

Hállanse por este tiempo tantos monasterios fundados en Galicia, que apenas se hiciera creible, á no estar hoy muchos existentes, y de los demás, sus ruinas y monumentos. Por ahorn, pues, edificó San Martin el Monasterio Villarense, que hoy se llama Villar de Frades, sito sobre las ribernas dei rio Cavado. Poséenle los canónigos reglares de San Laurencio Justiniano, que en Portugal se llaman Loyos, ó Elo-yos.

Tal es la reseña que hace Huerta del reinado de Theodomiro, que nosotros insertamos integra para la mejor apreciacion de esta historia.

Ella viene bien con los datos inéditos que poseemos: ahora nos toca completar el reinado de aquel principe con los mismos datos.

Desarrollado sucesivamente el elemento católico á su mayor altura, la afinidad moral y material de los suevos y caláicos era tal, que la monarquía surgia esplendente del caos tenebroso de sus duraderas y calamitosas disensiones. .

Su administracion militar en nada oprimia á los pueblos. El rey Theodomiro habia colocado al frente de la lugar-tenencia de Braga al príncipe Ariamiro, y de la de Lugo al príncipe menor Theodomiro.

Podia decirse que habia tres córtes, pues si los vasallos rodeaban de amor y de magnificencia al rey Theodomiro en Orense, no menos rodeaban á los príncipes Ariamiro y Theodomiro en Braga y en Lugo.

De aquí la confusion de algunos historiadores que hacen de este rey y de estos príncipes, ya dos, ya un monarca, habiendo tres para el caso, los cuales pesaban dulce y benéficamente sobre el pueblo galaico, formando un cuerpo social que absorbía las necesidades intelectuales de aquel siglo.

La vida del rey Theodomiro se deslizó suavemente para su reino, sin grandes peripecias dramáticas que referir.

Enamorado ciegamente de su muger Eureda, de la cual tenia dos hijos, Alharico y Miro, vivió felizmente despues de la muerte de Vitemiro, consagrado á los dulces pla-

cores de la familia y al arreglo de su reino bajo los sagrados deberes que le imponia el catolicismo.

El rey Theodomiro I murió en Orense el año 560 de Jesucristo, y fué enterrado en la iglesia catedral de San Martin de Tours de aquella ciudad.

XXI.

Ariamiro, el Cazador.

Como los dos hijos del rey Theodomiros, Alharico y Miro, eran menores de edad, pues el mayor tenía quince años, fué proclamado rey el príncipe Ariamiro, el cual estableció la corte en Braga.

Desde que Ariamiro subió al trono de Galicia, dejó de observarse la antiquísima costumbre de los monarcas suevos, la de coronarse en el Pico Sagro.

El rey Ariamiro se coronó en la catedral de Braga, por mano del obispo Lucrecio, que en aquel mismo año sucediera a Profuturo; y su vida puede considerarse bajo las

fases notables que presentó, esto es, como hombre privado y como hombre público.

Como hombre privado, al rey Ariamiro placiale en extremo la caza, lo que le valió el dictado de *el Cazador*.

Esta ocupacion, este recreo tan propio de aquellos tiempos y de aquellas costumbres, absorbía completamente su espíritu cuando no lo levantaba á Dios.

Por las inmediaciones de Braga se le veia cruzar siempre con su arco puesto al lado, y si en su camino le mostraban ave ó salvagira en buen lugar, volvía atrás la mano, un page le ponía en ella el arco desempulgado, lo empulgaba al tomarle, unas veces doblando las puntas hacia dentro, otras veces poniendo la una en el pié y en el estribo, y subiendo por la otra con los dos dedos la lazada de la cuerda hasta que llegase á entrar en la empulgnera, le daban luego la saeta, y al ponerla en el arco preguntaba á que parte de la caza querían que encarara, y enseñándosela tiraba, y mas veces acertaba él á lo que se le señalaba, que acertaban los que estaban junto á él á señalársela.

La caza y solo la caza absorbía su atencion en los momento que le dejaban libre los graves asuntos de la monarquía, lo que venia á constituir su vida privada.

Su vida pública la absorbía la religion católica, pues pasaba todo el tiempo disertando con el obispo Lucrecio sobre el modo de imprimir á sus vasallos el espiritu reilgioso que le animaba á él.

Al efecto, y como sucediere que el priscilianismo empezaba á invadir los centros de poblacion con sus máximas perniciosas, el rey Ariamiro y el obispo bracarense Lucrecio determinaron convocar concilio.

Oigamos á Huerta sobre esto:

Volvió á crecer la cizaña del priscilianismo en este reino, y así fué necesario acudir al remedio, y para ello Lucrecio, metropolitano de Braga, despachó convocatoria para el año siguiente celebrar un concilio en su iglesia.

Este año de 561 se celebró el primer concilio de Braga. Ferreras le pone el año 563, y en la era 601, pero con manifesto engaño, pues del mismo concilio consta se celebró en la era 599, y así el año de Cristo de

561. Añade Ferreras que este concilio se congregó para adjuar en él el rey y los suevos la heregia de Arrio; pero esto tambien es engaño: lo primero que en todas las actas del concilio no se encuentra tal abjuracion, ni aun memoria de que hubiesen quedado rastros del arrianismo en Galicia. Lo segundo, porque espresamente el metropolitano Lucrecio dice se congregaba contra la heregia de Prisciliano, y á ella miran los anatemas todos del concilio. Lo tercero, porque á este tiempo ya habia muerto, no solo Cariatico, que adjuró la heregia, sino tambien su hijo y sucesor Theodoniro. Lo cuarto, porque no es creible, que en once años que habia que los reyes se habian convertido á la religion católica, retardasen tanto la ceremonia solemne de la abjuracion.

Fray Pablo de San Nicolás cree hubo en estos diez años otro concilio Bracarense, en que adjuraron los suevos su heregia, pero se opone á esto espresamente, dice el metropolitano Lucrecio, que habia mucho tiempo, que no se celebraba concilio; y esto no podia decirlo, si hubiera solo seis ú ocho años que se ha-

bin congregado. Nuestro dictámen es que los suevos habian ya á este tiempo adjurado el arrianismo, pero sin congregarse concilio, pues bastaba lo hiciesen en manos y presencia del metropolitano de Braga.

Congregados los padres del concilio, que fueron Lucrecio, metropolitano de Braga; Andrés, de Iria; San Martin del Monasterio Dumiense; Coto, el cual Loaisa hace de la iglesia de Ampurias sin esperar fundamento; Ildérico, se ignore su silla, Lucepsio de Coimbra; Timoteo, que no se sabe de donde era; Malioso de Britonia, hizo á todos una oracion devota el metropolitano Lucrecio, en esta forma:

«Mucho tiempo há, santisimos hermanos, que segun las reglas de los sagrados cánones y decretos de la apostólica y católica disciplina deseábamos se celebrase entre nosotros un concilio, el cual no solo es oportuno para las órdenes y reglas eclesiásticas, sino que tambien hace estable la concordia de la fraterna caridad, cuando congregados en uno los sacerdotes, en el nombre del Señor, inquieren entre si, con saludable colacion, aquellas cosas, que se-

gun la doctrina apostólica, confirman la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Ahora, pues, que el gloriosísimo y piadosísimo hijo nuestro, inspirádoselo el Señor, nos concedió con su real precepto el deseado día de esta congregación, y unidos estamos sentados, primero, si os agrada, inquiramos los estatutos de la fe católica, después háganse notorios los expresados cánones, los decretos de los santos padres. Ultimamente, se traten diligentemente algunas cosas, ó por la desidia de la ignorancia ó por la incuria de largo tiempo, se hallan varias ó dudosas entre nosotros, se revoquen á una fórmula de razón y verdad como conviene.

Todos los obispos respondieron: la disposición de tu beatitud es justa, y por eso hemos convenido, para lograr alguna utilidad en eclesiástica disciplina.

Lucrecio volvió á perorar de esta suerte: primero, como se ha dicho, confirmamos los estatutos de la fe, porque aunque ya antiguamente el contagio de la heregia prisciliana, fué descubierto y condenado en las provincias de España; pero porque

alguno, ó por ignorancia ó engañado, como suele suceder, por algunas escrituras apócrifas, no esté infecto aun con alguna pestilencia de aquel error, se declara mas manifestamente á los hombres ignorantes, que habitando en la estremidad del mundo y en las últimas provincias de esta region lograron ó pequeña, ó ninguna noticia de la recta erudicion. Creo, pues, que vuestra beata fraternidad sabe, que en el tiempo en que en estas regiones cundian los nefandísimos venenos de la secta prisciliana, el bienaventurado Leon, papa de la ciudad de Roma, el cual fué casi cuadragésimo sucesor del Apóstol San Pedro, dirigió sus letras por Toribio, notario de su silla al sinodo de Galicia, contra la impia secta de Prisciliano. Con cuyo precepto los obispos tarraconenses, y cartagenenses, lusitanos y béticos celebraron entre sí concilio, escribiendo la regla de fé contra la heregia de Prisciliano, con algunos capitulos, la dirigieron á Balconio, prelado entonces de esta iglesia bracarense. Y por quanto el mismo ejemplar de la sobredicha fé tenemos en las manos si parece á vuestra reverencia, reci-

tese para instruccion de los ignorantes.

Todos los obispos dijeron muy útil: y necesaria es la leccion de estos capitulos para que manifestándose á los simples los decretos antiguos de los santos padres, conozcan las ficciones de la heregia de Prisciliano, abominados ya en otro tiempo por la silla del bienaventurado San Pedro apóstol, é igualmente condenados.

Leyóse, pues, el ejemplar de la Fé, con sus capítulos, y despues de ella digeron los obispos: aunque se ha resuelto necesaria la leccion de estos capitulos, pero mas evidente y sencillamente se declaran estas cosas execrables para el que es menos erudito lo entienda: y asi con la sentencia del anatema, se condenen y á los desterrados figmentos del error prisciliano. Para que cualquier clérigo, monge ó lego, se ballare, que aun siente ó defiende alguna de esas cosas, como verdaderamente podrido miembro, se separe al instante del cuerpo de la católica iglesia, para que ni su compañía manche con su maldad á los fieles, ni de aqui adelante se inpropere á los or-

todoxos la permission de estos hereges.

Propusiéronse, pues, contra la heregia de Prisciliano estos capítulos:

I. Si alguno no confesase que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas, de una sustancia, virtud y potestad, como la Iglesia Católica Apostólica lo enseña: sino es que dice, que son una sola y solitaria persona, de suerte que la misma sea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como digeron Sabelio y Prisciliano, sea descomulgado.

II. Si alguno, fuera de la Santa Trinidad, introdujese otros nombres estraños de la Divinidad, diciendo que en la Divinidad misma hay Trinidad de Trinidad, como digeron guosticos, y priscilianistas, sea descomulgado.

III. Si alguno digere que el Hijo de Dios Nuestro Señor, antes que naciese de la Virgen, no tuvo ser: como afirmaron Pablo Samoratenno, Photino y Prisciliano, sea descomulgado.

IV. Si alguno no honrase bien el nacimiento de Cristo segun la carne, y solo simulase que le honra

ayunando en aquel día y en los domingos; porque no cree que Cristo nació con verdadera naturaleza humana, como afirmaron Cerdón, Marcion, Manes y Prisciliano, sea descomulgado.

V. Si alguno cree que las almas humanas ó los ángeles, son parte de la sustancia de Dios, como digeron Manes y Prisciliano, sea descomulgado.

VI. Si alguno dice, que las almas humanas pecaron antes en la celestial habitacion, y que por esto cayeron á la tierra desterradas á los cuerpos humanos, como lo dijo Prisciliano, sea descomulgado.

VII. Si alguno dice que el diablo no fué primero ángel bueno, hecho por Dios, ó que no es obra de Dios su naturaleza, sino es que dice, que él fué producido del caos y las tinieblas, sin tener autor alguno, sino que él es el principio y la sustancia del mal, como Manes y Prisciliano, digeron sea descomulgado.

VIII. Si alguno cree que el diablo hizo algunas criaturas en este mundo, ó que los truenos, rayos, tempestades y sequedades las produce el diablo por su autoridad, co-

mo dijo Prisciliano. sea descomulgado.

IX. Si alguno cree que las almas y cuerpos humanos están sujetos á él de los hados de las estrellas, como los paganos y priscilianos digeron, sea descomulgado.

X. Si alguno, con Prisciliano, digere que los doce signos que suelen observar los matemáticos están dispuestos por cada miembro del alma ó del cuerpo, y adscriptos con los nombres de los patriarcas, sea descomulgado.

XI. Si alguno condena el matrimonio humano y aborrece la procreacion de los que nacen, con Maniqueo y Prisciliano, sea condenado.

XII. Si alguno dice que la formacion del cuerpo es figmento del demonio, y que las concepciones en el útero de las madres se figuran por obra del diablo, por lo que tampoco cree la resurreccion de la carne, como digeron Manes y Prisciliano, sea descomulgado.

XIII. Si alguno dice que la creacion de toda la carne no es opificio de Dios, sino de los ángeles malignos, con Manes y Prisciliano, sea descomulgado.

XIV. Si alguno juzga inmundos los alimentos de carnes, los cuales dió Dios para el uso del hombre; y se abstenga de ellas, no por castigar su cuerpo sino por la presumida inmundicia, de suerte que ni coma las yerbas cocidas con ellas, con Manes y Prisciliano, sea descomulgado.

XV. Si algun clérigo ó monge tuviere en su casa, escepto su madre, hermana, tia ó parienta de consanguinidad, algunas mugeres, aunque sea con el título de adoptivas, y cohabita con ellos, como enseñó la secta de Prisciliano, sea descomulgado.

XVI. Si alguno el jueves de la Semana Santa no asistiere despues de nona á la misa en ayunas hasta la hora legítima; sino que, segun la secta de Prisciliano, quebrantando el ayuno, y diciendo misas de difuntos despues de tertia celebra así la festividad de aquel dia, sea descomulgado.

XVII. Si alguno lee las escrituras que Prisciliano depravó segun su error, á los tratados que Dictinio escribió antes de su conversion

ú otros cualesquiera escritos de los hereges, fingidos con los nombres de los patriarcas, profetas ó apóstoles, y sigue ó defiende sus injurias y ficciones, sea descomulgado.

Propuestos y leídos estos capítulos, dijo el obispo Lucrecio: «porque las cosas que deben ser abominadas y condenadas por los católicos se han declarado manifesta y abiertamente para los ignorantes, juzgo necesario, si parece á vuestra fraternidad, se nos hagan notorios los Estatutos de los Santos Padres, examinados sus antiguos cánones ya que no todos, á lo menos los que pertenecen á la instrucción de la disciplina eclesiástica.» Conviniendo los obispos, fueron leídos los cánones de los concilios, y fué resuelto, se formasen otros para reformar la relajacion, que entonces tenia el estado eclesiástico en Galicia, gobernándose principalmente por la Secretal, que Virgilio Papa escribió á Profuturo, obispo de Braga; y en veintidos cánones determinaron lo siguiente.

I. Que se tenga un mismo orden de Salmos en los Maitines y visperas, y que no se permita mezclarse

con la regla eclesiástica diversas y privadas costumbres, aunque seade los monasterios.

II. Que en las vigiliass y misas de las solemnidades se lean en las iglesias unas mismas lecciones y no diversas.

III. Que los Presbíteros y obispos saluden de un mismo modo al pueblo, diciendo: «Dominus sit vobiscum,» como se lee en el libro de Ruth, y que responda el pueblo. Et cum spiritu tuo, como por tradicion de los Apóstoles retiene todo el Oriente, y no como permutó la heresia de Prisciliano.

IV. Que todos celebren la misa segun el orden y rito que recibió de la Silla Apostólica por escrito Profuturo, obispo que habia sido de aquella iglesia metropolitana. De este Canon, y de los antecedentes se infiere con evidencia que Galicia recibió muchos siglos antes que lo restante de España, el rito Romano, conformándose en todo con la cabeza de la iglesia.

V. Que ninguno omita en el bautismo el orden que tenia la metropolitana iglesia de Braga, y que Profuturo, su obispo, habia recibido de

la Silla del Apóstol San Pedro.

VI. Que conservando el obispo metropolitano la primera Silla, los demas obispos se sentasen segun la antigüedad de su consagración.

VII. Que de los bienes de la iglesia se hagan tres partes iguales, una para el obispo, otra para los clérigos que la sirven, y la tercera para la fabrica y luz del Sacramento, de la cual parte el Arcipreste ó Arcediano que la administre, dará cuenta al obispo.

VIII. Que ningun obispo presume ordenar al clérigo de agena diócesis, como lo vedaron los antiguos cánones, sino es que reciba dimisorias firmadas de su obispo.

IX. Que por cuanto en algunas iglesias de esta provincia los diáconos traian las estólas debajo de la túnica, de suerte que no se distinguian de los Subdiaconos: en lo de adelante la traigan sobre el hombro descubierto.

X. Que no sea licito á los lectores tocar los brazos sagrados del Altar, sino aquellos que fueren ordenados de Subdiaconos por el Obispo.

XI. Que los lectores en la iglesia no canten con vestido secular, ni

dejen crecer el cabello con rito gentilico.

XII. Que escepto los salmos, ó lo que se contiene en las canónicas escrituras del nuevo y antiguo Testamento, no se cante en la iglesia cosa alguna compuesta en verso, como lo mandan los sagrados cánones.

XIII. Que no sea lícito á los legos hombres ó mugeres, comulgar en el Presbiterio, sino solo á los clérigos, como está ordenado en las antiguos cánones.

XIV. Que cualquiera que del clero se abstenia de carnes, para quitar la sospecha del priscilianismo, sea obligado á comer verduras cocidas con carne, si no lo quisieren hacer, segun determinaron los padres en sus cánones, sean removidos del oficio, como descomulgados.

XV. Que nadie comunique con los descomulgados por heregia, ó por otro delito, como ordenan los antiguos Estatutos de los Cánones: y si alguno lo despreciare, se hará compañero voluntario de la agena condenacion.

XVI. Que por los que se quitan

la vida con hielro, ó veneno, ó precipicio, ó suspendio, ó cualquier otro modo, no se haga conmemoracion por ellos, ni sean llevados á la sepultura los cadáveres con Salmos; porque muchos lo han ejecutado por ignorancia. Lo mismo se observe con los que por sus delitos han sido castigados con pena de muerte.

XVII. Que por los catecumenos muertos sin la redencion del bautismo, del mismo modo, ni se haga conmemoracion; ni canten salmos; porque esto hasta aqui se ha hecho por ignorancia.

XVIII. Que los cuerpos de los difuntos no sean sepultados dentro de las iglesias, pero si fuese necesario usar de alguna distincion, se sepulten por la parte de afuera, cerca de la iglesia; porque si hasta ahora conservan las ciudades, como firmísimo privilegio, que de ninguna manera sea lícito enterrarse dentro del ámbito de sus muros el cuerpo de cualquiera difunto: cuanta mayor reverencia se debe á los templos consagrados con las reliquias de los mártires.

XIX. Que si algun presbitero, despues de este concilio, bendijere,

el crisma ó consagrare altar ó iglesia, sea depuesto del ministerio, conforme lo ordenan las cánones antiguos.

XX. Que ningun lego ascienda al grado de sacerdocio, sin que primero haya estado un año en el oficio de lector ó subdiacono, aprendiendo la disciplina eclesiástica, y así ascienda por sus grados al sacerdocio. Por que es Jigno de reprehension, que el que no aun aprendido, presuma ya en señor ademas, que está esto prohibido por los antiguos estatutos de los padres.

XXI. Que lo que se recogiese de las oblatas de los fieles, hechas, ó en las festividades de los mártires, ó en la conmemoracion de los difuntos, se deposite fielmente en poder de uno de los clérigos, y á tiempo señalado, ó una vez ó dos en el año se divida entre todos los clérigos, porque no se engendra pequeña discordia de la desigualdad que resulta, si cada uno reserva para si lo que se ha ofrecido en su semana.

XXII. Que lo decretado en este concilio se observe inviolablemente, y si algun contumaz lo traspase, sea degradado de su oficio. Ultimamen-

te determinaron que el obispo que en su diócesis no pusiese en práctica lo determinado en este concilio, sea descomulgado por los demás obispos. Concluido este concilio, le firmaron en esta forma.

Lucrecio obispo, suscribe.

Ilderico obispo, suscribe.

Andrés obispo, suscribe.

Lucencio obispo, suscribe.

Martin obispo, suscribe.

Timoteo obispo, suscribe.

Coto obispo, suscribe.

Malioso obispo, suscribe.

Hasta aquí Huerta: nuestros datos determinan evidentemente las diócesis de estos obispos, las cuales enumeraremos á continuación:

Lucrecio, lo era de Braga;

Ilderico, de Lugó;

Andres, de Iria Flavia;

Lucencio, de Coimbra;

Martin; de Dumio;

Timoteo, de Tuy;

Coto, de Oreuse,

Malloro, de Britonia

Este concilio, primero bracarense, robusteció el elemento católico en tal grado que inutilizó los esfuerzos de los priscilianistas y arrianistas

El rey Ariamiro logró con esto un reinado feliz, y ya llevaba tres años en el trono cuando un drama doméstico puso fin á su existencia de una manera desventurada.

Ya dijimos que al espirar Theodmiro II habia dejado dos hijos. Alharico y Miro, los que por ser muy jóvenes aun para tomar las riendas del Estado, se educaban en palacio bajo el amparo de su tio Ariamiro que subiera al trono por esto mismo.

El rey Ariamiro se hallaba casado con una princesa goda, llamada Ausberta, la cual era bastante desennuelta.

Un dia llegó á oídos del rey, que mientras él vagaba por los bosques en busca de caza ó disertaba con los prelados sobre las conveniencias del reino, la reina Ausberta buscaba al príncipe Alharico en su cámara ó hacia que se lo llevaran á la suya.

El rey Ariamiro no era celoso, y no dió importancia á aquella delacion; y tanto mas cuanto que el príncipe Alharico no tenia sino de diez y ocho á veinte años.

Pero al año de haber referido al

rey Ariamiro aquellas deferencias de la reina Ausberta con el príncipe Alharico, la reina dió á luz un niño.

Hiciéronle entonces notar al rey Ariamiro la semejanza de su hijo con el príncipe Alharico; y era tal que á pesar de los pocos meses que tenía el recién nacido se parecía mas al hijo mayor de Theodomiros I, que al esposo de Ausberta.

El rey Ariamiro vaciló ante aquella terrible evidencia.

Llamó á su cámara al príncipe Alharico y le preguntó la clase de relaciones que habia tenido con la reina.

A aquella pregunta el príncipe se sonrojó y estuvo á punto de caer á sus pies; pero reponiéndose vivamente, le contestó con horrible sarcasmo:

—Que quereis: vos me usurpabais el trono; y yo os usurpé la muger

Al oír esto el rey Ariamiro tiró el cuchillo de caza que llevaba á la cintura, y allí mismo atravesó el corazón del príncipe.

En seguida mandó que trajesen á la cámara de la reina el cadáver de Alharico, y amarrándolo al cuer-

po de la adúltera, mandó que tapeasen la puerta con cal y canto.

De este modo, la muerte de la reina Ausberta fué horrible; pero á los pocos dias, el rey Ariamiro se volvió loco y murió en seguida, año 563 de Jesucristo.

De esta catástrofe se salvó milagrosamente el tierno infante, á quien pusieron por nombre Malarico, y se crió lejos de la corte de Braga.

XXII.

Theodomiro II, el Grande.

A la muerte de Ariamiro, sucedió en el trono su hermano el príncipe Theodomiro, al cual empezaban ya á llamar *el Grande*, por sus acertadas disposiciones en el mando de la lugar-tenencia de Lugo.

Theodomiro II, no salió de Lugo, donde estableció su corte; y fué coronado en la catedral de aquella ciudad, para lo cual se reunieron todos los prelados caláicos que eran católicos.

Atengamonos á la descripción que hace Huerta de este reinado, antes de completarlo con nuestras notas.

po de la adúltera, mandó que tapeasen la puerta con cal y canto.

De este modo, la muerte de la reina Ausberta fué horrible; pero á los pocos dias, el rey Ariamiro se volvió loco y murió en seguida, año 563 de Jesucristo.

De esta catástrofe se salvó milagrosamente el tierno infante, á quien pusieron por nombre Malarico, y se crió lejos de la corte de Braga.

XXII.

Theodomiro II, el Grande.

A la muerte de Ariamiro, sucedió en el trono su hermano el príncipe Theodomiro, al cual empezaban ya á llamar *el Grande*, por sus acertadas disposiciones en el mando de la lugar-tenencia de Lugo.

Theodomiro II, no salió de Lugo, donde estableció su corte; y fué coronado en la catedral de aquella ciudad, para lo cual se reunieron todos los prelados caláicos que eran católicos.

Atengamonos á la descripción que hace Huerta de este reinado, antes de completarlo con nuestras notas.

• Por este tiempo se fundó el monasterio de Macisno en el obispado de Mondoñedo, como consta de las divisiones de esta diócesis, hechas en el concilio de Lugo, de el cual en aquel año se verá un insigne elogio.

Por este tiempo tambien murió Lucrecio, metropolitano de Braga; y siendo célebre la memoria de San Martin Dumieuse, fué elegido con comun y universal aclamacion, por obispo de aquella iglesia; el cual luego se dedicó á poner obispos en las catedrales donde faltaban y asi son de este tiempo: Ubitimer, que fué puesto en la silla de Orense; Anila, en la de Tuy, y Polemio en la de Astorga, como consta del concilio Bracaraense segundo. De aqui se deduce con evidencia la falsedad de la obra de D. Servando, pues hablando de San Eпитacio, hace á Anila, que fué obispo de Tuy, obispo de Orense, en que se reconoce no tuvo presente el fingidor suyo las suscripciones de los concilios.

El siguiente año 568, despues de cinco meses de interregno, fué elegido entre los godos por sucesor de Atha nagildo Limba.

Se hallaban sumamente confundidas las diócesis en todo el reino de Galicia, por lo cual fué necesario congregarse un concilio, y así los obispos de esta provincia se juntaron á celebrarle en la ciudad de Lugo. No nos han quedado las actas enteras de este concilio, sino solo un resúmen, que da razon de lo ejecutado. Los obispos que concurrieron no se sabe con certeza, pero habiendo sido trece las diócesis que se dividieron, es muy probable fueron trece los obispos. Vaseo añade uno mas, pues citando á D. Lucas de Tuy afirma halló Adaulpho, obispo de Leon; así D. Lucas, cómo Vaseo, verian papeles donde constase. La relacion que nos ha quedado de este concilio es en esta forma:

«En el tiempo de los suevos, (de aqui se infiere que este resúmen se sacó despues de concluido el reino de estos) era 607. A primero de enero, Theodomiro, principe de los suevos, mandó celebrarse concilio en la ciudad de Lugo, para confirmar la fé católica y para otras diversas causas de la iglesia. Despues que trataron lo que ocurría en el concilio dirigió el rey su carta á los

obispos en esta forma: Santísimos padres: deseo que con prósvida utilidad determinéis en el gobierno de nuestro reino, porque en toda la region de Galicia, siendo las diócesis muy espaciosas, se ocupan por pocos obispos; de suerte, que algunas iglesias apenas pueden ser visitadas por su obispo. Además que en tan gran provincia no hay mas que un metropolitano, y es difícil recurrir de las últimas parroquias todos los años al concilio.»

De esta carta del rey, se infieren dos cosas en cuanto á la disciplina eclesiástica, que entonces florecia en este reino. La una es, que los obispos visitaban todos los años su diócesis entera. La segunda es, que todos los años se celebraba concilio en Braga. Grandes noticias ha perdido Galicia de sus antigüedades en haber perecido sus actas.

Habiendo leído los obispos la carta del rey, determinaron que la ciudad de Lugo se erigiese por metropolitana, porque esta ciudad era centro de los obispados, que se le señalaron, además de ser insigne pablacion, por el grande concurso de los suevos. Erigióronse tambien

otras sillas en episcopales, y se dividieron los términos de las diócesis en esta forma: á la catedral de Braga Centuncellas, Coetos, Lencos, Acuaste, Milia, Ciliolis ad postam Ailio, Carandonis, Tavis, Ciliotao, Getanco, Oculis, Cerecis, Petroneto, Equirie del Monte, y las aldeas Pannonias, Ledeta, Vergancia, Astiastico, Tureco, Cuneco, Cerobio, Berese, Paulaticio, Celo, Supelegio y Senesquio.

En el Códice, que tengo de San Isidoro manuscrito, se le señalan los términos con alguna diferencia en las voces de esta forma: Centumcelles, Gotismillia, Lameto, Giliolis, Adoneste, Aportis, Allo, Carandonis, Laubis, Cilioteo, Letamo, Ceresis, Penoneyo, Equisis, Ad Sál-tum.

Tambien Payó, Pañonias, Latera, Bregancia, Astiatico, Turego, Amego, Merobrio, Oerese, Palautusino, Vinio, familia régia, toda la Egitanía, Mene, Civio y Francos.

A la silla de Oporto que está en Castro, señalaron estas iglesias: Villanueva, Cetaonia, Bisea, Mentuno, Torebia, Baubaste, Benoaste, Lumbo, Nestis, Flapolet Curmiano,

Caguesto, Leporeto, Melga, Tangovia, Villa Gomedia, Tauvase; y las aldeas, Labrencio, Aliobis, Vallacia, Fruluco, Cepis, Flandolas y Palentiaca.

En el cronicon manuscrito, se nombran asi: Villanueva, Vetaonia, Necea, Menturio, Torebrio, Vauvaste, Pongoaste, Lumbo, Necis, Napoli, Curmano, Maneto, Leboreto, Melga, Tongopria, Villagomodei, Tauvase y los Payos, Lambrento, Aliobrio, Valericia, Turlugo, Cepis, Mendolas y Palencia, debajo de unas veinte y cinco iglesias.

Villanueva, se llama hoy, Villanueva de Guiris; Vetaonia, es hoy Santo Tomás de Boiterens; Berea, Santa Maria de Bis; Menturo, Santa Cristina de Menfores; Torebria, San Claudio de Foiraon; Baubaste, es Bugad; Benzoaste ó Pongoaste, es Tibaltar; Lumbo, Loban; Necis, es Nespereira; Flapolet, es Valpedre; Curmiano, es Cresiuma; Magneto ó Ganesto, es Santa Maria de Mainedo; Leporeto, es Louredo; Melga, es Merles; Tangobria, es Tongues; Villagomedia, es Villa Conde; Tambota, es Riva Tamaga; Labrencio, Louroza; Aliobio, Lobios; Vallacia,

es Barcea; Fruluco, es Folves; Cepis, es Cepelos; Flandolas, es Fandinaens; Palentiaca, es el Payo de Amaya.

La tercera iglesia á quien se le señalaron términos, fué la de Lamego, que fueron estos Fuentica, Ataboca, Cantabianu. Omnia y Camianos.

En mi manuscrito están de esta suerte: Fuencia, Amuca, Cantabtiano, Ominia y Camiro.

La cuarta iglesia fué la de Coimbra, con estas poblaciones: Colebrey, Eminio, Lutbine. Isla, Antumane y Portucál, Castillo antiguo. Mi manuscrito los señala en esta forma: Sunio, Selio, Luabirio; Isla, Asturiane, Portugal y Castro antiguo, debajo de unos siete.

La quinta iglesia fué la de Viseu, á quien se le señalaron estas: Rodomiro, Submoncio, Suberbeno, Cosovia Obellione, Totela y Caliabrica, á la cual se mudó la silla en tiempo de los godos. Mi manuscrito lo pone en esta forma: Rodomiro, Submoncia, Subervenno, Osania, Obelione, Tutela Golera y Caliabria, debajo de unas nueve.

La sexta iglesia, que se le señalaron términos, y señala el concilio impreso en Loaisa, es la de Dumio, á quien pertenece, dice, la Familia de los Siervos; pero en mi manuscrito, no hay tal designacion, antes bien la familia de los Siervos ó familia real, la pone por de la iglesia de Braga.

La sétima iglesia fué la de Idaña. (tampoco le pone mi manuscrito) sus iglesias fueron Mene, Cipio y Francos. Mi manuscrito, así, á Idaña, como á todas sus iglesias, las pone en las diócesis de Braga.

La octava iglesia fué la de Lugo: á esta le señalan sus términos en esta forma: la ciudad de Lugo con sus adyacentes, que poseen los once condes. Juntamente con Chairoga, Lemos y Cabarcos. Mi manuscrito dice de esta suerte: á Lugo la ciudad con sus términos Cauroquia Sebies, Carabarcos, Montenigro, Parraga, Latra, Acimiana, Gogios, Tavada, Pogonti, Salabatera, Monterroso, Dorradea y Golea. Pero todos estos nombres están corrompidos, y en la escritura, que tres años despues pondremos le leen de esta suerte los nombres de los once conda-

dos: Flamoro, Superata, Naviense, Sardiense, Paramense, Pallarense, Decense, Durense, Ulliense, Nallarense y Montenegrense; que son los condados de Chamoso, Sobrads, Navia, Sarria, Paramo, Pallares, Deza, Doria, tierra de Monterroso, Ulloa, Naria y Montenegro. Estos son los once condados del obispado de Lugo y es la primera vez que se nombran en toda la historia.

La novena iglesia es la de Orense con estas iglesias: Palla, Auna, Berugio, Bebalos, Cepcros, Tennes, Pinea, Sasabio, Verecanao, Senabia, y Calapages mayores. Mi manuscrito dice así: Vesugio, Bubale, Zepros, Geursos, Pincia, Casavia, Peraganos, Sanabria, Calabajas y Mayores, debajo de uno diez.

En décimo lugar está Astorga, sus iglesias fueron: Leon, Vergido, Petra, Speranti, Comanea, Ventosa, Maurellos de Arriba y de Abajo, Senvire, Francelloe y Pesicoe. Mi manuscrito dice de esta forma: Leon, sobre el Orvigo, Verizo, Petra, Speranti, Tibris, Murellos de Arriba y de Abajo, Semure, Trogellos y Besicos, once debajo de una iglesia.

Iria Flavia es la undécima silla, à quien se le señalaron estas iglesias en el concilio Montasio: Salmiense, Centenoe, Celonoe, Meriencía, Pestamarcos. El manuscrito dice así: Iria tenga desde, hasta Cavanua, y de Caldas de Rey, hasta la orilla del Occéano; pero el Cronicon Iriense pone mas copioso el señalamiento, y dice fueron estas iglesias: Maratium, hoy es Morrazos; Saliniense, hoy es Salnes; Morania, hoy es Moraña; Celenos, hoy Caldas de Rey; Montesmeta, hoy Montes; Mertia, hoy Mesia; Tabeirolos, hoy Tabeirós; Belegia, hoy Bea; Thouro, hoy Touro; Pistomarcos, hoy Portomarcos de Arriba y de Abajo; Amaea, hoy Amaya; Coronato, hoy Cornado; Dormiena, hoy Dorméa; Gentines, hoy Entines; Celticos, hoy Seltigos; Varcala, hoy conserva su nombre; Montanos, hoy Montaos; Nemitos, hoy Nemenos; Prucios, hoy Pruzos; Visacos, hoy Vexucos; Trasancos, hoy Trasancos; Labasencos, hoy Labacengos; Nemancos, conserva el nombre; Vimiantio, hoy Viminiano; Celagia, hoy Seaya; Bregantinos, hoy Bregantiños; Faro, conserva el nombre;

Escutarios, hoy Cotobade; Dubria, hoy Dubra; Iros, hoy el Giro. Casi todas estas iglesias son hoy arci-prestazgos.

La duodécima iglesia es Tuy, á quien se le señalan Turedo, Tabolela, Locoparra, Aureas, Congetude, Carisiano, Martiliana, Turoneo, Cellesantes, Turvea y las aldeas, Aunone, Sacria, Elvilone, Ganda, Obinia y Cortes.

La última silla fué la Britonien-se, hoy de Mondoñedo, á la cual señalaron las iglesias que estaban junto al monasterio de Máximo, y las iglesias que estaban en las Asturias.

Así concluye el concilio, y por el vemos la noticia de otro ministerio en nuestra Galicia, llamado Máximo, ó de Máximo. De la virtud de sus monges hay un notable testimonio en la oracion de Polemio, Abad del monasterio de San Pedro de Pedroso, que hizo á sus monges, donde dice así: acordaos hermanos, como en el monasterio Máximo, los ángeles de Dios (así llama á los monges cubiertos de un saco) en el espíritu y virtud del Padre Santísimo Benito, traian en la tierra el

cielo en sus hombros, y libertaban el reino de la perfidia arriana con ayunos y oraciones; no menos sabiamente ignorantes, que doctamente necios, la regla, que nuestro Santísimo Padre Benito habia escrito con su mano, profesaban con la boca, y observaban con las obras y el corazon.

Acabamos de consignar cuanto escribe Huerta de mas notable en el reinado de Theodomiro II; y siguiendo la práctica que nos hemos impuesto en los últimos reinados, vamos á completarlo con lo que arrojan los datos que tenemos á la vista.

La distribucion de diócesis que hiciera el rey, sobre dar cohesion á la monarquia caláica é imprimirle un espiritu de orden que equivalia al de nuestras demarcaciones civiles y militares, acabó de adherir tan enteramente á las dos razas de suevos y caláicos, que entonces y solo entonces los dos pueblos fueron ya para siempre un pueblo homogéneo, por decirlo así.

Las circunstancias favorecian muchísimo la realizacion de este pensamiento que habia ocupado ya la

mente de algunos reyes. Como hemos consignado ya, la religión católica que en su esencia tendia á hermanar las castas, declarándose oficial del estado, influia poderosamente. A ella mas que á nada se debia el completo logro de aquella situacion política tan floreciente.

Incansable Theodomiro II en fomentar el espíritu religioso de la época, no descansaba en la ereccion de templos suntuosos, que eran otros tantos testimonios de su grandeza para el presente y de su prevision para el porvenir.

Lugo, entre sus fábricas magestuosas y cristianas, le debe la ereccion de la iglesia de Santa Maria.

La villa de Neda, en la ria del Ferrol, su iglesia parroquial de Santa Maria y la abadía de Jubia.

Allariz, la iglesia de San Pedro.

Y por último Vivero, Tuy, Celanova, Noya, Betanzos, Villasantar, Puertomarin, Orense y otros pueblos muchas iglesias y monasterios de los cuales, en algunos, ni aun hoy existen las ruinas.

Segun nuestras notas, durante el reinado de Thodomiro II, puede decirse que no habia ciudad ni pueblo

que no se dedicara á construcciones piadosas, en medio de una paz inalterable.

Theodomiro II murió célibe.

No se crea por ello que á este rey no le habia enamorado ninguna mujer.

Una, Seguncia, de la familia de los Narlas, en la provincia de Lugo, cautivara completamente su corazón.

Era Seguncia de una belleza angelical, pero algo ligera y desenvuelta.

El rey Theodomiro II la vió en una de sus escursiones por el pais y tanto le impresionó aquella hermosura que le ofreció su mano y su trono.

Seguncia acogió al rey con cariño.

Entonces el rey pidió su mano al conde Narla, y el conde Narla se la negó.

—Por qué me negais su mano? preguntó el rey irritado.

El conde Narla se inclinó á los piés del rey en señal de acatamiento, y le contestó:

—Señor, os niego su mano por vuestra felicidad, pues mi hija Se-

guncia está en amores con el príncipe Miro, vuestro sobrino.

—Oh! exclamó el rey espantado; y entonces, ¿por qué ella acogió con deferencia mi ternura?

El conde Narla no contestó nada.

—Alzad, conde, alzad del suelo! clamó el rey, y decidme cómo vuestra hija estando en amores con el príncipe Miro aceptaba mi mano y mi trono!

El anciano conde no pudo menos de hablar porque la cólera del rey crecía por momentos.

—¡Señor, exclamó, deslumbra tanto el brillo de una corona!

El rey Theodomiro II lo comprendió entonces todo, y se retiró inmediatamente del castillo de Narla.

Desde aquel día cayó en una melancolía fatal, pues aunque quería estremadamente á Seguncia, no amaba menos á su sobrino Miro, y por nada de este mundo querría disgustarlo, aunque le valiera la felicidad de su vida.

Aquella melancolía le produjo la muerte, año 570 de Jesucristo.

XXIII.

Miro, el Lidiador.

Seguncia realizó sus sueños deslumbradores.

A la muerte de Theodomiro II, el principe Miro subió al trono de su padre Theodomiro I, y se casó al poco tiempo con Seguncia.

Miro estableció la corte en Orense.

Consignemos lo que de él dice Huerta.

«Miro, rey de los suevos, luego que entró á reinar, siguiendo los pasos de su antecesor Theodomiro, quiso mostrarse igualmente católico y aun escederle, pues envió á dar la obediencia al pontífice romano en nombre suyo y de su reino: y juntamente á que se confirmase por la silla apostólica la division de

obispados, hecha en el concilio Lucense.

El año 571, el pontífice Juan III recibió con júbilo especial los Legados suevos, y confirmando el concilio Lucense, los despidió, enviando con ellos su legado á esta provincia. Lo recibió Miro con la reverencia debida á quien representaba á la cabeza de la iglesia. No sabemos quién fuese el Legado; pero parece fué Florenciano el mayor, por cuya relacion escribe San Gregorio de Tours un milagro, que San Martin hizo en la ciudad de Orense este año. Ya dijimos como Cariatrico habia edificado el templo suntuoso, que votó á San Martin Turonense en esta ciudad.

En el atrio de la iglesia habia un hermoso emparrado, del cual pendian crecidos racimos ya maduros; de que se infiere que este milagro fué en el otoño de este año.

Entrando el rey en la gran basilica, advirtió en los racimos devotamente obsequiosos, mandó que nadie los tocara, pues incurriria en la indignacion del Santo, en cuyo atrio habian nacido. Un truan del rey que iba en su compañía, oyó la

orden, pero el mismo precepto le avivó el deseo de quebrantarle, y así dejando al rey en la basilica, volvió y alargó el brazo para cortar un racimo. Al instante se quedó el brazo helado y yerto, asido al racimo, sin poder apartarle, y con inmensos dolores que manifestaban cómo sabia el santo castigar su desacato. Viéndose el miserable en tal conflicto, empezó á dar voces y á pedir al santo misericordia.

A los gritos salió el rey de la iglesia, é informado del suceso, se irritó contra el truan por el arrojado cometido contra el santo, que estuvo para cortarle el brazo que habia delinquido; pero detenido por los suyos, y sosegado por los obispos que se hallaban presentes, volvió á entrar en la iglesia, y postrado ante el altar, pidió al santo humildemente perdon, restituyendo la salud á aquel hombre y perdonándole el delito, la grandeza de su gloria y lo que valia con Dios.

Así estuvo sin levantarse del suelo el católico rey con singular fé, hasta que por ella consiguió lo que pedia y el truan se vió libre del invisible lazo que le tenia el brazo

unido al racimo, y de los dolores internos que padecía, y entró á dar gracias á Dios, en que le acompañó el rey viendo lograda su súplica, volviéndose mas devoto, obligado y agradecido á su palacio.

La legacia del Pontifice romano, parece comprendia otros mas altos fines que los espresados.

Habia ocupado el trono de los godos en España por este tiempo Leovigildo, el cual fué padrino singular del arrianismo, y así el romano Pontifice, receloso de su ardor, parece hizo que su legado solicitase al rey Miro para que, como católico y poderoso, uniese sus fuerzas con las de los imperiales, y procurasen reprimir el orgullo de Leovigildo.

Así parece se hizo la liga entre los suevos é imperiales para guerra ofensiva y defensiva, y así desde aquí adelante los veremos unidos en los intereses. En uno y otro imperio se empezaron á disponer los aprestos necesarios. Todo esto se infiere de lo sucedido en los años siguientes.

No era menos valeroso que devoto el rey Miro de los suevos, y así, impaciente de que tantos años hu-

biesen sus antecesores dejado descansar las armas. movió el año 572 guerra á los aragoneses, segun San Juan de Balclara, que vivia á este tiempo, ó á los rocones, segun San Isidoro, que vivia tambien. Pero no hay contradiccion alguna, porque ambas naciones son una misma, y son lo que ahora llamamos Rioja, cuya provincia se conserva por los godos. Yo creo que esta guerra que hizo Miro fué á instancia de los romanos contra Leovigildo, y así despues se dice que Leovigildo los conquistò, que sujetó los alzados, el cual, prosiguiendo la guerra, emprendia desposeer á los romanos de cuanto poseian en España, y así confederaron con Miro para que en esta provincia hiciese la guerra, mientras Leovigildo conquistaba la Andalucía.

Mientras Miro con los suevos hacia guerra á los riojanos, congregó San Martin Dumiense los obispos de Galicia á celebrar un concilio en su metrópoli de Braga. Concurrieron el mismo San Martin, metropolitano de aquella capital; Nitigisio, metropolitano de Lugo; Remisol, obispo de Viseo; Lucensio de

Coimbra; Andres de Iria; Adorico de Idaña; Ubitimer de Orense; Sardinario de Lamego; Viator de Oporto; Anila de Tuy; Polemia de Astorga; Mauloco de Britonia. Abrióse el concilio á primero de Julio, y habiéndose leído las actas del concilio bracarense primero, las aprobaron unánimes y pasaron á establecer diez cánones pertenecientes á la reforma de la disciplina eclesiástica.

En el primero resolvieron que los obispos, en la visita de sus diócesis, examinasen primeramente á sus clérigos de las ceremonias del bautismo, de las de la misa y de los demás oficios eclesiásticos, en conformidad de los antiguos cánones, antes veinte dias de recibir el bautismo acudian los catecúmenos á la iglesia, en la cual los curas les enseñen el credo. Al dia siguiente, despues del exámen de los clérigos, convocada la plebe, predicó el obispo en la iglesia, amonestando á sus feligreses huyan los errores de la idolatría, esto es, el priscilianismo y otros diversos delitos, como son el homicidio, adulterio, perjurio, falso testimonio y demás pecados mortales.

les, persuadiéndoles no hagan á sus prógimos lo que no quisieran para sí. Que crean la resurreccion de la carne y el dia del juicio, en el cual cada uno ha de recibir segun sus obras. Concluido esto, pasará el obispo de aquella iglesia á otra.

Lo segundo, que ningun obispo, cuando visite su diócesis, reciba derechos algunos mas que los dos sueldos que le tocan por razon de catedrático.

Que no pida á las iglesias parroquiales la tercera parte de las ofrendas, sino que esta se reserve para la lumbre del sacramento y gastos de la fabrica, de lo que se den cuenta todos los años á los obispos, porque si este tomase esta tercera parte, quedará la iglesia sin luz y sin ornamentos.

Señejantemente ordenaron, que los clérigos de las parroquias en nada sean obligados á servir al obispo, en conformidad de lo escrito: *nec dominantes in clero*.

Lo tercero, que los obispos no lleven cosa alguna, ni por via de oblatá, por conferir las órdenes, sino como está escrito, la gracia que recibieron de Dios, la den de gracia

y no se venda á precio alguno la gracia de Dios, é imposicion de manos, porque los antiguos cánones lo prohiben, diciendo: escomulgado sea el que da y el que recibe. Porque hay algunos cargados de delitos, ministrando indignamente al altar, no por testimonio de buenas obras, sino por profusion de dones.

Conviene, pues, que los clérigos sean ordenados, no por lo que ofrecen, sino primero por el diligente exámen, y despues por el informe de vida y costumbres.

Lo cuarto, quo no se lleven derechos algunos por la crisma, porque lo que para la salud de las almas se consagra por la invocacion del Espíritu Santo, parezca quiera venderse, como Simon Mago quiso comprar el don de Dios.

Lo quinto que cuando algun obispo, llamado por algunos fieles, consagrarse alguna iglesia, no pida por ello derechos algunos; pero si el fundador lo ofreciese no lo desprecie, con tal que no sea pobre y necesitado; y tengan advertido los obispos, que no consagren iglesia, antes que el fundador la asegure

con escritura renta necesaria para la lámpara y sustento de los clérigos que la han de servir.

Lo sexto, que si alguno edificase iglesia en tierra propia, no por devocion. sino para dividir con los clérigos de ella las ofrendas, ningun obispo la consagre.

Lo séptimo, que cada obispo en su diócesis mande, que no se lleve derecho alguno por el bautismo, si no es que voluntariamente se ofrezca.

Lo octavo, que si alguno acusase algun clérigo de incontinenti y no lo probase con dos ó tres testigos, sea descomulgado.

Lo nono, que el metropolitano avise á todos sus sufragáneos en qué dia cae cada año la Pascua de Resurreccion; y los demas obispos y los párrocos lo publiquen al pueblo el dia de la Natividad del Señor, para que ninguno ignore cuándo empieza la Cuaresma. En cuyo principio, juntándose las iglesias vecinas, hagan procesiones por tres dias, cantando Salmos y Letanias. Al tercero dia, celebrada la hora de nona, se diga misa al pueblo, haciéndole una plática, para que guarde el ayuno en la cuaresma. A la mitad de

la cuaresma avisen vengan los que han de ser bautizados veinte dias antes de la Pascua, en conformidad del cánón primero.

Lo décimo, que ningun presbitero celebre misa de difuntos, habiéndose desayunado, y el que lo hiciese, sea privado del ministerio.

Concluido el concilio, firmaron de esta suerte:

De el Sinodo Bracarense.

Martin, obispo metropolitano de la iglesia Bracarense, suscribia estos cánones.

Remisol, obispo de la iglesia de Viseo, suscribia estos cánones.

Lucrecio, obispo de Coimbra, suscribia estos cánones.

Adorio, obispo de la iglesia de Iduña, suscribia estos cánones.

Sardinario, obispo de la iglesia de Lamego, suscribia estos cánones.

Viator, obispo de la iglesia de Oporto, suscribia estos cánones.

De el Sinodo Lucense.

Itigisio, obispo de la iglesia de Lugo, suscribia estos cánones.

Andrés, obispo de la iglesia de Iria, suscribia estos cánones.

Ubitimer, obispo de la iglesia de Orense, suscribia estos cánones.

Avila, obispo de la iglesia de Tuy, suscribia estos cánones.

Polemio, obispo de la iglesia de Astorga, suscribia estos cánones.

Mailoco, obispo de la iglesia de Britonia, suscribia estos cánones.

Prosiguió el rey Miro tan felizmente la guerra que conquistó la Rioja, como despojando á sus moradores de sus riquezas, y volviendo por Lugo, quiso confirmar á aquella iglesia los términos señalados por el concilio Lucense. Para lo cual juntó los obispos de aquella diócesis, y en su presencia se deslindaron mas particularmente los términos. Esta junta se tiene por segundo concilio Lucense, y no contento el rey con lo hecho, quiso confirmarlo por su privilegio, del cual consta que su nombre propio fué Theodomiro (con el cual debieron de nombrarse todos desde el primero), y el sobrenombre, para distinguirse, Miro. De este privilegio copió pocas palabras Morales, despues le copió Bibar, y es como se halla en el Becerro de la Santa iglesia de Lugo, folio 61. Bibar le pone abreviado, entero y como se halla en el Becerro; es de esta suerte. (1)

(1) Damos la traduccion en castellano-

«Adios omnipotente, Trino y uno. Padre, Hijo y Espíritu santo, que con su sabiduria inefable, en la deidad perfecta mira, ordena y dispone, como Señor, perfectísimamente todas las cosas, así las pasadas como las venideras, inspirando y auxiliando el rey inclito de los cielos: Yo Theodomiro, rey por sobrenombre Miro, rey de toda la provincia de Galicia, deseando ser criado y pequeño siervo de Dios, y de su gloriosa madre Santa Maria, y de todos los Santos: habiendo congregado, por la disposicion de Dios, un concilio en Lugo, ciudad de la referida provincia, de todos los obispos católicos y varones religiosos, con un ánimo y corazón perfecto; con la autoridad también de la silla apostólica de San Pedro, cuya embajada recibimos gustosos para examinar, y examinado, corregir con consejo de todos los obispos, lo que hallásemos contrario así á la dicha Sede, como á las iglesias de Dios y sus Sedes, porque los miembros de Cristo estuviesen en paz.

Inquiriendo, pues, diligentemente el orden eclesiástico, hallamos que los términos diocesales de cada ciu-

dad, estaban alterados de la antigua autoridad, por la persecucion de los paganos.

Lo cual, tratando con estudio, asistiendo los obispos de esta provincia, congregados en el concilio lucense, segun pudimos, señalamos términos, segun la antigua verdad, à cada ciudad su definicion ó porcion, y los anotamos por los mojones de las villas y castillos antiguos y las cumbres de los montes, para que ninguna iglesia, diceptando con otra invadiese los términos ajenos, y asi hecho el señalamiento, le confirmamos con las suscripciones de todos.

Tambien en el concilio de Braga segundo, se determinó del mismo modo, hallada la verdad, presidiendo en aquella ciudad, Martin, obispo. Concedimos tambien à la iglesia de Santa Maria de Lugo, segun pudimos inquirir lo cierto de la antigüedad, once condados, conviene à saber: Seinos, Cabarcos, Cairoga, etc.

Los cuales once condados, señalados con sus propios nombres, concediéndolo el obispo Nitigio, que ya habia sido elegido en el arzobis-

pado, concedido por comun concilio de toda Galicia á dicha iglesia lucense.

Los condados tienen este tenor:

El condado primero, es el de Fle-mosis, hoy Chamoso; nace en donde entra el río Neira, en el Miño, sigue al monte Pando hasta Piedra Mayor, desde allí al monte Cobario, derecho al monte Ciro, vuelve al monte Lapio y sigue á Piedra Curva, hasta el Villar de los Valientes, desde donde, por Petuso de los Vascones, monte Ravero y Villa Plana, sale á la fuente Humenosa y por la villa de Recemur, hasta la altura del monte Barona, por donde llega á Elebron y al Miño.

El segundo, condado de Sobrada, empieza donde entra el río Rodera en el Miño y por la villa de Francos, va al puerto de Semesugarias, y desde allí á Agua Cae, Piedra Mayor, Paili y por la vereda antigua, á la villa de Benati, á Picora Curoa, y por los límites del primer condado hasta Campo-Turcoa.

Por la otra parte empieza en Balestan, y pasa por la fuente Miño, la cumbre del monte Lua y la corriente del río Rú á Peña Parda, hasta la Fuente fria del monte Timon.

El tercer condado se dice de Navia y es su limite por Campo-Furco, Monte Pedroso, Cabo de Froilan, Campo de Lamas, Monte Alto, Monte Frio, Lupal, Fuen-Fria, Monte de Ibiás, Portela de Anquases, Piedra Caballar y acaba en Pedronelo.

El cuarto condado es de Sarria y va por Peña Mayor a Pando, Monte Neiron, Mereira, el Cebrero, Pedronelo, Peña Caballar a la Fuente de Biernua, y corre por este rio hasta el puente de Villafranca y todo lo de Valcárcel es de la diócesis de Lugo, hasta que entra en el Sil, y viene a Peña Aguilar, hasta el monte de las Ginestas.

El quinto condado es Páramo, y tiene desde donde entra Sarriá, en Neira, Peña Aguilar, Castro Pedroso, Monte Maseda, Froilan, Monte Moroso y Agudo, hasta Quiroga. Por otra parte va por Salvador, Castro de Zavaga, Pedroso, Vaimorto, Peña Aguda, hasta el rio Sil.

El sexto condado es Pallares, desde la fuente del rio Argunde al Miño, y por este al Sil, y por otra parte, por encima de Belesar hasta el monte Meda, Castro Desperia, Navego, y por donde entra el Budal, en el Miño.

El sétimo condado es Deza; empieza en Monte Summio, y va por el rio Arnega. Puente Arnoya. montes de Cusanza y Deza, y concluye en el Summo.

El octavo es el durriense (hoy tierra de Monterroso) empieza desde el Summio al rio Ulla, y por otra parte por Monte Aveto, Portela de Linares, Cuvello, Castro Remon, Castro Lodoso, Monte Porriño y otros.

El nono. es el Ulla; empieza en Monte Espina á Agua Ferral, Mora Muerta, hasta Páramo.

El décimo és el nallariense (hoy Narla) es desde el Latra á Sierra de Santa Cruz, Castillo de Aranga, Manden, Mira, Montaos y Dormiana.

El undécimo es Montenegro; va por Latra, Sierra de Santa Cruz, Lamacengos, Ortigueira, y acaba en la mar.

Estas determinaciones, pues, de los condados, inquiridas diligentisimamente por Nitigio, obispo por la gracia de Dios, de Lugo, halladas estudiosamente, por la ciencia de varones ancianos, y la série de antiguas escrituras, despues de concluida la segunda sinodo bracarense, en ella, en los dias del gloriosisi-

mo señor rey Miro, en la era DCX. En presencia del mismo rey y de todos los católicos grandes de toda la provincia de Galicia, estando presentes todos los obispos de la misma provincia, se definió y aprobó, así por la caucion bracarense como por la dominacion de la iglesia lucense, y fué confirmado por el mismo clementísimo rey, para que no se originase alguna controversia ó se sobresembrase alguna cizaña entre la iglesia lucense y las demás, sus vecinas, sino que, así como en el concilio lucense, á cada ciudad fueron asignadas sus parroquias por los cotos de antiguos castillos y rios, así perseveren, para que puedan estar en paz todos los miembros de Cristo en la unidad de la fé católica.

Todos los obispos que estuvieron presentes suscribieron esta escritura.

Martin, metropolitano de la silla bracarense, suscribí.

Lucrecio, obispo de la iglesia de Coimbra, suscribí.

Sardinario, obispo de la iglesia de Lamego, suscribí.

Yo el mismo Nitigio, metropolitano de la iglesia de Lugo, suscribí esta escritura.

Andres, obispo de la iglesia de Iria, suscribi.

Anila, obispo de la iglesia de Tuy, suscribi.

Polino, obispo de la iglesia de Astorga, suscribí.

Renissol, obispo de la iglesia de Viseo, suscribi este hecho.

Aldorio, obispo de la iglesia de Idaña, suscribí.

Viator, obispo de la iglesia de Mañedo, suscribi.

Mauloco, obispo de la iglesia de Britonica, suscribi.

Esta es la escritura famosa de los once condados de Lugo; pero aunque por ella suena, que se le señalaron todos, se ha de entender en lo espiritual, porque en lo temporal, solo la concedió el rey los condados de Páramo, Sárria, Navia, Deza, Doria y Montenegro; y los restantes se quedaron propios de la corona, y así se conservaron despues, como consta por escritura del archivo de aquella santa iglesia, su fecha año 1068, reinando D. Alonso VI, que pondremos á su tiempo.

En este mismo año creemos que en el concilio Lucense presentó San Martin, obispo de Dumio, la colec-

cion de los concilios y sus cánones, que habia empezado para que sirviese al gobierno de la iglesia de Galicia. Y consta que le presentó en este concilio del principio y dedicacion de dichos cánones, que dice así: al señor beatísimo, y por honor de la silla apostólica, digno de veneracion, el hermano in Cristo, Nitigio obispo ó al concilio todo, congregado en la ciudad de Lugo, Martin obispo, salud. Prosigue San Martin, y en ochenta y cuatro cánones compendia todo el gobierno de la iglesia; siendo esta la primera coleccion, que así en oriente como en poniente, vió el orbe: y examinada su utilidad, iuvitaron despues otros, hasta Graciano, que dió la última mano á uno de los dos cuerpos del derecho canónico que hoy llamamos decretos. Es de notar que S. Martin, en esta dedicacion significa que Nitigio ocupaba la apostólica silla. No se si entonces llegaria el territorio de Lugo á comprender el sitio donde hoy está el cuerpo del apóstol Santiago.

De este mismo año y era es una memoria de la villa de Padron, en una inscripcion que se espresa de esta forma:

**DONUS EPISCOPORUM INCHOAVIT LUCRE-
TIUS SEPTIMUS EPISCOPUS IRIENSIS PER-
FECIT ANDREAS MIRO REGNANTE.
ERA DCX.**

Quiere decir: esta es la casa de los obispos. Empezola Lucrecio VII. obispo Iriense. Acabola Andres en el reinado de Miro, en la era 601, que es año de Cristo 572.

Por ahora tambien murió Witimer, obispo de Orense, al cual sucedió Lupario ó Phegario. Fué enterrado en la catedral de aquella ciudad, de donde se conserva su epitafio, que aunque borrada la era dice así:

**VVICTIMIRUS ARAUXO FAMULUS DEI EPIS-
COPUS ECCLESIAE AUBIENSIS.**

H. S. E.

REQUIECIT IN PACE.

ERA ...

Mucho da que sospechar este epitafio, dando apellido al obispo familia, cuando consta que no habia, y aun se duda si habia patronímicos.

El erudito hará el juicio sobre esta sospecha.

En el año 573 tuvo principio el gran monasterio de San Pedro de Rocas, edificio preciosísimo por el arte, y singular en España por arte y materia.

Es una iglesia de tres naves, labrada en la dureza, al parecer impenetrable, de un duro peñasco, al golpe de un pico, sin que otro cincel alguno sirviese para su pulimento; y siendo todo el cuerpo de una pieza, supo el artífice con el tosco buril del pico, abrir en la concabidad de la peña cornisas, charelas, trabateles y los demás adornos, que el afán de la regla y compás sabe ejecutar, no sin sudor, para adornar estas obras.

Lo largo del templo es de 46 pies geométricos; lo ancho es de veinte y seis.

El altar mayor es una mesa de piedra de una vara de ancho y dos de largo, sobre cuatro columnas de la misma pieza que la tabla, sin union ó juntura alguna que las enlace.

En las naves colaterales hay dos sepulcros.

arco, en lo sólido de la peña del principal edificio y debajo sobre dos leones un Lucilo, pero sin caracteres algunos.

A su tiempo diremos lo que de él nos parece.

En el lado de la epístola, está el otro sepulcro de la misma peña, el cual tiene la inscripcion de este año presente, pues dice así:

A X CO
HEREDITAS, NOSTRA, EUPRASI, EUSTANE,
JUSTINI, QUINEDI, AENA, FLAVIS,
RUBIS, ERA.
DCXI.

Quiere decir: esta es la heredad de Eufrasio. Heustano. Justino. Quinedo. Henaco. Eustavia, Rubos. hecha en la era 611. que es el año 573. Asi el padre Gándara, como Argais, discurren sobre este epitafio, pero con estraña idea, queriendo cada uno hacerle que sirva á su intento. Lo cierto es, que estos cuerpos fueron reputados por Santos de aquel territorio, y habiéndose ordenado en el Concilio de Braga, tan

pocos años antes de este, que nadie se enterrase en la Iglesia: no es dudable, que no hubieran colocado en ella estos cinco varones, si no los hubieran reputado como Santos.

En este año Leovigildo, rey de los godos, admitió por su compañero en la corona á su glorioso hijo S. Hermenegildo.

Ya dijimos cómo Libiro y los romanos, unidos con el interés y la religion, habian hecho alianza para reprimir á Leovigildo. Este, pues, sentido del valor con que Miro el año antecedente habia invadido los riojanos, entró por lo que ocupaba el dominio de los suevos, y redujo á su obediencia la ciudad de Sabaria y toda su provincia, destruyendo á los *sapos*, sus moradores. Esto dice Valclara, y sobre qué ciudad y que nacion sea esta, varian los escritores. Ferreras quiere que Sabaria fuese Cazorla y su provincia lo que hoy se llama Sierra de Segura. Pero en esto padeció engaño, pues en el itinerario de Antonino se halla á Sabaria veinte y un mil pasos de Salamanca, hácia el Oriente del rio Duero, y así en Castilla la Vieja. Con que en esta provincia se ha de creer hizo Leovigildo la conquista.

En el año siguiente 574 prosiguieron victoriosas las armas de Leovigildo contra los suevos, cuyo suceso refiere así Juan de Valclara. En estos días el rey Leovigildo, habiendo entrado en la Cantabria, mata á los invasores de la provincia, ocupa á Maya, acomete á sus fortalezas, y reduce á su obediencia la provincia. De toda esta cláusula se convence lo que llevamos dicho; que Miro y los romanos se unieron contra Leovigildo, y así llama Juan de Valclara invasores de la provincia á los suevos que, como vimos dos años antes, la habían invadido.

Entrò, pues, Leovigildo en la Rioja, parte de la antigua Cantabria, y acometió la ciudad de Amaya, la cual está entre Búrgos y Leon, y aunque con residencia de los suevos, la entraron sus armas y allanó otras fortalezas vecinas con que se hizo dueño de la provincia, gastando este año en sosegarla.

No sabemos á este tiempo lo que hacian las armas de los suevos; pues solo de Juan de Valclara consta lo referido, y no es creible se estuviesen quietos á vista de la invasion enemiga, los que dos años an-

tes habian tenido ánimo para acometer á los godos, y asi es creible, ó que perdieron la campaña por alguna batalla, ó que fortificadas las plazas, no pudieron hacer mas que una guerra defensiva.

De la vida de S. Millan se sabe, que pasaron adelante las armas de Leovigildo, y sitiaron á una ciudad, que San Braulio llama Cantábria, y segun la situacion, parece estaba junto á Logroño.

Este mismo año por la cuaresma habia anunciado San Millan á los católicos su ruina, si no corregian sus vicios con la penitencia. Estuvieron sordos los moradores á las exortaciones del santo, y asi experimentaron el castigo del Cielo, pues habiéndolos sitiado Leovigildo, despues de varios lances, entró por engaño la ciudad, y al parecer falseando las capitulaciones; pues espresa la vida de S. Braulio, que con perjuicio los hizo pasar á cuchillo con crueldad bárbara, permitiendo Dios que á unos malos católicos castigase la espada de los hereges.

Especialmente experimentó la ira del Cielo un católico llamado Abundancio, el cual á la exortacion que

San Millan hacia á sus ciudadanos, se opuso diciendo no hiciesen caso de los delirios de un anciano. Pero el Santo con celo de la divina justicia le reprendió amenazándole y profetizando que en pena de su incredulidad, experimentaria los mismos rigores, y así fué muerto por los soldados de Leovigildo.

Ya vimos el año 572, que Miro y los suevos habian conquistado á los arragones de la ciudad de Eregio, la cual coloca Ortelio entre Burgos y Leon, á las faldas de las montañas, y así es extraño cuánto adivinan sobre esta ciudad nuestros escritores.

Habia, pues, dejado Miro por gobernador de la provincia á Aspidio, el cual viendo inmediato á Leovigildo procuró fortificarse en la ciudad de Eregia; pero en vano, porque el godo habiéndola sitiado obligó á sus defensores á que se entregasen á partido salvas las vidas, y así entró Leovigildo en ella triunfante haciendo prisionero de guerra á Aspidio con su muger é hijos, á los cuales envió á Toledo.

Viéndose Leovigildo recobrado en

lo que habian invadido los suevos y que se hallaba con un ejército pujante y victorioso, determinó acometer por la frontera de Leon los límites de Galicia. Acudió á el opósito Miro con sus tropas. Ignórase lo que ejecutaron; pero consta que reprimidas las armas de los godos, no hicieron este año progreso alguno porque Leovigildo victorioso, no queria aventurar el trance de una batalla lo recién conquistado, que como lleno de católicos no podia asegurar, sin la opresion de un ejército poderoso. Miro que habia experimentado la ardiente conducta militar de Leovigildo, tampoco que ria fiar á la fortuna su reino, contentándose por este año con defender lo suyo, sin pensar en recobrar lo ageno, y así se estuvieron á la vista los dos ejércitos, sin ejecutar operacion alguna. Leovigildo parece por lo que diremos al año siguiente, que dejó por gobernador y regulo de lo conquistado á uno llamado Vivio.

Viendo los imperiales lo rápido de las conquistas de Leovigildo, procuraron este año hacer un esfuerzo considerable para reprimirle, y así

eligieron por su general á Romano, el cual era maestro de la milicia de los suevos, y así pidió y obtuvo de Miro todas las tropas de Galicia, con las cuales y con las romanas, acometió la Rioja con tanta fortuna, que aunque su gobernador Vivio procuró oponerse, fué infelizmente hecho prisionero con todo el tren y tesoro de su ejército, con el cual su muger é hijos, en despique de lo que en el año antes habia hecho Leovigildo con Aspidio, fue enviado prisionero á Constantinopla.

Leovigildo en vista del poderoso ejército de romanos y suevos, advirtiendo que Miro habia dejado menos guarnecidas que debia las fronteras de Galicia, las acometió con sus tropas vigorosamente. Miro hallándose en aquel estrecho, y que sus soldados estaban distantes para el socorro, solicitó de Leovigildo la paz; el cual conociendo que por este medio desunía la alianza de romanos y suevos, y que al mismo tiempo quedaba libre para hacer oposicion á los imperiales, concedió á los suevos la tregua, aunque poco tiempo.

En este año 580, Leovigildo viéndose señor pacífico de España, es-

cepto lo que poseian los suevos, con los cuales tenia treguas, deseó de casar á su hijo S. Hermenegildo, envió á pedir á Ingundis, princesa de la real sangre de Francia.

Concediéronla sus parientes, sin advertir esponian una señora católica al peligro de prevaricar, casándola con un hereje arriano, cual lo era entonces S. Hermenegildo; pero sin duda Dios lo dispuso así, valiéndose de un medio tan extraño, para reducir á los godos al gremio verdadero de su iglesia.

Este año 581. fue la gloriosa conversion de S. Hermenegildo á la fé católica, á instancias de su muger Ingundis, y ruegos y vivas razones de S. Leandro, arzobispo de Sevilla.

Supo Leovigildo la conversion del hijo, é irritado empezó á juntar tropas para castigarla; como tambien San Hermenegildo para mantenerse en la fé verdadera.

Desde este año en adelante se encuentra á S. Leandro en Constantinopla.

Sobre el motivo de este viage discurren nuestros historiadores, que partió á aquella ciudad á solicitar socorros del emperador Tiberio, con-

Leovigildo en vista del poderoso ejército de romanos y suevos, advirtiendo que Miro había dejado menos guarnecidas que debía las fronteras de Galicia, las acometió con sus tropas vigorosamente. Miro hallándose en aquel estrecho, y que sus soldados estaban d'stantes para el socorro, solicitó de Leovigildo la paz; el cual conociendo que por este medio desunía la alianza de romanos y suevos, y que al mismo tiempo quedaba libre para hacer oposicion á los imperiales, concedió á los suevos la tregua, aunque por poco tiempo.

En este año 580, Leovigildo viéndose señor pacífico de España, excepto lo que poseian los suevos, con los cuales tenia treguas, deseó de casar á su hijo San Hermenegildo, envió á pedir á Ingundis, princesa de la real sangre de Francia.

Concediéronla sus parientes, sin advertir esponian una señora católica al peligro de prevaricar, casándola con un hereje arriano, cual lo era entonces San Hermenegildo; pero sin duda Dios lo dispuso así, valiéndose de un medio tan extraño, para reducir á los godos al gremio verdadero de su iglesia.

Este año 581. fue la gloriosa conversión de San Hermenegildo á la fé católica, á instancias de su mnger Ingundis, y ruegos y vivas razones de San Leandro, arzobispo de Sevilla.

Supo Leovigildo la conversión del hijo, é irritado empezó á juntar tropas para castigarla; como tambien San Hermenegildo para mantenerse en la fé verdadera.

Desde este año en adelante se encuentra á San Leandro en Constantinopla.

Sobre el motivo de este viage discurren nuestros historiadores, que partió á aquella ciudad á solicitar socorros del emperador Tiberio, contra Leovigildo, y en favor de San Hermenegildo.

Esto discurren, solo por congruencia de los tiempos; pero del cronicon Iriense consta fué otro el motivo, y le dice con estas palabras: y porque antes en España, prevalecia la herejia arriana, y en Galicia reinaba mucho la herejia de Prisciliano, por estos motivos Leandro, arzobispo de Sevilla, pasó á la ciudad de Constantinopla.

Hasta aqui el iriense, por el cual constan dos cosas.

La una, que entonces Galicia no se comprendía con el nombre general de España.

La otra, que en esta provincia tenían aun muchos secuaces los priscilianistas, errores que con tan honradas raíces habían prendido, que no era posible aniquilarlos.

Y este fué el motivo, con el de la estirpacion de la herejia arriana, por lo cual pasó San Leandro á Constantinopla.

Pero luego se ofrece la duda, á que fin San Leandro caminaba á Constantinopla, puez mas propio era á Roma.

Pero sabemos por la historia, que á este tiempo habia gran junta de obispos en Constantinopla; y que á ella habia partido San Gregorio el Magno, como apocrifario de Pelagio segundo, á confutar la herejia, que afirmaba: que la resurreccion universal, no ha de ser con nuestros propios cuerpos, en que habia concurrido el patriarca constantinopolitano Entiquio; y asi quiso San Leandro dar cuenta en el concilio, para que en el se pensase en el remedio conveniente á la fé de España.

En el año 582, viéndose los ca-

tólicos, que asistian á San Hermenegildo, amenazados con todo el poder de los godos por Leovigildo, recurrieron á Miro, rey de los suevos, para que los socorriese. Miro lo ofreció voluntario, y para ejecutivo con mayor pujanza, envió sus embajadores á Gunthramno, rey de los Francos, pidiéndole que como católico amparase la causa de la religion.

Llegaron los embajadores de Miro á Poitiers, y allí los prendió Chilperico, el cual por tener tratado el casamiento de su hija Ragusitir con Recaredo segundo, hijo de Leovigildo, pospuso la causa de la religion á la del interés; y así llevó aprisionados los embajadores suevos á su corte de Paris.

En este año fué la muerte dichosa de San Martin Dumienense ó Apóstol de Galicia. San Gregorio de Tours la señala en el año quinto del rey Childerto de Francia, que corresponde á este. Concurrió á llorar su desamparo Galicia toda, y parece fué sepultado en el monasterio dumienense en donde habia hecho su sepulcro, y dejado puesta esta inscripcion:

Pannonis Genitum transcendens
agnor vasta.

Calloeci in gremiun divinis miti
bus actus.

Confesor Martini, tua hac dica-
tur in aula:

Antistes cultum instituit, rituis
que Sacrotum,

Teque Patrone sequens famulus
Martinus codem,

Nomine, non merito hic, in Crito
cape quieseo.

Dejó San Martin varias obras es-
critas, de las cuales unas permane-
cen y otras se han perdido. La pri-
mera fué: La coleccion de Cánones,
de que ahora hablamos, y está
puesta á continuacion del concilio
segundo de Braga. II. Un libro de
las discrepancias de las cuatro virtudes
cardinales. Llamó San-Martin á esta
obra: Fórmula de honesta vida, de-
dicola al rey Miro. III. Un libro de
las costumbres. IV. Interpretó del
griego la obra intitulada, Senten-
cias de los Padres Egipcios. V. Un li-
bro que intituló: Regla de la fe. VI.
Varias Epístolas llenas de espiritual
erudicion, VII. Un libro del Castigo
de los rústicos, que despues de re-
cibido el bantismo, se volvian al vó-
mito de la idolatria.

De un ilustre gallego, discípulo

de San Martin, hay noticia. Este fué Pascasio, que á imitacion de San Martin y de su orden, tradujo en idioma latino del griego algunas vidas y sentencias de los Padres Griegos, como el mismo lo afirma en su prólogo, que dice así: Al señor venerable padre Martin presbítero y Abad, Pascasio: Las vidas de los Padres Griegos, escritas como lo demás con estudiosa fecundia, me mandaste, Santísimo Padre, que tradujese al latino Idioma. Tambió escribió otra vasta obra del mismo asunto, que dividió en diez y ocho libelos, y de ella hizo memoria Sigiberto.

En el año 584 fué la muerte de Miro, rey de los Suevos; pero en el modo y acciones últimas suyas, varían los escritores mas graves. El cronicon Iriense dice: «que Leovigildo, tenía guerra con el rey de Francia, y que Miro, como auxiliar, llegó con su ejército de los suevos, acompañando á Leovigildo hasta la ciudad de Nîmes, en la cual se ejecutó y concluyó la paz entre los godos y franceses, y que á la vuelta en el camino murió Miro.» Toda esta narracion del cronicon iriense se opone, no solamente al rostro que entonces tenían las

armas de España y Francia; pero á los escritores que entonces vivían, como San Gregorio de Tours, San Isidoro y Juan de Valclara, los cuales todos contestan, que por este tiempo Leovigildo movía las armas contra San Hermegildo su hijo, que dominaba en la Andalucía, habiendo hecho su corte la ciudad de Sevilla.

Pero tampoco estos venerables escritores concuerdan entre sí. San Isidoro dice: «que Miro con sus tropas pasó en socorro de Leovigildo, contra San Hermenegildo, y que murió en el sitio de la ciudad de Sevilla.» Lo mismo escribe Juan de Valclara. Y aquí los escritores modernos de España reprenden gravísimamente á Miro, porque siendo católico, movió sus armas en socorro de un príncipe herege, y en materia de religión.

Pero San Gregorio Turonense, vuelve por la reputación de Miro; y afirma, que este príncipe, como católico, sabiendo que San Hermenegildo estaba sitiado en Sevilla por Leovigildo, apresuró en su socorro las marchas por la Lusitania. Noticioso Leovigildo del socorro de los suevos, ocupó con parte de sus tro-

pas. dejando las demás en el sitio, lo estrecho de unos pasos, y llegando à ellos los suevos, ignorantes de la celada prevenida, los acometió por todas partes. Y así por el impensado suceso, como por venir fatigados de las largas marchas, los desbarató facilmente, y redujo à su rey Miro à tal extremo, que se vio precisado à pedir la paz à Leovigildo, el cual se la concedió con el juramento que hizo Miro de no infestar jamás el reino de los godos, y dando algunas tropas, que le pidió Leovigildo, se retiró à Galicia; y habiendo llegado à ella, agravado de la pesadumbre de haber malogrado la jornada, y empleando infructuosamente sus armas en servicio de la reingion, murió habiendo reinado trece años. El Turonense dice, que su enfermedad se originó de las malas aguas y aires de España. Dejó Miro por sucesor en el reino à su hijo Eborico. San Hermenegildo, habiendo perdido las esperanzas del socorro de los suevos se entregó al padre, quien le puso preso en una torre, y allí le dió cruel martirio, bolando su alma à la gloria celestial.

Los embajadores de Miro, rey de

los suevos, que habia enviado a Francia, y preso Childeberto, como dijimos, en virtud de la paz, fueron puestos en libertad, despues de un año de cautiverio, y se volvieron a su pátria.

XXIV.

Eborico, el Torsurado.

Segun nuestros datos, Miro murió en el año 583, dejando por heredero del trono á su hijo Eborico, jóven de pocos años.

Por este tiempo la escandalosa conducta de la reina Seguncia, viuda de Miro y madre de Eborico, se evidenció de una manera fatal.

Tenia la reina madre, ya en vida de su marido, amores con *An Deza*, (1) conde de Deza, el cual, por tradi-

(1) An 6 Xan Deza; este nombre ha llegado hasta nuestros dias corrompido en el de Andesa.

cion de familia, aspiraba á la corona de Galicia.

A la muerte del rey Miro. An Deza vió llegado el momento de ocupar aquel trono á que ambicionaran sus abuelos. y puesto de acuerdo con los demas condes galaicos y protegido por el amor de Seguncia á quien prometió casarse, llevó á cabo con ella, su tentativa con el mayor ar-rojo.

La conspiracion estalló con un éxito feliz, pues cogiendo prisionero al joven monarca Eborico, An Deza lo recluyó en el monasterio de Dumio, cortándole el cabello; ceremonia con la que en aquellos tiempos se imposibilitaba hasta á los mismos reyes para gobernar á los pueblos.

XXV.

Andeca, el Fementido.

An Deza cumplió su palabra, una vez en el trono de Galicia, y se casó con Seguncia.

Desde entonces, puede decirse que concluyó el reinado de los suevos en Galicia, pues coronado un Deza por rey, hacía una guerra sordida á todos, obligando á espatriar á los principales caudillos.

Las tiranías de An Deza con los suevos fueron grandes, tanto que escitaron la atención del rey godo Leovigildo, el cual pensó en llevar á cabo desde el primer momento la

unidad monárquica en España.

Sigamos à Huerta sobre esto:

•El año 586 llevó Andeca el merecido castigo de su tiranía, aunque por él, el fin de la corona de los suevos en Galicia. Leovigildo, sumamente político, y que en virtud de su ardid se habia hecho señor de lo restante de España, viendo ahora la tiranía de Andeca, halló la ocasion que deseaba para invadir el reino de Galicia y añadir esta provincia al círculo de su corona. Y así protestando la amistad, que habia profesado y pactado con el difunto Miro, y consiguientemente con su hijo Eborico, publicó la guerra à los suevos, declarando era su ánimo castigar la tiranía de Andeca, pero el efecto dijo otra cosa; pues habiendo Andeca salido al encuentro aunque desamparado de los principales suevos, que aborrecian su usurpado dominio, y desbaratado por Leovigildo fue preso; y en pena de lo que habia ejecutado con Eborico, le hizo Leovigildo cortar el cabello, y ordenar de presbítero, que como principe herege, no reparaba en manchar el honor del sacerdocio, con la consagracion de un idiota tirano; y así depuesto, le

desterró á la ciudad de Badajcz; y desde entonces no se sabe memoria alguna de Andeca, como ni tampoco de Eborico.

Leovigildo, que vió á Galicia en sus manos, la aplicó á su corona, entrando por ella con un poderoso ejército, para imponer á sus moradores con el terror á su obediencia; y como se hallaba este reino sin señor legitimo que fuese cabeza, se vió precisado á ceder al furor de los godos. La religion de Galicia padeciò mayor daño, pues en todas sus iglesias, que habia obispos católicos, puso Leovigildo obispos arrianos. En la ciudad de Lugo, donde era obispo Nitigio, eligió por obispo arriano á Becila. En la ciudad de Tuy, habiendo muerto Anila, y sucedido Neuphila católico, eligió Leovigildo por obispo arriano á Garduigo. En Orense, aunque habia muerto Witimer, y sucedidole Lupario católico, no sabemos si eligió obispo arriano.

Pero en tan gran trabajo, no le faltó á Galicia consuelo del cielo: pues la divina providencia dispuso que San Leandro volviese de Constantinopla, habiendo salido de aque-

lla gran ciudad acompañando à San Gregorio el Magno, que volvía para Roma. No es dudable, que el Santo no volvió en público; antes bien, en vista de las iras de Leovigildo contra San Hermenegildo, temeria fuesen mayores contra su persona; y así vino à nuestra Galicia, y se retiró al monasterio de San Claudio de Leon, en el cual hay la tradicion de haber estado el Santo, sin que pueda ser en otro tiempo, antes ó despues.

Desde aquí no es dudable consolaria à los obispos católicos, y à toda la plebe perseguida por causa de la religion por los hereges; desde aquí animaria à los monges santos, que retirados de los monasterios que habia edificado San Martin, habitaban los desiertos. En las demas provincias que invadieron las armas de Leovigildo, consta que arrasaron los monasterios, y dieron cruel muerte à los monges que no se salvaron con la fuga. Lo mismo debemos creer de nuestra Galicia; pues no hay razon ó congruencia para eximirla. Y así los mas de los monasterios de ella fueron arruinados, y muchos de sus monges laureados, con el martirio; pero cuales fueron, ó

con que circunstancias, nos lo ocultan las sañas del tiempo, que con otras glorias, sepultaron esta en el olvido. Esta tradiciones, que el santo estuvo en Leon y aun en Galicia, la confirma el crónicon iriense; y despues de decir, como vimos, que San Leandro habia ido á Constantinopla, por la heregia de Prisciliano que reinaba en Galicia, prosigue: •que el concilio congregado en aquella ciudad, le dió plena facultad, y que vino con ella á España á tratar del remedio.• Y prosigue el Iriense: •que destruyó las heregias de sus secunaces: •para lo cual es congruentísimo viniese á Galicia.•

XXVI.

Malarico el Mártir.

En el mismo año 586. el principe Malarico, hijo del rey Ariamiro segun unos, y de Alharico segun otros, reunió las dispersas haces de los suevos, con objeto de restaurar la monarquía galaica.

Noticiosos los godos reforzaron las huestes que tenían en Galicia y cargando sobre las de Malarico en las orillas del Ulla, les derrotaron completamente en Brandariz.

Malarico cayó en poder de los godos en aquel sangriento choque.

El gefe de las fuerzas godas, creyendo satisfacer cumplidamente los

deseos de Leovigildo, condujo á Malarico á la cima del Pico Sagro, y despues de cortarle los cabellos, lo mando despeñar desde su altura.

En la pendiente se detuvo el cuerpo de Malarico, y sus ayes demostraban los tormentos de su agonía.

Entonces dicen nuestras notas los godos lo acibillaron á flechazos, y Malarico recibió una muerte lenta y horrible.

El último suspiro de Malarico año 585 fué tambien el último de la monarquía sueva en Galicia.

FIN.

DEDICATORIA.

AL SEÑOR DON JOSÉ PASCUAL LOPEZ CORTOS.

Mi digno amigo: cumpliendo la palabra que habia dado á V. en Alcalá de Henares en 1858, dedico á V. este pequeño bosquejo de la monarquía sueva en Galicia.

V. sabe cuantos han sido mis desvelos por formar este libro al ir desentrañando datos de las crónicas y manuscritos que poseia: conozco mejor que nadie que el éxito no ha correspondido á las esperanzas que se habian fundado; sin embargo, mi obra tal cual es, servirá para que nuestra juventud literaria la perfeccione algun dia, á medida que se consagre á los estudios históricos.

Yo no hice mas que arrojar algu-

nos rayos de luz entre las tinieblas del tiempo, para que vean mejor que yo los que vienen detras de mí.

Terminado este trabajo y concluyendo en seguida *El Lago de la Limia*, pienso concluir á la vez mi vida literaria.

Si esta ha sido esteril para el pais que me vio nacer, tampoco yo no le debo sino disgustos y sinsabores.

Aquellos que deben mucho á su pais, su pais tiene derecho á exigir bastante de sus talentos.

Yo no le debo ni aun la educacion literaria, pues, pobre de nacimiento, sus universidades estuvieron cerradas para mí.

Que lo hagan mejor aquellos que no se vean obligados desde niños á seguir una carrera, buena ó mala, para alimentarse, que es la primera de las necesidades de la vida.

Perdonad, amigo querido, que encierre tanta hiel en tan pocas líneas; y que me valga de su nombre y de su cariño para lanzar á la frente de los imbéciles estas manifestaciones desgarradoras de un alma lastimada

BENITO VICETTO.

Coruña 12 de Octubre de 1860.

9

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Los Angeles

This book is DUE on the last date stamped below.

RECD LD URL
FEB 4 1969

JAN 28 1969

LD URL
RECD LD URL
OCT 10 1980
OCT 4 1980

Form L9-Series 4939



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 001 251 824 7



3 1158 00613 1097

PQ
6574
V662R3
1860a
v.1-2

R

